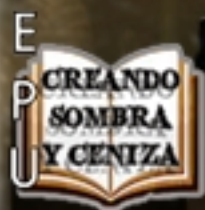


Laura Gallego García

Alas negras



B @fenix_81



Ahriel ha recobrado su libertad y obtenido su venganza, pero aún hay algo que debe hacer. Tras acudir a rendir cuentas a sus semejantes en la Ciudad de las Nubes, se dispone a reanudar la búsqueda de la mágica prisión de Gorlian para recuperar aquello que dejó atrás al escapar. Está decidida a hacer cualquier cosa para encontrarlo, incluso interrogar a la única persona que sabe dónde se oculta. Llegar hasta ella no será fácil, pero Ahriel no estará sola esta vez...



Laura Gallego
García

Alas Negras

Ahriel-2

[fenix_81](#)
[taringa.net](#)



©Laura Gallego García, 2009.

Ilustración de cubierta: Paolo Barbieri

Editor original: fenikz (v1.0)

ePub base v2.1



Alas Negras

Laura Gallego

Agradecimientos

En primer lugar, y como siempre, a Andrés, por su apoyo durante el proceso de desarrollo de esta novela.

También, a Pablo, por sus lúcidos comentarios sobre el primer borrador y por todas las anotaciones al margen, que me fueron muy útiles.

No podría olvidar a todos los lectores de Alas de fuego que deseaban poder leer algún día la continuación, especialmente a Alexia, por todo el cariño que ha demostrado siempre hacia esta historia y sus personajes.

Y, por último, al equipo de la editorial Laberinto, que retomó este proyecto con mucha ilusión.

Muchas gracias a todos por ayudarme a que Ahriel volviese a volar.



I. Consejo

Ahriel no recordaba cuánto tiempo había pasado desde la última vez que sus ojos habían contemplado las blancas torres de Aleian, la Ciudad de las Nubes.

El hogar de los ángeles.

Aleian era pura, immaculada y liviana como las alas de sus habitantes. Sus edificios, altos y esbeltos, parecían desafiar las leyes de la gravedad. Sus amplias calles, pavimentadas con bloques de mármol de la más perfecta blancura, desembocaban en anchas escalinatas, en plazas presididas por fuentes de aguas tintineantes, en pórticos sostenidos por elegantes columnas. Todo en Aleian invitaba a la calma y al sosiego, pues la Ciudad de las Nubes era para los ángeles mucho más que una urbe. Era el refugio con el que todos soñaban cuando se hallaban lejos, el lugar de reposo tras un largo vuelo, el santuario inviolable que los humanos jamás lograrían corromper.

Porque Aleian era un sueño inalcanzable para todos aquellos incapaces de desplegar las alas y volar hasta él.

Pese a llamarse la «Ciudad de las Nubes», Aleian no era en realidad tan ligera ni se había levantado sobre una pradera de cúmulos. Los ángeles la habían erigido en tiempos remotos en la más alta cima de la cordillera más inaccesible del mundo conocido. De hecho, Aleian se hallaba a tanta altura que el manto de nubes se extendía muy por debajo de ella. Por esta razón, todo cuanto podía contemplarse desde sus balcones y azoteas era un mar de niebla y nubes hasta donde alcanzaba la vista. Y la mirada de los ángeles llegaba muy, muy lejos.

«Pero no ven el mundo en realidad», pensó Ahriel, mientras recorría la concurrida avenida principal, la que llevaba a la sede del Consejo Angélico. «Seguros en lo alto de su montaña, los ángeles se creen los reyes del mundo; piensan que lo dominan todo y que nada puede escapar a su aguda mirada. Pero las nubes les impiden contemplar lo que sucede a ras de suelo. Estamos demasiado lejos como para verlo».

Probablemente, era el primer ángel que pensaba así en muchas generaciones; pero, si era consciente de ello, no le concedía importancia.

Llegó por fin a su destino, un enorme edificio sostenido por blancas columnas. Bajo el arco de entrada, dos imponentes ángeles armados con lanzas custodiaban la entrada.

No había nada que temer en realidad. En muchos siglos, nadie había tratado de atentar contra la sede del Consejo Angélico ni contra ninguno de sus miembros. Los únicos que podían alcanzar Aleian eran los propios ángeles, y el Consejo no tenía nada que temer de los suyos. Pero los ángeles guardianes seguían allí, quizá para subrayar la importancia del lugar, o tal vez como reliquia de un tiempo pasado en el que otras criaturas habían amenazado la paz de la ciudad. Ahriel no lo sabía, pero tampoco la preocupaba. Se detuvo al pie de la escalinata y los contempló dubitativa.

Ellos la miraron con desconfianza. Probablemente, jamás habían recibido así a ningún ángel, pero Ahriel era diferente.

Incluso aunque la historia de su fracaso en la educación de su protegida no hubiese llegado a los oídos de los guardias, era evidente que la recién llegada había pasado por algún tipo de experiencia difícil de imaginar bajo la clara luz de Aleian. Sus alas no presentaban la albura nívea que caracterizaba a las de los demás ángeles, sino que eran de un blanco sucio, desvaído; y, en lugar de alzarse con gracia y orgullo, parecían caídas, dañadas, tal vez, con una herida que jamás sanaría. Sus movimientos, pese a que aún no habían perdido la gracia angélica, eran mucho más bruscos y enérgicos de lo que sería deseable; casi, casi, más propios de una humana habituada a caminar que de una criatura alada que podía elevarse por encima de las nubes. Su gesto, duro, incluso hosco, contrastaba con los semblantes serenos, casi marmóreos, de los guardias.

Y sus ojos

... Sus ojos, desde luego, sugerían cualquier cosa en lugar de la paz espiritual que debería haberse adivinado en ellos.

Por primera vez en su largo servicio como guardianes del Consejo, los ángeles cruzaron sus lanzas, los dos a una, cerrando el paso a un visitante.

—¿Quién eres? —demandó uno de ellos.

Ahriel subió un escalón, pero se detuvo allí. Alzó la cabeza con orgullo y respondió:

—Me llamo Ahriel. Se me ha concedido una audiencia ante el Consejo Angélico.

Los ángeles cruzaron una mirada. Debían de saber que ella tenía permiso para entrar, que la estaban aguardando. Quizá no habían oído los rumores sobre Ahriel y su extraña historia. Quizá, simplemente, era su aspecto, o su mirada, lo que les hacía desconfiar.

Fuera como fuese, aún tardaron un par de segundos en retirar las lanzas e invitarla a entrar.

—Puedes pasar —declaró el segundo ángel.

—Gracias —respondió ella con sencillez.

Se recogió el borde de la túnica con la punta de los dedos y subió el tramo de escalinata que le quedaba. Los ángeles no la miraron, ni siquiera de reojo, cuando pasó entre ellos; pero ella pudo percibir su recelo y su inquietud.

Entró en el recibidor; allí no la esperaba nadie, por lo que avanzó por el largo corredor abovedado que conducía a la Sala del Consejo. Lo recorrió con aparente calma, pero su corazón latía con tanta fuerza que estaba segura de que allá fuera, en la entrada, los ángeles guardianes serían capaces de escucharlo. No la preocupó.

No le importaba que su corazón se acelerara. La primera vez que eso había sucedido, un joven de sonrisa picara había sido el culpable; y, aunque entonces ella ya era adulta, había sentido que volvía a nacer, o quizá, que en aquel instante comenzaba a vivir de verdad.

Pero aquello había ocurrido mucho tiempo atrás. ¿Cuánto, en realidad? Para ella, encerrada en la mágica prisión de Gorlian, habían sido años, tal vez décadas. Para el resto del mundo, apenas habían transcurrido varios meses desde aquel fatídico día en que la reina Marla la había traicionado.

Ahora, Marla estaba peor que muerta, y Gorlian había desaparecido con ella. Y, sin embargo, el corazón de Ahriel no había perdido la capacidad de palpar con fuerza, en respuesta a sus emociones más intensas.

No se avergonzaba de ello. Ya no.

Por fin, sus pasos la condujeron hasta la Gran Sala del Consejo. Alzó la cabeza involuntariamente para contemplar la inmensa cúpula que la cubría, en la que se abría un tragaluz que arrojaba un haz de claridad sobre las blancas baldosas de mármol.

Pero se obligó a sí misma a mirar al frente, porque ellos la estaban observando.

Eran ocho.

Habían sido elegidos directamente por sus predecesores mucho tiempo atrás, en función de su sabiduría y su experiencia. Llevaban muchos siglos dirigiendo los destinos de Aleian y de toda la raza angélica. Su miembro más joven ocupaba aquel asiento desde hacía no menos de ciento cincuenta años. Lo cual, en realidad, no era mucho para un ángel.

Vestían túnicas blancas, como la mayor parte de los habitantes de Aleian, pero lo que los diferenciaba de los demás era el cinto dorado que sólo los Consejeros portaban; en él se podía leer un símbolo que todos los ángeles reconocían, y que hacía referencia a su rango.

Los ocho estudiaron a Ahriel con atención, evaluándola. Ella alzó la cabeza, irguió las alas y dijo solamente:

—Saludos.

La presidenta del Consejo, un ángel llamado Lekaiel, clavó sus ojos violáceos en ella.

—Saludos, Ahriel —respondió.

Su voz era vibrante y profunda, como el tañido de una campana. Ahriel se descubrió a sí misma admirando la delicada elegancia de su cuello de cisne, su aristocrático porte, sus blancos cabellos, recogidos en una trenza enrollada en torno a su cabeza. Todo en ella transmitía serenidad y sabiduría. Y la recién llegada añoró los tiempos en que, si bien no habría podido tampoco compararse con Lekaiel, sí irradiaba una cierta aura de divinidad que el

fango de Gorlian se había tragado, quizá para siempre.

—Solicitaste audiencia ante el Consejo Angélico —prosiguió Lekaiel—, y se te ha concedido. ¿Qué deseas? ¿Tal vez has regresado a Aleian para exponer ante nosotros tu versión acerca de lo que sucedió en Karish?

No era una historia que Ahriel tuviese ganas de rememorar, por lo que se encogió de hombros —un gesto que algunos de los presentes contemplaron con reprobación— y respondió:

—No hay mucho que contar. La reina Marla me mintió, me engañó y me traicionó. Con la ayuda de una secta iniciada en la magia negra creó una prisión de pesadilla en la que no solamente encerraba a los criminales, sino también a todo el que la estorbaba en sus planes de expansión imperialista. Descubrí su juego y me condenó a una vida penosa en Gorlian, pero logré escapar y acabé con ella. Y eso es todo.

—¿Pero era tu protegida! —le reprochó otro de los miembros del Consejo, un ángel severo y circunspecto llamado Radiel.

—Lo sé —se limitó a contestar Ahriel, y dejó que los ángeles sacasen sus propias conclusiones al respecto.

—¿No tienes nada más que añadir acerca de Marla? —preguntó la presidenta.

—No, Lekaiel.

—Entonces, ¿no has venido a pedir perdón al Consejo por haber fallado?

—Lo hice lo mejor que supe —replicó Ahriel—. Seguí el código en todo momento, y actué de buena fe. Si todo lo que sucedió fue culpa mía, y no de Marla, entonces ya he pagado por mi error entre los muros de Gorlian.

Hubo un murmullo que Lekaiel acalló con una sola mirada.

—Karish ya está en paz —prosiguió Ahriel—. Los karishanos han elegido rey al duque Bargod, hermano del difunto rey Briand, el padre de Marla. Es un hombre justo; vivía retirado en su castillo de las montañas, pero ha regresado para reorganizar el reino tras la desaparición de su sobrina. Puede que no viva mucho tiempo, pues su salud es delicada, pero se encargará de nombrar un sucesor adecuado. Confío plenamente en su criterio.

—¿Igual que confiabas en el criterio de Marla? —inquirió Radiel, mordaz; pero Ahriel se limitó a devolverle una mirada penetrante y se dirigió de nuevo a Lekaiel:

—A pesar de lo sucedido estos últimos meses, en la actualidad el reino cuya custodia se me encomendó ya está pacificado. Me encargué de ello personalmente antes de acudir a presentarme ante el Consejo. Porque no he venido a hablar del pasado ni a rendir cuentas de lo que ocurrió. Ya no se puede volver atrás ni cambiar lo sucedido. No; si he solicitado audiencia al Consejo se debe a otro motivo.

—¿Qué arrogante! —murmuró otro ángel, alto y de rizado cabello castaño, de quien Ahriel sabía poco más que su nombre: Adenael.

Lekaiel cerró un instante los ojos y volvió a abrirlos casi enseguida. Esa fue su única reacción.

—¿Cuál es la razón, pues, por la que has solicitado audiencia? —quiso saber.

Ahriel irguió un poco más las alas y paseó su mirada por todos los miembros del Consejo. Sus rostros permanecían serenos, pero sus ojos denotaban cierta indignación.

Tan sólo uno de los ángeles se mostraba casi ausente, como si aquello no le interesara lo más mínimo. Se había recostado contra el respaldo de su asiento, de modo que su rostro permanecía en sombras. Todos los ángeles conocían la identidad de todos los Consejeros y, aunque Ahriel no pudiera verle la cara en aquellos momentos, por eliminación sabía que se trataba de Ubanaziel.

Y Ubanaziel tenía una reputación bastante interesante. Ahriel sonrió para sus adentros. Había supuesto que al miembro más peculiar del Consejo no le interesarían los problemas políticos de un reino humano, aun cuando su soberana hubiese amenazado con resucitar la magia negra en el mundo. Sin embargo, lo que estaba a punto de revelar era una historia muy distinta.

Tomó aliento y formuló su petición al Consejo Angélico, con calma, con seguridad y sin aspavientos:

—Solicito permiso para abrir la puerta del infierno.

Sobrevino un incrédulo silencio. Los miembros del Consejo permanecieron inmóviles como estatuas, como si la insólita demanda de Ahriel hubiese detenido el tiempo. Pero uno de ellos se inclinó hacia delante para observarla con atención

Tal y como había previsto Ahriel, se trataba de Ubanaziel.

Ambos se midieron con la mirada. Ubanaziel era viejo, mucho más viejo de lo que sugería su aspecto. Tenía la piel del color del ébano y una larga melena negra que llevaba recogida en multitud de pequeñas trenzas. Ahriel recordó los tiempos en que ella, como muchos otros jóvenes ángeles, había admirado a Ubanaziel hasta el punto de imitar su estilo y su curioso peinado. Pero lo que confería al Consejero aquel aura tan especial iba más allá de su aspecto. Tampoco tenía que ver con la larga cicatriz que surcaba uno de sus musculosos brazos, que llevaba siempre al aire, y cuya piel morena resaltaba poderosamente junto al blanco de su túnica. Era inevitable que aquella cicatriz llamase la atención, porque ni las heridas más profundas eran capaces de dejar marcas tan duraderas en la perfecta piel de los ángeles, maestros en el arte de la sanación. Pero la que desfiguraba el brazo de Ubanaziel no había desaparecido, y corría el rumor de que el resto de su cuerpo también estaba marcado de forma similar. Entre los ángeles había muchos que podían enorgullecerse de ser fieros luchadores, pero ninguno de ellos exhibía cicatrices de guerra. Se decía que las marcas de Ubanaziel eran indelebles porque habían sido infligidas por la espada de un demonio.

Ésa era la leyenda de Ubanaziel, el Guerrero de Ébano, que ocupaba un asiento en el Consejo Angélico — aunque él jamás buscó ese honor, ni parecía especialmente contento con él— porque era el único ángel que había visitado el infierno y había vuelto para contarlo.

Y no eran las cicatrices, comprendió de pronto Ahriel, ni su gesto severo, ni las historias que se contaban sobre él, ni su peculiar personalidad, tan diferente de la de los demás Consejeros; ni mucho menos, su peinado.

Eran sus ojos. En la mirada de Ubanaziel, Ahriel detectó algo dolorosamente familiar: la huella que había dejado en su alma un pasado lleno de sufrimiento. Ella sabía de qué se trataba, pues había visto algo similar en los ojos de los prisioneros de Gorlian, y tenía la sospecha de que ese dolor se veía reflejado también en su propia mirada. Nunca la había preocupado, ya que hacía ya tiempo que sabía que ella no era un ángel como los demás, que su paso por Gorlian la había cambiado para siempre. Porque los ángeles no entendían de dolor, no conocían el verdadero significado de la angustia y el sufrimiento, y, hasta ese momento, Ahriel se había creído única y especial por haberlo experimentado.

Pero los ojos de Ubanaziel también hablaban de ese conocimiento.

Se preguntó qué habría visto en el infierno, y si las cicatrices de su cuerpo eran reflejo de las que laceraban su alma.

Si no eran tan diferentes... si Ubanaziel era el único, entre todos los Consejeros, y, probablemente, entre todos los ángeles, capaz de comprender lo que Ahriel había sufrido en Gorlian... tal vez apoyaría su petición ante el Consejo.

—¿Cómo has dicho? —preguntó entonces Lekaiel, repuesta ya de la sorpresa—. Me temo que no te he oído bien.

—La has escuchado perfectamente —gruñó Ubanaziel, despegando los labios por primera vez—. Esta loca pretende abrir la puerta del infierno.

Su voz era seca, dura, y desprovista del armonioso timbre angélico. Ubanaziel tampoco había sido nunca muy diplomático; decía las cosas tal cual las pensaba, y ello había ocasionado problemas al Consejo en más de una ocasión. Por fortuna para Lekaiel y los demás, había pocos asuntos que mereciesen el interés del Guerrero de Ébano. Sin embargo, estaba claro que sí tenía mucho que decir acerca de aquella petición.

—Tenía la esperanza de que Ahriel no hubiese recapacitado bien antes de hablar —replicó Lekaiel, con voz gélida—. Porque, aunque yo no lo habría expresado en esos términos, está claro que abrir la... puerta del infierno... es...

—Un desatino —cortó Ubanaziel—. La respuesta del Consejo es no, y no hay más que hablar.

Probablemente los otros ángeles estaban de acuerdo con él en cuanto al fondo, pero Ahriel detectó que no les gustaba que Ubanaziel hablara por todos ellos, y menos de forma tan rotunda. Hubo murmullos, que Lekaiel acalló con un solo gesto.

—Dado que todos tenemos claro que resulta una medida tan... excesiva... —matizó todavía con frialdad—

imagino que también Ahriel será consciente de lo inusual de su petición... y tendrá algún motivo para plantearla.

—Que está loca, por supuesto —dijo Ubanaziel, irguiendo las alas y cruzando sus poderosos brazos ante el pecho—. Ha vivido una experiencia que, es evidente, ha cambiado su forma de ver el mundo, y ahora se cree con derecho a decidir lo que se puede o no se puede hacer; piensa que, por el simple hecho de haber sobrevivido a ese lugar, está preparada para enfrentarse a todo lo que habita en el infierno. Está loca, sí —añadió, frunciendo el ceño—. Pero, además, es una loca arrogante.

Ahriel luchó por contener la ira que aquellas palabras provocaron en su corazón. Estaba desencantada, ciertamente, porque no era aquella la respuesta que había esperado. Pero, aunque sabía que seguía bien cuerda, no tenía más remedio que reconocer que Ubanaziel la había calado en todo lo demás. Y de qué manera.

—Aun así, debemos dejar que exponga sus razones —replicó Lekaiel, recuperando el mando de la situación—. Ahriel, ¿por qué quieres abrir la puerta del infierno?

Ubanaziel sacudió la cabeza, en señal de desaprobación, y las cuentas que adornaban sus trenzas tintinearón un breve instante. Sin embargo, no volvió a interrumpir.

Ahriel inspiró hondo, replegó un poco las alas y respondió:

—Hace unos meses, detuve a la reina Marla cuando acababa de invocar a un poderoso demonio al que llaman «el Devastador». Logramos volver a cerrar la puerta al infierno que ella había abierto. Yarael, el ángel guardián de la princesa Kiara, hoy reina de Saria, murió en aquella batalla.

—Estábamos al tanto —asintió Lekaiel.

—Marla fue arrastrada al infierno, junto con el Devastador, cuando la puerta se cerró de nuevo —prosiguió Ahriel—. Me propongo cruzar la puerta para encontrarla.

Nuevo silencio. En esta ocasión, sin embargo, fue Radiel quien lo rompió:

—Resulta conmovedor tu apego hacia tu protegida. Sin embargo...

—No me habéis entendido —cortó Ahriel, sacudiendo su melena negra con energía—. No tengo la menor intención de rescatarla. Si el infierno es un lugar tan terrible como se cuenta, entonces es el lugar donde merece estar.

—¿Quieres decir...? —preguntó Radiel, alzando una ceja.

Ahriel respiró hondo de nuevo.

—Ya os he hablado de Gorlian, la prisión mágica que Marla creó. Allí no hay barrotes, ni celdas, ni muros... pero no se puede escapar de ella. Es un territorio en el que sólo hay un lodazal infecto, una cadena de montañas y un desierto yermo... habitado no sólo por criminales de todas las calañas, sino también por monstruos sanguinarios generados por la más oscura de las magias. Todo ello, sin embargo... está encerrado en una pequeña bola de cristal.

—¿En una... bola de cristal, has dicho? —inquirió Lekaiel, perpleja.

—Eso he dicho, Consejera. Comprenderéis, pues, que la técnica mágica que llegó a dominar Marla es bastante avanzada, teniendo en cuenta que se supone que la magia negra lleva siglos extinta. Sin embargo, ella fue capaz de crear ese... ese lugar inmundo, con ayuda de una secta cuyo origen no llegué a desentrañar del todo. Actualmente, esa esfera de cristal que contiene Gorlian, y a todos los seres humanos que habitan en ella, se encuentra en paradero desconocido. Marla se llevó consigo al infierno el secreto de su ubicación. Podría estar todavía en su poder. Podría estar en manos de esa secta de magos negros. Si se tratara de una prisión en la que sólo hay criminales, tal vez no llegaría a estos extremos... pero me consta que hay gente inocente encerrada allí dentro. La propia reina de Saria fue una de sus víctimas y podrá confirmar mis palabras. Si Gorlian está en malas manos, nada nos asegura que no vayan a seguir introduciendo prisioneros allí dentro de forma indiscriminada. La mayor parte de la gente encerrada en Gorlian encuentra una muerte horrible y brutal los primeros días. Los que sobreviven... terminan convirtiéndose en seres bestiales y despiadados. Y lo peor es que, dado que no existe ninguna posibilidad de escapar de allí, sus descendientes también están condenados a una vida de miseria en esa inmunda prisión...

—Pero tú escapaste —objetó Radiel.

—Sí —repuso Ahriel—. Es una larga historia.

—Sin embargo, si tú lograste escapar, otros podrán hacerlo.

—No. Consejero, no podrán. A menos que tengan alas.

—Comprendo —murmuró Radiel, tras un breve silencio.

No era toda la verdad, pero, por el momento, bastaría. En realidad, para escapar de Gorlian había que conocer el lugar exacto donde se ubicaba la única entrada y salida, oculta en una caverna en el pico más escarpado de la Cordillera. Aun así, a Ahriel le habían inmovilizado las alas al arrojarla a la prisión, y sólo había logrado huir de ella porque a Marla se le había antojado, meses después —años, según el tiempo distorsionado de Gorlian—, que la necesitaba en el mundo exterior para invocar al Devastador. Por ello había enviado a uno de sus agentes infiltrado en un grupo, encabezado por la princesa Kiara, ahora soberana de Saria, que tenía como objetivo rescatarla. Sin las indicaciones del traidor —Ahriel se negaba incluso a evocar su nombre, tal era la rabia que le producía su simple recuerdo— jamás habrían dado con la salida. «Y no llegué a sospechar nada en ningún momento», se dijo, abatida. «Estaba tan cegada por la sed de venganza que no me di cuenta de cuáles eran sus intenciones hasta que fue demasiado tarde». Pero aquello era demasiado doloroso y personal como para que quisiera compartirlo con el Consejo. Naturalmente, y aunque ningún humano podría apreciarlo a simple vista, la ligera desviación anormal que presentaban sus alas podía indicar a cualquier ángel que había sufrido una lesión en ellas, una lesión que podría haber afectado a su capacidad de vuelo. Pero nadie le preguntaría al respecto. La idea de que un ángel pudiese quedar encadenado a tierra resultaba tan terrible que evitaban pensarlo siquiera.

No poder volar... era un castigo tan espantoso para un ángel, tan atroz e inimaginable, que no valía la pena atormentarlos relatándoles su experiencia. Por un breve instante disfrutó con la visión de Lekaiel y Radiel transformando su expresión marmórea en un gesto de horror, y jugueteó con la idea de turbarlos relatándoles sus vivencias en Gorlian con todo lujo de detalles. Pero sabía que no iba a hacerlo; como Reina de la Ciénaga, había sido dura y despiadada, pero todavía no era tan cruel. Se preguntó, sin embargo, qué cara pondría Ubanaziel si se decidiera a contarlo. Y se sorprendió cuando, al mirar al Consejero, descubrió en sus ojos una mirada tan penetrante como si le hubiese leído el pensamiento... una mirada muy parecida a la que lo había visto dirigirle en su imaginación.

Incómoda, se preguntó si sólo él, de entre todos los ángeles, había adivinado que, durante años, la habían privado de la capacidad de volar.

Un ave con las alas rotas. Un espanto. Una criatura desgraciada y miserable. Más que una humana, pero menos que un ángel.

Sí; ésa era otra de las cosas por las que Marla tendría que rendirle cuentas cuando se reencontrasen, aunque fuera en el corazón del infierno.

—He buscado esa bola de cristal en todos los lugares imaginables —prosiguió—, para liberar a los inocentes que permanecen encerrados en ella y destruir esa prisión para siempre —no tuvo que imprimir convicción en sus palabras; sus propios sentimientos al respecto se derramaban sobre ellas, como un turbulento río de ira—. Pero no me queda más remedio que admitir que, sin las indicaciones de Marla, es como buscar una pluma en un vendaval. Necesito interrogarla al respecto. Necesito arrancarle la verdad.

—Y por eso quieres ir al infierno a buscarla —murmuró Lekaiel.

Ahriel asintió.

—Me siento responsable por toda esa gente. Estuve tan cerca de ellos y no pude ayudarlos. Y luego los dejé atrás al escapar. Mi misión en Karish no se habrá completado hasta que no solucione el problema de Gorlian.

—Tu misión en Karish consistía en asegurarte de que Marla se convirtiera en una gobernante recta y justa —replicó Didanel, la más joven de los Consejeros, con ojos centelleantes.

—Lo sé; y por eso debo ser yo quien solucione los problemas del reino que estaba a mi cargo. Además, no se trata sólo de Gorlian. —Ahriel tomó aliento; si el argumento que iba a proponerles a continuación no los convencía, nada más podría hacerlo—. He buscado también señales de la secta que corrompió a Marla, pero ocultan bien sus huellas y no he sido capaz de localizarlos. Me propongo interrogarla también al respecto. Creo que es importante que demos con ellos y arranquemos el problema de raíz, antes de que se hagan más poderosos y extiendan su negra mano por otros reinos.

Los rostros de los Consejeros no variaron un ápice, pero Ahriel detectó un brillo de alarma en sus ojos, y supo que estaba ganando la partida

—Y, si tan importante es, ¿por qué razón deberías ser tú quien se ocupara de ello? —interrogó Radiel.

—Porque ya he tratado con ellos y he visto su obra. Los conozco. Y porque todo esto ha sucedido en Karish y es, por tanto, mi responsabilidad.

—Se le debe dar una oportunidad para enmendar su error —asintió Lekaiel.

—¿Permitiéndole abrir la puerta del infierno? —dijo Adenael.

—Si no existe otro modo...

—Existen muchos otros modos, Lekaiel. Por muy bien que se hayan escondido esos humanos, tienen que haber dejado huellas en alguna parte. Si dedicáramos más tiempo a investigar...

—¡Pero es que no tenemos más tiempo! —exclamó Ahriel, y los Consejeros se volvieron hacia ella, sorprendidos y molestos por su osadía—. No lo tenemos —repitió ella, en voz más baja—. Los días en Gorlian no transcurren a la misma velocidad que en el exterior. En este rato que hemos estado hablando, sus prisioneros han sufrido su encierro durante días, puede que semanas. Si nos demoramos más, transcurrirán años, o incluso décadas, antes de que los rescatemos. Muchos inocentes sufrirán y morirán antes de que eso suceda.

—Pareces muy preocupada por la suerte de esos criminales —observó Lekaiel.

—No todos son criminales —murmuró Ahriel—. Pero, incluso aunque lo fueran, los niños engendrados y nacidos en Gorlian no merecen ese destino. No tienen por qué pagar por los errores de sus padres.

—Si los criminales contuvieran su lujuria, no nacerían criaturas en ese lugar —gruñó Radiel.

—Estamos hablando de humanos —señaló Ahriel—. Es demasiado pedir que sepan contener su lujuria.

Naturalmente, no añadió que las cosas eran mucho más complejas, y que no se trataba de una simple cuestión de lujuria. Ella lo sabía muy bien. Sin embargo, conocía de sobra el concepto que los ángeles tenían de los humanos, y que aceptarían como válido aquel argumento.

Los Consejeros comentaron el caso en voz baja hasta que Lekaiel los hizo callar con un gesto.

—¿Has terminado ya de exponer todos los aspectos de tu petición, Ahriel? —preguntó.

—Sólo me queda insistir en una cosa —dijo ella—. Recordad, por favor, que lo que esa secta ha logrado requiere el dominio de magia negra muy avanzada. Que, igual que han seducido a una reina protegida por los ángeles, podrían embaucar a muchos humanos más. No sabemos hasta dónde ha llegado su influencia, pero es necesario... es imprescindible —recalcó— detenerlos antes de que sea demasiado tarde. Está en juego el equilibrio del mundo. Recordadlo, Consejeros, antes de tomar vuestra decisión.

Ahriel calló, dejando que sus palabras calaran en ellos. Como no añadió nada más, Lekaiel dijo:

—Bien; Ahriel solicita abrir la puerta del infierno para encontrar e interrogar a la reina Marla acerca de la suerte de esa prisión tan terrible de la que nos ha hablado y, al mismo tiempo, averiguar más cosas sobre esa secta que pretende resucitar la magia negra. Debemos valorar si todos los riesgos potenciales de esa incursión superan los beneficios que pueden derivarse de la misma o si, por el contrario, la suerte de los humanos de Gorlian y la información acerca de la secta no son asuntos que merezcan llevar a cabo una acción tan peligrosa. Y ahora, Consejeros, pronunciémonos sobre el particular.

Ahriel esperó mientras ellos cerraban los ojos y meditaban al respecto. Unos instantes después, Lekaiel volvió a hablar.

—¿Y bien? ¿Estáis a favor de concederle a Ahriel su petición?

La propia Lekaiel no podía participar en las votaciones, salvo cuando alguno de los miembros del Consejo no estaba presente. De este modo, había tan sólo siete votos útiles, por lo que no era posible que se diera un empate. Ahriel aguardó. Entonces, una mano se alzó, y después otra, y otra más.

Tres votos a favor.

Ahriel respiró hondo.

—Bien... —empezó Lekaiel, pero se interrumpió cuando un cuarto brazo se alzó, con energía, apoyando la petición. La Presidenta se quedó mirando a su dueño, perpleja—. ¿Ubanaziel? —pudo articular.

El Guerrero de Ébano se puso lentamente en pie. Su presencia era tan imponente que los presentes no tuvieron más remedio que prestarle toda su atención.

—Apruebo la demanda de Ahriel —dijo—, pero al mismo tiempo solicito del Consejo que se me permita acompañarla al infierno.

Hubo un murmullo sorprendido, y a la propia Ahriel le dio un vuelco el corazón. Miró a Ubanaziel, desconcertada. ¿Qué se proponía? ¿Por qué se había opuesto a ella con tanta firmeza, y ahora no sólo la apoyaba, sino que se ofrecía a acompañarla?

—Consejero... —empezó Lekaiel, todavía confundida.

—Si Ahriel no acepta mi compañía —prosiguió Ubanaziel—, entonces mi voto será negativo.

Dado que su voto sería decisivo para obtener la aprobación del Consejo, Ahriel comprendió que no tenía elección. Lekaiel lo entendió de igual manera.

—Consejero, me parece entender que exiges algo a Ahriel a cambio de tu voto favorable —comentó con voz helada.

—Lo hago por simple precaución, Lekaiel —respondió él—. No puedo votar a favor de que vaya sola al infierno, porque no está preparada para ello, aunque ella opine lo contrario. Si ha de ir, yo la acompañaré. De lo contrario, los riesgos de abrir la puerta del infierno resultarían incalculables, y por tanto no sería sensato apoyarla en su presunción.

Ahriel se esforzó por no descomponer la expresión neutra de su rostro, aunque su corazón latía con tanta fuerza que sentía que se le iba a salir del pecho.

Lekaiel inclinó la cabeza.

—Visto así...

—No creo que sea buena idea abrir la puerta del infierno, ni con Ubanaziel, ni sin él —declaró Radiel.

—Consejero, ya has expresado tu opinión con respecto a este tema en la votación —cortó Lekaiel con sequedad—. Si os parece bien, podemos volver a votar la demanda de Ahriel, incluyendo la matización de Ubanaziel. ¿Cuántos de vosotros estáis de acuerdo en que ella acuda a interrogar a Marla al infierno, acompañada del Consejero Ubanaziel?

El resultado fue el mismo de antes, pero en esta ocasión las manos a favor se alzaron con mayor decisión, y el propio Ubanaziel dio su voto a favor desde el principio.

—Ahriel —dijo entonces Lekaiel—, el Consejo Angélico aprueba tu demanda, con la condición de que Ubanaziel te acompañe en tu viaje. Irás al infierno para encontrar a Marla e interrogarla sobre el particular, y te asegurarás de que la puerta quede bien cerrada y no haya otras consecuencias.

Ahriel calibró rápidamente sus opciones. Viajar al infierno con Ubanaziel era, desde luego, una ventaja. El veterano Consejero tenía razón en que ella, pese a haber derrotado al Devastador, desconocía lo que podía agazaparse en el corazón del mundo de los demonios. Su expedición tendría muchas más probabilidades de éxito si él la acompañaba.

Pero, por otra parte, no podía quitarse de encima la sensación de que el Consejo le estaba imponiendo un perro guardián. En los últimos tiempos se había acostumbrado a hacer las cosas a su manera, y no le hacía gracia la idea de tener a Ubanaziel pegado a sus talones. Además, temía que él descubriera hasta qué punto era diferente de los demás ángeles. Porque no les había contado toda la verdad y, si viajaban juntos, era inevitable que saliera a la luz.

Sin embargo, si ahora rechazaba la compañía de Ubanaziel, el Consejo podía pensar que tenía algo que ocultar, que les había mentado o que sus razones no eran tan nobles como había tratado de aparentar.

No tenía otra salida. Inclinó la cabeza en señal de asentimiento.

—Será para mí un honor contar con la compañía del Consejero Ubanaziel —murmuró.

—En tal caso, no hay más que hablar —declaró Lekaiel—. Retírate, y que la Luz y el Equilibrio te guíen en tu camino.

Ahriel detectó que la bendición de la Consejera era más fervorosa de lo que era habitual en una simple fórmula de despedida. Sospechó que ella había entrevisto la oscuridad que se agazapaba en su alma y que había traído consigo de Gorlian, y la idea de que Ubanaziel iría con ella para vigilarla cobró todavía más fuerza. Sin embargo, asintió de nuevo y respondió:

—Gracias, Lekaiel. Gracias, Consejeros. Que la Luz y el Equilibrio continúen brillando sobre vosotros.

Después, dio media vuelta y salió de la sala, sintiendo en su nuca la penetrante mirada del Guerrero de Ébano.

Una vez fuera, buscó el abrigo de una glorieta que se abría sobre un impresionante acantilado y se asomó a la balaustrada para pensar. Sabía que los Consejeros aún hablarían del asunto durante un rato más, y que tendría que esperar a que la mandaran llamar para hablar de los detalles de su expedición.

No estaba segura de que su entrevista con el Consejo se hubiera desarrollado satisfactoriamente. Para ser sincera, ni siquiera tenía una idea clara de lo que quería o esperaba cuando se presentó en Aleian para pedirles audiencia. Quizá la aprobación de sus semejantes, o tal vez su rechazo, algo que la reafirmara en su determinación de hacer lo que consideraba correcto, pesase a quien pesase. Pero sí tenía claro que en ningún momento había imaginado que el mismísimo Ubanaziel se ofrecería voluntario para acompañarla. Tenía que reconocer, de todos modos, que eso no tenía nada de sorprendente. El Consejero era impredecible, todos lo sabían.

Su mirada vagó por el océano de nubes que se extendía a sus pies, mientras trataba de dilucidar si la compañía impuesta de Ubanaziel sería una ventaja o un inconveniente. «Terminará descubriéndolo todo», pensó. «Pero, con un poco de suerte, tal vez no le importe. Quizá...».

—Ahriel —dijo tras ella una voz grave, sobresaltándola. Se volvió, justo para encontrar frente a ella el rostro, serio e impenetrable, del Guerrero de Ébano—. Sospechaba que te encontraría aquí. Es un lugar bastante apartado y solitario.

«¿Por qué presupone que me gusta estar sola?», se preguntó ella, algo molesta. «¿Acaso porque soy diferente? ¿Cree que rehúyo a los otros ángeles como si estuviese apestada?».

—Pensaba que las deliberaciones se alargarían bastante más —respondió, sin embargo.

—No había mucho más de que hablar —replicó él, encogiéndose de hombros—. Al menos, no con ellos. Pero debía decirte algo antes de emprender el viaje. Y debía decírtelo a solas.

Ahriel se las arregló para componer una cierta expresión hermética, pero su corazón se aceleró un poco, alerta.

—Debes saber —prosiguió Ubanaziel— que, si he accedido a acompañarte, es porque sé que ibas a abrir la puerta del infierno de todos modos, con nuestro consentimiento o sin él.

La sorpresa que se pintó en el rostro de Ahriel fue absolutamente genuina.

—Yo no...

—Por favor —la interrumpió él, moviendo la mano con cierto gesto ofendido—. Quizá sepas mentir con cierta facilidad, pero no voy a ser yo quien te fuerce a hacerlo, así que te recomiendo que no lo intentes, no conmigo. Probablemente pienses que el hecho de pedir autorización al Consejo basta para que creamos que tienes en cuenta nuestra opinión, pero yo sé que no es así. Quién sabe qué retorcidas razones te han traído hasta aquí hoy, Ahriel; pero tú y yo sabemos que no necesitas nuestro permiso ni nuestra aprobación para hacer lo que estás planeando. Tus palabras decían una cosa, pero tu mirada te traicionaba. Lo que has hecho hoy ha sido advertirnos de tus intenciones, no solicitar nuestro beneplácito. Por eso, porque pienso que nadie va a detenerte, voy a acompañarte. Porque no sabes dónde te metes, niña, y no cambiarías de idea ni aunque el Consejo en pleno rechazase tu petición. Eres obstinada, Ahriel, y eso, aunque ahora no lo creas, puede volverse en tu contra.

Ahriel callaba. No tenía sentido negar que era así.

—Lo segundo que tenía que dejar claro —continuó él—, es que, aunque probablemente creas honradamente en las razones que has expuesto allí dentro, yo sé que tienes otro motivo para ir al infierno, un motivo que no has querido desvelarnos. Sé que no haces esto por responsabilidad, ni por altruismo. Lo haces por razones personales, razones poderosas que aún desconozco. Cuando hablabas de los prisioneros de Gorlian he leído la angustia en tus ojos; no dudo de que quieres rescatarlos, pero estás sufriendo por alguien en concreto, Ahriel, y es por ese alguien por quien estarías dispuesta a arriesgarlo todo. También sé que Marla no te es indiferente. La odias, y aún deseas vengarte por todo lo que te hizo. Eres obstinada y arrogante, y te consumen la desesperación y la sed de venganza. La gente como tú es presa fácil de los demonios. No durarías ni dos segundos en el infierno.

Ahriel no se molestó en responder. Entornó los ojos y dejó que Ubanaziel leyera en su mirada lo irritada que se sentía va que al narecer sabía hacerlo tan bien. El Consejero sonrió y fue una sonrisa torva y torcida impronía de

un ángel.

—No sé qué hay en Gorlian que eches tanto de menos, ni me importa —concluyó—, pero has de saber que no voy a permitir que tus sentimientos nos lleven a todos al desastre. Por eso voy a acompañarte. Porque no tienes ni idea, no sabes a qué te estás enfrentando ni lo que implica abrir la puerta del infierno y tratar con demonios. Porque no quiero despertarme una mañana y volver a ver el cielo cubierto de alas negras. ¿Me he explicado bien?

Ahriel le devolvió una media sonrisa, un tanto feroz y bastante inquietante. La clase de sonrisa que habría desconcertado a Lekaiel y habría hecho desconfiar a los demás miembros del Consejo, porque reflejaba mucho de lo que había en el fondo de su alma. La había ocultado ante los demás ángeles, pero había comprendido que no tenía sentido fingir frente a Ubanaziel.

Porque él la estaba obsequiando con una sonrisa semejante.

—Te has explicado con total claridad, Consejero —respondió ella, con placidez.



II. Gorlian

Zor se detuvo en lo alto de un promontorio, hincó el bastón en el suelo y paseó su mirada por el horizonte, cubierto de una húmeda neblina gris. Bajo aquellos vapores, el muchacho lo sabía muy bien, se ocultaba la Ciénaga, una extensión de lodo pestilente y traicionero, en la que pululaban todo tipo de criaturas desagradables, la clase de seres contra los que su abuelo le había advertido desde que era un niño. Contempló las siniestras sombras de los árboles del fango, que alzaban sus ramas, desnudas y retorcidas como garras, hacia el cielo viciado de Gorlian, y se estremeció.

No era la primera vez que llegaba tan lejos. El Desierto no siempre ofrecía suficiente alimento a sus moradores, por lo que Zor, desde muy joven, se había visto obligado a acercarse a los confines de la Ciénaga para pescar repulsivos peces del fango o recolectar ramas, musgo o lianas para hacer herramientas. Siempre lo hacía temprano, por la mañana, cuando la niebla era aún espesa, cuando las criaturas nocturnas habían regresado ya a sus cubiles, y las que cazaban de día todavía estaban sacudiéndose los últimos restos del sueño. Se movía como un fantasma, con los jirones de su larga capa aleteando tras él, ocultándose entre las rocas, atento a cualquier sonido extraño. Y no rehuía solamente a los engendros, sino también a los humanos. «No te acerques a ellos», solía gruñir su abuelo. «Son peores que las bestias. Y ella es, sin duda, la más sanguinaria de todos».

Nunca pronunciaba su nombre, si es que ella tenía alguno, pero Zor sabía muy bien a quién se refería. La Reina de la Ciénaga. La Señora de Gorlian.

Tanto los habitantes de aquel lodazal como los de la Cordillera estaban a sus órdenes. Y eran gentes crueles y violentas. Personas de las que debía huir, igual que si se tratara del más voraz de los engendros.

Por eso, por ellos, el abuelo había abandonado la Ciénaga tiempo atrás, y se había instalado en el Desierto. Allí apenas había nada que comer o beber, pero tampoco había personas. Allí, la Reina de la Ciénaga no los molestaría.

Zor, sin embargo, siempre había soñado con explorar otros lugares. Y, aunque sabía que Gorlian no tenía nada que ofrecer más allá de la Ciénaga y la Cordillera, siempre sería algo más, algo nuevo, distinto de la monótona extensión pétreo y arenosa que lo había visto crecer. Y, en cuanto a las personas... bien, ésa era otra cuestión.

Oyendo hablar al abuelo, cualquiera podría pensar que todos los seres del mundo eran malvados, a excepción de ellos dos. Desde que era niño, le había prohibido acercarse a las personas, hablar con ellas, incluso dejarse ver. En los últimos tiempos el muchacho, cansado y aburrido de su vida en el desierto, se había rebelado contra aquellas normas, había discutido con su abuelo y había amenazado con escaparse. Pero nunca lo había hecho, porque en el fondo de su corazón temía que él estuviese en lo cierto.

Por eso ahora tenía la sensación de que estaba viviendo un mal sueño del que no tardaría en despertar.

Tras una larga y agónica enfermedad, finalmente su abuelo había muerto días atrás, acurrucado sobre su jergón, en el fondo de la pequeña caverna arenosa que ambos compartían. Sin embargo, antes de cerrar los ojos definitivamente, lo había obligado a hacer una promesa.

—Pajarillo —le dijo, con apenas un hálito de voz—. Cuando yo me vaya, vas a quedarte totalmente solo...

—No, abuelo... —balbuceó él, con los ojos llenos de lágrimas; pero el anciano lo hizo callar con un gesto autoritario y prosiguió:

—Creo que te he enseñado bien. Sabes valerte por ti mismo, sabes buscar comida y sobrevivir en nuestro mundo. Yo sabía que no estaría a tu lado siempre, y que llegaría el momento en que tendrías que saltar del nido y echar a volar tú solo. Ese momento ha llegado.

Zor negó con energía, tratando de decirle que no lo consentiría, que se iba a poner bien; colocó las manos sobre su frente para iniciar el círculo de curación pero su abuelo las apartó de un golpe:

—Déjalo, pichón; ya es demasiado tarde para esto. Gracias a tus cuidados he vivido mucho tiempo, más del que me correspondía. Pero no soy eterno, y ambos sabemos que ha llegado mi hora. Por eso, y antes de que sea demasiado tarde, quiero pedirte algo. Jura por todo lo más sagrado que lo cumplirás.

El muchacho, inquieto ante el brillo febril que se encendió de pronto en la mirada del anciano, inquirió:

—¿De qué se trata, abuelo?

—¡Júralo! —insistió él, y su voz se quebró en un arranque de tos que amenazó con partirlo en dos.

—¡Está bien, está bien, lo juro! —se apresuró a responder el chico, alarmado.

El abuelo se calmó un poco, se recostó sobre el jergón y respiró hondo un par de veces. Zor se estremeció al escuchar el silbido que hacía el aire al entrar en sus pulmones.

—¿Qué es... lo que tengo que hacer? —se atrevió a preguntar, en un susurro.

El anciano lo miró con ojos cansados.

—Lo que tienes que hacer —respondió, con un suspiro— es marcharte de aquí.

—¿Marcharme de aquí? ¿Buscar otra cueva, quieres decir?

Pero su abuelo sacudió la mano con impaciencia.

—No, no, no. Marcharte de aquí. Del Desierto. Y quizá algún día, pichón, puedas volar lejos, muy lejos... fuera de Gorlian, tal vez.

«Está delirando», se dijo el muchacho. No existía nada más allá de Gorlian. Pero había jurado que cumpliría su promesa, y lo que había más allá del Desierto eran la Cordillera y la Ciénaga. El corazón le dio un vuelco. ¿De verdad pretendía su abuelo que abandonara su hogar para irse a explorar aquel lugar de pesadilla?

—¿Quieres decir... me estás pidiendo... que vaya a la Ciénaga? Pero, abuelo, tú siempre has dicho...

—No importa lo que yo siempre he dicho —cortó el viejo—. Ahora ya no. Escúchame de una vez y deja de interrumpirme. Tienes que irte de aquí, dejar atrás el Desierto, cruzar la Cordillera y adentrarte en la Ciénaga. Y buscarla a *ella*.

Y, esta vez sí, el corazón de Zor se encogió de terror.

—¿A *ella*? ¿A la Reina de la Ciénaga? —preguntó, y su voz sonó parecida al chillido de un ratón.

—A *ella*, sí. Cuando yo muera, ve a verla, y cuéntale lo que ha pasado, y que te has quedado solo. Dile que te envía Dag, el viejo Dag. Eso debería bastar.

Zor tragó saliva. Su abuelo jamás le había revelado su nombre hasta aquel momento. Para él, siempre había sido «el viejo» o «el abuelo».

—¿Lo recordarás?

—Dag, el viejo Dag —repitió él, con voz temblorosa.

—Bien —aprobó el anciano—. Pero escúchame, porque esto es importante: ¿te acuerdas de todo lo que te he enseñado acerca de no dejarte ver, y de no hablar con nadie?

Zor asintió débilmente.

—Pues eso sigue en pie, no lo olvides nunca. Cuando te vayas, llévate tu capa y la de repuesto, y no las pierdas por nada del mundo. No hables con nadie, no dejes que nadie te vea. Nadie, salvo ella.

—¡Pero me matará! —objetó el chico, presa de pánico.

Los labios del abuelo se curvaron en una torva sonrisa.

—No, no te matará, muchacho, si eres inteligente y sabes presentarte ante ella en el momento adecuado: a solas.

¿A solas con la Reina de la Ciénaga? Incluso ahora, tiempo después de la muerte de su abuelo, y pese a que ya había tomado su decisión, el joven seguía estremeciéndose de puro terror cada vez que pensaba en ello. No era para menos; desde que podía recordar, el anciano siempre le había hablado de la Señora de Gorlian como de la criatura más peligrosa que jamás había pisado aquellas tierras. Peor que los asesinos, que todos los criminales juntos, peor incluso que los engendros. Para el muchacho, la Reina de la Ciénaga era el más temible de los monstruos que poblaban su mundo. ¿Cómo pretendía ahora que fuese a visitarla, como si nada?

Zor habría sido capaz de romper su promesa, se habría justificado a sí mismo pensando que aquella absurda reticencia eran sólo los delirios de un moribundo. Si no hubiese sido por eso que su abuelo dijo justo después de

obligarlo a hacer aquel juramento.

—¿Y qué se supone que debería decirle? —había preguntado el chico, todavía conmocionado.

Y entonces, su abuelo le había dirigido una misteriosa sonrisa.

—Nada, pichón. Lo que deberías preguntarte es, más bien, qué es lo que ella tiene que decirte a ti.

—¿Ella? ¿Decirme, a mí? —repitió Zor, sin salir de su asombro.

—Lo que tiene que contarte... —murmuró él, cerrando los ojos—, es muy, muy importante... Me ordenó en su día que no te lo dijera... y por eso te he mantenido alejado de ella... pero ha llegado la hora...

—¿La hora de qué, abuelo? ¿Qué es lo que tiene que contarme?

Sin embargo, el anciano sólo fue capaz de musitar de nuevo:

—... júralo...

Y cayó en un profundo sopor, del que ya no llegó a despertar.

Al día siguiente, estaba muerto.

Zor lloró amargamente la pérdida de la única persona que lo había acompañado durante toda su vida. Cavó una tumba y allí lo enterró, porque eso era lo que él había querido. Después, pasó el resto del día sentado a la sombra de un peñasco, con los brazos en torno a sus rodillas, pensando.

Aún tardó una semana más en decidirse a partir. No era que hubiese perdido el miedo a la Reina de la Ciénaga, ni tan siquiera que deseara fervientemente hacer cumplir la última voluntad de su abuelo. Se trataba de que, incluso en sueños, los ecos de aquella última pregunta que había quedado sin responder seguían atormentándolo: «¿Qué es lo que tiene que contarme? ¿Qué tiene que decirme a mí la Reina de la Ciénaga?».

—Esto es absurdo —se dijo a sí mismo aquella mañana, en lo alto del promontorio—. Me voy a jugar la vida por los desvaríos de un viejo...

Se le quebró la voz. Su abuelo había sido mucho más que un viejo. Había sido toda su familia. Todo lo que tenía. Y empezaba a sospechar que, si se había esforzado tanto en tratar de que la Reina de la Ciénaga figurara en sus peores pesadillas, no se debía a que fuera realmente tan peligrosa, sino por miedo a que ella le revelara antes de tiempo aquel secreto que se había llevado consigo a la tumba. «Pero ¿y si no es así? ¿Y si de verdad estaba delirando?», se preguntó, una vez más.

Respiró hondo. La otra alternativa era pasar el resto de su vida en el desierto, solo.

Y la soledad ya le pesaba. Apenas cinco días después de la muerte de su abuelo ya gritaba al eco en lo alto de las peñas y hablaba con los insectos. Cuando se dio cuenta de lo que estaba haciendo, fue aún más consciente que antes de lo mucho que había significado su abuelo para él.

De modo que había partido, dando la espalda a su vida anterior. Había cruzado el Desierto, primero, y la Cordillera, después, y había llegado al margen de la Ciénaga. Hasta allí, era un camino conocido. Más allá, sin embargo, todo sería nuevo.

Pero no dejaba a nadie atrás, nadie que lo esperara o lo echara de menos... así que sólo le restaba seguir adelante.

Con un suspiro de resignación, empezó a descender por la pendiente.

Se internó en la Ciénaga con una precaución que rayaba en la paranoia. En los márgenes del pantano se había sentido tranquilo y seguro de sí mismo. Había crecido aprendiendo a ocultarse, a fundirse con la niebla, a ser una sombra que sólo podía llegar a atisbarse por el rabillo del ojo. Porque sabía que, a la menor señal de peligro, podía dar media vuelta y correr a ocultarse entre los peñascos de la Cordillera y, más allá, entre las dunas del Desierto, a donde nadie iría nunca a buscarlo. Pero aquel día, a medida que avanzaba por la sombra de los árboles del fango, tanteando paso a paso el barro que pisaban sus pies, esa sensación de seguridad se esfumaba con rapidez. Reprimió un ataque de pánico cuando el lodo le llegó a la rodilla, y se obligó a sí mismo a respirar hondo y tranquilizarse. Volvió la vista atrás. No fue capaz de distinguir ya la orilla. Si surgía algún peligro, no podría correr a refugiarse en su territorio, no con la suficiente rapidez. No había vuelta atrás.

El día fue largo y agotador. No tuvo problemas para pescar peces del fango, pues había aprendido a hacerlo desde que era muy niño. Sin embargo, pronto descubrió que algo tan sencillo y cotidiano como encender una

hoguera para asarlos se volvía completamente imposible en el húmedo ambiente de la Ciénaga. Frustrado, resolvió guardar el pescado para más tarde, cuando encontrara un pedazo de suelo o de roca lo bastante seco como para prender un fuego sobre él.

Pronto descubrió que el concepto «suelo seco» no era algo que existiera en la Ciénaga.

Cuando empezó a oscurecer, Zor buscó con empeño algún lugar donde refugiarse, sin éxito. Apenas sentía los pies, porque los tenía totalmente entumecidos de arrastrarlos todo el día por el lodo, que en aquellos momentos le llegaba por encima de las rodillas. Tampoco había encontrado otra cosa que comer y, aunque aún guardaba los peces en su morral, todavía no había podido encender una hoguera. Y, pese a que su vida en el Desierto lo había acostumbrado a comidas frugales, no recordaba haberse sentido nunca tan hambriento.

«Se acabó», pensó, agotado y muerto de frío. «Mañana me vuelvo a casa».

Pero no era una buena idea regresar justo en aquel momento, con la noche a punto de caer sobre la Ciénaga. Debía encontrar un lugar donde dormir. Al día siguiente daría media vuelta y regresaría al Desierto.

Finalmente, optó por trepar a uno de los árboles del fango y acomodarse sobre él. Utilizó su capa de repuesto para anudar una hamaca entre las dos ramas más sólidas y se envolvió en ella, con un suspiro de alivio. Mientras se masajeaba los pies, tratando de hacerlos entrar en calor, pensó que era una suerte que su cuerpo fuera tan ligero. «Como el de un pajarillo», recordó que solía decir su abuelo.

Zor no sabía lo que era un pajarillo. No había nada de eso en el Desierto, ni tampoco en la Cordillera, que él supiera, por lo que dio por sentado que sería algún tipo de cosa o criatura que habitaba en la Ciénaga. Cuando le había preguntado al anciano al respecto, mucho tiempo atrás, éste se había reído con amargura, pero no había respondido.

Con un suspiro, se acurrucó en su improvisada hamaca y trató de ignorar el sonido de su estómago, la humedad y el desagradable olor a podrido que impregnaba la Ciénaga. Pese a todo ello, no tardó en quedarse profundamente dormido.



Cuando se despertó, bien entrada la mañana, tardó unos instantes en recordar dónde estaba, y debido a ello casi se cayó del árbol. Se aferró con fuerza a su capa, tendida entre las dos ramas, y respiró hondo, intentando situarse. Lo primero que notó fue la niebla de Gorlian calándole hasta las entrañas. Lo segundo, el hambre. Gimió por lo bajo. Su casa estaba muy lejos, y no creía que fuera capaz de llegar hasta los márgenes de la Ciénaga sin comer, aunque sólo fuera un poco. Además, y aunque estaba acostumbrado a subsistir con poca agua, había amanecido especialmente sediento.

Rebuscó en su morral y topó con un paquete cuidadosamente envuelto en piel. Al sacarlo y examinar su contenido, descubrió los peces que había capturado el día anterior, pero que no había sido capaz de cocinar. Tras un breve instante de duda, se decidió a devorarlos crudos. Torció el gesto; tenían una textura repugnante, húmeda y resbaladiza, y el sabor a barro era mucho más intenso de lo normal. Pero, aun así, se los comió todos. Después, sacó el odre del morral. Chupó casi con desesperación y logró extraer de él dos o tres gotas de agua que aplacaron un poco su sed.

Mientras volvía a guardarlo todo en su bolsa, dispuesto a partir, oyó de pronto el sonido de unas voces humanas, y se quedó helado, en el sitio. Se asomó con precaución por el borde de la hamaca y oteó entre la bruma, aterrado. No tendría tiempo de bajar del árbol, recoger su capa de repuesto, buscar un escondite y ocultarse en él antes de que lo vieran. Y no debían verlo. Nadie debía verlo.

En un gesto automático, se envolvió todavía más en su manto, ocultando especialmente su espalda. Era algo que le habían enseñado a hacer desde niño en presencia de otras personas. Esconder *aquello* de la mirada de otra gente. *Aquello* que lo hacía diferente.

Descubrió entonces las siluetas de los dueños de las voces. Se acercaban hacia su árbol, pero, comprobó Zor

con alivio, eran pescadores. Mantenían la mirada baja y sus palos afilados cerca de la superficie del fango. Los pescadores no tenían por costumbre mirar hacia arriba, sino hacia abajo, a sus pies. Había posibilidades de que no lo vieran en lo alto de su árbol, por lo que Zor se aovilló en el interior de su hamaca, cerró los ojos y deseó que el peligro pasara rápidamente.

—... otra batida por la zona sur de la Cordillera —estaba diciendo uno de los pescadores.

—¿De verdad? Bueno, es una pérdida de tiempo —opinó el otro. Hablaban en voz baja, como toda la gente de la Ciénaga, pero Zor los oía con claridad—. No van a encontrar nada. Ella se ha ido, te lo digo yo.

—¿De Gorlian? —el primer pescador dejó escapar una risa seca—. Sigue soñando.

—¿Por qué no? Ella no era como nosotros, ya lo sabes. Era cuestión de tiempo que se marchara. Alguien se habrá dado cuenta y la habrá sacado de aquí, o tal vez...

—¿Sí? ¿Crees que se fue volando? —se rió de nuevo—. Te diré lo que yo creo: pienso que alguien fue capaz de ganarle la espalda y la derrotó, y dejó su cadáver flotando en la Ciénaga, donde ha sido pasto de los engendros —escupió con desprecio—. Y es lo que se merecía.

—No sé si lo merecía o no —replicó el segundo—, pero voy a decirte una cosa: vamos a tener problemas, muchos problemas, si ella no regresa. Porque no tardará en aparecer alguien que quiera ocupar su lugar, ya sabes lo que quiero decir. ¿Y quién será? ¿Ese bestia de Gon? ¿Los locos de la Cordillera? ¿O la pandilla de Tora?

El otro pescador chasqueó la lengua, dejando claro que opinaba que ninguno de ellos era una buena opción.

—¿Quieres apostar? No creo que sea una buena idea.

—Pero pronto habrá que elegir un bando, ya lo sabes. Y también sabes que todo el que no toma partido se convierte en un paria; y cuando hay varios bandos, o perteneces a uno de ellos y tienes un grupo que te protege, o te quedas solo y te matan. Eso era lo bueno que tenía ella: que, mientras estuvo al mando, se acabaron las guerras de bandas.

—Porque sólo había una banda a la que pertenecer, y era la de ella. Ahora, por lo menos, hay más donde elegir...

Zor no llegó a escuchar la respuesta, porque los pescadores ya se alejaban. No había entendido gran cosa de la conversación, pero tenía una sospecha. ¿Estaban hablando los pescadores de la Reina de la Ciénaga? Y, si era así, ¿significaba eso que ella se había ido? Un inmenso alivio lo inundó por dentro. No había ningún sitio a donde ir más allá de la Ciénaga, así que, probablemente, el pescador estaba en lo cierto, y la reina estaba muerta. Eso quería decir que no podría hablar con ella y, por tanto, no tenía que cumplir el juramento que le había hecho a su abuelo.

Naturalmente, ello implicaba que se quedaría sin saber qué era aquello tan importante que tenía que decirle. Pero en aquel momento, acurrucado en lo alto de un árbol en un lodazal pestilente, hambriento, cansado y aterido de frío, a Zor no le preocupaba lo más mínimo.

Se asomó con precaución por el borde de su manto y espío a los pescadores mientras se alejaban. Como tenía por costumbre cuando veía a otras personas, se fijó especialmente en sus espaldas.

Desnudas. Por supuesto.

Ya no sintió la leve punzada de decepción que experimentaba cada vez que esto sucedía. Ya se había acostumbrado a la idea de que él era único, diferente. Sin embargo, aún no se había sacudido de encima la costumbre instintiva de mirar la espalda de los demás. Desde aquella primera vez.



Su abuelo solía tratar de vez en cuando con gente de la Cordillera, o incluso de la Ciénaga, para hacer trueques. Se le daba especialmente bien tejer utensilios de cañas, tallar instrumentos de piedra o fabricar ropas de piel. Debía de ser porque, debido a su enfermedad, le costaba mucho caminar y no podía correr para cazar o pescar. De modo que permanecía mucho tiempo en su cueva, sentado, confeccionando objetos. Tampoco sus dedos eran tan ágiles como antaño, y Zor sabía que le costaba incluso moverlos, pero el anciano se negaba a perder la movilidad de sus

manos, como había perdido la de sus rodillas, y por eso insistía en seguir trabajando. Todo lo que hacía lo intercambiaba por comida o materias primas: las cañas que no podía recolectar, la piel de engendros que ya no podía cazar...

Cuando Zor era un bebé, su abuelo solía llevarlo a su espalda, atado, como un fardo. Pero al crecer, y cuando eso se hizo más evidente, el anciano se dio cuenta de que ya no podría llevarlo consigo sin que llamara la atención. De modo que, durante un tiempo, se acabaron los trueques y las expediciones a la Cordillera. Sin embargo, cuando la necesidad lo obligó a salir de nuevo, confeccionó para Zor una capa larga, la primera que tuvo, y lo obligó a ponérsela.

—Vamos a ir a la Cordillera a hablar con unas personas —le dijo, muy serio—. Vas a venir conmigo. Pero, y escúchame bien, porque esto es importante, no vas a quitarte esta capa por nada del mundo, ¿me oyes? Quédate junto a mí, quieto, callado y sin llamar la atención. Y, como se te ocurra quitarte la capa, te juro por mi madre que te voy a dar una buena tunda cuando lleguemos a casa. ¿Me has entendido?

Zor era demasiado pequeño como para comprender las razones por las cuales debía llevar la capa, pero no lo bastante como para no saber lo que pasaría si desobedecía, de forma que asintió, intimidado, y durante el trayecto no se quitó el manto ni una sola vez, pese a que el calor asfixiante del Desierto lo hacía sudar por todos los poros.

El viaje transcurrió sin incidentes. En la Cordillera se encontraron con tres hombres que apestaban igual que la Ciénaga de la que habían salido. Siguiendo las instrucciones de su abuelo, Zor permaneció quieto, junto a él, bien oculto bajo su capa, mientras los adultos regateaban. Sin embargo, el niño estaba demasiado nervioso, y le costaba trabajo quedarse *quieto*. Contempló a los hombres con curiosidad y llegó a la conclusión de que, salvo por el olor y por el color del cabello y la barba, no eran muy diferentes de su abuelo. Ninguno de ellos llevaba capa, y no pudo evitar preguntarse si también «en aquello» serían como él. De modo que, aprovechando un momento en el que estaban distraídos, se apartó del anciano para mirarlos por detrás. Sólo quería echar un vistazo... un vistazo rápido, y volvería a su sitio, y nadie se daría cuenta. Pero uno de los hombres detectó su presencia y se volvió bruscamente, sobresaltándolo. Zor dio un respingo y retrocedió, tropezó con algo y cayó de espaldas, quedando sentado en el suelo.

—¿Qué tenemos aquí? —dijo el hombre, enseñando todos los dientes—. ¿Una pequeña rata husmeadora?

—No le hagas caso —dijo enseguida el abuelo—. Es sólo un niño revoltoso e impertinente. Zor, ven aquí —le ordenó.

El chiquillo se puso en pie, pero los hombres ya se habían fijado en él.

—¿Qué es ese bulto que tiene en la espalda?

—Una deformidad de nacimiento —respondió el abuelo—. Es un pobre crío jorobado. Y ahora, ¿podemos hablar de negocios?

—Entonces deberías sacrificarlo —dijo el segundo hombre—. Gorlian no es un lugar para mocosos débiles y lisiados. Si quieres, te puedo ahorrar la molestia —añadió, sonriendo de forma desagradable.

Zor dio un grito y salió corriendo, pero el otro lo retuvo por la capa y lo obligó a detenerse con brusquedad. Se hizo un breve silencio, un silencio atónito, casi horrorizado.

—La madre que... —empezó uno.

—¿Qué demonios es eso?

Zor notó que lo tocaban ahí y, de pronto, todo su miedo desapareció. Se revolvió como un salvaje y logró soltarse de los hombres de las Ciénaga. Después, corrió a refugiarse en brazos de su abuelo.

—Sólo es un pequeño lisiado —repitió éste, con calma—. Naturalmente, no vivirá mucho tiempo.

De pronto, los hombres parecían asustados.

—Na-naturalmente —convino uno.

—Y, por supuesto, no vale la pena mencionar su existencia a nadie. Especialmente a nadie a quien pueda interesarle.

Y los hombres se asustaron todavía más. El abuelo hablaba con mucha seriedad, incluso había una nota de amenaza en su voz. El hecho de que llevara el rostro oculto bajo las profundidades de la carucha —Zor no

comprendió hasta mucho más tarde que, por algún motivo, el anciano no quería dejarse ver... quizá para que nadie lo reconociera— hacía que sus palabras resultasen todavía más ominosas.

—Porque este niño es tan poco importante que ni siquiera existe —prosiguió—. Y tiene tan pocas posibilidades de sobrevivir que no verá un nuevo amanecer. Por eso, es mejor que no corra la voz de que lo habéis visto... o alguien podría enfadarse.

De pronto, los tres se mostraron visiblemente aliviados.

—Claro, no lo hemos visto —convino uno.

—Y, si lo hemos visto, no nos hemos fijado en él —puntualizó el otro.

—No queremos que *alguien* se enfade —asintió el tercero.

Terminaron de cerrar el trato y se marcharon, más deprisa de lo que habían llegado.

Cuando se fueron, el abuelo se inclinó trabajosamente para mirar a Zor a los ojos.

—¿Estás bien?

El niño asintió, amedrentado.

—¿Qué les pasa, abuelo?

El anciano suspiró con pesadumbre.

—Nada, pichón, que tienen miedo de lo que es diferente. Por eso te dije que te ocultaras. Y es muy importante que no le enseñes eso a nadie. Se asustarán, o se enfadarán, o intentarán hacerte daño, sólo porque eres distinto. Por eso no deben saber que lo eres.

Zor era lo bastante mayor como para saber, a aquellas alturas, en qué consistía esa diferencia.

—No lo sabrán —le aseguró a su abuelo, muy serio.

—Bien —asintió él, satisfecho.

Y entonces le dio la tunda que le había prometido.



Muchos años después, encaramando a un árbol del fango, Zor se retiró un poco la capa y acarició las sedosas plumas de sus alas, aquellas alas que habían brotado de su espalda nada más nacer y que eran parte de sí mismo, como sus brazos, o sus piernas. Su abuelo le había asegurado que, en contra de lo que les había dicho a los hombres de la Ciénaga, aquellas alas no eran algo malo ni anormal. Se trataba, simplemente, de que él tenía algo de lo que las demás personas carecían. No debía avergonzarse de ello, porque con aquellas alas podría hacer cosas maravillosas. Pero, como la gente era malvada, necia y envidiosa, era mejor que no supieran que las tenía.

Sólo cuando fue un poco más mayor comprendió Zor que, si vivían en el Desierto, lejos de la gente, era por su causa. Para que él pudiera pasearse a plena luz del día sin tener que cubrir su *diferencia* con una capa; para que nadie volviera a mirarlo de la forma en que lo habían hecho aquellos hombres. Para que pudiera aprender a volar.

Como un pajarillo, solía decir su abuelo. Y por eso lo había llamado Zor. Era una abreviatura de «azor», un ave orgullosa, poderosa y libre. Como aquel niño sería algún día.

El muchacho seguía sin saber qué era un ave, y mucho menos, cómo era un azor. Pero sí tenía clara una cosa: fuera como fuese, tenía alas. Como él.

Aguardó aún un largo rato antes de decidirse a abandonar su escondite, por si acaso. Entonces, con un suspiro, bajó de un salto al suelo cenagoso. Se estremeció de asco cuando sus pies chapotearon en el barro, pero se consoló diciéndose a sí mismo que no tardaría en estar de vuelta en su cálida cueva. Se encaramó al árbol para desatar ambos extremos de la capa, y después, de nuevo en el suelo, volvió a guardarla en su macuto. Estaba terminando de anudar el cierre cuando una mano cayó sobre su hombro, sobresaltándolo.

—Vaya, vaya... —masculló una voz ronca.

Zor se dio la vuelta de un salto para encararlo, ocultando su espalda a los ojos del desconocido. Era un hombre de mediana edad, de rostro arrugado y sucios cabellos grises. Por un momento le recordó a su abuelo, pero cuando

él le dedicó una sonrisa desdentada y una mirada repleta de malicia, se corrigió inmediatamente: no, no se parecían en nada, decidió. Trató de zafarse, pero el individuo lo sujetó con firmeza por el cuello.

—Quieto, zagal, no te vayas tan deprisa... Vamos, sé bueno y cuéntale al viejo Ruk lo que haces aquí... ¿estás solo?

Zor atrapó la oportunidad al vuelo.

—¡No! —exclamó—. Mi gente anda cerca y no tardará en notar mi ausencia. Son todos feroces guerreros y...

—Mientes —se rió el extraño, echando su fétido aliento sobre el rostro del muchacho—. ¡Torken! ¡Gaub! —llamó—. ¡Mirad lo que he encontrado!

Zor se retorció, tratando de escapar de las manos como garras del desconocido y de alcanzar el cuchillo de hueso que siempre llevaba atado al cinto. Pensó, sin embargo, que si se movía con demasiado ímpetu, su capa podía resbalar, y entonces sus alas quedarían expuestas a los ojos del hombre. Se detuvo un momento, inquieto, y ese instante de indecisión fue su perdición: su captor aprovechó para aferrarlo con más fuerza, y lo retuvo hasta que sus compañeros lo alcanzaron.

—Bah, Ruk, pero si es sólo un mocoso —dijo uno de ellos, decepcionado; era un tipo grande, de frente ancha y largas greñas castañas, que no parecía tener muchas luces—. No tendrá más de doce años.

—Es mayor de lo que parece, Gaub —señaló el viejo, un poco ofendido—. Lo que pasa es que está muy esmirriado. Yo le echo trece, quizá catorce, si es un hijo de Gorlian, como parece. De todas formas, si es joven, mejor: cuanto más mozo, más tierno.

Los tres lo contemplaron con atención y con un brillo extraño en los ojos. A Zor se le revolvieron las tripas de puro miedo.

—¿De dónde has salido, muchacho? —preguntó Ruk, con fingida amabilidad—. No eres de por aquí, ¿verdad?

El chico calló, temblando de miedo, mientras pensaba frenéticamente qué era lo que debía decir. Su abuelo nunca lo había preparado para eso.

El hombre lo sacudió sin contemplaciones.

—¡Te he hecho una pregunta, zagal! —le gritó—. ¡Contesta, si no quieres que te arranque la piel a tiras!

—¡Sólo estoy de paso! —chilló Zor, aterrado, y su voz sonó como un agudo graznido.

Los tres hombres rieron como si hubiese contado un chiste.

—¿Ah, sí? —dijo Gaub—. ¿Y a dónde vas, si puede saberse?

Zor tragó saliva. Decidió jugársela y dijo, tratando de sonar altivo y seguro de sí mismo:

—A ver a la Reina de la Ciénaga.

Los tres rieron aún más alto.

—¿Para qué?

—¡Porque me han enviado a verla!

—¿Quién?

Zor empezaba a cansarse de aquel interrogatorio. Recordó lo que le había dicho su abuelo antes de morir, y pensó que, si su nombre significaba algo para la Reina de la Ciénaga, también debía de impresionar a las gentes del barro, así que se arriesgó:

—Dag... El viejo Dag.

Funcionó, a medias. El nombre los hizo reaccionar, pero no de la forma en que había esperado. Ruk entornó los ojos y dijo, rechinando los dientes:

—¿Me tomas el pelo? El viejo Dag está muerto.

Zor no pudo disimular su turbación. ¿Cómo lo sabían? Era imposible que se hubiesen enterado tan pronto.

—El viejo Dag lleva muchos años muerto —añadió el rufián.

El chico dejó escapar una carcajada nerviosa. Eso era imposible. Sólo hacía doce días que lo había enterrado. El hombre, creyendo que se burlaba de él, levantó una mano para abofetearlo, pero el tercer miembro del grupo, el tipo larguirucho y de barba rojiza al que habían llamado Torken, lo detuvo.

—No, espera Ruk —dijo: sus ojos relucían divertidos—. Quiero escuchar el final de la historia. De modo

chico, que el viejo Dag te ha enviado a hacerle una visita a la Reina de la Ciénaga...

Los tres volvían a reírse sin disimulo. Zor empezaba a enfadarse al ver que no lo tomaban en serio.

—¡Es verdad! —protestó—. Dag ha muerto, es cierto, pero no hace años de eso, sino días. Vivíamos en el Desierto hasta entonces. Y antes de morir me pidió que le entregara un mensaje a la Reina de la Ciénaga. Un mensaje tan, tan importante —añadió— que, si la Reina no lo recibiese, se enfurecería... mucho.

Los tres cruzaron una mirada, y Zor pensó que se habían tragado su farol.

—Zagal, el viejo Dag lleva años muerto, y la Reina de la Ciénaga desapareció hace meses —le aseguró Ruk, sonriendo de forma desagradable.

Zor lo miró, inseguro; si la reina hubiese desaparecido, comprendió de pronto, su abuelo podría no haberse enterado. Después de todo, la enfermedad lo había tenido postrado en cama durante mucho tiempo.

—Así que, si dijeras la verdad —prosiguió Ruk—, nadie te estaría esperando, ni en casa, ni en tu lugar de destino. Creo que estás solo, muchacho, y creo que nadie te echará de menos cuando desaparezcas.

—Pero ¿por qué? —chilló Zor—. ¡No os he hecho nada malo!

Torken suspiró casi con pesar.

—Lo sabemos, hijo, pero son malos tiempos... siempre son malos tiempos en Gorlian. Y las presas escasean —añadió, con una torcida sonrisa.

Zor vio cómo Gaub se relamía al mirarlo, y se quedó paralizado de horror.

—No estaréis pensando...

Ruk tiró de su brazo para sacarlo de debajo de la capa y examinarlo bajo la grisácea luz de la mañana. Chasqueó la lengua con disgusto.

—Muy flaco —sentenció.

—¿Y qué esperabas de un pimpollo de Gorlian? —replicó Gaub, relamiéndose de nuevo—. A mí me basta con eso. Es mejor que los peces del fango. Seguro que estará mucho más sabroso.

—¡No podéis comerme! —gritó el chico, debatiéndose con desesperación. Aquello debía de ser una pesadilla. En cualquier momento despertaría y descubriría que seguía en su cueva, junto a su abuelo...

—¿Por qué no vamos a poder comerme? —rió Ruk—. Llevamos años alimentándonos de pescado fangoso y carne de engendro. Los muslos de un muchachito serán todo un manjar. Los cocinaremos a la parrilla.

—Seguro que saben a cochinillo asado —suspiró Torken con nostalgia.

—Oh, sí, cochinillo asado —repitió Gaub, relamiéndose por tercera vez.

Zor no sabía lo que era un cochinillo, pero no tenía la menor intención de averiguarlo. Se revolvió y casi logró zafarse, pero Ruk lo atrapó limpiamente por la capa cuando ya casi se veía libre.

—Eh, zagal, ¿a dónde te crees que...?

Siguió un silencio incrédulo, asombrado. Zor no necesitaba mirar para darse cuenta de lo que estaba pasando.

—Mirad lo que tiene en la espalda —dijo Gaub, atónito.

—Son alas —dijo Torken en tono reverente—. Como las de *ella*. ¿Creéis que será algo suyo?

Zor estaba a punto de aprovechar aquel momento de sorpresa para escapar, pero las palabras del hombre lo dejaron clavado en el sitio. ¿Ella? ¿Alas?

—Vamos a averiguarlo —dijo Ruk, y le agarró el ala derecha con rudeza. Zor emitió un sonido que era a medias un sollozo y a medias un gruñido de advertencia. Detestaba que le tocaran las alas, y mucho más si se trataba de un desconocido—. Eh, parece de verdad —anunció el rufián, tironeando de ella.

Zor se desprendió del contacto de un manotazo y los miró, desafiante. Los tres lo observaban con una mezcla de desconfianza y curiosidad.

—Caramba, muchacho —dijo Torken—. ¿Por qué nos has hecho perder el tiempo con toda esa tontería del mensaje y el viejo Dag cuando tenías una historia mucho más interesante que contar?

Gaub se rió tontamente.

—Sí, y vaya historia. Apuesto a que la dama de hielo no era tan fría como aparentaba. «Soy un ángel y vosotros sois solo humanos» —dijo con voz de falkete—. Anuesto a que eso no le inmortalizaba tanto a la hora de buscar quien

le calentara la cama.

Ruk se encogió de hombros.

—Ya ves, al final resulta que era tan zorra como todas las demás. ¿Cuántos principitos como éste habrá en la Ciénaga? —se preguntó en voz alta, examinando a Zor con suspicacia.

Zor temblaba de miedo y de nerviosismo. ¿De qué estaban hablando? ¿Qué insinuaban?

—Si se lo llevamos de vuelta, ¿creéis que nos recompensará? —preguntó Torken.

Zor no entendía del todo lo que estaban diciendo, pero aprovechó la oportunidad:

—¡Pues claro que os recompensará! ¡Y muy bien!

Los tres cruzaron una mirada.

—Y, naturalmente, tú sabes dónde encontrarla... —aventuró Ruk.

—¡Naturalmente! —aseguró el chico, asintiendo con energía; pero el hombre lo miró con fijeza y volvió a exhibir su sonrisa desdentada.

—No mientas al viejo Ruk —lo regañó—. Acéptalo: la Reina de la Ciénaga ha abandonado Gorlian, y lo ha hecho sin ti. Así que ahora ya no vales nada.

—Y te comeremos para almorzar —anunció Gaub, feliz—. Pero primero te desplumaremos. Como a una gallina.

—Como a un pollo —añadió Ruk, y los tres se echaron a reír a carcajadas.

Zor no pudo aguantarlo más. Le dio un fuerte empujón y, para su sorpresa, Ruk perdió el equilibrio. El muchacho se desasíó y retrocedió de un salto. Pero el rufián no llegó a caer. Se enderezó y se lanzó contra él.

—¡Eh, que se escapa!

Los otros dos, cogidos por sorpresa, tardaron en reaccionar.

Zor sabía que ya no tenía elección. Se retiró la capa a un lado.

—Atrás, o... —advirtió, interponiendo su cuchillo entre él y los tres hombres.

Ellos rechinaron los dientes.

—Atrás... ¿o qué? —gruñó Ruk.

—... o echaré a volar —terminó él.

Los tres se rieron.

—Ella también tenía alas. ¿Y qué? No sabía volar.

—Como las gallinas —colaboró Gaub.

—O los pollos —añadió Torken.

Y se lanzaron a la vez sobre él.

Zor batió las alas una, dos, tres veces, y se elevó sobre ellos. Los tres hombres cayeron de bruces sobre el fango. El muchacho sintió que Ruk lo agarraba por la capa, pero tiró de ella para liberarla y se vio, por fin, a salvo, muy por encima de ellos. Mientras ascendía hacia los cielos de Gorlian, los vio allá abajo, cubiertos de barro, despidiéndolo con maldiciones e improperios. Alzó la cabeza y no volvió a mirarlos.

Por fin era libre.

Se zambulló en el cielo neblinoso, sintiéndose feliz por primera vez en mucho tiempo. Hizo piruetas en el aire, se elevó y luego se lanzó en picado para remontar el vuelo momentos después.

Su abuelo le había prevenido en contra de volar. Le había dicho que sólo podía hacerlo cuando estuviera cerca del refugio, y sólo tras asegurarse de que no había nadie en las inmediaciones. Lejos del Desierto, en lugares más poblados, en las estribaciones de la Cordillera y, por supuesto, en las orillas de la Ciénaga, debía comportarse como uno más, sin despegar nunca los pies del suelo. Pues si alzaba el vuelo, alguien podría verlo, y eso era mucho, mucho más peligroso que afrontar los peligros de la superficie.

Pero en aquel momento, habiéndose salvado de ser asado y devorado por Ruk y sus malcarados amigos, no lo veía así. Por primera vez, sus alas eran una ventaja, y no un inconveniente. Por primera vez, saber volar le había salvado la vida.

Allí arriba se sentía invencible. ¿Por qué razón había insistido tanto su abuelo en que no lo hiciera? ¿Tenía algo

que ver con la Reina de la Ciénaga?

Zor no había comprendido del todo las palabras de los tres rufianes, pero había algo que sí creía haber captado: la Reina de la Ciénaga tenía alas.

Como él.

Pero ella se había marchado, había desaparecido, y eso desconcertaba al muchacho. ¿Dónde estaría? En Gorlian no había muchos lugares a donde ir. Quizá, como habían insinuado los pescadores, estaba muerta. En tal caso, ya nadie podría explicarle por qué ella tenía alas, por qué él las tenía, y por qué era diferente en eso a todos los demás... o a casi todos los demás.

En aquel momento se oyó un trueno y comenzó a llover, casi sin previo aviso. Zor resopló, contrariado. En apenas unos instantes, y dado que ya no contaba con la protección de los árboles, quedaría totalmente empapado. Además, la lluvia venía cargada de fango, como toda la que caía sobre la Ciénaga; si permitía que se le embarraran las alas, se le endurecerían después y no podría volar. De modo que, con resignación, descendió un poco y planeó sobre las copas de los árboles, buscando un lugar donde aterrizar.

Y en aquel momento oyó un extraño grito chirriante, un aullido que no podía ser humano, y una sombra se cernió ante él, tras la pesada cortina de lluvia. Por un breve instante, Zor llegó a creer que era la Reina de la Ciénaga, que acudía a buscarlo... pero entonces eso se acercó y se hizo más visible, y el joven se topó de bruces con una enorme criatura de ojos rojos y enormes alas correosas.

Tardó apenas un segundo en reconocerla.

El Murciélag.

Llamaban así a un gran engendro alado que habitaba en la Cordillera, pero que solía sobrevolar la Ciénaga en busca de presas. El Murciélag tenía seis patas, como un insecto, y una pequeña cabeza cuyos sentidos estaban, sin embargo, sorprendentemente desarrollados. Como la mayoría de los engendros, era letal; su boca contaba con un doble juego de dientes afilados que trituraban cualquier cosa que se llevara a la boca. Y, como la mayoría de los habitantes de Gorlian, solía estar hambriento muy a menudo.

Zor trató de virar en el aire para escapar de él, pero el Murciélag era más rápido. Con un nuevo chillido, se arrojó sobre él, y el chico sintió que lo aferraban por el ala derecha por segunda vez en el mismo día. Desesperado, dio media vuelta en el aire para golpearlo con el zurrón. La fuerza centrífuga hizo el resto. La bolsa le dio al monstruo en la cabeza y lo hizo soltar su presa un instante.

Zor sabía que, si volvía a atraparlo, no volvería a escapar con vida. Tenía que despistar al engendro, como fuera. Replegó las alas.

Inmediatamente, empezó a caer en picado, como una piedra. Oyó el chillido del Murciélag, escuchó el poderoso batir de sus grandes alas y supo que lo perseguía. Apretó los dientes mientras seguía precipitándose en una mortífera caída libre hacia el suelo. Tenía que esperar hasta el último momento, o el engendro lo alcanzaría. Pero, si tardaba demasiado, se estrellaría contra el fangoso suelo de la Ciénaga.

Casi pudo sentir el hediondo aliento del Murciélag en su nuca cuando, por fin, desplegó las alas y frenó su caída con brusquedad. Realizó un repentino giro para dejar atrás a su perseguidor y planeó sobre las copas de los árboles del fango. Sin embargo, las garras del monstruo lo golpearon y lo hicieron perder el equilibrio. Dio varias vueltas de campana en el aire y comprobó, aterrado, que aún seguía cayendo. Batió las alas mientras se precipitaba hacia el lodo y las ramas de los árboles arañaban dolorosamente su cuerpo.

Por fin, aterrizó pesadamente en el barro. Chapoteó, aturdido, mientras oía el grito frustrado del Murciélag sobre su cabeza, y la lluvia seguía golpeándolo sin misericordia. Logró abrir los ojos y alzar la cabeza, y vio algo entre la bruma.

«Qué raro... una casa que flota sobre el fango», pensó, antes de perder el sentido.



III. Infierno

Vol-Garios, en los confines del reino de Saria, era un enorme volcán que hacía siglos que permanecía dormido. Había transcurrido demasiado tiempo como para que los humanos, criaturas de cortas vidas y frágil memoria, recordasen todavía la devastación que vomitaban sus entrañas cuando retemblaba la tierra y la montaña despertaba. Sin embargo, ninguna población, ni una sola granja solitaria, se alzaba a sus pies, ni los cultivos arañaban sus laderas. Saria era un reino rico y próspero, pero eso no bastaba para justificar que sus habitantes hubiesen dado la espalda a aquellas tierras.

«Lo saben», pensó Ahriel mientras ambos ángeles sobrevolaban los alrededores del volcán. «Puede que no de forma consciente; pero, de alguna forma, intuyen que algo muy oscuro habita en este lugar». Miró de reojo a su compañero, pero Ubanaziel no hizo ningún comentario. Sus penetrantes ojos de águila estaban fijos en el cráter de Vol-Garios, y Ahriel se preguntó si comprendía lo que había en aquel lugar.

Por supuesto que sí, se dijo ella enseguida. Aunque nadie fuera capaz de enumerar las puertas que conducían al infierno, seguramente el Guerrero de Ébano guardaba a buen recaudo la llave de todas ellas.

O de casi todas.

Ahriel le indicó con señas que había que descender hasta el cráter, y Ubanaziel asintió, en absoluto sorprendido. Los dos ángeles planearon sobre la boca de Vol-Garios y fueron descendiendo lentamente, aprovechando las corrientes de aire. Las poderosas alas de Ubanaziel batían el aire de vez en cuando, con majestuosa lentitud. El viento revolvía su cabello trenzado, despejando su rostro, que parecía esculpido en obsidiana. Ahriel era consciente de que su propio vuelo era más torpe que el del Consejero, porque sus alas no se habían recuperado del todo de los largos años de reclusión en Gorlian, y echó de menos tiempos mejores. Sacudió la cabeza y trató de centrarse en el presente.

Abajo, en el cráter, sobre la amplia extensión de arena volcánica, se alzaba una enorme lápida tallada en alabastro que estaba partida en dos, como si la hubiese alcanzado un rayo. El rostro impenetrable de Ubanaziel mostró por fin signos de emoción; frunció el ceño y entornó los ojos, pero no debido al monumento, entendió Ahriel, sino a las dos pequeñas figuras que aguardaban junto a él. El ángel suspiró para sus adentros. Había previsto llegar antes que ellos, para así tener oportunidad de explicar sus planes al Consejero. Pero se había entretenido en Aleian más de lo que le habría gustado, y era evidente que sus compañeros se le habían adelantado.

Los dos ángeles tomaron tierra junto a la lápida, levantando una nube de polvo. Los dos humanos que los aguardaban se protegieron los ojos con el brazo hasta que la nube se asentó de nuevo.

—Saludos, Ahriel —dijo uno de ellos, una joven cuyo porte y maneras delataban, pese a su cómodo y sencillo vestido de viaje, que era de noble cuna—. Y saludos, Consejero —añadió, mirando a Ubanaziel.

El ángel la miró inquisitivamente. La mayor parte de los humanos no había visto jamás un ángel, y se sentían intimidados cuando se encontraban en su presencia. Pero aquella muchacha hablaba como si los hubiese conocido desde siempre; de hecho, incluso había sabido interpretar correctamente el signo que adornaba el cinto de Ubanaziel, y que denotaba su rango. Los humanos capaces de leer el lenguaje angélico podían contarse con los dedos de una mano.

—La reina Kiara, imagino —dijo el Consejero, con gravedad—. Es un honor.

Ella inclinó la cabeza.

—El honor es mío, Consejero —respondió, y era más que una simple cortesía.

Ahriel tomó la palabra.

—Ubanaziel te presento a Su Majestad la reina Kiara de Saria como bien has deducido —se volvió hacia el

joven, alto y espigado, que la acompañaba—, y a su secretario y leal ayudante, Kendal de Rivan. Kiara —añadió—, éste es Ubanaziel, Consejero de Aleian. Entre los nuestros, no hay nadie que sepa más acerca del infierno y las criaturas que moran en él.

Kiara asintió.

—Entiendo —dijo solamente, y Ahriel supo que había comprendido, sin necesidad de mayores explicaciones, el motivo por el cual la había acompañado el Consejero: los ángeles enviaban a alguien para controlarla porque ya no confiaban del todo en ella. Y no era de extrañar, tuvo que reconocer. Ahriel era cualquier cosa menos un ángel convencional.

—En tiempos de la reina Marla, Karish inició una guerra contra Saria, y como consecuencia de esa guerra, el rey, padre de Kiara, fue asesinado —explicó; sabía que Ubanaziel estaba al tanto de todo eso, pero creyó necesario recordárselo, para justificar la presencia de los dos humanos en el cráter de Vol-Garios—. Kendal y Kiara se las arreglaron para escapar de la codicia de Marla y me rescataron de Gorlian para que les ayudase. Descubrimos entonces el por qué de la guerra que Marla había emprendido: quería anexionarse Saria para hacerse con las tierras de Vol-Garios... y lo que éstas ocultaban —concluyó, dirigiendo su mirada a la lápida de piedra.

Kiara sacudió la cabeza.

—Y nosotros no sabíamos nada de todo esto —murmuró—. Dudo que ni siquiera mi padre fuera consciente de lo que había en este lugar desolado... en el cráter de este volcán.

—Una entrada al infierno —dijo Ubanaziel—. Conozco ésta. Derrotamos al poderoso demonio conocido como el Devastador y utilizamos su propio poder para sellar este lugar. Pero, cuando lo hicimos, no fuimos nosotros los únicos que asumimos la responsabilidad de mantenerlo cerrado. Decidimos compartir esa carga con los humanos creando una llave combinada. Imagino que es por eso por lo que has invitado a venir a Su Majestad hasta Vol-Garios.

Kiara inclinó la cabeza y extrajo del escote un medallón que llevaba colgado al cuello.

—Y éste era el símbolo de esa alianza —dijo a media voz—. Kendal lo ha encontrado aquí mismo, perdido entre las rocas; se le debió de caer a Marla cuando el infierno se la tragó.

Ahriel lo reconoció: era el doble medallón que los ángeles habían regalado a las dos reinas el día de su nacimiento, una parte a cada una de ellas. Marla le había robado la suya a Kiara al capturarla y arrojarla a Gorlian, meses atrás. Ahora, los dos medallones engarzados formaban uno solo, que quedaría para siempre en poder de la única de las dos jóvenes que había merecido aquel obsequio.

Kiara abrió el medallón y leyó la inscripción que lo adornaba:

*«Solo un protegido despertará al Devastador...
guiado por su ángel».*

Cerró de nuevo el medallón y reprimió un suspiro cuando recordó a Yarael, su ángel guardián, que había dado su vida por protegerla del Devastador, y a quien aún echaba mucho de menos.

—Los ángeles os asegurasteis de que no todos los humanos conocieran este secreto —prosiguió, mirando a Ubanaziel a los ojos—. Sólo los Protegidos, aquellos que habían sido educados por ángeles. Sin embargo, cometisteis el error de dejar que olvidáramos lo que sucedió hace cientos de años, la última vez que la puerta fue abierta; así, nos obligasteis a averiguarlo por nosotros mismos y a imaginarnos todos los detalles que ignorábamos.

Ahriel se volvió hacia Ubanaziel, esperando que replicara, pero el ángel permaneció inmóvil, con semblante de piedra. Si le había molestado la acusación de Kiara, desde luego no lo demostró.

—Marla no entendió del todo el secreto de este medallón —prosiguió ella—, y Ahriel jamás se lo explicó. No comprendió que encerraba una advertencia, y no una promesa. Que hablaba de un deber, de una responsabilidad, y no de un regalo. Pensó que el Devastador le ofrecería un poder que le pertenecía por derecho. Después de todo, ella era especial. Los ángeles la vigilaban y cuidaban de ella, porque temían lo que podría llegar a conseguir.

Ahriel sonrió amargamente.

—Lo entendió todo al revés —dijo—. Pero eso ya pertenece al pasado. Sabéis por qué os he convocado aquí. Te necesito de nuevo, Kiara, para abrir la puerta del infierno.

Ella asintió con la cabeza, indicando que lo sabía, y que estaba conforme. Pero Kendal, que llevaba un buen rato removiéndose, inquieto, no lo soportó más y no pudo evitar intervenir.

—Disculpadme... Majestad... Consejero... Ahriel...

Se volvieron hacia él, y el muchacho enrojeció. Ahriel sonrió para sus adentros. Recordaba muy bien los tiempos en los que era bardo en la corte de Karishia. Marla lo había acusado de traición y de asesinato, pero Ahriel, tras descubrir la verdad, lo había liberado, y ello le había costado muy caro. Sin embargo, Kendal no había olvidado su deuda. Había permanecido leal a Kiara durante la guerra, y la había acompañado a Gorlian a buscar a Ahriel para que la ayudara a recobrar su reino. Como recompensa, Kiara lo había nombrado caballero y le había dado tierras y un alto cargo en la corte. Sin embargo, Ahriel sospechaba que el joven no había hecho todo aquello para obtener el favor real, ni siquiera por lealtad a su país. Aunque nunca se había detenido a reflexionar sobre ello, al verlos juntos de nuevo comprendió que ningún premio haría a Kendal más feliz que aquel que, debido a su origen, jamás podría obtener: el corazón de su reina.

—¿Sí, Kendal? —le preguntó el ángel, con amabilidad. Kendal ya no era ningún niño, pero ella no podía evitar recordarlo indefenso y aterrorizado en la celda de la que lo había liberado.

El joven inspiró hondo.

—No hace mucho que la reina Marla abrió esa puerta —dijo—, y los que estábamos allí recordamos lo terrible que fue, lo cerca que estuvimos de no contarlo y lo que nos costó volver a cerrarla —Ahriel vio cómo Kiara se estremecía involuntariamente—. Lo que quiero decir es... ¿qué sentido tiene volver a abrirla?

La reina dejó escapar un breve suspiro, y Ahriel adivinó que ya habían hablado de ello antes. Se dispuso a responder, pero Ubanaziel se le adelantó:

—Eso mismo quiso saber el Consejo cuando Ahriel planteó la cuestión —dijo, y ella tuvo la extraña sensación de que se reía por dentro—. La respuesta fue que Marla poseía el secreto de la ubicación de Gorlian y que había que interrogarla al respecto.

—¿Y vale la pena correr el riesgo?

—Buena pregunta —Ubanaziel se volvió hacia Kiara—. Reina Kiara, tú estuviste en Gorlian. ¿Cómo es?

Los ojos de Kiara se nublaron de miedo. Empezó a temblar casi sin darse cuenta, y se apoyó en Kendal, que se apresuró a rodearla con un brazo, para confortarla.

—Ese lugar es una pesadilla —musitó—. Yo estuve allí muy poco tiempo y conté con la protección de Ahriel y, aun así, Gorlian sigue habitando mis peores sueños —se estremeció—. No enviaría a nadie allí jamás. Es un destino que no deseo ni para el peor de mis enemigos. Ni para el más sanguinario de los criminales. Es peor que el infierno.

Ubanaziel esbozó una siniestra sonrisa, impropia de un ángel.

—No hay nada peor que el infierno, señora —dijo—. Nada. Pero me basta con tu testimonio.

Ahriel irguió las alas, ofendida.

—¿Y no te bastaba con el mío? ¿Acaso pensabas que mentía?

—No, Ahriel, sé que no mientes. Pero quería escuchar la opinión de alguien imparcial.

—¿Imparcial? —repitió Ahriel, pero calló al captar la mirada que le dirigió el Consejero. Kendal temblaba también.

—Sí, Gorlian es un lugar horrible —coincidió—, pero, si el infierno es peor, ¿por qué volver a abrir la puerta?

—Porque tiene que hacerse justicia —se limitó a responder Kiara, y Ahriel admiró su temple y su valor. La reina de Saria había conocido Gorlian, ciertamente, pero también había tenido la oportunidad de enfrentarse a sus habitantes, y la mayor parte de ellos eran criminales sin escrúpulos que la habrían violado y asesinado a la menor oportunidad. Sin embargo, ella aún creía firmemente que Gorlian debía ser destruido, no sólo por los inocentes encerrados allí injustamente, sino también por los niños que podían nacer en aquella prisión, sin ninguna oportunidad para llevar una vida normal en el mundo libre.

Sin ninguna oportunidad...

Ahriel sacudió la cabeza.

—No debéis preocuparos —dijo—, porque seremos el Consejero y yo quienes crucemos la puerta para buscar a Marla. Sólo necesitamos que Kiara nos ayude con la apertura. Es una humana protegida por los ángeles, y yo fui un ángel guardián, así que entre las dos podemos abrir la puerta.

«Como la última vez», pensó, aunque, en rigor, había sido Marla quien, en el último momento, había ocupado el lugar de Kiara. Pero tenía que funcionar con ella, se dijo.

Ubanaziel examinaba la puerta y los símbolos angélicos grabados en ella.

—La quinta puerta —asintió—. La única que tiene una llave combinada. Cuando todo esto acabe, esta puerta deberá ser destruida para que nadie vuelva a utilizarla. Tendré que plantearlo ante el Consejo.

—¿La quinta puerta? —repitió Kendal, preocupado—. ¿Cuántas hay?

—Siete —respondió Ubanaziel—, pero nadie conoce el emplazamiento de todas ellas; ni siquiera yo. Y se supone que hay que abrirlas todas al mismo tiempo para que las dos dimensiones se unan y los demonios vuelvan a invadirnos. Además, el conocimiento para abrir cualquiera de esas puertas está fuera del alcance de cualquier humano, y ésta en concreto tiene una apertura combinada: se necesita también la intervención de un ángel.

—Y, si ningún humano puede abrirlas, ¿cómo es que los demonios invadieron nuestro mundo en el pasado? —siguió interrogando Kendal.

Ubanaziel enderezó las alas y alzó la cabeza, muy serio. Parecía, más que nunca, una imponente estatua de ébano.

—Porque eran otros tiempos —respondió—, y los humanos de entonces no eran como los de ahora.

No dijo nada más, pero Ahriel comprendió, de pronto, por qué el Consejero había decidido ayudarla.

En efecto, quienes habían abierto las siete puertas del infierno en el pasado habían sido humanos. El único motivo por el cual los ángeles sabían que aquello no iba a volver a repetirse era que los humanos ya no poseían el poder de antaño: que la magia negra que habían empleado entonces para contactar con los habitantes del infierno se había extinguido.

Hasta ahora.

Porque los acólitos de Marla empleaban aquel poder, porque lo habían resucitado, de alguna manera, para crear Gorlian y los engendros que contenía. Y, si los magos negros habían vuelto, también podía haber regresado el conocimiento necesario para abrir las siete puertas del infierno.

Eso era lo que Ubanaziel temía.

—Pero, entonces, ¿cómo pudieron abrir la puerta al infierno Marla y los suyos? —quiso saber Kendal.

—No lo sé —respondió Ubanaziel—. Y ésa es otra de las cosas que hemos de averiguar.

Ahriel respiró hondo. Bien; si el Consejero también tenía un interés especial en hallar a Marla e interrogarla, tanto mejor. Así no se interpondría en su camino. Era mejor tener un compañero de viaje que un vigilante que controlara todos sus movimientos.

—No perdamos más tiempo —dijo—. Tenemos que abrir la entrada.

Los ángeles observaron la lápida. Pese a estar truncada por la mitad, el símbolo de apertura aún seguía intacto. Cruzaron una mirada.

—Lo haré yo —dijo Ahriel, y colocó la mano sobre la piedra.

Los cuatro contuvieron la respiración mientras la lápida se iluminaba brevemente y el poder del sello exploraba la esencia del ángel. Al cabo de unos instantes, Ahriel retiró la mano y se volvió hacia Kiara.

La joven vaciló. Kendal le oprimió suavemente el brazo, para darle ánimos, y ella alzó la cabeza y avanzó un paso para plantar la palma de su mano sobre el símbolo.

De nuevo, la lápida se iluminó. Kiara apartó la mano con brusquedad, como si le quemara.

—Y ahora, ¿qué? —murmuró.

Ahriel vaciló. No estaba segura. La última vez, aquello había servido para invocar al Devastador; pero el noderoso demonio estaba muerto. O al menos, eso creía. Recordaba que para abrir la puerta había sido necesario un

largo ritual, pero posiblemente eso se debiera a que los que habían llevado a cabo la apertura eran humanos. Miró a Ubanaziel, y éste confirmó sus sospechas. Con voz profunda y cadenciosa, como el tañido de una campana, el ángel comenzó a recitar la fórmula que aparecía escrita en la lápida.

—Ahriel —susurró Kendal en voz baja—, no creo que esto sea una buena idea.

—Tranquilo —dijo ella en el mismo tono—. Hay dos juegos de caracteres. Uno de ellos contiene la invocación al Devastador, y otro es simplemente la fórmula de apertura. A ambos les falta un carácter, que sólo algunas personas conocen. Sin ese símbolo y la palabra que éste representa, no se puede realizar la invocación ni puede abrirse la entrada. Ubanaziel conoce la clave, y eso le da control sobre la puerta.

Se preguntó entonces, por primera vez, cómo era posible que los hechiceros de Marla hubiesen descubierto el símbolo que faltaba. Ella no había enseñado a Marla a leer el lenguaje angélico y, aunque lo hubiese hecho, había que tener mucho más que conocimientos superficiales para la apertura. Comprendió que detrás de todo aquello había un misterio mucho más inquietante de lo que había sospechado en un principio.

Marla y sus acólitos habían tardado mucho en abrir aquella puerta. Habían repetido las palabras una y otra vez, en una larguísima letanía que los había entretenido durante horas. Ubanaziel, sin embargo, sólo necesitó pronunciar la fórmula una sola vez y la lápida adquirió un aspecto extraño, como si estuviese hecha de lava fundida. Entonces se abrió un oscuro agujero en el aire, primero del tamaño de una moneda, que poco a poco se fue agrandando hasta convertirse en un siniestro portal circular que giraba lentamente sobre sí mismo. Ahriel tuvo la impresión de que del otro lado emanaba una maldad tan intensa que podría llegar a corromper hasta al ángel más puro, y se estremeció. Una parte de ella odiaba y temía lo que había más allá... pero algo en su interior se sentía atraído por ello y anhelaba explorarlo.

Se dio cuenta entonces que Ubanaziel la miraba fijamente.

—¿Estás preparada?

Ahriel se obligó a sí misma a recordarse el motivo por el que estaba haciendo todo aquello, y asintió.

Tras ellos, los dos humanos habían retrocedido, con los ojos clavados en la puerta abierta. Kiara temblaba como una hoja, pero trataba de parecer serena, y Kendal, no menos impresionado, intentaba reconfortarla con su abrazo. Ubanaziel se volvió hacia ellos.

—Cuando hayamos cruzado —dijo—, la puerta se cerrará tras nosotros. No quedaremos atrapados mientras recordemos la palabra que abre el sello, y mientras nadie vuelva a cerrarlo a nuestras espaldas. Y, a menos que alguien los invoque desde fuera, o abra todas las puertas al mismo tiempo, los demonios tampoco pueden salir, así que estaréis a salvo. De todos modos, ya no tenéis nada que hacer aquí. Volved a Saria y dejadlo todo en nuestras manos.

Los dos asintieron enérgicamente.

—De acuerdo —dijo Kendal—. Tened cuidado... y mucha suerte.

—Que la Luz y el Equilibrio os guíen —añadió Kiara, utilizando una fórmula angélica.

Ubanaziel sonrió.

—También a vosotros, jóvenes humanos —respondió.

Miró a Ahriel, que asintió a su vez. Después, los dos se volvieron hacia la puerta y avanzaron hasta que la oscuridad del infierno se los tragó.

Lenta, muy lentamente, el agujero se redujo hasta volver a desaparecer. Ninguno de los dos humanos se atrevió a decir nada durante un rato, hasta que Kendal balbuceó:

—¿Creéis... creéis que están atrapados?

Kiara negó con la cabeza.

—Ya has oído a Ubanaziel. En teoría, pueden volver a abrir la entrada cuando se les antoje.

—... En teoría —repitió Kendal.

—Bueno, ese ángel parece saber lo que hace —murmuró Kiara.

—Esperémoslo.

Sus miradas se encontraron y fueron entonces conscientes de que estaban abrazados. Kendal la soltó

sonrojado hasta las orejas.

—Disculpad mi osadía, mi señora. Yo...

—Déjalo estar —cortó ella, recobrando parte de la dignidad regia que se suponía debía mostrar—. Te agradezco tu apoyo, pero será mejor que mantengas las distancias. Sobre todo en público.

—Co... como deseéis, Majestad.

Pero las palabras de ella sonaban más como un consejo que como una reprimenda. Los dos habían vivido mucho juntos. Habían huido de Saria de incógnito en medio de una guerra, habían organizado una conspiración, se habían infiltrado en el castillo de Marla y habían ido a Gorlian a rescatar a un ángel. Y después habían escapado de allí para abrir la puerta del infierno, habían luchado contra demonios y nigromantes y habían salvado al mundo. Aunque la vuelta a la normalidad los había colocado a ambos en su lugar, no podían dejar todo aquello atrás tan fácilmente. Kiara apreciaba a Kendal y confiaba en él. Eran amigos, aunque tal palabra no resultase apropiada, tratándose de una reina y su secretario. Pero no podían actuar como si todo lo que habían pasado juntos nunca hubiese sucedido.

Kendal recobró la compostura y trató de adoptar un aire profesional.

—Iré a buscar a los palafreneros. Hace tiempo que esperan y sin duda estarán inquietos.

Habían dejado al séquito de Kiara, apenas cuatro caballeros y un par de sirvientes, al pie del volcán. Habían subido hasta allí a caballo, con un sirviente de apoyo para guiar a las monturas, pero Kiara había insistido en que volviese a bajar y aguardase con los demás. Cuanta menos gente supiese lo que estaba haciendo allí, mejor.

—Un momento —lo detuvo ella—. Vamos a esperar a que salgan.

Kendal la miró, preocupado.

—¡Pero podrían tardar días!

—En la mula de carga tenemos lo necesario para acampar. Montaremos la tienda aquí, en el cráter.

—¿Les digo entonces a los demás que suban?

Kiara lo meditó.

—No, no será necesario. No quiero que vean lo que hay aquí. Harían demasiadas preguntas.

Kendal sacudió la cabeza.

—No es buena idea, Majestad. No deberíais pasar la noche en un lugar como éste... sola.

—No estoy sola, Kendal. Estoy contigo.

—Por eso mismo, mi señora.

Kiara resopló, exasperada. Después de haber sobrevivido a Gorlian, le costaba volver a adaptarse a los convencionalismos de la corte.

—No te preocupes por eso. Deben de haber visto a los ángeles sobrevolando el volcán. Y no los han visto marcharse, así que supondrán que he venido aquí a reunirme con ellos. Y, de todos modos, una reina no tiene por qué dar explicaciones. Esperaremos aquí a Ahriel y Ubanaziel, y no se hable más.

Kendal esbozó una simpática sonrisa y le dedicó una reverencia.

—Como deseéis, mi señora.

Sin embargo, mientras se alejaba ladera abajo por el empinado camino de cabras que llevaba a la base del volcán, se preguntó cómo iba a explicarles a los demás que tenían que permanecer más tiempo —quién sabía cuánto— en aquel lugar que les ponía a todos la piel de gallina. El joven sonrió de nuevo. Se contaban muchas historias escalofriantes acerca de las tierras de Vol-Garios, pero ninguna se acercaba a la verdad. Desde luego, si la gente hubiera sabido que en el interior del volcán se hallaba una de las siete puertas del infierno, la reina y él habrían tenido que emprender el viaje solos.

Lo cual no habría estado tan mal, pensó, sin poderlo evitar.



Cuando la puerta se cerró tras ella, Ahriel tuvo un breve acceso de pánico que se esforzó por reprimir. Miró a su alrededor, inquieta. Ante ellos se abría una vasta extensión de suelo de piedra agrietado y cubierto de ceniza, y el horizonte aparecía desgarrado por altas agujas rocosas, envueltas en una inquietante neblina espectral. Lo diferente, lo extraño de aquel lugar, era su luz. Pese a que no había sol, ni luna, el cielo estaba iluminado por una claridad escarlata, un tono rojizo denso y brillante, como el de la sangre.

—Siniestro, ¿verdad? —dijo Ubanaziel, con aspereza—. Esta es la luz del mundo de los demonios. La luz que no se apaga jamás. No tardarás en odiar el color rojo con todas tus fuerzas.

Ahriel se sorprendió ante la amargura que destilaban sus palabras. Con todo, respondió:

—No parece tan terrible.

Por el momento, nada de lo que había visto había logrado perturbarla. Gorlian era mucho, mucho peor.

El Consejero le dirigió una mirada indescifrable.

—Aún no has visto nada —replicó—. Pero, antes de seguir, voy a darte unos consejos. Y vas a seguirlos, sin cuestionarlos, porque de ellos depende que regresemos los dos sanos y salvos. ¿Me has entendido?

Ahriel asintió, pero seguía sin sentirse impresionada.

—En primer lugar, cuando nos encontremos con un demonio, déjame hablar a mí. No luches a no ser que él te ataque primero. No caigas en sus provocaciones. No dejes que te afecte nada de lo que diga.

—¿Por qué? —quiso saber ella, intrigada.

Ubanaziel suspiró.

—En tiempos remotos —explicó—, los demonios fueron expulsados del mundo y arrojados al infierno para que no siguieran causando daño a los humanos. Pero no fue un castigo tan cruel como pueda parecer: en aquel entonces, el infierno era un lugar tan fértil y hermoso como nuestro propio mundo. Pero los demonios son una estirpe violenta y belicosa, y lo destruyeron por completo durante alguna de sus interminables guerras. Su propio mundo es la base de su poder y, desde que su mundo está muerto, su poder también ha mermado mucho. Ésta es la razón por la que quieren regresar a nuestra dimensión y conquistarla, la razón por la cual necesitan a otras personas para hacerse más poderosos. Los humanos que los invocan y que pactan con ellos les dan, sin saberlo, la fuerza que requieren para recuperar parte de ese poder perdido. Antaño fueron enemigos terribles, pero ahora, después de milenios retenidos en el infierno, sólo unos pocos de entre todos los demonios son rival para nosotros. Su fuerza lejos de su mundo radica en su número: son muchos, muchos individuos. La última vez que estuve aquí, hace más de cuatrocientos años, superaban a los ángeles en una proporción de cuatro a uno. Y se reproducen con mucha facilidad.

—Aun así... —empezó Ahriel, pero Ubanaziel cortó, con brusquedad:

—Déjame terminar. Los demonios se han visto obligados a subsistir como han podido, y se han vuelto sumamente astutos. Tienen dos maneras de obtener poder: matando a otras criaturas o corrompiéndolas. Cuanto más elevado sea el espíritu de esa criatura, tanto más poder obtendrán de ella. Los demonios mayores pueden matar a humanos, incluso a ángeles, con cierta facilidad, y están deseando hacerlo. El dolor, la muerte y el sufrimiento de otros seres los vuelven más fuertes. Sin embargo, los demonios menores no pueden enfrentarse a los humanos más nobles, y mucho menos a un ángel. Por eso han desarrollado hasta la maestría el arte de la corrupción. Te hablarán, te engatusarán, te mentirán y te engañarán. Te dirán lo que quieres escuchar, porque saben leer en el fondo de tu alma. Te prometerán lo que más deseas. Y, antes de que quieras darte cuenta, tu corazón se habrá vuelto negro como el suyo. Y te habrán vencido.

Ahriel frunció el ceño.

—No es tan fácil corromperme.

Ubanaziel negó con la cabeza.

—No subestimes el poder de los demonios. Todos tenemos debilidades, y ellos son maestros en descubrirlas y utilizarlas en su provecho.

Ella apretó los labios, pero no dijo nada. No hacía mucho había derrotado al Devastador, uno de los demonios más poderosos, y eso le daba cierta confianza en sí misma para enfrentarse a ellos. Sin embargo, también el Devastador había matado a Yrael, un ángel guardián tan capacitado como la propia Ahriel.

—Por eso es muy importante que no los escuches —insistió el Consejero—. Déjame hablar a mí y no intervengas. Y no peles sin motivo. Intentarán que tu corazón se llene de rabia y de odio, y en el momento en que lo consigan, habrán vencido. ¿Lo has entendido?

Ahriel asintió.

—Bien —dijo Ubanaziel—. Recuérdalo. Ah, y otra cosa: no aceptes ningún regalo que te ofrezcan. Ninguno en absoluto, aunque parezca aquello que más desees. Hemos venido a buscar a Marla, y es a ella a quien queremos. Nada más. Y nada menos.

—Entendido —asintió ella.

Ubanaziel la miró inquisitivamente. Por fin, sacudió la cabeza y dijo:

—Andando, pues.

—¿No vamos volando? —inquirió ella.

—Lo haremos, cuando sepamos a dónde tenemos que ir. Por el momento, es mejor no llamar demasiado la atención.

Emprendieron la marcha por aquel paisaje inerte y silencioso. Por alguna razón, Ahriel había esperado ver ríos de lava, volcanes en erupción, el rugido de cientos de demonios y los aullidos de dolor de millones de almas en pena. Pero nada de eso había en el infierno que estaban recorriendo. Sólo una extraña calma sobrenatural, y aquella densa luz que teñía su piel de un tono carmesí. Pese a que no parecía tan terrible como lo había imaginado, a Ahriel no le costó nada entender que los demonios quisieran abandonar aquel lugar. Había algo en esa luz roja, en ese silencio, que resultaba desquiciante.

Llegaron por fin a los confines de la planicie y se internaron por una zona rocosa salpicada de crestas, grietas y quebradas. Mientras avanzaban por el fondo de un estrecho cañón, Ahriel pensó, inquieta, que aquél era un lugar perfecto para una emboscada. Se preguntó si Ubanaziel sabía lo que hacía.

De pronto, una súbita sensación de peligro la puso en tensión. Irguió las alas, extrajo su espada de la vaina y miró a su alrededor, alerta.

—Hay alguien —informó a su compañero.

—Ya lo sé —respondió él, con exasperante calma. No había desenfundado su arma, pero se había detenido y escudriñaba las grietas con atención—. No te muevas. No te precipites y, ante todo... déjame hablar a mí.

Ahriel se volvió para mirarlo y vio, por la dirección de su mirada, que había localizado algo o a alguien en lo alto de una roca. Contuvo la respiración al distinguir allí a un diablillo que los observaba con unos ojos reptilianos, de color amarillo, repletos de malicia.

Lo estudió con atención y cautela. El diablillo no era muy grande. Tenía el tamaño de un niño de unos ocho o nueve años, y estaba escuálido. Las costillas se le marcaban por debajo de una piel correosa de un cierto tono rojizo que podía ser natural o podía deberse al color de la luz que bañaba aquel mundo. Su cabeza era huesuda, triangular, rematada por dos pequeños cuernos retorcidos. Un par de alas de murciélago se plegaban a su espalda, y una larga cola acabada en punta de flecha se enroscaba entre las rocas.

—No parece gran cosa —murmuró Ahriel entre dientes.

—No lo subestimes —respondió Ubanaziel en el mismo tono—. Saludos, demonio —dijo en voz alta.

El diablillo abrió su amplia boca sin labios y se relamió con una larga lengua bífida.

—Ángeles —dijo y se rió—. ¿Qué buscan dos poderosos ángeles en el infierno? No es lugar para vosotros.

—Buscamos a una humana —dijo Ubanaziel, sin perder su aire tranquilo. Ahriel, por el contrario, estaba cada vez más inquieta. Aquel ser le resultaba tan repulsivo que a duras penas podía contener las ganas de ensartarlo con su espada. Ni siquiera los engendros de Gorlian habían despertado en ella tanta animadversión; quizá se debía a que, por monstruosas que fueran aquellas criaturas, su aura destilaba dolor y agonía, mientras que el diablillo sólo transmitía malignidad.

La criatura se revolvió sobre su roca y volvió a reírse.

—¿Humanos? —dijo—. ¿Humanos? Sí, tenemos algunos por aquí. Aunque no tantos como quisiéramos. Desde que los ánoeles cerrasteis las puertas del infierno, pocos humanos vienen a visitarnos —se lamentó—. Estamos

taaaan solos, y taaaan aburridos...

—Tanto mejor —replicó Ubanaziel sin alterarse—, porque, en tal caso, será más fácil que recuerdes a la humana por la que preguntamos. Antaño fue una reina poderosa...

—¿Una reina? —el diablillo achicó los ojos hasta que se convirtieron en dos finas rendijas amarillas—. ¿Y qué haría una reina en el infierno? El lugar apropiado para ella sería un palacio, ¿no es verdad?

—Todos sabemos que, a menudo, los humanos que pactan con demonios acaban encerrados aquí, tanto da que se trate de un mendigo como de un emperador —respondió el ángel; seguía hablando con desapasionamiento, casi con frialdad. El diablillo ladeó la cabeza y lo observó con astucia, tratando de adivinar qué sentimientos se ocultaban en el corazón de su interlocutor. Pero se topó, de nuevo, con un muro infranqueable.

—Ah, sí, pobrecitos humanos —dijo—. Acaban con sus huesos en el infierno y luego otros humanos y otros ángeles quieren rescatarlos, pero ya es demasiado tarde, porque no se puede escapar del infierno...

—Habla ya de una vez —cortó Ahriel con impaciencia—. ¿Dónde está Marla?

Ubanaziel le dirigió una mirada de advertencia, pero el diablillo volvió hacia ella sus ojos entornados y le dedicó una larga sonrisa.

—Maaaarla —repitió—. ¿Así se llama vuestra reina, ángeles? Maaaarla —repitió, como saboreando la palabra—. Pobrecita reina Maaaarla. Éste no es lugar para reinas. Habrá sufrido mucho, pobrecilla. Llega muy tarde el rescate, ángeles. Jamás podréis sacarla de aquí...

—¿No queremos sacarla de aquí, maldito demonio! —estalló Ahriel.

Trató de serenarse al sentir el enfado de Ubanaziel, a su lado, y fue consciente de que estaba perdiendo los papeles. Se preguntó cómo era posible que aquella criatura esmirriada hubiese conseguido ponerla tan nerviosa en tan poco tiempo y, cuando volvió a mirarla, se dio cuenta de que sus ojos tenían un cierto brillo hipnótico. Sacudió la cabeza para despojarse de esa sensación, comprendiendo, molesta, que el diablillo estaba siendo más listo que ella, y le había dado la vuelta a la situación, obteniendo más información de los ángeles que ellos de él. «Tanto da», pensó. «¿Qué importa que lo sepa o no?». Pero apretó los labios, dispuesta a no decir una sola palabra más.

El diablillo sonrió de nuevo. Había detectado el odio de Ahriel y los intensos sentimientos que provocaba en ella la reina Marla, y con eso le bastaba para empezar. Sin embargo, el otro ángel seguía siendo indescifrable para él, por lo que lo estudió con cautela.

—No queréis sacarla del infierno —repitió con lentitud—. Eso está bien, porque, si quisierais rescatarla, sería un deseo fatuo, una pérdida de tiempo.

—¿Por qué? —preguntó Ubanaziel con tono neutro—. ¿Acaso pertenece a un señor poderoso?

Los ojos del diablillo relampaguearon. Era bueno aquel ángel, sí, pero su acompañante tenía tantos puntos débiles que no sabía por dónde empezar a contarlos.

—A los señores del infierno les gusta tener humanos —respondió sin comprometerse—. Quién sabe... quizá Maaaarla pertenezca a uno de ellos. Si es así, no podréis llegar hasta ella, y si no es propiedad de nadie, entonces es que la pobrecita reina Maaaarla está muertamuertamuerta —dijo esto último en voz muy alta y muy deprisa, mientras sus ojos relucían llenos de malicia y su boca se torcía en una sonrisa de complacencia.

Consciente de que el diablillo estaba estudiando su reacción, Ahriel se esforzó por parecer indiferente, pero su corazón latía con fuerza. «Bueno, puede que Marla esté muerta o en poder de un demonio, ¿y qué?», se dijo. «No es más que una sucia traidora...». Sin embargo, algo en el fondo de su mente susurró: «No es más que una niña», y de pronto afloraron recuerdos que creía perdidos, recuerdos de la primera vez que la había visto, recién nacida, dormida en su cuna, con un único mechón pelirrojo adornando su cabecita, tan inocente, tan frágil, que el ángel se había jurado a sí misma que nunca, jamás, permitiría que nada...

Sacudió la cabeza. Descubrió que el diablillo sonreía con satisfacción, y sintió que su ira crecía en su interior.

—Supongamos que la reina Marla ha sobrevivido —dijo Ubanaziel, ignorando la respiración agitada de su compañera—. Supongamos que es propiedad de algún señor del infierno. ¿Dónde deberíamos preguntar?

La criatura se retorció las manos, unas manos largas y huesudas, terminadas en uñas curvas y puntiagudas.

—¿Preguntar? Bueno, podréis preguntar a quien queráis. Podéis preguntar a cualquier demonio todo lo que

queráis. La cuestión no es a quién hacer la pregunta, sino quién puede saber la respuesta. ¿Y cómo voy a saberla yo, que soy un simple diablillo?

—¿Quién, entonces, puede saber la respuesta? —preguntó Ubanaziel, sin dejarse enredar en la retórica de su interlocutor.

—¿Quién? Ah, ojalá lo supiera... qué lástima, pobres ángeles, perdiendo el tiempo con un simple diablillo cuando puede que Maaaaarla esté muertamuertamuerta, o quizá sufriendo horriblemente... quizá le hayan arrancado la piel a tiras o la hayan sumergido en aceite hirviendo, o la hayan arrojado a una sima repleta de millones de hormigas devorahombres, o quizá...

—Basta —cortó Ahriel sin poderlo evitar—. Ahórranos los detalles.

Los ojos del diablillo relucieron de nuevo, y la criatura dio una voltereta en el sitio antes de reírse y responder:

—¿Qué puede importarle eso a alguien que no quiere rescatar a la pobre Maaaaarla del infierno?

—Vámonos —dijo Ubanaziel, antes de que Ahriel pudiese replicar—. No puede orientarnos, así que será mejor que busquemos a otro demonio al que preguntar.

Y dio media vuelta y siguió caminando quebrada abajo. Ahriel titubeó un momento, pero después se apresuró a seguirle. Percibió al diablillo que, saltando de peñasco en peñasco, los seguía, haciendo restallar su larga cola tras de sí.

—¡Esperad, ángeles! ¡Esperad! Quizá pueda ayudaros. Los otros no saben nada, pero yo sé muchas cosas. Siempre sé lo que busca la gente y dónde encontrarlo.

Otro recuerdo estalló en la mente de Ahriel como una burbuja luminosa. Unos ojos que brillaban con picardía, una sonrisa sagaz y una voz que jamás, a pesar de todos los años que habían pasado, había logrado olvidar: «Siempre sé lo que necesita la gente y dónde conseguirlo». Respiró hondo y descubrió los malévolos ojos del diablillo fijos en ella. «Maldito demonio», pensó, sintiendo que la rabia crecía en su interior. «Me está manipulando. Pero ¿cómo lo hace?». Trató de emular la actitud serena de Ubanaziel, y lo consiguió, al menos externamente. Pero por dentro seguía hirviendo de ira.

El Consejero se había detenido de nuevo ante el demonio.

—Eso está bien —le dijo—. Si sabes tantas cosas, supongo que podrás decirnos dónde podemos encontrar a Marla. Aunque creo que intentas tomarnos el pelo y que en realidad no sabes nada.

El diablillo pareció confuso un momento. Pero se rehizo rápidamente y replicó:

—Ah, eso no está bien, ángel. Me preguntas y luego no crees que vaya a decirte nada interesante. Si es así, ¿por qué preguntas?

—Es verdad —reconoció Ubanaziel—. No tiene sentido preguntarte. Adiós.

—¡Espera, ángel! ¿Cómo te llamas? ¿Y quién es la bella dama que te acompaña? Quizá, si nos conociésemos un poco mejor, podrías confiar en mí.

—Ciertamente —asintió Ubanaziel—. La bella dama y yo estaremos encantados de conocerte. Escucharemos tu nombre con mucha atención, y puedo asegurarte que no lo olvidaremos.

Una expresión de fastidio cruzó el rostro del diablillo, pero no tardó en volver a adoptar un aire zalamero.

—Hagamos un trato —propuso, cambiando de tema—. Vosotros me contáis por qué buscáis a la humana y yo os diré dónde encontrarla.

Ubanaziel lanzó una mirada de advertencia a Ahriel que ésta entendió sin necesidad de palabras: «No hables. Ahora es más importante que nunca que me dejes negociar a mí». Ella asintió y respiró hondo para calmarse, aunque el puño de la espada se le clavaba en la palma de la mano, de tan fuerte como lo estaba oprimiendo.

—Entiendo, entonces, que el trato sólo tendría valor si Marla siguiese viva —dijo el Consejero—, porque, si hubiese muerto, no podríamos encontrarla en ningún lugar y, por tanto, no podrías cumplir tu parte.

El diablillo lo miró casi con odio.

—De acuerdo —aceptó—. Sé dónde está vuestra reina —su boca se abrió en una aviesa sonrisa que mostró dos hileras de dientes puntiagudos—. Sufriendo horriblemente, claro está. Es lo que les pasa a todos los humanos que vienen al infierno. Gritan y aúllan y gimen de dolor y de esnanto y eso nos divierte a los demonios: dolor

agonía, sufrimiento. Y lo mejor es que aguantan todo lo que nosotros queramos que aguanten. Aunque anhelan la muerte, aunque supliquen que los matemos, morirán sólo cuando su amo se haya aburrido de escuchar sus gritos de tormento. Ah, sí, me pregunto qué nueva tortura habrán inventado hoy para la pobre pequeña Maaarla...

—No nos interesa —cortó Ubanaziel, con calma; pero el diablillo tenía los ojos clavados en Ahriel, y podía leer la angustia en su mirada—. Te hemos preguntado dónde podemos encontrar a Marla, no lo que está haciendo ahora. ¿Sigues en pie el trato?

—¿El trato? ¿Qué trato? —el diablillo parecía desconcertado—. Ah, claro, yo os digo cómo encontrar a Maaarla y vosotros me contáis por qué habéis venido a buscarla.

—No —puntualizó Ubanaziel—. Tú nos dices qué demonio tiene a Marla, y dónde encontrarlo, y nosotros te contamos qué es lo que queremos de ella.

No era exactamente lo mismo, advirtió Ahriel, con asombro. El diablillo sé removía, inquieto.

—Si no te gusta el trato, iremos a preguntarle a otro —añadió Ubanaziel.

—¡No, espera, espera! Trato hecho. Y ahora, decidme qué queréis de la pobre pequeña reina Maaarla —concluyó, con una sonrisa.

Pero Ubanaziel seguía serio.

—Tú nos dices qué demonio tiene a Marla, y dónde encontrarlo, y nosotros te contamos qué es lo que queremos de ella —repitió—. Éste es exactamente el trato que hemos hecho, así que te toca a ti hablar primero.

—¡Ah, condenado ángel negro! —estalló el diablillo, chasqueando la lengua con disgusto; después miró a Ahriel y sonrió de nuevo—. Muy bien —aceptó, sin quitarle la vista de encima—. Está bien: el demonio que estáis buscando se llama Furlaag. Vive al otro lado de la Garganta de las Desdichas, más allá de la Planicie de la Agonía. Cuando salgáis de este desfiladero, seguid a vuestra izquierda. Es por allí.

—Gracias —dijo Ubanaziel—. Cumpliremos ahora nuestra parte del trato. Lo único que queremos de Marla es que nos responda a una pregunta.

El diablillo esperó, pero Ubanaziel no siguió hablando.

—¿Qué pregunta? —quiso saber la criatura.

—Eso no forma parte del trato —respondió el Consejero—, ya que la pregunta que vamos a formularle sólo se la haremos a ella, de modo que, si quieres enterarte, te sugiero que estés presente cuando se la plantee. En cualquier caso, en ningún momento te he dicho que iba a darte detalles.

—¡Yo te los he dado!

—No —replicó el ángel—, me has contado sólo lo justo para no faltar a tu palabra. Si me hubieses dicho algo más acerca de ese demonio, de su poder, de su carácter, de la situación de los humanos que posee, y me hubieses ofrecido esa información voluntariamente, entonces yo también te habría contado algo más a cambio. Como no lo has hecho, no me siento obligado a darte más información.

Sin embargo, el diablillo ya no estaba prestando atención a Ubanaziel. Miraba a Ahriel fijamente, y ella no podía apartar sus ojos de él.

—¿Qué será? —murmuró la criatura—. ¿Qué será eso tan importante que los dos ángeles quieren preguntarle a la pobre pequeña reina Maaarla, atormentada entre las garras de un horrible demonio? ¿Qué es tan importante como para venir al infierno a buscarlo?

Ahriel no pudo evitarlo. Su mente se llenó de imágenes de Gorlian y de lo que había dejado allí.

—Ahriel, no —le advirtió Ubanaziel, pero era demasiado tarde. El diablillo le mostró una sonrisa llena de dientes y alargó las manos hacia Ahriel.

—¿Es esto lo que tanto anhelas? —preguntó, y entre sus manos se materializó una pequeña bola de cristal que ella conocía muy bien.

Con una exclamación ahogada, Ahriel clavó la mirada en aquella esfera de cristal y alargó las manos hacia ella, tratando de atraparla. Pero el diablillo la escondió bajo una de sus alas membranosas.

—Lo quieres, ¿sí? ¿Y qué me darías a cambio?

—¡Ahriel, no! —exclamó Ubanaziel, pero era demasiado tarde. Por toda respuesta, Ahriel batió las alas con

fuerza y se elevó hasta donde estaba la criatura, enarbolando su espada. El diablillo saltó lejos de su alcance y se rió como un loco. Después, alzó la esfera por encima de su cabeza y la lanzó con fuerza contra las rocas.

—¡NO! —chilló Ahriel.

La bola de cristal se hizo añicos e, inmediatamente, se evaporó como si estuviese hecha de niebla. Demasiado tarde, Ahriel comprendió que el diablillo la había engañado. Se volvió hacia él, pero ya no estaba. Aún escuchó el eco de su risa burlona rebotando por las paredes del desfiladero.

Ella descendió hasta el suelo y se dejó caer de rodillas, desolada.

—Lo siento —musitó.

Ubanaziel negó con la cabeza.

—Podría haber sido peor —dijo—. Al menos, ahora sabemos que Marla está viva y que la tiene un demonio llamado Furlaag.

—¿Crees que el diablillo dice la verdad?

—Todos los demonios están obligados a respetar los tratos. Por eso siempre intentan cerrar tratos que sean favorables para ellos. Por desgracia para él, me ha subestimado.

Ahriel no respondió. Tenía la horrible sensación de que el diablillo había obtenido de ella demasiada información. Deseó que no conociese el verdadero significado de la bola de cristal que le había ofrecido, y se prometió a sí misma tener más cuidado en lo sucesivo.

—Estoy agotada —dijo—. No sé qué tiene este lugar, pero me pone los nervios de punta.

—Es la maldad —respondió Ubanaziel—. Todo el infierno vibra con la maldad intrínseca de los demonios. Es algo que pocos humanos pueden soportar, y que sólo algunos ángeles son capaces de experimentar sin alterarse.

«Y tú eres uno de esos ángeles», pensó Ahriel, pero no lo dijo en voz alta.

—Salgamos del desfiladero —propuso Ubanaziel—. Descansaremos fuera.

Alzaron el vuelo y sobrevolaron el cañón; Ahriel escudriñó las rocas en busca del diablillo con el que habían tratado, pero no volvió a verlo. «Tanto mejor», se dijo.

Cuando la planicie se mostró ante ellos, Ubanaziel inició el descenso, y Ahriel lo siguió. Encontraron refugio al abrigo de una enorme piedra.

—¿No anochece nunca aquí? —preguntó Ahriel, harta ya de aquella luz sangrienta.

—No —fue la lacónica respuesta.

Ella advirtió que su compañero se acomodaba para tratar de dormir un poco.

—¿Y si viene algún demonio?

—Lo percibirás cuando aún esté lejos —respondió él—. Y, para cuando nos alcance, estaremos preparados. Así que descansa. Estás muy alterada, y necesito que recobres la calma antes de que nos enfrentemos a Furlaag.

—De acuerdo —suspiró Ahriel, y cerró los ojos. Lo agradeció: al menos, así dejaba de verlo todo teñido de rojo.

Los abrió apenas un momento después, cuando le pareció oír un siseo. Se enderezó y miró a Ubanaziel, pero éste dormía. Se dio la vuelta y entonces vio una pequeña bola de cristal que rodaba hasta ella. Cuando trató de tocarla se desvaneció.

Ahriel frunció el ceño. Se levantó de un salto y sacó, con cuidado, la espada de la vaina. Muy bien; si aquel condenado diablillo quería guerra, iba a tenerla.

Salió de detrás de la roca y miró a su alrededor. Descubrió, entonces, la figura del pequeño demonio, encaramada a un peñasco un poco más arriba. Ahriel se impulsó con las alas para llegar a él. Si no les había plantado cara era porque sabía que no tenía nada que hacer contra ellos. Y, ahora que ya les había dado la información que necesitaban, no era necesario que siguiera convida para turbarla más.

El diablillo estaba de espaldas a ella, acuchillado sobre la roca, y se balanceaba como si estuviera meciendo algo. Ahriel decidió no darle la oportunidad de pronunciar una sola palabra. Con un rápido gesto, descargó la espada sobre él.

Pero entonces la criatura se dio la vuelta y Ahriel no tuvo tiempo de corregir el movimiento. Con horro

contempló como su propia espada se hundía en el bulto que sostenía el diablillo.

Una mancha de sangre floreció entre las mantas, y un vagido infantil resonó en el desfiladero. El diablillo sonrió mientras Ahriel, horrorizada, dejaba caer la espada y retrocedía, como herida por un rayo.

El diablillo dejó caer al bebe pero, cuando su cabeza chocó contra las rocas, ya estaba muerto.

—Oh, mira lo que le has hecho al pobre niño —rió el demonio—. Pero claro, qué se puede esperar de alguien que abandona a su propio hijo a su suerte... eres malamalama, pero que los humanos, que digo, ¡pero que los demonios!

Ahriel gritó.

Alguien le dio una bofetada y la despertó. Ahriel, angustiada, trató de desasirse, pero las manos que la sujetaban eran firmes y fuertes, y no se lo permitieron.

—Ahriel, despierta. No es real, es sólo un delirio.

De pronto, dejó de ver al diablillo y al bulto inerte entre las mantas, y sus ojos lograron distinguir el rostro de ébano de Ubanaziel.

—¿Un... delirio? —murmuró, con un sollozo.

El Consejero frunció el ceño al ver sus lágrimas. Los ángeles no lloraban, se recordó Ahriel a sí misma, y se secó las mejillas con rabia. Tragó saliva para tratar de hacer desaparecer el nudo de su garganta. Cuando asimiló que no había sido más que una pesadilla, tuvo que esforzarse mucho para no llorar de alivio.

—Un delirio —repitió Ubanaziel—. Los demonios menores los utilizan para debilitar a sus enemigos más fuertes. Se introducen en tu mente y en tu corazón, confunden tu percepción y se aprovechan de tus miedos y tus secretos —le dirigió una mirada penetrante—. Por eso, quien se adentra en el infierno debe hacerlo sin temor y sin nada que ocultar.

Ahriel guardó un obstinado silencio. Ubanaziel la obligó a mirarla a los ojos.

—Escúchame bien —le dijo—. Mira lo que ha hecho contigo un simple diablillo. ¿Crees que serás capaz de sostenerle la mirada a un demonio poderoso como Furlaag? ¿Piensas, acaso, que saldrás con vida de aquí?

La pregunta la hizo reaccionar. Tenía que sobrevivir, se dijo a sí misma. Tenía que salir de allí. Y volver a Gorlian. Como fuera.

—Veo que quieres vivir —observó Ubanaziel, con más suavidad—. Dime una cosa: ese secreto tan terrible que guardas... ¿lo conoce Marla?

Ahriel respiró hondo. «He escondido Gorlian», le había dicho Marla. «Si yo muero, nunca lo encontrarás». En aquel momento, a punto de ser absorbida por la puerta del infierno, la joven reina le había revelado que conocía su secreto o, al menos, lo intuía. Respiró hondo.

—Creo que sí —admitió, de mala gana.

—Entonces, Furlaag lo sabe —replicó Ubanaziel—. Y es posible que el resto del infierno lo sepa también.

Ahriel dejó escapar una maldición muy poco angélica que había aprendido en Gorlian. Ubanaziel lo pasó por alto y la miró a los ojos.

—Escúchame. No sé qué te pasó en Gorlian, y créeme que no me interesaría saberlo, de no ser porque nuestra supervivencia en el infierno depende de ello. Si quieres vivir, si quieres encontrar esa bola de cristal y salir de aquí, entonces debes confiar en mí. No pienso permitir que por culpa de ese punto débil tuyo, sea cual sea, nos maten a los dos. ¿Me has entendido?

Ahriel respiró hondo y asintió.

—Bien —dijo Ubanaziel, recostando la espalda sobre la roca y envolviendo su cuerpo en sus enormes alas—. Puedes empezar a hablar.



IV. Engendro

Lo primero que notó Zor al volver en sí fue que estaba sorprendentemente seco.

En realidad, sus ropas aún estaban húmedas, todavía sentía los pies helados y tanto sus alas como su cabello seguían cubiertos de fango. Pero ya no estaba chorreando, y la capa de barro que lo cubría se había resecado. Intentó inspirar hondo, pero le entró un ataque de tos que lo hizo doblarse por la mitad y expulsar un chorro de agua por la boca.

Su movimiento produjo una reacción, y algo se desplazó rápidamente para quedar fuera de su campo de visión. El muchacho parpadeó, todavía confundido, y trató de incorporarse un poco. Pensó que el suelo estaba notablemente duro para tratarse de barro de la Ciénaga, y entonces descubrió que se hallaba tendido sobre una superficie de madera mohosa. Sacudió la cabeza para quitarse el barro del pelo, sin resultado. Parpadeó y, pronto, su visión se aclaró y pudo advertir que se encontraba en el interior de una casa.

Algo rebulló a su espalda. Zor sintió que su corazón se aceleraba, pero no se movió. Primero, procuró que su respiración no traicionara su inquietud, y cerró los ojos un momento para tratar de recuperarse del todo. Cuando volvió a abrirlos, se sentía ya completamente despierto, y todavía podía detectar aquella cosa tras él. Con un suspiro, enderezó los hombros y estiró los brazos, como si estuviera desperezándose. Al bajarlos de nuevo, su mano buscó su cuchillo de hueso.

Percibió que el ser que lo acechaba se movía un poco; cerró los dedos en torno a la empuñadura del arma y tensó los músculos. Su intuición le decía que la criatura que compartía la cabaña con él no era humana. Podía ser un animal, pero Zor lo dudaba. Había muy pocos animales en Gorlian, y casi todo eran insectos, pequeños anfibios y distintas especies de peces del fango. No; Zor sabía lo bastante acerca de su propio mundo como para tener claro que aquello que lo observaba era un engendro.

De niño, había sentido lástima por los engendros. Tenía la sensación irracional de que ellos no tenían la culpa de ser tan horribles y tan violentos, y de que, en el fondo, anhelaban ser de otra manera; de que algo estaba muy mal en ellos, como si alguien hubiese cometido una terrible equivocación al hacerlos así. Pero su compasión no le había granjeado nunca la simpatía de ninguno de ellos, por lo que se había visto obligado a aprender a luchar para defenderse de aquellas criaturas, por una simple cuestión de supervivencia. Nunca había conocido a ningún engendro amistoso, así que no había razón para creer que la cosa de la cabaña fuese diferente.

A sus espaldas, la criatura se movió otra vez. «Ahora», se dijo el muchacho, y, dando media vuelta, se impulsó con las alas para lanzarse sobre ella.

La cabaña estaba a oscuras, pero Zor se las arreglaba bastante bien sin luz; vio que el engendro trataba de trepar por la pared y lo agarró por las extremidades inferiores, obligándolo a caer sobre el suelo. Apenas un instante después, el muchacho lo había inmovilizado bajo su propio cuerpo y había colocado el cuchillo sobre la garganta del ser, dispuesto a rebanársela. Pero se detuvo cuando fue consciente de algo muy extraño: el engendro no lo había atacado, sino que había tratado de escapar de él. Zor frunció el ceño, sorprendido. Jamás había topado con un engendro que no atacara a la primera oportunidad. Eran tan violentos que se lanzaban contra cualquier criatura viviente, incluso si ésta era mucho más fuerte que ellos. No eran lo bastante inteligentes como para comprender que, en ciertas circunstancias, era mejor escapar.

El muchacho escudriñó a la criatura que había atrapado. Pero, aunque poseía una cierta visión nocturna, no se las arreglaba tan bien a oscuras como de día, así que todo lo que pudo captar del rostro del engendro fueron unos grandes ojos acuosos, sin párpados, una pequeña boca torcida y una larga cabellera que más bien parecía un matorral de malas hierbas. Entonces el engendro hizo un ruido curioso, natural:

—Kktttadddnncimma...

Tenía una voz extrañamente aguda. Sonaba más bien como un sollozo, pero Zor descubrió, asombrado, que eran palabras. Lo miró, estupefacto.

—¿Cómo has dicho? —balbució, y se sintió estúpido por tratar de trabar conversación con un engendro.

La criatura volvió a gemir, y en esta ocasión, Zor entendió lo que decía:

—Qqquittta dd'anncimma...

El joven estaba tan estupefacto que bajó la guardia un momento; entonces el engendro lo apartó de un empujón y saltó hacia atrás.

—¡Eh! —exclamó Zor, maldiciéndose por ser tan estúpido. Alzó su puñal, pero el engendro no estaba interesado en pelear. Dio un salto hacia la puerta, se enganchó al dintel con unas manos huesudas a las que seguían unos brazos desproporcionadamente largos y se impulsó con las piernas para salir al exterior.

Atónito, Zor se abalanzó tras la criatura y se asomó fuera de la cabaña, desafiando a la lluvia, pero no logró alcanzarla.

Aún vio su sombra desgarbada trepando por el tejado durante un momento, antes de que se perdiera en la oscuridad.

Temblando, Zor volvió a entrar al abrigo de la cabaña. Miró a su alrededor, pero no vio a nadie más. Una vez expulsada la criatura, aquel magnífico refugio estaba a su entera disposición. Asintió, satisfecho. Era una cabaña vieja y bastante desvencijada, tenía goteras y había montones de basura por los rincones, pero era mucho mejor que su hamaca en el árbol, y, además, aquella noche llovía tanto que no pensaba encontrarle más inconvenientes. Encontró su morral no lejos del lugar donde había despertado, y comprobó, con alegría, que su capa de repuesto estaba casi seca. Se envolvió en ella, se sentó junto a la puerta, asegurándose de tener a mano su puñal, y respiró hondo, más tranquilo. Allí vería enseguida a cualquiera que entrase, antes de que el intruso lo descubriese a él, y eso le daba una ventaja importante. Tanto si el engendro se decidía a volver como si Ruk y sus amigos seguían buscándolo para que formara parte del menú de la cena, estaría preparado.

Apoyó la espalda contra la pared de troncos, sintiendo la presencia de sus alas, y exhaló un suspiro. La Ciénaga era un lugar extraño, pensó. Decidió que descansaría allí aquella noche y por la mañana regresaría a casa. Pero lo haría volando, para llegar antes.

Recordó entonces lo que había sucedido la última vez que había alzado el vuelo, y se estremeció cuando su memoria le devolvió la imagen del gigantesco Murciélago. Medio adormilado ya, se preguntó cómo había escapado del monstruo, y recordó haber caído en picado sobre el fango. Entonces había visto una choza que parecía flotar sobre la Ciénaga. ¿Sería la misma en la que se encontraba? Frunció el ceño; no recordaba haber llegado hasta allí. Casi podría asegurar que había perdido el sentido antes de alcanzarla, pero claro, existía la posibilidad de que hubiese llegado por su propio pie, medio atontado, y no se acordara. ¿Estaría ya el engendro dentro de la cabaña, o habría llegado después?

Miró a su alrededor con curiosidad. Algunos de los desechos que se amontonaban en las esquinas parecían antiguos: lo que quedaba de algunos objetos e incluso muebles toscos, que indicaba que allí habían vivido humanos tiempo atrás. Pero había otras cosas, restos de comida, raspas de pescado, que parecían mucho más recientes. ¿Sería aquél el hogar del engendro? Quizá había matado a sus anteriores habitantes para quedarse con la casa. La verdad era que se trataba de un refugio muy tentador. Si en la Ciénaga existían hombres capaces de matar a un muchacho para comerse su carne, cómo no iba a haber engendros dispuestos a asesinar para conseguirse un cubil seco en medio de aquella inmensa charca.

Pero aquella criatura no lo había atacado, recordó. Y había dicho algo que había sonado como...

Sacudió la cabeza. No, los engendros no hablaban. Los engendros no tenían inteligencia, sólo eran crueles bestias asesinas que odiaban a todo el mundo. Seguro que había emitido algún sonido incongruente y él le había dado un significado a algo que no tenía ninguno.

Pero eso seguía sin explicar por qué el engendro no le había hecho ningún daño.

«Quizá lo pillé por sorpresa» se dijo Zor «A lo mejor regresó de cazar o de lo que fuera y me encontró dentro

de su choza, y cuando estaba a punto de lanzarse sobre mí, entonces desperté...».

Sin embargo, algo en su interior le decía que las cosas no habían sucedido de esa manera. Tenía la sensación de que el engendro llevaba un buen rato observándolo cuando él despertó. Podría haberlo matado cuando estaba inconsciente e indefenso y, sin embargo, no lo había hecho.

Bostezó. Se le cerraban los ojos, y decidió no pensar más en el asunto. Fuera lo que fuese, se había ido, y, si resultaba que era un engendro cobarde, entonces no volvería.

Aún empuñando el cuchillo y bien envuelto en su capa, Zor se durmió.

Despertó cuando la grisácea luz del día comenzaba a entrar por la puerta de la cabaña. Se despejó enseguida y miró a su alrededor, inquieto. Todo estaba en orden. Seguía estando solo en la cabaña, y era evidente que nadie lo había atacado. Se relajó, y fue entonces cuando descubrió que a sus pies había tres peces del fango muertos. Parpadeó, desconcertado. No recordaba haberlos visto la noche anterior. Quizá se le habían pasado por alto debido a la oscuridad, pero lo dudaba: los habría pisado al arrastrarse hasta la puerta. Al mirarlos con mayor atención descubrió que estaban encima de un lecho de ramitas trenzadas, como si fuera una bandeja.

«Una ofrenda», se le ocurrió de pronto.

Se inclinó sobre los pescados para verlos mejor. Y entonces una sombra tapó la luz.

Zor se apartó de los peces de un salto y esgrimió el cuchillo. Qué estúpido había sido: había caído en la trampa y ahora lo habían cogido desprevenido.

En el hueco de la entrada se recortaba una silueta familiar; una criatura de cabeza deforme y extremidades anormalmente largas, que se acuclillaba sobre el suelo de madera. Ahora que la veía mejor, Zor fue consciente de la fuerza que insinuaban aquellos miembros nervudos. Con puñal o sin él, el muchacho llevaba las de perder en una pelea contra aquella cosa. Además, al estar atrapado en aquella cabaña, con el engendro bloqueando la puerta, no podía escapar volando.

La criatura se adelantó un paso. Zor alzó el cuchillo.

—Aléjate de mí —le dijo.

El engendro no pareció impresionado. Zor lo vio agacharse para recoger el pescado.

—Eso, quédatelo. Puedes comértelo, si quieres, pero déjame en paz.

La cosa ladeó la cabeza y se le quedó mirando como si lo entendiera. Entonces, avanzó un poco más. Zor retrocedió, pero su espalda chocó contra la pared de troncos. Maldijo para sus adentros.

El engendro, sin embargo, seguía sin atacarlo. Zor lo vio alzar las manos con la cestilla del pescado y alargarlo hacia él.

—Cmma —dijo.

Zor abrió la boca, desconcertado. La criatura insistió:

—Cmma —y le ofreció los peces.

—¿Quieres que me los coma? —preguntó Zor, perplejo. Para su sorpresa, el engendro asintió enérgicamente.

El muchacho se relajó, sólo un poco.

—¿Por qué? —preguntó con recelo—. ¿No querrás engordarme para comerme tú?

Los hombros escuálidos de la criatura se convulsionaron, y Zor oyó cómo de su garganta escapaba un curioso sonido gutural. Se estaba riendo de él.

—Sttás dddabl —le dijo—. Cmma y punta fffuurta.

Zor entornó los ojos. No se trataba de su imaginación, estaba hablando.

—Repite eso.

—Sttás dddabl —insistió el engendro—. Cmma.

Maravillado, Zor se dio cuenta de que entendía lo que le estaba diciendo. Tenía una forma curiosa de pronunciar las vocales, y hacía retumbar todas las demás letras, como si las arrastrara, pero estaba hablando, en definitiva, y estaba hablando en su propio idioma. Le había dicho:

—Estás débil. Come.

—¡Hablas! —exclamó el muchacho todavía nervioso.

El engendro enderezó los hombros y la cabeza, y a Zor le pareció que su incredulidad lo ofendía.

—Ccclaru qu'abbblo.

—Perdona —se disculpó Zor.

La criatura volvió a ofrecerle los pescados, y el muchacho negó con la cabeza.

—Gracias, pero no tengo hambre.

El engendro se encogió de hombros, se sentó en el suelo y comenzó a comérselos él. Se había situado de costado, y la luz que entraba por el hueco de la entrada recortaba su perfil. Zor observó su larga mata de pelo revuelto, su frente abultada y su mandíbula prominente. Y algo más.

Tenía pechos. Era una hembra.

—No me lo puedo creer —murmuró para sí mismo.

Había ido a parar al cubil de un engendro hembra que no solamente tenía una remota apariencia humana sino que, encima, era inteligente y hablaba... a su manera, claro, pero hablaba. Y no era agresiva. No lo había atacado, le había traído comida y además... Zor respiró hondo al comprenderlo... lo había sacado del cenagal y lo había arrastrado hasta la cabaña mientras estaba inconsciente.

—Oye... tú —le dijo, y la cabezota dejó de masticar y se volvió hacia él—. ¿Me has salvado la vida?

La criatura asintió con energía. Zor no supo qué decir.

—Bueno, pues... gracias —se le ocurrió después de unos instantes.

—Dd'nnmadda.

—¿Ésta es tu casa? —preguntó con curiosidad, y el engendro volvió a asentir—. ¿Pero la has construido tú? —inquirió Zor de nuevo, fascinado, y la criatura negó con la cabeza.

—S'ccabbbania Dgg.

—¿Cómo dices?

La criatura lo repitió, intentando pronunciar bien todas las sílabas:

—Is cabbbania Dagg.

—¿La cabana de Dag? —repitió Zor, creyendo no haber oído bien—. ¿Del viejo Dag?

Ella volvió a asentir.

El muchacho se recostó contra la pared, tratando de pensar. Su abuelo había vivido en el Desierto desde que él podía recordar, pero alguna vez le había contado que se había trasladado allí huyendo de la Ciénaga. La casa era lo bastante vieja como para haber sido su antigua vivienda, pero eso no explicaba por qué nadie, aparte del engendro, la había ocupado desde entonces. Si, como parecía, era una criatura inofensiva, resultaba extraño que los humanos no la hubiesen echado de allí. Recordó entonces que Ruk y sus amigos le habían dicho que Dag llevaba años muerto. Quizá estuviesen hablando de otra persona que también se llamaba Dag.

—¿Te referes al viejo Dag, al que murió hace años?

El engendro hizo algo raro. Primero asintió vigorosamente y luego negó con la misma energía.

—¿Sí o no?

—Vvejju Ddagg —dijo—. Ssul'unmno.

—¿Sólo hay un viejo Dag?

Ella asintió.

—Pppro nnu mmmurttto.

—Que no murió —tradujo Zor, y la criatura negó con la cabeza.

—Nnnu mmurttto —insistió—. Sssi fffue.

—¿Se fue? ¿A dónde?

El engendro se encogió de hombros.

—Sssi fffuee —repitió—. Cunn ninnnio. Ninnio cunn alas.

El corazón de Zor empezó a latir con más fuerza. Cada vez le resultaba más fácil comprender la extraña forma de hablar de la criatura, pero temió que su imaginación le estuviese jugando una mala pasada.

—¿Se fue con un niño? —quiso asegurarse—. ¿Un niño que tenía alas?

El engendro se volvió hacia él y le dedicó una amplia sonrisa. Señaló las alas de Zor y después apuntó a su pecho con un largo dedo ganchudo.

—Ninnio cunn alas —asintió—. Tttú.

Zor sintió que el corazón le daba un vuelco. No había lugar a dudas: la criatura estaba hablando de él mismo, de su abuelo, de su historia.

—¿Y cómo sabes eso? —preguntó, temblando.

—Iu'ssstabb'aquí —dijo ella—. Dagg nnnu mmi vvía —se detuvo un momento y lo miró, expectante.

Zor comprendió que quería asegurarse de que comprendía lo que le estaba diciendo.

—Estabas aquí —tradujo—. Pero Dag no...

—Nu mmi vvía —repitió ella.

—¿No te veía?

—Iu'ssscunndddía —asintió la criatura.

—¿Te escondías de él? —preguntó Zor, y ella afirmó de nuevo.

—Nu mmi vvía. Ppru ssabbía qqu'iu'sstabb'aquí. Mmmi ddabba ccummda —y lo miró de nuevo.

—Dag no te veía, pero sabía que estabas por aquí cerca, ¿no? Y te dejaba comida. ¿Sabía qué... quién eras?

Ella se encogió de hombros. Zor se acomodó sobre el suelo de tablas, fascinado. Si decía la verdad, él había vivido en aquella misma casa con su abuelo cuando era... ¿qué? ¿Un bebé? Y por aquel entonces, aquella extraña criatura ya rondaba por allí, vigilante. Su abuelo era consciente de ello y no solamente no la había echado de allí, sino que, incluso, la alimentaba. ¿Sabía que estaba dando de comer a un engendro? Tal vez...

Zor observó a la criatura, que lo miraba, con su cabezota deforme y sus enormes ojos abiertos de par en par. Era ciertamente monstruosa, pero no parecía peligrosa.

—Pero, si se fue, ¿por qué hay quien piensa que está muerto?

Y ella procedió a contarle, a su manera y gesticulando mucho para que Zor la comprendiera, qué era lo que había pasado aquella tarde en la que el viejo Dag, cargado con un pequeño bulto alado, había dado la espalda al mejor refugio que nadie había construido jamás en la Ciénaga.

Por lo que el muchacho entendió, lo primero que hizo Dag aquel día fue destrozar el interior de su propia casa, como si hubiese sido atacada. Después se hizo un corte en el brazo y manchó sus mantas con su propia sangre. Incluso se molestó en dejar un rastro desde el camastro hasta la puerta.

—Ppur aquí —indicó la criatura, señalando el suelo. Estaba demasiado oscuro para que Zor pudiera descubrir si queda algún resto de sangre, pero de todos modos entendió perfectamente lo que el engendro le estaba contando: su abuelo había simulado ser víctima de un ataque y después había desaparecido.

—¿Por qué haría algo así? —se preguntó en voz alta.

—Pppra qqui nnu sigggnn —respondió ella.

—Para que no le siguieran. Para que nadie lo buscara en ninguna parte —comprendió, mientras la criatura asentía con energía—. Y por eso se tapaba la cara cuando venía a la Ciénaga a hacer trueques. Pero ¿por qué no quería que nadie lo encontrara?

El engendro no se molestó en responder con palabras. Se limitó, una vez más, a señalar al propio Zor.

—¿Por mí? —se sorprendió el muchacho, y ella afirmó otra vez.

La contempló, atónito. Le estaba contando muchas cosas, detalles de su propia vida que jamás habría imaginado. Podría estar mintiendo, claro; pero parecía inofensiva, inocente, incluso, lo cual no cuadraba mucho con lo que él sabía de los engendros, aunque sí con la criatura que tenía frente a sí. Sin duda era un engendro; pero también era pacífica y, lo que era más extraño... inteligente.

Se preguntó, de pronto, si tendría un nombre.

—¿Cómo te llamas?

El feo rostro del engendro se iluminó con una sonrisa de felicidad.

—Cccssa —respondió.

—¿Cosa? —renitó Zor creyendo que no había oído bien pero ella asintió con energía y se golpeó el pecho

con el puño.

—Iu Cccssa —insistió.

—¿Cosa? Pero... pero... —Zor calló, confundido; la criatura parecía tan orgullosa de tener un nombre que le supo mal decirle que era un apelativo degradante—. ¿Quién te llamó así?

—Ammmu —respondió ella—. Innn ccuvvva.

—¿Tu amo? —dijo Zor, asqueado; no quería ni imaginar qué clase de amo habría tenido aquella criatura—. ¿En la cueva? ¿Y dónde está esa cueva? —preguntó, un poco preocupado, no fuera a ser que aquel amo estuviese más cerca de lo que sería deseable.

Entonces ella empezó a describirle un lugar del que Zor no había oído hablar jamás. Le explicó que se encontraba lejos, muy lejos, y cuando Zor le preguntó si estaba en la Ciénaga, en la Cordillera o en el Desierto, Cosa negó con la cabeza y le dijo que la cueva a la que se refería estaba mucho más lejos.

—¿Más lejos? No hay nada más lejos que eso en Gorlian —dijo él, extrañado, pero Cosa sacudió la cabeza.

—Nnnu Ggurlannn.

—¿Que no está en Gorlian? Oye, todo está en Gorlian. Gorlian es el mundo, no existe nada más.

Pero Cosa se rió de él, y Zor empezó a temer que no era una criatura tan inteligente como había creído. La vio arrastrarse hasta la entrada de la cabaña y quedarse allí, acucillada sobre el porche, balanceando su cuerpo contrahecho mientras las primeras luces de la mañana se derramaban sobre ella, atravesando el pesado manto de niebla. Con un suspiro, Zor salió también y se sentó a su lado.

—Cuéntame más cosas —le pidió—. Sobre ese amo tuyo, y el sitio del que procedes.

Cosa le contó entonces un galimatías acerca de un lugar donde había más seres como ella. Todos parecidos y todos diferentes a la vez. Bajo tierra y sobre tierra, le dijo, o al menos, eso fue lo que Zor entendió. Los Amos cuidaban de las criaturas, pero sólo ella tenía un nombre, porque era especial. Porque ella sabía hablar, y entendía, pero los otros no. Y por eso su amo le había regalado un nombre. La llamaba Cosa. «Ven aquí, Cosa repugnante», o «Apártate de mi camino, Cosa inmundada», le decía. Entonces un día, sin saber por qué, los Amos la metieron en un saco y se la llevaron de la Cueva Seca a un lugar distinto.

—Sstttu —le explicó, abarcando el paisaje de la Ciénaga con el brazo.

Allí también había Amos, le contó, pero eran mucho más crueles, hombres salvajes que la atacaban en cuanto la veían. Se debía a que había muchas criaturas sin nombre en Gorlian. Y esos seres sin nombre, le contó, deberían estar en jaulas, como en la Cueva Seca, y no sueltos por ahí. Por eso los Amos de Gorlian tenían que defenderse de ellos, y cuando Cosa llegó, la tomaron por uno de los seres sin nombre y la atacaron también. Cosa aprendió a esconderse de la mirada de los Amos de Gorlian. Pero el viejo Dag intuía su presencia y, aunque nunca la vio, le dejaba comida y le hablaba. «Te he guardado un poco de sopa, por si tienes hambre», le gritaba a la oscuridad. Y después se iba y le dejaba el cuenco en el porche. Cosa tardó mucho en atreverse a aceptar sus regalos, pero Dag confió en ella desde el principio. «Tengo que irme de viaje», anunciaba en voz alta, sabiendo que en algún lugar, oculta a su mirada, Cosa le estaba escuchando, «pero volveré. Cuida de la casa». Y Cosa vigilaba y protegía la cabaña de la curiosidad de los extraños. Cuando Dag se fue con el niño cargado a la espalda y destrozó el interior de la casa, le dijo: «Si sigues ahí, la cabaña es tuya, si quieres quedártela. Pero ten cuidado, porque vendrán otras personas a reclamarla. Y no serán tan amables como yo». Cosa permaneció escondida y no se atrevió a mostrarse ante Dag, ni siquiera entonces. Tampoco ocupó la cabaña cuando él y el niño se marcharon. Pero tiempo después vinieron unos hombres buscando a Dag y descubrieron que no estaba. Al ver el estado de la cabaña creyeron que había sido víctima de un ataque. Investigaron un poco por los alrededores, pero no vieron a Cosa, que seguía bien escondida. Luego volvieron a la cabaña, y ella los oyó discutir. Se peleaban porque cada uno de ellos quería quedarse con aquella casa tan buena. Y acabaron enfadándose tanto que se pelearon *de verdad* y se mataron unos a otros. Cosa tuvo que sacar sus cuerpos fuera y echarlos al lodo para que no ensuciaran la cabaña. Luego vinieron más hombres y vieron los cuerpos, y pronto se corrió la voz de que había algo muy peligroso rondando la cabaña del viejo Dag. Enviaron a un guerrero a ver de qué se trataba. Sorprendió a Cosa dentro de la cabaña, pero estaba muy oscuro y no la vio con claridad y cuando ella avanzó hacia él se asustó tanto que salió corriendo de la cabaña.

dando gritos de espanto.

Y desde entonces, nadie más había vuelto a acercarse a la casa.

—Cccrenn qu'isstttá'ncanntadda —concluyó—. Qqq'íl ffannttasmmma ddi Ddag sstttá'qquí.

—¿De verdad? —sonrió Zor—. Bueno, mejor para ti —podía imaginarse a Ruk y a sus amigos huyendo despavoridos del «fantasma» de su abuelo.

Cosa le devolvió la sonrisa. Zor la observó por primera vez bajo la luz del día. En efecto, a pesar de su inteligencia y de su carácter apacible, no dejaba de ser un engendro. Su cabeza era desproporcionadamente grande, con una frente abultada que emergía por entre los mechones de su cabello, de un color gris sucio. Su nariz era chata y bulbosa, y tenía un ojo más alto que otro. Su boca era pequeña —quizá por eso le costaba tanto hablar—, y por ella asomaban dos hileras de dientes desalineados. La mandíbula inferior, proyectada hacia delante, también era demasiado grande. Y sólo tenía una oreja. La otra era apenas un bulto que asomaba entre la maraña de pelo gris.

Zor no bajó la mirada para examinar el resto de su cuerpo; ya había visto suficiente. Había algo común en los engendros, en todos los engendros, aunque cada uno fuera distinto de los demás, y era ese aspecto de no estar bien hechos, como si alguien hubiese cometido una gran equivocación a la hora de diseñarlos. Y esa tremenda sensación de dolor... Zor se estremeció involuntariamente. Desde pequeño, desde sus primeros encuentros con engendros, había tenido siempre la impresión de que aquellas criaturas sufrían horriblemente por el simple hecho de estar vivas. Su abuelo, en cambio, no notaba nada. «Son engendros», decía. «Lo único que sienten es hambre, y les gusta la carne de niño, así que no te acerques a ellos como no sea para matarlos». Pero Zor jamás había podido quitarse de encima aquel sentimiento cada vez que los veía, pese a que, siguiendo las instrucciones de su abuelo, había aprendido a defenderse de los engendros o a huir de ellos si eran demasiado grandes.

Cosa también le transmitía aquella sensación de padecimiento. Sin embargo, el dolor estaba sólo en el fondo de sus ojos repletos de placidez, como si se hubiese acostumbrado a ser lo que era, a convivir con el sufrimiento.

—¿Quién eres? —dijo de pronto, sin poderlo evitar, y en el momento en que lo hizo comprendió que había deseado formular aquella pregunta desde la primera vez que se había topado con uno de los engendros de Gorlian.

Naturalmente, no lo había hecho, porque ninguno de ellos habría podido contestarle. Pero Cosa, sí.

Sin embargo, su respuesta fue sencilla y decepcionante:

—Iu Cccussa.

—Ya sé cómo te llamas —replicó Zor—. Pero me gustaría saber de dónde vienes. De dónde venís todos vosotros. Jamás oí hablar de un lugar donde los humanos tuviesen encerrados a los engendros. Si es una cueva, tiene que estar en la Cordillera. Pero, si fuese así, la gente lo sabría.

Cosa no vio la necesidad de contestar, por lo que el chico siguió cavilando:

—Tampoco he oído hablar nunca de un engendro inteligente, que hablara, como tú. Bueno, una vez mi abuelo me contó un cuento sobre un sapo que reinaba en la Ciénaga, pero era sólo un cuento. En la Ciénaga sólo hay una reina. O la había —añadió, recordando lo que había escuchado al respecto—. Oye, ¿tú has oído hablar de la Reina de la Ciénaga?

Cosa asintió con energía.

—¿Y la has visto alguna vez?

Cosa negó con la cabeza.

—Dicen que ha desaparecido, que nadie sabe dónde está —añadió Zor, pero ella se encogió de hombros—. No sé qué hacer ahora —prosiguió el muchacho—. Mi abuelo me dijo que buscara a la Reina de la Ciénaga, porque tenía algo importante que decirme. Pero ella se ha ido, y nadie sabe dónde encontrarla. Ni siquiera si está viva o no. No sé qué hacer —repitió.

—Vvulvvve —sugirió Cosa.

—¿Que vuelva?

—Vvulvvve ccunn Dddagg.

—¿Que vuelva con mi abuelo, dices? —repitió Zor, perplejo.

Ella asintió con seriedad

—Dddagg bbunno. Ddda cccummidda Cccssa —le explicó pacientemente.

El muchacho cayó en la cuenta de que no se lo había dicho.

—Puedo volver a casa —empezó, con tacto—, pero no con mi abuelo. Él ya no está.

Cosa lo miró sin comprender.

—Era muy viejo —siguió explicando Zor—. Había vivido muchos años y estaba enfermo, así que un día... se apagó.

Cosa abrió mucho los ojos y parpadeó, incrédula.

—¿Ddag? ¿Mmmurtto?

—Sí —asintió Zor, con un nudo en la garganta—. Dag está muerto. Y esta vez no lo ha fingido, Cosa. Esta vez es de verdad.

Entonces el engendro hizo algo extraño. Dejó caer la cabeza y sus hombros se convulsionaron un momento. Después volvió a alzar la barbilla, echó la cabeza atrás y lanzó un largo y prolongado gemido de dolor y de pena que acabó con una especie de aullido.

Cosa estaba llorando. El sonido era estremecedor, pero Zor no trató de hacerla callar. Cosa aulló un par de veces más, y el muchacho sintió que sus propios ojos se llenaban de lágrimas.

Y ambos lloraron al viejo Dag, el hombre sabio que había recogido a un extraño niño con alas y alimentado a un engendro, protegiéndolos a ambos de la cruel realidad de Gorlian.



Zor se quedó el resto del día haraganeando en la cabaña. Descubrió que no flotaba sobre el agua, sino que se sostenía sobre cuatro pilares firmemente asentados en el fondo del barrizal. También averiguó que había allí otras cosas que comer, aparte de pescado crudo. Cosa salió a media mañana y regresó poco después con unas retorcidas raíces cubiertas de barro. Se las ofreció a Zor, pero el muchacho las rechazó, y más cuando vio que ella las limpiaba frotándolas contra el suelo antes de llevárselas a la boca. Sin embargo, se le ocurrió una idea mientras la veía comer, y cogió la última de las raíces para pelarla con su cuchillo. Descubrió que por dentro eran blancas, jugosas y sorprendentemente sabrosas.

—¿De dónde has sacado esto? —le preguntó a Cosa. Se asombró aún más cuando ella le explicó que eran las raíces del árbol del fango, que crecía por doquier en la Ciénaga. No podía creerlo. Una comida tan buena y tan abundante... ¿cómo podía haberse pasado por alto durante tanto tiempo?

—Iu ttraía cccummidda Dagg —le dijo Cosa—. Pppro Ddag nnu cccummía.

—¿Le trajiste raíces a mi abuelo? —tradujo Zor; ella asintió—. ¿A cambio de la comida que te dejaba? —Cosa asintió de nuevo—. ¿Pero no se las comía? —Cosa negó con la cabeza, y Zor reprimió una carcajada—. Vaya —comentó—, así que, al fin y al cabo, el abuelo no lo sabía todo, como siempre me hizo creer.

Cosa le trajo más raíces, y también un odre lleno de agua. No era un agua limpia, por supuesto, pero estaba bastante bien, teniendo en cuenta que el concepto «agua limpia» no existía realmente en Gorlian. Zor bebió y comió con avidez, y se sintió bien por primera vez en muchos días. Después, durmió un poco, arropado en su capa, acurrucado en un rincón de la cabaña, mientras Cosa vigilaba.

Despertó al atardecer, y, de nuevo, se reunió con ella en el porche. Ambos contemplaron la Ciénaga en silencio.

Zor no sabía qué hacer. Por un lado, ansiaba regresar al Desierto, a lo que él conocía, y dejar atrás aquella húmeda y hedionda Ciénaga. Por otro, le gustaba aquella cabaña, y el hecho de haber sido su hogar en tiempos pasados la hacía más entrañable a sus ojos. Y, además, tampoco quería despedirse de Cosa tan pronto. En aquel lugar hostil, era la única criatura amistosa que había encontrado.

—¿Vendrías conmigo al Desierto? —le preguntó—. ¿Dejarías la Ciénaga para acompañarme?

Ella lo miró, alarmada, y negó vehementemente con la cabeza.

—Ccabbannia —dijo solamente, y Zor entendió que no podía abandonar la casa que Dag le había

encomendado y que había acabado por convertirse en su hogar. Si aquella desdichada criatura se sentía a salvo y feliz en aquel lugar, ¿quién era él para obligarla a dejarlo?

—Bueno —murmuró finalmente—. Supongo que eso significa que...

—¡Sssshh! —dijo entonces Cosa, irguiéndose con rapidez.

Zor la miró sin comprender y la vio en tensión, olfateando el aire. Por un momento se preguntó cómo era posible que el engendro oliese algo por encima del hedor de la Ciénaga, pero su expresión cauta lo alarmó.

—¿Viene alguien? —susurró.

Por toda respuesta, Cosa se precipitó hacia el interior de la cabaña, tirando de él con violencia para arrastrarlo tras de sí. Cuando trató de esconderlo entre la basura, Zor inició una débil protesta; pero Cosa le tapó la boca con una mano y entonces el muchacho escuchó una voz conocida:

—... te juro que no miento, Gon. Lo vimos salir volando como un pajarillo, ¿verdad?

—¡Y tanto! —asintió otra voz—. Echó a volar sin más, zas, y nos cogió desprevenidos.

—Y, si le visteis las alas —replicó una tercera voz, una voz ronca y desagradable que era nueva para Zor—, ¿no se os ocurrió pensar que podía volar? ¿Para qué creáis que las tenía, zoquetes?

—Ella también tenía alas, y nunca la vimos volar.

—Porque se las habían atado, idiota. Intentó liberárselas de todas las formas posibles, pero nunca lo consiguió —Gon hizo una pausa y añadió—. Al menos, que nosotros sepamos. Puede que por fin encontrara la manera y se marchara de aquí volando.

—Pero no se habría marchado dejando atrás al chico, ¿no? —la voz de Ruk rezumaba malicia, y Zor, desde el interior de la cabaña, se estremeció.

—Eso sí es que existe ese chico —replicó Gon—. Como estéis tratando de engañarme...

—No, no, te aseguro que no —se apresuró a contestar Ruk—. Los tres lo vimos, ¿verdad, muchachos? —preguntó, y sus dos compinches se apresuraron a confirmarlo—. Dijo que estaba buscando a la Reina de la Ciénaga, y que lo enviaba el viejo Dag.

—El viejo Dag está muerto, Ruk.

—Sí, pero dicen que su espíritu todavía ronda por aquí. Y por eso pensamos que...

—Pensasteis que el muchacho estaría en la antigua cabaña de Dag, ¿eh? Y por eso me habéis traído hasta aquí. Como me estéis haciendo perder el tiempo...

—Vamos, vamos, Gon —cortó otra voz, que Zor identificó como la de uno de los compañeros de Ruk—. Sabes que no puedes arriesgarte. Imagina que decimos la verdad: que la Reina de la Ciénaga tuvo un hijo y lo abandonó. ¿Sabes lo que quiere decir eso?

Gon refunfuñó algo ininteligible.

—Significa —prosiguió el rufián— que el pequeño imperio que has montado en su ausencia corre peligro. Porque ese muchacho podrá reclamar el trono de la Ciénaga en cuanto crezca un poco más, y mucha gente lo seguirá, lo sabes, en cuanto vean sus alas. Y eso sólo en el caso de que ella no regrese a buscarlo. Si lo hace, te dejará de lado, como hacía siempre, y volverás a ser un segundón, un simple matón a sus órdenes... a no ser que tengas algo con lo que negociar.

—Me estáis engañando —cortó Gon, malhumorado—. Ella no tuvo ningún hijo. Nos habríamos dado cuenta.

—¿Crees que iba a anunciarlo a los cuatro vientos, eh? —dijo Ruk—. ¿La temible Reina de la Ciénaga... cuidando de un bebé? ¿A quién le tendrías más miedo, a una poderosa guerrera o a una tierna mamá con su tierno retoño? Créeme, una mujer puede disimular su embarazo los primeros meses, y luego... Bueno, probablemente le bastó con taparse un poco más y dejarse ver un poco menos al final... Podría haberlo hecho, Gon, lo sabes. El zagal nos dijo que había estado viviendo con el viejo Dag en el Desierto. ¿Quién habría ido a buscarlos allí?

Gon gruñó, no muy convencido.

—Lo que pasa es que tienes miedo del fantasma de la cabaña —intervino otro de los rufianes.

—En esa cabaña no hay nada, imbéciles —declaró Gon, enfadado; pero le temblaba la voz—. Y ahora mismo... ahora mismo voy a entrar ahí para demostrarlo

En el interior de la choza, Cosa se removió, alarmada, y miró a Zor con urgencia; éste, sin embargo, se había quedado petrificado desde hacía un buen rato.

Había múltiples señales que deberían haberlo conducido a aquella conclusión, pero hasta aquel momento la verdad no había quedado expuesta ante sus ojos con tanta claridad.

La Reina de la Ciénaga... fuera quien fuese... tenía alas, como él. Por eso todos los que le veían llegaban a la conclusión de que estaban emparentados... de que ella era su madre.

¿Podría ser cierto? ¿Era él el hijo de la cruel y sanguinaria Señora de Gorlian? ¿Era eso lo que su abuelo le había ocultado desde hacía tanto tiempo, lo que ella debía contarle cuando se encontraran?

Y, si era así... ¿dónde estaba ella? ¿Había muerto, como creían algunos, o se había marchado volando, quién sabía a dónde?

Volvió a la realidad cuando notó que Cosa tiraba de él con desesperación. Entonces oyó a los cuatro hombres chapoteando en el fango, cada vez más cerca.

Entendió la alarma de Cosa. Tenían que salir de allí cuanto antes. Sin embargo, si escapaban por la puerta, Gon y los demás los verían. Miró a su compañera y ella lo soltó, satisfecha al comprobar que había atraído su atención. La vio trastear al fondo de la cabaña, retirando objetos y despejando el suelo.

—¿No es momento para hacer limpieza! —susurró, irritado. Cosa negó vehementemente con la cabeza y empujó a un lado un montón de trastos, con tan mala fortuna que uno de ellos, un cuenco de madera, se cayó de lo alto de la pila y rebotó sonoramente contra el suelo.

Fuera, los hombres se detuvieron.

—¿Habéis oído eso? —dijo uno, temeroso—. ¡Es el fantasma!

—O nuestro amiguito con alas, que ha encontrado un nido en el que esconderse —dijo Ruk.

Gon vaciló un momento. Luego hizo rechinar los dientes y dijo:

—¡Vamos a comprobarlo!

Con el corazón lleno de miedo, pero dispuesto a morir luchando, Zor desenvainó su cuchillo cuando oyó cómo el primero de los hombres se enganchaba a la escalera que conducía a la entrada. Pero Cosa lo sacudió y lo obligó a desviar la vista hacia el suelo.

—¿Qué...? —empezó él muchacho, pero no terminó la frase.

A sus pies había una trampilla. Había estado oculta por el montón de trastos que Cosa había despejado, pero ahora podía abrirse con facilidad, como ella le demostró tirando de la manilla, y era una vía de escape.

El muchacho vaciló sólo un momento cuando vio al engendro desaparecer por el hueco. Recogió su capa y su macuto y la siguió, y cerró la trampilla apenas unos instantes antes de que Gon y los demás entrasen en la cabaña.

Se encontró de pronto chapoteando en el barro que había bajo la casa. Se sujetó a uno de los pilares de madera, mientras oía sobre su cabeza los improperios de los hombres.

—¿Qué me aspen...! ¡No hay nadie!

—Os d-dije que esta cabaña estaba encantada. El fantasma del viejo Dag...

—¿No creo en fantasmas! ¡Me habéis tomado el pelo, vosotros tres, y sufriréis las consecuencias!

Zor vio a Cosa junto a él. Ella se llevó un dedo a los labios, indicando silencio, y trepó por el pilar hasta poner los pies de nuevo sobre la plataforma de madera, en la parte trasera de la cabaña. Entonces se volvió y tendió una mano a Zor, para ayudarle a subir.

El muchacho agradeció el gesto. Las puntas de sus alas se habían llenado de barro, y pesaban más que de costumbre. Logró izarse hasta la plataforma, y después, siguiendo a Cosa, hasta el tejado de la cabaña.

—¿Habéis oído eso? —dijo entonces la voz de uno de los hombres en el interior—. Hay algo ahí fuera.

Zor se quedó quieto, maldiciendo su mala fortuna. Cosa era rápida, ágil y silenciosa, y él era mucho más torpe en comparación. Trató de moverse hacia donde ella estaba, a punto de subirse a una rama que pendía sobre la cabaña, pero el tejado crujió bajo el peso de su cuerpo.

—Puede que sea un engendro —oyó susurrar a uno de los rufianes.

—O el fantasma de Dag —dijo el otro

—Los fantasmas no pesan, idiota —gruñó Ruk—. Sea lo que sea, es muy real.

—Sea lo que sea, acabaremos con él —decidió Gon—. Y si tenéis razón y atrapamos a un pequeño ángel escurridizo, seréis debidamente recompensados. De lo contrario...

Zor no llegó a escuchar el final, porque en aquel momento tomó la mano de Cosa, que ya se había encaramado a la rama, y se impulsó hacia delante para llegar hasta ella. Con horror, sintió que uno de sus pies se hundía en el tejado de la cabaña, desmoronándolo. Abrió las alas y las batió con desesperación para no perder el equilibrio. Por desgracia, para cuando se vio a salvo en el árbol, junto a Cosa, ya era demasiado tarde: los hombres habían salido de la casa y los observaban desde la plataforma.

—¡Aja, lo sabía! —aulló Ruk—. ¡Sabía que lo encontraríamos aquí!

—Que me aspen —balbució el cuarto hombre, el que debía de ser Gon, un individuo inmenso y con cara de perro—. Era verdad. Es un muchacho... con alas.

Zor no se arrepentía de haber guardado su capa en el zurrón. Ahora sus alas estaban a la vista, pero podía utilizarlas en cualquier momento para salir volando. Tratando de hacer caso omiso a los hombres, siguió trepando por el árbol. Cosa, por su parte, ya había desaparecido entre el ramaje.

—Espera, zagal —lo llamó Ruk, con voz melosa—. No te vayas. Sé que no hemos empezado con buen pie, pero tenemos algo para ti.

Zor no hizo caso. Se izó hasta una rama más alta.

—¿Ves a nuestro amigo? —prosiguió Ruk, atropelladamente, palmeando la enorme espalda de Gon—. Él puede contarte muchas cosas de tu madre. Era su mano derecha.

Zor dudó sólo un momento. Notó un movimiento en las ramas superiores y supo que Cosa lo estaba esperando. Respiró hondo y siguió subiendo. Era su única oportunidad de salir de allí.

Oyó que uno de los hombres lanzaba una maldición y trataba de trepar por la pared de la cabaña para alcanzarlos. «No podrán subir hasta aquí», pensó el muchacho, confiado. Siguió subiendo hasta que los perdió de vista. Detectó entonces el rostro de Cosa, sus ojos reluciendo en la penumbra. Le señalaba una rama contigua, en la copa de otro árbol del fango. Estaba demasiado lejos como para que una persona normal pudiese saltar hasta allí, pero el engendro sin duda podría hacerlo, y Zor también, si se daba impulso con sus alas. Pero la idea de ir saltando de rama en rama indefinidamente no lo seducía.

—¿A dónde quieres ir? —le preguntó, pero ella volvió a señalar la rama.

De pronto, algo sacudió su árbol y Zor por poco perdió el equilibrio. Con horror, descubrió que los hombres se habían abrazado al tronco, que crecía junto a la plataforma de la cabaña, y lo estaban zarandeando para hacerlo caer como un fruto maduro.

—¡Vamos, que ya es nuestro! —gritó Ruk, y lo sacudieron con más entusiasmo.

Zor resbaló; sintió la mano de Cosa aferrándolo por la muñeca para que cayera, y, casi enseguida, oyó una exclamación y una voz chillando con repugnancia:

—¿Qué... qué es esa cosa?

La habían visto... Zor trató de izarse de nuevo al árbol, para que Cosa pudiera esconderse, pero, en su precipitación, perdió el pie y cayó al vacío, arrastrando al engendro tras de sí.

Batió las alas con fuerza, tratando de detener su caída, y consiguió remontar el vuelo, con esfuerzo. Oyó los gritos de frustración de sus perseguidores, el chillido de pánico de Cosa cuando se elevó por encima de los árboles, pero no se detuvo. Tenían que escapar de allí. Como fuera.

El engendro no pesaba mucho, pero aun así, era una carga adicional, y, además, no dejaba de moverse. Se aferraba a su cuerpo con brazos y piernas y se revolvió, aterrorizada, sin parar de gemir. Zor hizo un esfuerzo hercúleo para mantenerse en el aire, pero su vuelo era inestable y, de seguir así, no tardarían en estrellarse.

—¡Estate quieta! —gritó—. ¡No voy a soltarte! ¡Pero no te muevas tanto, o nos caeremos!

Y el suelo fangoso estaba demasiado cerca. Zor volaba casi a la altura de las copas de los árboles, porque no podía elevarse más, y porque no quería atraer la atención de cualquier otra cosa que tuviese alas y fuese lo bastante grande como para considerarlos una posible cena

«Tengo que salir de aquí», se dijo. Pero no veía más que niebla por todas partes, y estaba empezando a anochecer... demasiado deprisa. Detectó, por fin, la sombra irregular de la Cordillera cubriendo el horizonte. Viró bruscamente para dirigirse hacia allí, lo que le provocó a Cosa otro ataque de pánico.

—¡Para ya! —le gritó—. ¡Todo va bien, no tengas miedo!

Pero las cosas distaban mucho de ir bien. Zor sabía que estaba perdiendo altura. Tuvo que batir las alas con más fuerza para elevarse un poco más, y aun así estaban casi rozando las ramas de los árboles del fango. Cerró los ojos un momento. «Un poco más, un poco más», se dijo. La noche seguía tendiendo su manto de oscuridad sobre Gorlian, y ellos debían estar a salvo antes de que llegase del todo.

Cuando, por fin, el agotado joven se dejó caer sobre la orilla, bajo la sombra de la Cordillera, llegó a creer que estaba soñando. Apenas sintió que Cosa tiraba de él hasta ocultarlo tras una protuberancia rocosa y se sentaba a su lado, dispuesta a velarlo hasta que llegase el día. Estaba tan exhausto que se durmió enseguida.



V. Marla

Cuando Ahriel terminó de hablar, Ubanaziel frunció el ceño, pensativo, pero no dijo nada. Los dos ángeles permanecieron en silencio durante unos instantes, hasta que el Consejero comentó:

—De modo que un niño. Un bebé mestizo.

Ahriel asintió, sin dar más detalles. Ubanaziel tardó un poco en volver a hablar y, cuando lo hizo, su voz sonó severa y reflexiva:

—En toda nuestra historia —dijo— muy pocos ángeles han mezclado su sangre con la de los humanos. No son como nosotros, Ahriel. Están dominados por sus pasiones, son débiles, mezquinos y egoístas. Por eso los ángeles debemos vigilarlos; porque, sin nosotros, habrían convertido nuestro mundo en una réplica del infierno. ¿Qué contraste en ellos que te resultara tan fascinante?

—En uno de ellos —puntualizó ella—. No vale la pena que te lo explique, Consejero. No lo entenderías.

Ubanaziel no se molestó por el comentario. Sólo le dirigió una larga y profunda mirada y respondió:

—Ponme a prueba.

Ahriel, sin embargo, eludió la pregunta, con evidente incomodidad.

—En Gorlian —dijo—, no había tanta diferencia entre ángeles y humanos. Allí, todos éramos lo mismo: poco menos que animales.

Era el único argumento, pensó, que el Consejero podía comprender. No se avergonzaba de su relación con Bran, del amor que había sentido por él. Habían vivido muchas cosas juntos, y lo único que lamentaba era que el joven, por muy humano que hubiera sido, no estuviese ya a su lado.

—Y concebiste un hijo —concluyó Ubanaziel—. Un niño que nació nueve meses después de que tu amante humano muriera. Pero, si lo abandonaste, ¿por qué quieres ir ahora a buscarlo?

—En su día hice lo que me pareció lo más correcto. Gorlian es un lugar espantoso para cualquier niño. —«Especialmente para el hijo de la Reina de la Ciénaga», pensó, pero no lo dijo—. Creí que lo más piadoso era abandonarlo a su suerte, evitar que viviera una existencia repleta de violencia y miseria. Pero no tuve valor para matarlo, y alguien lo encontró. Durante un tiempo, creí que, si cuidaban de él, si nadie llegaba a conocer su verdadera identidad, quizá podría tener una oportunidad... Sin embargo, tiempo después me llegaron rumores de que el hombre que lo atendía había muerto. Deduzco que, sin nadie que lo protegiera, mi hijo murió también. Llegué a pensar que sería lo mejor. Pero años después... llegaron Kendal y Kiara, y descubrí que había una oportunidad de escapar de Gorlian. Durante toda nuestra fuga no dejé de preguntarme si había hecho lo correcto. Si de veras existía una posibilidad, aunque fuese mínima, de huir de aquel lugar, entonces había cometido un terrible error condenando a mi hijo sólo porque yo había perdido la esperanza. Por eso he decidido que debo volver, y llevármelo conmigo, sacarlo de allí.

—Pero dices que probablemente esté muerto...

—Casi con toda seguridad. Nació en Gorlian, y su cuidador murió cuando él era aún muy pequeño. No tuvo ninguna oportunidad. Y, sin embargo, si hay una posibilidad, por remota que sea, de que siga con vida...

La voz de Ahriel se apagó. Ubanaziel la contempló con gravedad.

—¿Cuánto tiempo ha pasado desde entonces?

Ahriel sacudió la cabeza.

—No tengo ni idea. Desde que entré en Gorlian ha transcurrido casi un año en nuestro mundo, pero allí dentro pasaron años enteros, quizá una década, probablemente más. Y hace ya varios meses que escapé. Si mi hijo sigue vivo tal vez sea ya adulto. No puedo saberlo.

—Y Marla está al corriente de todo esto —añadió Ubanaziel a media voz.

Ella entrecerró los ojos.

—Esa bruja... —siseó—. Nos estuvo observando todo el tiempo. Le gustaba contemplar cómo sufrían sus prisioneros, cómo luchaban por sobrevivir. Me espió durante mi confinamiento en Gorlian, y cuando la arrojé al infierno me dio a entender que sabía algo acerca de mi hijo. Eso me hizo pensar que quizá estuviese vivo todavía. En cualquier caso, sin ella no encontraré jamás esa maldita bola de cristal.

—Mal asunto —dijo el Consejero, moviendo la cabeza.

—¿Por qué?

—Porque quizá ella trató de engañarte para que no la dejaras a merced de los demonios. Tal vez mintió, y tú no tienes modo de saberlo. Sin embargo, ella sí tiene claro que la necesitas. Y, por lo que me has contado, es lista y muy retorcida. Además, lleva meses atrapada en el infierno, así que estará desesperada. Si intuye que te tiene en sus manos, seguirá jugando contigo hasta conseguir lo que quiere de ti.

—¿Lo que quiere de mí?

—Que la saques del infierno. Créeme: a estas alturas, ya no desea ninguna otra cosa.

Ahriel no dijo nada. Ubanaziel se puso en pie.

—Vamos a buscar a ese tal Furlaag. Por el camino, quiero que pienses en todo lo que me has contado y que asumas que probablemente hablaremos de ello. Si Marla lo sabe, los demonios también, y tratarán de usarlo contra ti. No se lo permitas. No dejes que te manipulen ni que vuelvan tus sentimientos en tu contra. Y déjame negociar a mí.

Ahriel asintió, pero no añadió nada más. Aliviada de que la conversación hubiese terminado, se levantó también y miró a su compañero, esperando instrucciones. Él la obsequió con una torcida sonrisa muy poco angélica.

—Seguiremos caminando —dijo.

—¿Caminando? —preguntó ella, desorientada—. ¿Por qué? Ya sabemos hacia dónde tenemos que dirigirnos. ¿Por qué no ir volando?

—Porque aún tienes que curtirte un poco más en el infierno, Ahriel —fue Ja respuesta.

Ella reprimió una mueca de disgusto y fingió que le era indiferente. Pero su corazón ardía de impaciencia, y Ubanaziel lo notó.

—A eso precisamente me refiero —dijo—. Tu estancia en Gorlian te ha enseñado muchas cosas, pero te ha hecho olvidar otras. Recuérdalo: los humanos no tienen ninguna posibilidad en el infierno. En toda la historia, sólo los ángeles hemos podido salir victoriosos de un enfrentamiento contra los demonios. Si no recuperas algo de la serenidad angélica que has perdido, no sobrevivirás aquí. Estas criaturas te confundirán y corromperán como si fueses una humana cualquiera.

Ahriel no pudo reprimir una risa amarga.

—¿Una humana cualquiera? —repitió—. Ojalá lo fuera. Tal vez así las cosas serían más sencillas.

—Tal vez en nuestro mundo —replicó el Consejero—, pero no en el infierno.

Ahriel frunció el ceño, molesta.

—Sigo sin entender qué es lo que esperas de mí. ¿Que vuelva a ser la que era antes de Gorlian? Me temo que eso es imposible. He vivido demasiadas cosas.

—Lo que quiero es que te conozcas y que te aceptes a ti misma, Ahriel. Y sé que, aunque aparentas estar muy segura de lo que haces, y de quién y cómo eres, en el fondo de tu corazón continúas dudando.

Ella adoptó una mueca desdeñosa, pero no respondió. Ubanaziel había reemprendido la marcha, y Ahriel no tuvo más remedio que seguirlo.

Abandonaron la sombra de las montañas y se adentraron en una vasta llanura. La tierra estaba totalmente yerma y agrietada, y de las profundas simas que se abrían en ella se oían murmullos y bisbiseos.

—Demonios menores —dijo Ubanaziel, con cierto disgusto.

—¿No podemos evitarlos? —preguntó Ahriel, incómoda—. Si echamos a volar...

—No —atañó el Consejero.

Ella se resignó y trató de ignorar a las criaturas que moraban en las grietas, pero no podía evitar mirarlas de reojo cuando se asomaban a contemplarlos. A veces era sólo un movimiento fugaz; en ocasiones, unos ojos brillantes que los espían un instante para desaparecer en cuanto ella volvía la cabeza. Pero, a medida que avanzaban, los diablillos se hacían más atrevidos. Los vio asomar las cabezas y observarlos con una maliciosa sonrisa; los vio, incluso, acodarse en el borde de la sima, alargar las garras hacia ellos, tratando de tocarlos, sacarles la lengua, burlones y hacerles muecas groseras.

Los había de todas clases, algunos más grandes que otros, rechonchos y escuálidos, con rostros picudos o rollizos, con cuernos o sin ellos, de piel escamosa o peluda, con ojos saltones o minúsculos como botones, con largas lenguas bífidas, con colas restallantes... una muchedumbre de pequeños y repulsivos demonios, que trepaban unos sobre otros y asomaban la cabeza por encima de los bordes de las grietas sólo para poder echarles un vistazo y revolver los ojos como locos, con carcajadas histriónicas.

Pero lo peor no era lo que hacían, sino las cosas que decían. Pese a que Ahriel se esforzaba por ignorarlos, ellos, de alguna manera, atinaban cada vez más en sus comentarios:

—Ángeles...

—... ¿Qué hacen aquí?

—Buscando humanos, sin duda...

—Ssssí, humanos...

—... no saldrán vivos de aquí...

—... no deberían haber venido...

—Es por algo que les importa mucho, ¿verdad que sí?

—Oh, sí...

—Tan, tan importante...

—... Y frágil. Algo que hay que proteger, que está en peligro...

—Algo... o alguien...

—¿Quién será la infortunada criatura?

—... un niño, quizá...

—Sí, la chica ángel tiene aspecto de estar buscando a un niño...

—¿Un bebé? ¿Un bebé ángel?

—Nooo, un niño ángel sabría cuidar de sí mismo...

—¿Un niño humano, pues?

—Nooo, un niño humano no preocuparía tanto a un par de ángeles...

Ahriel cerró los ojos un momento. De alguna manera, los diablillos estaban hurgando en su mente y en su corazón, extrayendo recuerdos, ideas, o tal vez sólo sentimientos... Pero ¿por qué la molestaba tanto que lo hicieran? ¿Por qué le dolía que hablaran del tema? Ella ya conocía su propia historia; no le estaban descubriendo nada que no supiera ya. Y, sin embargo...

... Sin embargo, le dolía. Comprendió entonces que aquello era lo que trataba de evitar Ubanaziel. «Es mi vida», pensó Ahriel. «Sé por qué estoy haciendo lo que hago, y sé por qué sucedió todo aquello. No tengo razones para ocultarlo ni para avergonzarme de ello».

De modo que decidió que ya había aguantado bastante; que ya era hora de asumir quién era. Se plantó frente al último demonio que había hablado, sobresaltándolo, y lo miró a los ojos:

—Busco a mi hijo —declaró, con calma—. En realidad, busco a la única persona que puede decirme dónde encontrarlo. Mi hijo no es del todo ángel, pero tampoco es del todo humano. Lo abandoné una vez, y estoy dispuesta a recuperarlo. Y mataré a todo aquel que se interponga en mi camino. ¿Tienes algo más que añadir?

El diablillo siseó, incómodo, pero no tardó en esbozar una sonrisa maliciosa.

—¿Medio humano? ¿Qué clase de ángel tendría un hijo medio humano?

Ahriel entornó los ojos.

—Yo —respondió— ¿Almí nroblema?

Desenvainó la espada y la clavó en el suelo, frente a él. El demonio retrocedió, alarmado, pero aún se atrevió a decir:

—Naturalmente, un ángel valiente y compasivo... salvarás del infierno a tu informante, ¿no?

Una fugaz visión de Marla iluminó los recuerdos de Ahriel, pero ella respiró hondo y dijo solamente:

—No. Está aquí porque es el camino que ella eligió. Ya hice todo lo que estuvo en mi poder para salvarla, pero ella decidió conscientemente qué hacer con su vida. Y ahora carga con las consecuencias. No es culpa mía. ¿O insinúas, acaso, que debería sentirme culpable?

Ahriel no había alzado la voz, pero había un indudable matiz de amenaza en sus palabras. El diablillo abrió la boca, pero no encontró nada más que decir. Ella giró en redondo, abarcando a todos los demonios con la mirada.

—¿Alguien tiene algo más que decir? Algo que yo no sepa, para variar —esperó, pero, aparte de algunos gruñidos y siseos furiosos, no obtuvo respuesta—. Es lo que sospechaba —asintió—. Os recomiendo, entonces, que no os molestéis en gastar saliva. Lo que he venido a hacer al infierno no os concierne a vosotros, y estáis empezando a aburrirme con vuestros lloriqueos. ¿Me he expresado bien?

Nuevos murmullos y bufidos. Ahriel asintió de nuevo, satisfecha, y se volvió hacia Ubanaziel.

—Podemos continuar —dijo.

Para su sorpresa, el Consejero sonreía.

—Bien, Ahriel —aprobó—. Esto es exactamente lo que quería que hicieras. Espero que seas capaz de guardar una buena parte de ese aplomo para cuando hablemos con Furlaag. Y ahora —añadió—, es hora de volar, por fin.

Ella reprimió un suspiro de alivio. Sentía que había superado alguna especie de prueba, pero, en el fondo, no le parecía tan complicado plantar cara a los diablillos ahora que Ubanaziel conocía su secreto. Y, aunque no lo dijo, temía tener que volver a hablar del tema delante de un demonio poderoso como Furlaag... y delante de Marla.

Se esforzó por recordarse a sí misma que lo que le había dicho al diablillo no era ningún farol. Había vivido largos años en Gorlian y no sentía ninguna pena por Marla. Al menos, no por la Marla a la que ella misma había arrojado al infierno. Pero, por alguna razón, aquel lugar tenía la virtud de despertar sus más profundos recuerdos, y no podía evitar verla en su mente cuando era una niña, inocente aún. Sacudió la cabeza, desplegó las alas y emprendió el vuelo, siguiendo a Ubanaziel.

Los ángeles se zambulleron en la luz rojiza de aquel extraño mundo, abandonando la planicie agrietada y los centenares de diablillos que los observaban con odio desde las simas. Volaron hacia el horizonte, en la dirección que les había indicado el demonio del desfiladero. Dejaron atrás la llanura, y también un impresionante abismo que parecía insondable. Durante su vuelo no vieron poblaciones de ningún tipo, ni siquiera construcciones aisladas. Cuando Ahriel le preguntó a Ubanaziel si los demonios no levantaban ciudades, éste le respondió que eran criaturas tan violentas que terminaban por arrasar cualquier cosa que hubiesen construido antes, por lo que ya no se molestaban en hacerlo.

Finalmente, poco antes de llegar a una cadena de montañas semejante a un montón de huesos gigantescos, Ubanaziel comenzó a planear en círculos. Ahriel lo imitó, y poco después, ambos aterrizaban de nuevo.

—Si nos fiamos de las indicaciones del diablillo —dijo el Consejero—, debemos de estar llegando a nuestro destino.

Ahriel echó un vistazo. Frente a ellos se abría un camino bordeado por altísimas rocas puntiagudas similares a enormes colmillos. Lo que había al fondo se perdía en una misteriosa neblina del color de la sangre.

—Muy acogedor —comentó, pero Ubanaziel le dirigió una mirada severa.

—No vamos de excursión, Ahriel.

—Ya lo sé —replicó ella, frunciendo el ceño—. Ésta es la guarida de Furlaag, ¿no? Pues encontremos a Marla y salgamos de aquí de una vez.

—Paciencia. No lo eches todo a perder. Y recuerda...

—Sí, lo sé: que te deje hablar a ti.

Con un suspiro exasperado, Ahriel enfiló el camino, dejando atrás a Ubanaziel. El Consejero le dirigió una mirada inquisitiva pero la siguió.

Se adentraron en la bruma rojiza y siguieron la senda, en medio de un inquietante silencio. A medida que avanzaban, el ambiente se volvía cada vez más opresivo. Aquella sensación de maldad se hacía más y más intensa, como si estuviera concentrada en el lugar que los aguardaba al final del camino. Y, cuando Ahriel empezaba a temer que acabaría por estallar de la tensión, el sendero los condujo hasta una inmensa hondonada. Arrugó la nariz, con disgusto. El infierno entero tenía un leve olor acre, que no llegaba a ser del todo desagradable. Pero en aquel lugar en concreto, el hedor se intensificaba hasta volverse casi insoportable. El olor de los demonios, pensó; y entonces la niebla se abrió lo bastante como para que los ángeles pudieran distinguir dos cosas: en primer lugar que, a su alrededor, las paredes rocosas formaban multitud de salientes sobre los que se acomodaban docenas de demonios, no diablillos, sino demonios de verdad, que los observaban con la mirada cargada de maldad; y, en segundo lugar, que al fondo, sentado en un trono de piedra, los aguardaba una criatura antigua y poderosa, cuya astucia y crueldad superaban a todo cuanto Ahriel había conocido hasta entonces, incluyendo a los sectarios, a los prisioneros de Gorlian, a los engendros y a la propia Marla.

Cuando se levantó del trono, Ahriel comprobó que, a diferencia del Devastador, los contornos de aquel demonio estaban perfectamente definidos. No era simplemente una sombra; era real, y exhibía una poderosa musculatura y una larga cola, unos ojos amarillos que relucían como llamas, dos cuernos combados y un par de enormes alas negras. Cuando les sonrió, enseñó todos los dientes en una mueca sarcástica y feroz.

Furlaag.

Ahriel lanzó una mirada a su compañero, inquieta. Los demonios no estaban allí reunidos por casualidad. Los estaban aguardando. Y, por buenos combatientes que fueran, los dos ángeles no podrían salir vivos de aquella asamblea si ellos decidían atacarlos todos a la vez.

Pero Ubanaziel permanecía sereno, ignorando los murmullos y risas de los demonios, y aquella sensación de malevolencia pura que rezumaba de ellos. Sólo tenía ojos para Furlaag, que volvió a sonreír y dijo:

—Dos ángeles nos honran con su presencia. Qué grata sorpresa.

Los demonios rieron. Ahriel tenía la molesta impresión de que estaban aguardando a que se iniciara alguna clase de espectáculo, en el cual ellos eran la principal atracción. Y hubo otra cosa que no le gustó nada: que, a diferencia del Devastador, un demonio fuerte y poderoso, pero con pocas luces, aquel Furlaag parecía inteligente... y Ahriel sabía que los enemigos inteligentes eran los más peligrosos.

—No es necesario que finjas sorprenderte, Furlaag —dijo Ubanaziel, con calma—. Ya sabías que veníamos. Y también sabes por qué.

Furlaag volvió a acomodarse en el trono.

—Ah, vaya. No te andas con rodeos, ¿eh? No nos conocemos, pero he oído hablar de ti... Ubanaziel, el Guerrero de Ébano. ¿No fuiste tú quien derrotó a mi hermano Vartak?

Ahriel entornó los ojos, pero procuró que aquélla fuera su única reacción. Por dentro, sin embargo, comenzaba a estar molesta. Ubanaziel había insistido mucho en conocer los detalles de su pasado y de su búsqueda, pero le había ocultado su propia historia. No obstante, permaneció callada, aguardando su respuesta.

El Consejero se encogió levemente de hombros.

—Es posible —dijo—. Ha pasado mucho tiempo.

—Pero aquí te recordamos, Ubanaziel. El único ángel que vino al infierno y regresó a su mundo para contarlo. ¿Tienes intención de repetir la hazaña?

—No he venido a pelear, Furlaag —declaró él, y sus palabras provocaron un estruendoso coro de carcajadas entre el auditorio—. Estamos buscando a alguien, aunque me imagino que ya estás enterado.

—Ah, sí —sonrió el demonio—. Las noticias circulan deprisa en el infierno. Por eso me he tomado la libertad de sacar a mi esclava del foso a donde la había arrojado —mientras hablaba, hizo una seña con una de sus largas garras, y una figura desgarbada se precipitó hacia ellos, surgiendo de las entrañas de la niebla roja. Dio un par de pasos torpes antes de tropezar y caer de bruces ante los ángeles. Logró arrastrarse hasta los pies de Ahriel antes de que ella la reconociera.

Fra Marla

O, mejor dicho, era apenas una sombra de lo que había sido Marla. Estaba escuálida, y su indomable pelo rojo caía ahora, en mechones lacios y mugrientos, sobre su rostro pálido y demacrado, marcado por oscuras ojeras. Su cuerpo temblaba bajo los harapos, y sus pies descalzos estaban sucios y cubiertos de cortes y llagas.

La que antaño había sido la orgullosa reina de una gran nación parecía ahora la más miserable de las pordioseras.

Ahriel se esforzó por no sentir compasión. Sin embargo, cuando Marla alzó la mirada hacia ella, una mirada repleta de terror y angustia, sintió que algo le oprimía el corazón.

—Ahriel —gimió—. Ahriel, ¿eres tú? ¿Has venido a rescatarme?

Su voz sonaba esperanzada y a la vez incrédula, como si los ángeles fueran sólo un hermoso sueño, una visión creada por los demonios para atormentarla y que se desvanecería en cuanto volviera a mirarla. Por eso, tal vez, alargó unas manos sucias y temblorosas hacia ella y se aferró a sus tobillos.

—Ahriel —repitió, maravillada al ver que era real, y empezó a sollozar incontrolablemente.

El ángel no respondió. Se limitó a apartar la mirada de ella, tratando de parecer indiferente. Recordó los largos años en Gorlian, su propio miedo, su angustia, mientras se arrastraba por el fango de la Ciénaga, huyendo de los engendros, mutilada, incapaz de volar, menos que un ángel y poco más que una humana. Recordó la muerte de Bran, la guerra por el control de Gorlian, y que Marla había estado contemplando todo aquello desde la comodidad de su palacio en Karishia, obviamente disfrutando con el sufrimiento ajeno.

—Es ésta la humana a la que habíais venido a buscar, ¿no es verdad? —dijo Furlaag, con una larga sonrisa—. Es una de mis esclavas favoritas. La que mejor chilla cuando la torturamos —añadió, y se rió a carcajadas.

Ahriel no pudo evitar volver a mirar a Marla, y leyó en sus ojos un terror tan profundo que necesitó de toda su fuerza de voluntad para alzar la cabeza y permanecer impasible.

—Tenemos escasez de humanos en el infierno —prosiguió el demonio—, así que, mientras no nos mandéis más, nos contentamos con los que hay, y cuando se mueren se nos acaba la diversión. Por eso intentamos que nos duren. Esta está bastante deteriorada, pero aún vivirá mucho tiempo, porque es joven y fuerte. Comprenderéis —añadió— que no estoy dispuesto a deshacerme de ella, sin más.

—No será necesario —respondió Ubanaziel—. Sólo hemos venido a hacerle un par de preguntas. Después, nos marcharemos y podrás quedártela.

Furlaag se rió de nuevo.

—Y yo que pensaba que los ángeles erais bondadosos y compasivos —comentó—. Cuánto han cambiado las cosas desde la última vez que visité vuestro mundo. Sin embargo, aquí no estamos del todo aislados. Había oído decir que esta humana en concreto fue educada por ángeles. Por un ángel en particular —añadió, y clavó la mirada de sus ojos ocreos en Ahriel—. Me resulta difícil creer que estés dispuesta a abandonarla a su suerte. Cualquiera habría pensado que pasar diecisiete años velando por ella habría hecho nacer algún tipo de afecto en tu corazón de piedra, ángel. Pero, claro, yo soy sólo un demonio y no soy quién para hablar de afecto, ¿verdad?

Ahriel se estremeció interiormente, pero no habló, ni tampoco desvió la mirada.

—Se actuó con justicia —respondió Ubanaziel—. La humana está donde debe estar. Además, siuviésemos que llevárnosla, lucharíamos por ella, y alguien podría salir herido —añadió, con calma; pero Ahriel detectó un leve tono de amenaza en sus palabras.

Furlaag se encogió de hombros.

—Sigue siendo mi esclava y necesitaréis mi permiso para hablar con ella —y tiró de una cadena invisible que obligó a Marla a echarse hacia atrás, con brusquedad; la joven abrió los ojos y manoteó, desesperada, pero menos de un instante después ya caía como un fardo a los pies del demonio, que hundió sus largas uñas en su cabello desgreñado. Ahriel respiró hondo cuando vio los hombros de Marla sacudidos por un sollozo.

Ubanaziel enarcó una ceja.

—Sólo vamos a hacerle un par de preguntas.

—No trates de engañarme, ángel. La información que buscas es importante. De lo contrario, no habrías venido al mismo infierno a buscarla. Sé muy bien cuál es la política de los tuyos con respecto a este lugar y a los de nuestra

especie. Si tan valioso es lo que esta humana puede contaros... tan valioso como para cruzar el infierno por ello... entonces yo también quiero mi parte.

—Ya conoces esa información —replicó el Consejero—. No pretendas hacerme creer que nos has dejado venir hasta aquí sin haber interrogado a Marla al respecto.

El demonio sonrió de nuevo.

—En efecto, sé que todo esto tiene que ver con una bola de cristal —miró a Ahriel cuando lo dijo, pero ella permaneció inalterable—. Una bola de cristal que contiene un mundo en su interior. Ese mundo ha desaparecido y lo estáis buscando... porque el hijo de un ángel ha quedado atrapado en él.

—Esa es una de las razones —respondió Ubanaziel—, pero no la única, ni la más importante. Si fuese un asunto personal, el Consejo Angélico jamás habría aprobado este viaje.

Sin embargo, Furlaag seguía mirando fijamente a Ahriel.

—No sabes quién te acompaña, ¿verdad, Consejero? —dijo—. ¿Te ha contado toda la verdad? ¿Te ha dicho que es una criatura cruel y sanguinaria que ha matado por el simple placer de hacerlo?

Ahriel no pudo evitar estremecerse, y miró a Ubanaziel; pero él no apartaba los ojos del demonio.

—Sí —prosiguió Furlaag—. Lleva el alma teñida en sangre. Una vez, ángel, ella fue como nosotros... y le gustó la experiencia.

Ahriel apretó los dientes. Todo era cierto; en Gorlian había sido una asesina, había disfrutado matando y haciendo daño a otros reclusos. Así se había ganado una reputación y el respeto de todos ellos, pero, ante todo, lo había hecho como venganza por la muerte de Bran, a quien aún echaba muchísimo de menos, todos los días. Y, aunque su sed de sangre se había mitigado tiempo atrás, el dolor causado por aquella pérdida no se había apagado aún. Ahriel intuía que en cualquier momento ese dolor podía volver a reconvertirse en odio, podía volver a conducirla por el camino de la violencia. La herida no estaba curada, ni mucho menos.

Y Furlaag lo sabía. Había llegado a lo más profundo de su alma y había visto más lejos que ningún otro demonio.

—Quizá quieras quedarse en el infierno, con nosotros —le dijo el demonio, sonriendo—. Con los que somos como tú. El odio, el deseo de venganza, la sed de sangre... no son cualidades muy angélicas, ¿verdad?

—Estás gastando saliva inútilmente —comentó Ubanaziel, volviendo a atraer la atención del demonio, ante el alivio de Ahriel—. Estamos aquí para interrogar a Marla y no vamos a discutir sobre ningún otro asunto. Y, volviendo al tema que estábamos tratando, no veo en qué puede beneficiarte la información que buscamos. Nos limitaremos a preguntarle al respecto y después nos marcharemos. Créeme: no tenemos ninguna intención de arrebatártela...

—¡No! —lo interrumpió un grito desgarrado.

Ángeles y demonios miraron, sorprendidos, a Marla, que se revolvió a los pies de Furlaag, con desesperación.

—¡No les diré nada! —chilló ella—. ¡No hablaré, a menos que me lleven con ellos!

Furlaag pareció desconcertado un momento. Después se echó a reír, y todos los demonios lo secundaron.

—La humana no es tonta, ¿eh? —dijo—. Sabe lo que le conviene. No va a hablar a cambio de nada, y es evidente que yo no os la voy a regalar.

—No la queremos —dijo Ubanaziel—. En nuestro mundo no ha dado más que problemas, y nadie la echa de menos.

Eran unas palabras duras, y Ahriel vio cómo Marla se encogía al escucharlas. Sin embargo, sacó fuerzas para alzar la cabeza y volver a gritar:

—¡Os ayudaré! ¡Os diré todo lo que queréis saber si me sacáis de aquí! ¡Ahriel! —llamó, tendiendo las manos hacia ella—. ¡Por favor!

Ahriel quiso sostenerle la mirada, pero no fue capaz. Desvió la cabeza hacia un lado para romper el contacto visual. Sin embargo, Marla no bajó los brazos. Furlaag la contemplaba, divertido.

—Ya la habéis oído —dijo, encogiéndose de hombros con un suspiro teatral—: no hablará, a no ser que os la llevéis con vosotros. No pongas esa cara, Ubanaziel: en el fondo, es lo que la dama está deseando, ¿no? Ella sabe que cualquiera puede cometer errores... cualquiera... Y lo sabe por experiencia... ¿verdad?

En realidad, el rostro de Ahriel seguía impasible, pero su corazón latía con fuerza, y descubrió que, en efecto, quería rescatar a Marla de allí. Encerrarla en prisión, tal vez, ponerla a disposición de la justicia angélica, pero no permitir que pasara el resto de su vida en el infierno. Como Furlaag había dicho, podía ser una vida muy larga. Los demonios se asegurarían de ello.

Ubanaziel dejó escapar un leve suspiro resignado.

—Muy bien, Furlaag. ¿Qué es lo que quieres por ella?

Los ojos amarillos del demonio relucieron, divertidos.

—Un poco de espectáculo solamente. Una buena pelea, como las de antes, ¿recuerdas? Hace mucho que no se ve ninguna por aquí.

Por primera vez, el rostro inalterable de Ubanaziel se deformó en un rictus de rabia, pero fue tan fugaz que Ahriel pensó que lo había imaginado.

—Una pelea —repitió—. Veo que el infierno continúa fiel a sus tradiciones. ¿Y cuál es el trato?

Furlaag rió, y con él, todo el auditorio. Sin contestar a la pregunta, bramó:

—¡Vultarog!

Y todos los demonios rugieron y golpearon sus asientos de roca, mostrando su conformidad. Entonces, una enorme sombra se alzó entre la neblina y avanzó hasta detenerse junto al trono de Furlaag.

Era el demonio más grande que Ahriel había visto nunca. Le sacaba varias cabezas a Ubanaziel, tenía cuatro brazos anchos como troncos, una larga y sinuosa cola y una cabeza erizada de espinas. Sus ojillos rojos relucían, sedientos de sangre, cuando gruñó a los ángeles y les mostró una boca plagada de colmillos.

—Vultarog es nuestro campeón —proclamó Furlaag, satisfecho—. Ubanaziel lo recuerda. ¿Verdad que sí?

—Quizá —respondió el Consejero con indiferencia; pero Ahriel notó que temblaba levemente.

Furlaag volvió a reír.

—Como en los viejos tiempos —proclamó—. Ángel contra demonio. Si cae mi campeón, os llevaréis a mi esclava.

—¿Y si gana él? —quiso saber Ubanaziel.

—En tal caso, deberás quedarte con nosotros... para siempre. Es una oferta generosa —añadió Furlaag, sonriendo—. He dejado fuera del premio a la dama —señaló, haciendo una breve inclinación hacia Ahriel—. Y eso que ha demostrado en el pasado tener una cierta... afinidad con nosotros.

Los demonios seguían bramando, ansiosos de contemplar la pelea. Ahriel pasó por alto las últimas palabras de Furlaag y se volvió hacia su compañero con urgencia.

—Ubanaziel... —susurró, pero él no la escuchaba.

—A muerte, imagino —dijo.

—Naturalmente —asintió Furlaag—. Veo que recuerdas bien nuestras normas.

—No podría haberlas olvidado —masculló el ángel, pero sólo Ahriel lo oyó—. Muy bien —añadió, alzando la voz—. Lucharemos a muerte: si venzo yo, saldremos los tres del infierno, incluida Marla. Si caigo, Marla y yo nos quedaremos, pero Ahriel se irá. ¿Es correcto?

—¡Ubanaziel, no! —exclamó Ahriel, incapaz de permanecer más rato callada—. ¡Tiene que haber otra manera!

—No la hay —aseguró el ángel—. Estamos en el infierno, y aquí se juega según sus normas. ¿Es correcto? —volvió a preguntar.

Vultarog volvió a bramar, y se golpeó el pecho con dos brazos, mientras que con los otros dos enarbolaba una inmensa hacha doble, que volteó en el aire con pericia. Los demonios lo aclamaron, enardecidos.

Furlaag alzó la mano, y la multitud calló para escuchar lo que tenía que decir.

—Es correcto —asintió, pero detuvo a Ubanaziel con un gesto cuando éste desenvainaba su propia espada—, salvo por un detalle. Tú no lucharás. Lo hará ella —añadió, señalando a Ahriel con un dedo ganchudo. Los de la otra mano se enredaban en el cabello rojo de Marla—. Por la libertad de tu protegida, ángel. ¿No juraste una vez que la defenderías con tu propia vida?

—Eso fue hace mucho tiempo —ornñó ella— pero lucharé. Por la libertad de los presos de Gorlian —declaró

clavando una larga mirada en Marla.

—Un momento —interrumpió Ubanaziel—. Esto no es justo. Es su primera pelea en el infierno.

Furlaag rió a carcajadas.

—¿Justo? —repitió—. ¿Quién ha hablado de justicia? Estás en el infierno, ángel. Aquí no existe eso que vosotros llamáis justicia.

—Quiero ser yo quien luche contra tu campeón, Furlaag —insistió el Consejero—. Déjala fuera de esto.

Los demonios lo abuchearon. Ahriel advirtió que Ubanaziel temblaba, como si detrás de las condiciones de Furlaag hubiera una trampa que sólo él era capaz de ver.

—Soy yo quien decide las reglas —le recordó el demonio, desdeñoso—. O aceptáis mis condiciones, o podéis marcharos del infierno... sin Marla... y sin esa bola de cristal que estáis buscando.

Ahriel rechinó los dientes.

—Sea —aceptó en voz alta, y los demonios bramaron, encantados.

—Espera, Ahriel —la detuvo Ubanaziel—. No sabes lo que haces.

Pero ella clavó en él una larga mirada, límpida y profunda.

—¿Tenemos otra opción?

Ubanaziel abrió la boca para responder, pero no encontró argumentos. Y eso, lejos de satisfacer a Ahriel, la preocupó. Hacía un rato que había notado que su compañero había perdido el aplomo inicial.

—¿Y tú? —le preguntó en voz baja—. ¿Qué te pasa a ti? ¿Qué es lo que no me has contado?

El Consejero apretó los dientes y sacudió la cabeza.

—No es momento para recordar batallas del pasado —murmuró, y Ahriel se aproximó más a él para escuchar mejor sus palabras entre los bramidos de los demonios—. Creo que cometes un gran error, Ahriel. Creo que hemos perdido la negociación, y que deberíamos marcharnos sin esa bola de cristal, porque el precio que piden por ella es demasiado alto. Pero, si has decidido luchar, no puedo detenerte.

Ahriel inclinó la cabeza.

—Gracias...

—No me las des —cortó Ubanaziel con brusquedad, y ella advirtió, sorprendida, un destello de sufrimiento en sus ojos negros—. No las merezco. Debería obligarte a abandonar, y si tuviera un mínimo de decencia, créeme, lo haría. Porque no tienes idea...

—Eso ya lo has dicho —interrumpió ella, impaciente—. Me has forzado a hablar de mi pasado, pero tú no quieres hablar del tuyo, así que acabemos de una vez. Oblígame, si crees que puedes, a abandonar el infierno sin luchar. Pero no trates de convencerme por las buenas, porque no estoy ya segura de tener razones para confiar en ti.

Ubanaziel acusó el golpe, pero se recobró y asintió con aplomo.

—Sea —dijo—. Pero ten cuidado. Mucho, mucho cuidado.

Ahriel no respondió. Le dio la espalda y encaró a Vultarog, bastante segura de sí misma. Los demonios bramaron, y su campeón lanzó un largo y profundo grito de guerra. Seguía enarbolando la doble hacha, pero ahora, además, sostenía una pesada maza en su tercera mano, y volteaba un enorme mangual con la cuarta. Sin embargo, Ahriel no tenía miedo. La inquietaba más la aprensión de Ubanaziel que la inminente pelea. En Gorlian había luchado contra engendros el doble de grandes que aquel demonio, con garras y colmillos que hacían que las tres armas de Vultarog pareciesen juguetes en comparación.

—No voy a marcharme —oyó murmurar a Ubanaziel, a sus espaldas—. Estaré aquí, pase lo que pase. No te abandonaré.

Ahriel pensó que era un comentario extraño, viniendo de él, y eso la preocupó todavía más. El Consejero no se estaba comportando como de costumbre... ¿desde cuándo? Había aguantado, impasible, el escrutinio de los demonios y las acusaciones de Furlaag. Incluso la noticia de que debía jugarse la libertad de Marla en una pelea. No; lo que le había hecho perder la calma había sido la idea de que Ahriel debía luchar en su lugar.

¿Temía por su vida? No parecía propio de Ubanaziel dudar de su capacidad como guerrera. De ser así, habría estado preocupado desde el principio.

Pero no tuvo tiempo de seguir pensando en ello. Desenvainó su espada, y Furlaag anunció, con voz potente: —Que comience la pelea.

Ahriel trató de ignorar el clamor de la multitud de demonios, y se esforzó por centrar al máximo sus sentidos, por no permitir que la niebla roja la cegara ni que el olor la distrajera.

Vultarog gruñó, haciendo rechinar todos los dientes. Ahriel no le respondió; se limitó a seguir mirándolo fijamente, seria y serena, y concentrada al máximo, dadas las circunstancias. El demonio se arrojó sobre ella, con un bramido, alzando el hacha sobre su cabeza. Ahriel lo esquivó con habilidad y lanzó una estocada hacia el pecho de la criatura; pero la hoja de su espada chocó contra la maza, y aún tuvo que hacer un quiebro brusco para esquivar un golpe del mangual. Se retiró un poco para analizar la situación. Era obvio que no iba a ser tan sencillo como había previsto. Su cuerpo, entrenado desde muy joven en la batalla, reaccionaba instintivamente con los movimientos que había empleado siempre en aquel tipo de duelos. Si el enemigo alzaba el arma por encima de su cabeza, dejaba el pecho desprotegido. Pero, naturalmente, y como acababa de comprobar, aquello no funcionaba con enemigos con más de un par de brazos.

El demonio chasqueó la lengua, entre risitas desagradables. Parecía bastante seguro de que el ángel no tenía nada que hacer contra él. Ahriel anotó mentalmente el dato; podría serle de utilidad.

Vultarog hizo amago de atacar de nuevo, y Ahriel retrocedió con agilidad. El demonio sonrió y la estudió con atención. No parecía dudar de su victoria, pero el ángel advirtió que estaba calibrando la mejor forma de llevarla a cabo. Los dos rivales se observaron mutuamente, dando vueltas en círculo. Los espectadores rugieron con impaciencia.

Entonces, el demonio atacó, y esta vez de verdad. Ahriel alzó la espada para detener el golpe del hacha, y al mismo tiempo dio un salto hacia atrás, batiendo las alas, lo que la impulsó lejos de su rival. Los demonios la abuchearon.

Vultarog avanzó de nuevo, con rapidez, sorprendiendo al ángel, que lo había imaginado mucho más lento. Ahriel sólo pudo, nuevamente, retroceder para esquivar sus armas, y se maldijo por ello. Tomando la iniciativa, lanzó un ataque, encadenando varios golpes seguidos, y obligó a Vultarog a detenerla y a echarse hacia atrás para esquivar el letal filo de su espada. El auditorio bramó, mostrando su aprobación. Envalentonada, descargó un nuevo golpe, pero el demonio detuvo su espada con uno de los filos del hacha, y la empujó con tanta fuerza que Ahriel, cogida por sorpresa, perdió el equilibrio y cayó de espaldas. Se echó hacia un lado en el preciso momento en que el hacha caía sobre ella, y se puso en pie de un salto. Reculó, observando a su rival con precaución y más respeto. Tenía que encontrar un punto débil, un lugar vital donde clavar su espada para que aquella criatura no volviera a levantarse. Pero sus cuatro brazos armados constituían no sólo una amenaza manifiesta, sino una defensa casi perfecta. Su única oportunidad, comprendió, era ganarle la espalda.

Vultarog la miró, casi riéndose, seguro de que su victoria era cuestión de tiempo. Ahriel respiró hondo y preparó su siguiente movimiento. Aferró bien la espada, simulando lanzar un ataque, pero al mismo tiempo batió las alas y se elevó por encima del demonio para atacarle por detrás. Aquella estrategia había funcionado con el Devastador.

Pero, para horror de Ahriel, Vultarog no cayó en la trampa. Cuando descendió sobre él, dispuesta a clavar su espada en la espina dorsal del demonio, se encontró con que él se había dado la vuelta sorprendentemente rápido, y sus cuatro brazos armados la estaban esperando. Con un golpe brutal, Vultarog desvió la espada de Ahriel y la desequilibró un momento. Y, antes de que ella pudiera entender lo que estaba pasando, los brazos del demonio se habían cerrado sobre su cuerpo, atrapándola en un abrazo letal.

El ángel jadeó, con angustia, mientras se sentía oprimida contra el demonio, sus alas aplastadas contra su pecho, sus brazos pegados al cuerpo. Oyó el grito de ansiedad de Ubanaziel, pero apenas fue consciente de él. Riendo, Vultarog la estrechó con más fuerza, y Ahriel empezó a quedarse sin aire. Jadeó otra vez, luchando por liberarse, pero los brazos del demonio, como enormes tenazas, la tenían totalmente inmovilizada. La presión aumentó; Ahriel sintió que se le nublaba la vista y que sus costillas estaban a punto de estallar. Pero su mano derecha aún sostenía su espada, y se aferró, entre el dolor y la desesperación, a la idea de que no podía, no debía soltarla. Si había una oportunidad, por mínima que fuera, de salir con vida de aquella batalla, tenía que conservar su arma.

Los demonios rugían, exigiendo a su campeón que la apretase más y más, que la pulverizase entre sus brazos como quien oprime un huevo con los dedos. Ahriel gimió, sintiendo que estaba a punto de romperse. Percibía el aliento fétido del demonio sobre su cabeza y, cuando él sacó su larga lengua bífida para lamer, con parsimonia, el cuello desnudo del ángel, ella se estremeció de asco y de rabia. Y eso, quizá, fue lo que le devolvió las fuerzas que creía haber perdido. Con un brusco movimiento, lanzó la cabeza hacia atrás, y comprobó, no sin satisfacción, que golpeaba la mandíbula entreabierta del demonio, obligándole a morderse la lengua dolorosamente. Vultarog aulló y la soltó, y Ahriel se apresuró a alejarse de él, sintiendo cómo el aire volvía a llenar sus pulmones. Inspiró profundamente, agradecida, sin importarle ya el hedor de los demonios. Retrocedió cuanto pudo, recuperando el resuello y sacudiendo sus alas para desentumecerlas, sin perder de vista al demonio.

Vultarog se volvió hacia ella, escupiendo sangre. Ya no se reía. Estaba furioso y, aunque eso significaba que tendría más prisa por matarla, para dejar clara su superioridad en aquel combate, también quería decir que la ira podía inducirlo a cometer algún error.

Durante los instantes siguientes Ahriel, consciente de que aún no se había recuperado del todo, se limitó a esquivar los enfurecidos ataques de su rival, o a rechazarlos, cuando no podía evitarlo, mientras pensaba, frenéticamente, cómo salir de aquella situación. Vultarog era demasiado rápido, eso estaba claro. No podría ganarle la espalda con tanta facilidad como había supuesto, y no se atrevía a intentarlo de nuevo. Si el demonio volvía a aprisionarla entre sus brazos, no sería capaz de escapar otra vez. Si al menos lograrse hacerle perder el equilibrio...

Perder el equilibrio.

Se hizo la luz en la mente de Ahriel. Recordó cómo ella misma había visto mermada su capacidad de lucha al caer en Gorlian con las alas atadas. Había tardado mucho tiempo en aprender a moverse sin contar con ellas, cargando con su peso muerto a la espalda. No se hacía ilusiones al respecto: no podría cortarle las alas a Vultarog por mucho que lo intentara. Sin embargo, aunque el demonio tenía cuatro brazos y era mucho más grande que ella, había algo más, algo que lo hacía diferente a ella. Algo que podía utilizar en su favor.

La siguiente vez que Vultarog atacó, ella no se limitó a esquivar, sino que le respondió, y leyó en sus ojos un destello de salvaje alegría. Ahriel procuró que su rostro permaneciese inexpresivo, y trató de golpear su pecho de nuevo. Un enemigo más inteligente habría comprendido que tenía que haber algún truco, que Ahriel no podía ser tan estúpida como para insistir en una estrategia que no tenía ninguna posibilidad de éxito. Pero Vultarog, infravalorándola una vez más, dio por sentado que estaba desesperada y ya no pensaba con claridad. De modo que cerró los brazos, protegiendo su pecho, y se olvidó del resto del cuerpo.

«Ahora», pensó Ahriel y, rápida como el rayo, hizo un quiebro y descargó la espada al costado del demonio. Éste creyó, en un primer momento, que el ángel había errado el golpe, y un rugido de triunfo nació en su garganta; pero no llegó a brotar de ella. En su lugar, lo que lanzó al cielo fue un aullido de pánico y dolor.

Porque la espada de Ahriel había segado limpiamente su larga cola.

El ángel dio un salto atrás y se agachó para esquivar el mangual, que pasó a escasos centímetros de su cabeza.

Ciego de rabia y dolor, Vultarog la buscó con la mirada y se abalanzó hacia ella, dispuesto a matarla de una vez por todas. Pero, como Ahriel había previsto, el no contar ya con su cola lo hizo desequilibrarse ligeramente, dejando un hueco, apenas perceptible, entre sus cuatro brazos. «Ahora», se dijo Ahriel por segunda vez.

Instantes más tarde, su espada se hundía en el pecho del demonio, atravesando su corazón y segando su vida para siempre.

Ahriel permaneció de pie un momento, con las alas caídas, la cabeza gacha y la espada ensangrentada en la mano, junto al cuerpo de Vultarog, mirándolo casi sin verlo, apenas consciente del caos que había desatado sobre ella. Todos los demonios rugían y aullaban; la mayoría de ellos la insultaban o amenazaban, con sus enormes puños en alto; pero había algunos que golpeaban el suelo, bramando su aprobación, celebrando la caída de Vultarog, e incluso llegó a producirse alguna trifulca entre unos y otros. Ninguno, sin embargo, se atrevió a descender a la arena para atacar a Ahriel: debían esperar a que hablara Furlaag.

El demonio seguía sentado en su trono, con la barbilla apoyada sobre su puño, reflexionando, aparentemente tranquilo, pero su cola batía el suelo con irritación.

Ahriel no se dio cuenta de todo esto. De pronto, las piernas le temblaron, las fuerzas la abandonaron y cayó al suelo de rodillas, manchando su túnica con la sangre del demonio.

«Lo he conseguido», fue lo único que pudo pensar, por fin. Sintió que alguien tiraba de ella para ponerla en pie, y se encontró con la mirada de Ubanaziel.

—Yo... —empezó ella, pero él no la dejó continuar. La estrechó en un fuerte y largo abrazo que dejó a Ahriel sin aliento y la confundió todavía más. ¿Qué estaba pasando? Aquélla no era una conducta propia de ángeles, y mucho menos, de un Consejero como Ubanaziel.

Pero no tuvo tiempo de preguntárselo. Furlaag se levantó, con brusquedad, y gritó:

—¡Silencio todo el mundo! ¡Silencio, os digo!

Y sus palabras tuvieron el mágico poder de acallar el bullicio y detener la pelea. Con los ojos aún reluciendo de furia y su cola azotando el suelo como si fuera un látigo, el demonio agarró a Marla por el cabello y la arrojó hacia Ahriel con violencia.

—Es tuya —declaró.

Instintivamente, el ángel tendió los brazos a la muchacha para que no cayera al suelo. Cuando la alzó para verla de cerca, descubrió que se había desmayado.

—Mal negocio —dijo Furlaag—. He perdido una esclava humana y, lo que es peor, también he perdido a mi campeón. ¿Qué es lo que he ganado a cambio?

—Un espectáculo —respondió Ubanaziel. Parecía calmado, pero su voz vibraba de ira—. Un cruel y macabro espectáculo.

—Como los de antaño, ¿eh? —se rió el demonio—. Teniendo en cuenta lo que se dice de ti, me sorprende que te hayas quedado a verlo hasta el final.

Por alguna razón, las palabras de Furlaag causaron una honda impresión en Ubanaziel, como si le hubiese disparado un dardo al corazón. Ahriel lo miró, preocupada. ¿Qué le estaba sucediendo? ¿Por qué parecía a punto de desfallecer ahora que estaban tan cerca de su objetivo? Deseó que él respondiese con una de sus rápidas y serenas réplicas, pero el Consejero no dijo nada.

—Quizá —añadió Furlaag con envenenada suavidad— también tú tengas más de demonio de lo que quieres admitir.

Ubanaziel se irguió y le devolvió una mirada llena de ira, pero no respondió a la provocación.

—Hemos cumplido tus condiciones —dijo—. Nos llevamos a la joven humana. En cuanto a ti, Furlaag, tienes lo que te merecías. Si hubieses aceptado mi primera oferta, aún conservarías a Vultarog, y, posiblemente, también a Marla.

El demonio ladeó la cabeza y lo observó con astucia.

—Vuelves a hablar de justicia, Ubanaziel. Todavía no has aprendido nada.

—Tú, en cambio, sí que has aprendido algo hoy —replicó él.

Furlaag se rió, pero no dijo nada más. Ubanaziel cargó con Marla, dio media vuelta y se encaminó hacia la salida. Ahriel, aún aturdida, lo siguió, sintiendo la mirada de docenas de demonios en su nuca. Sabía que, en cualquier momento, aquellas criaturas podían abalanzarse sobre ellos y matarlos a los tres. Habían hecho un trato, pero nada impedía que rompieran su palabra y acabaran con ellos. En Gorlian, desde luego, habría sido así.

Inquieta, aferró con fuerza el pomo de su espada, que aún no había envainado, y miró a Ubanaziel, aguardando algún tipo de señal. Pero el Consejero se limitaba a avanzar, imperturbable, y Ahriel supuso que no exageraba al decir que los demonios debían respetar los pactos.

Porque salieron de la guarida de Furlaag todavía vivos, y llevando con ellos a Marla.

Ubanaziel aguardó hasta que llegaron al final del sendero y dejaron atrás a los demonios para volverse hacia su compañera y decir:

—Ya está, podemos marcharnos. ¿Preparada?

Ahriel reaccionó.

—¿Cómo?

—Voy a pronunciar la palabra de apertura de la puerta. Puedo hacerlo desde cualquier lugar, pero no me pareció prudente elegir para ello el centro de una reunión de demonios.

Ella lo miró, desconcertada.

—¿Y eso es todo? ¿Nos vamos?

Ubanaziel asintió.

—A no ser que Furlaag cambie de idea, o que se le ocurra proponernos otro pacto más ventajoso para él, sí, nos vamos.

Ahriel dudó un momento, pero finalmente asintió. El Consejero, aún cargando con Marla, murmuró en voz baja la fórmula de apertura, y el portal se materializó ante ellos, creando un agujero entre ambas dimensiones, que no tardó en agrandarse lo suficiente como para que pudieran pasar.

Lo atravesaron con celeridad, y se vieron, de nuevo, en su propio mundo, en el cráter del volcán de Vol-Garios.

Ahriel agradeció infinitamente la frescura de la noche estrellada que los recibió. Se volvió, sin embargo, para asegurarse de que el infierno había quedado bien atrás, y respiró, aliviada, al ver que el portal se había cerrado, y la lápida volvía a estar muda y fría. Habían abandonado el infierno, y habían cerrado la puerta tras ellos.

—Por fin —suspiró, aliviada, pero Ubanaziel negó con la cabeza.

—Ha sido demasiado fácil —comentó, contemplando el pálido rostro inerte de Marla.

—¿Fácil? —se enfadó Ahriel—. ¡Por poco me mata ese monstruo de cuatro brazos! ¿Sabes lo que dicen en Gorlian? Si la suerte te sonríe, no la cuestiones, porque no volverá a hacerlo por segunda vez. Puede que haya resultado fácil para ti, pero...

Se interrumpió cuando él le dirigió una mirada terrible.

—No sigas por ahí —le advirtió—. No sabes de qué estás hablando.

—¿Y por qué no me lo cuentas, para variar?

Ubanaziel miró a su alrededor. Descubrió un par de tiendas no muy lejos de allí, y los restos de una hoguera.

—Se han quedado a esperarnos —dijo.

Ahriel recordó, de pronto, a Kendal y a Kiara. Parecía que había pasado una eternidad desde que se habían despedido de ellos.

—Pero ¿no les dijiste que volvieran a casa?

—Ya conoces a los humanos.

Habían bajado la voz instintivamente. Sabían el daño que Marla había hecho al pueblo de Saria, y no estaban seguros de que ellos vieran con buenos ojos su regreso.

—Será mejor no despertarlos —dijo Ahriel—. Ya hablaremos con ellos por la mañana.

—Estoy de acuerdo —asintió su compañero—. Ahora, lo más importante es asegurarnos de que Marla está bien.

Ahriel dejó escapar un bufido desdeñoso.

—A mí no me importa...

—Pero a mí, sí —cortó él—. Si muere, no podrá darnos la información que necesitamos.

Ahriel calló y miró a Marla, inquieta. La joven seguía desvanecida en brazos del ángel, y parecía más frágil y desvalida que nunca. Su respiración, débil e irregular, parecía a punto de apagarse en cualquier momento. Ubanaziel tenía razón: si no se ocupaban de Marla, ella moriría, y sus esfuerzos por sacarla del infierno no habrían servido para nada.

Buscaron un lugar resguardado, lo bastante lejos de las tiendas como para no despertar a Kiara y Kendal con sus voces. Ubanaziel desplegó su manto sobre el suelo y tendió a Marla sobre él. Después, la tomó de las manos e inició el círculo de curación.

Ahriel lo observó en silencio. Cuando la energía curativa ya fluía entre ambos de forma automática, dijo:

—¿Me vas a contar lo que ha pasado en el infierno?

—¿Qué ha pasado? —murmuró Ubanaziel, distraído, sin mirarla siquiera.

—Lo sabes muy bien. Me sermoneaste sobre todo eso de conservar la calma de acentarme a mí misma de no

ofrecer al enemigo un punto débil... y has sido tú el que ha perdido los nervios delante de esa mole. ¿Qué te ha pasado? O, mejor dicho... ¿qué te pasó la última vez que visitaste el infierno?

Ubanaziel suspiró. Finalizó el círculo de curación y, tras comprobar que Marla se sumía en un tranquilo sueño reparador, se volvió hacia Ahriel y dijo:

—Supongo que te debo una explicación.

—Sí, me la debes.

El ángel suspiró otra vez y se acomodó junto a Marla.

—Sucedió hace mucho tiempo —dijo—. Nunca había hablado de ello con nadie. Claro que tampoco había tenido la necesidad de regresar al infierno desde entonces.

Hizo una pausa, meditabundo. Ahriel aguardó en silencio a que continuara.

—Entonces yo era aún un joven guerrero, uno de los mejores, si me permites decirlo. Pero también era impaciente, y un poco vanidoso, y, como todos los jóvenes, creía que estaba a salvo de todo. En aquel tiempo estábamos en guerra contra los demonios, y en particular, contra uno llamado Vartak, que había sido invocado por un grupo de humanos inconscientes. Vartak y los suyos cruzaron la puerta del infierno y nos desafiaron. Y vencimos en aquella batalla, obligándolos a retirarse.

»Sin embargo, yo no me conformé con verlos huir, y los seguí hasta el mismo infierno para matar a Vartak... obligando a mi compañero, Naradel, a acompañarme.

Calló de nuevo, y Ahriel inspiró hondo, adivinando cómo seguiría la historia.

—No tuvimos ninguna oportunidad. Fui capturado por los demonios, por el mismo Vartak, y Naradel acudió a rescatarme. Y Vartak lo obligó a pelear, ante cientos de demonios, para salvar mi vida. Escogió a su campeón más poderoso para aquella pelea, ese Vultarog al que has derrotado hoy. El trato era que, si Naradel vencía, me dejaría en libertad... pero sólo a mí: él tendría que quedarse. Y eso sólo si vencía. Si Vultarog lo derrotaba, nos matarían a los dos. Hiciera lo que hiciese, Naradel estaba condenado, pero aun así aceptó pelear.

»La pelea fue eterna, y estoy convencido de que los demonios hicieron trampa. Porque de pronto, sin ninguna razón aparente, Naradel tropezó y cayó al suelo. Su rival no aprovechó para rematarlo entonces, al contrario. Lo inmovilizó y comenzó a torturarlo lenta y cruelmente.

Se le quebró la voz. Ahriel se estremeció.

—Te obligaron a mirar —murmuró.

Ubanaziel asintió.

—Desde el principio. Todavía recuerdo las carcajadas de Vartak mientras su esbirro le arrancaba las plumas de las alas a Naradel, una por una. Después, se las cortaron, y él seguía vivo y consciente cuando lo hicieron —cerró los ojos, con una mueca de dolor—. Sus gritos aún resuenan en mis peores pesadillas.

—¿Y qué pasó entonces? —se atrevió a preguntar Ahriel.

—Me enfurecí y logré librarme de mis captores, que estaban entretenidos con su espectáculo —pronunció la palabra con amargura y repugnancia—. Recuperé mi arma y maté a Vartak a traición, pero no pude salvar a Naradel. Ni siquiera lo intenté. Escapé volando y lo dejé allí... Y regresé a Aleian de milagro. Pero lo dejé atrás, Ahriel, y eso es algo que jamás me he perdonado.

—No podrías haber hecho otra cosa —dijo ella, impresionada—. Y, si él aceptó pelear, fue porque quería que tú salieras con vida de allí.

Ubanaziel sacudió la cabeza.

—El Consejo me consideró un héroe por haber acabado con la amenaza —prosiguió—, y honraron a Naradel junto con todos los demás caídos en aquella guerra. Pero nunca confesé a nadie la verdad: que lo había abandonado, como una rata cobarde. Que no merezco el puesto en el Consejo que me ofrecieron después, y que me vi obligado a aceptar.

—¿Por qué lo aceptaste, si no te consideras digno de él? —inquirió Ahriel, con suavidad.

—Porque era la única forma de asegurarme de que no volveríamos a repetir los errores del pasado. De que ningún otro ángel abriría nunca la puerta del infierno. Y por eso te he acompañado: porque sabía que lo harías de

todos modos, con nuestro permiso, o sin él.

Ahriel calló. Ubanaziel se incorporó un poco, y su rostro volvía a ser de piedra cuando dijo:

—Ahora ya lo sabes. Ya sabes por qué me comporté de forma tan extraña ante Furlaag. No esperaba que tuviera una relación tan estrecha con Vartak, ni tampoco que nadie me recordara. Y ahora comprendes que no ha sido casual que él te obligara a pelear contra ese demonio. Lo hizo a propósito para obligarme a revivir aquella pesadilla. ¿Te sientes mejor ahora?

—No —reconoció Ahriel, compungida—. Pero gracias por contármelo. Lo siento mucho.

—Y también sabes —añadió él— por qué te dije que te comprendía muy bien. También yo sé lo que es abandonar a alguien, dejarlo atrás... y perderlo. Pero yo lo viví hace mucho tiempo, y tu herida, en cambio, es mucho más reciente. Y sé lo que se siente: la furia, el odio, el dolor, la impotencia... cosas que la mayoría de los ángeles jamás han experimentado. Yo pasé por todo ello, y sé lo destructivos que pueden llegar a ser esos sentimientos si se canalizan mal.

—Entiendo —murmuró ella.

Ubanaziel volvió la cabeza hacia Marla, que abría los ojos lentamente. La mantuvieron echada cuando se incorporó, con un grito, tratando de escapar de un peligro invisible.

—Tranquila, Marla —dijo el Consejero—. Todo está bien. Te hemos sacado del infierno.

Los ojos castaños de Marla se abrieron de par en par, incrédulos. Miró a Ubanaziel, y luego a Ahriel.

—A cambio de información —le recordó ella, con cierta dureza—. Hemos cumplido nuestra parte del trato, y ahora te toca cumplir a ti. ¿Dónde está Gorlian?

Poco a poco, Marla pareció volver a la realidad. Miró a los ángeles de nuevo.

—Cumpliré lo pactado —dijo, con voz temblorosa—, lo prometo. Pero, por favor, no me llevéis con ellos otra vez... no me entreguéis a los demonios...

—¿Dónde está Gorlian, Marla? —insistió Ahriel.

Ella inspiró hondo, tratando de calmarse.

—En la Fortaleza —murmuró.

—¿La Fortaleza? —repitió el ángel, frunciendo el ceño—. ¿Te refieres al castillo de Karishia? Ya lo he registrado de arriba abajo, y allí no hay...

—No, no, no —cortó ella. Le entró un ataque de tos y su débil y escuálido cuerpo se convulsionó con violencia—. La Fortaleza Negra. La sede de la Hermandad de la Senda Infernal. Esos a los que tú llamabas los Siniestros.

Ahriel entornó los ojos, tratando de reprimir su ira. Aquella secta... Los mismos que le habían inmovilizado las alas, los mismos que habían despertado al Devastador, que habían creado Gorlian y todos los engendros que contenía... Alzó a la joven reina por el cuello y la sacudió sin miramientos.

—¿Dónde está esa Fortaleza Negra? ¿Dónde puedo encontrarlos?

—Para —la detuvo Ubanaziel—. Déjala respirar.

Marla cerró los ojos un momento e inspiró hondo, tratando de recuperarse.

—No podrías encontrarla por ti misma ni aunque te dibujase un mapa —murmuró—. Está protegida por una magia poderosa... Por eso sigue siendo secreta. Si quieres llegar hasta ella, tendré que acompañarte.

Las dos cruzaron una larga mirada. Pese al deterioro físico, Marla seguía conservando aquella fuerza interior que la caracterizaba, y Ahriel se preguntó si debía fiarse de ella. Comprendió que no tenía otra alternativa, pero procuró que Marla no se diera cuenta de lo desesperada que se sentía.

—Nos llevarás hasta allí —dijo Ubanaziel, con severidad—, pero sigues siendo una prisionera, Marla, no lo olvides. Si cumples con tu parte y no tratas de engañarnos, no te devolveremos a Furlaag; podrás cumplir tu condena en una prisión humana. No será el castillo de Karishia, pero sí la encontrarás bastante más cómoda y segura que el infierno, incluso que esa inmunda bola de cristal que creaste para deshacerte de tus enemigos. Y eso es mucho más de lo que mereces, así que yo en tu lugar no desaprovecharía esta generosa oportunidad. ¿Lo has entendido?

Marla bajó la vista, intimidada ante la seriedad de Ubanaziel.

—Sí —musitó.



VI. Rarmac

El sol salió sobre Gorlian, y volvió a ponerse, y emergió nuevamente por el horizonte, sobre las brumas de la Ciénaga, y en todo aquel tiempo Zor no se movió de su refugio, una grieta al pie de la montaña, ni siquiera para buscar comida. Cosa le trajo algunos alimentos, pero el muchacho los masticó con desgana y apenas pudo tragarlos.

Sospechaba que, tarde o temprano, Gon y los demás los alcanzarían. Debían partir cuanto antes, regresar al Desierto, buscar un escondite en el que aquellos matones no llegaran a encontrarlos. Pero no se sentía con fuerzas para seguir huyendo.

Por fin conocía su verdadera historia, aquella que su abuelo, el viejo Dag, le había ocultado durante tanto tiempo. Sin embargo, aquellas respuestas sólo le habían proporcionado nuevas preguntas.

La tiránica Reina de la Ciénaga, de quien tantas historias terroríficas había oído contar, era en realidad una criatura con alas, como él. Sólo que, en su caso, alguien se las había atado —Zor se estremecía de horror sólo de pensarlo—, impidiéndole volar.

Existía la posibilidad de que aquella misteriosa reina alada fuese en realidad su madre. Eso explicaría por qué su abuelo le había ordenado que fuese a hablar con ella, pero no por qué había insistido tanto en mantenerlos separados, ni tampoco por qué ella lo había abandonado cuando tan sólo era un bebé. Si no lo había querido entonces, no había ninguna razón para que estuviese interesada en él ahora. Quizá ella, pensó, esperanzado, se lo había entregado a Dag para protegerlo... y por eso el anciano había fingido su propia muerte y abandonado su casa, por eso le había enseñado a mantenerse alejado de los desconocidos y a ocultar sus alas. Para que nadie lo reconociera.

Pero aquello tampoco tenía sentido. Según se decía, la Reina de la Ciénaga era fuerte, muy fuerte; tanto, que había subyugado a todos los habitantes de Gorlian, y hasta los hombres como Gon la obedecían. Nadie habría podido protegerlo mejor que ella misma.

Pero lo había abandonado.

Zor comprendió que necesitaba verla cara a cara, averiguar si era cierto que se trataba de su madre y, en tal caso, preguntarle por qué le había dado la espalda.

Pero, por lo que parecía, la Reina de la Ciénaga se había marchado. ¿A dónde? Gorlian no era tan grande. Si la hubiesen buscado con empeño, la habrían encontrado. A no ser, claro, que existiese algo más allá de Gorlian. Cosa así lo afirmaba, y hasta su abuelo lo había insinuado en su lecho de muerte.

Sacudió la cabeza. Él mismo había contemplado los límites del mundo y sabía que era imposible traspasarlos. Su abuelo le había dicho que el Muro de Cristal rodeaba todo Gorlian y que no había un solo resquicio por el que escapar.

Pero ella se había marchado.

¿Tal vez... volando?

—No sé qué hacer —le confió a Cosa, cuando ella volvió, al caer la tarde—. Mi abuelo me ordenó antes de morir que buscara a la Reina de la Ciénaga; y lo obedecí, de mala gana. Y, ahora que deseo de corazón encontrarla, a pesar de todas las historias que cuentan de ella, resulta que se ha ido y no sé por dónde empezar a buscarla.

Cosa se encogió de hombros, pero no respondió.

—¿A dónde podría haber ido? —se preguntó Zor—. Ella era la dueña y señora de este lugar. Si es cierto que hay algo más allá de los límites de Gorlian, sin duda tiene que valer la pena, o, de lo contrario, no se habría marchado. Pero la Cueva Seca de la que me hablaste no parece mucho mejor que Gorlian.

—Cuuuuu mmmiiior —le aseguró Cosa— Ccuuuu Ssiccca Rrmmanus nncerraddus

—Bueno, el Desierto también es un lugar seco —adujo el muchacho—. Y, aunque los eng... quiero decir, tus hermanos, están libres, por lo menos no hay muchos de ellos vagando por ahí —miró a su compañera con curiosidad—. Los has llamado «hermanos». A las demás criaturas, quiero decir —añadió, omitiendo deliberadamente el término «engendros»—. ¿Lo son realmente?

Cosa le dijo que sí, porque todos habían nacido en el mismo lugar, aunque eran muy diferentes. Y, pese a que a ella la apenaba verlos en jaulas, sabía que debía ser así, porque no sabían lo que hacían, y atacaban a todo el mundo sin pensarlo, y podían causar mucho daño.

Zor pensó entonces, de pronto, que tal vez la Reina de la Ciénaga hubiese ido a la Cueva Seca para averiguar más cosas acerca de los engendros y de aquellos Amos que los gobernaban. Si todos los engendros procedían del mismo sitio, ¿cómo habían ido a parar a Gorlian? ¿Se habían escapado de sus jaulas o los habían soltado allí deliberadamente? Estaba claro que, con la sola excepción de Cosa, todos los demás engendros eran un peligro para los habitantes humanos de Gorlian. «Si yo fuese Rey de la Ciénaga», reflexionó, «iría a investigar ese sitio donde nacen los engendros. Exigiría a los Amos que dejaran de soltarlos en Gorlian, o les ayudaría a capturarlos de nuevo, si es que se les han escapado». Y lo vio con claridad: naturalmente, la Reina de la Ciénaga había ido a la Cueva Seca. Si se había marchado de Gorlian, ¿en qué otro lugar podría estar?

—¿No recuerdas por dónde se iba a la Cueva Seca? —le preguntó a Cosa.

Ella sacudió la cabeza y le explicó que había viajado hasta Gorlian en sueños. Una noche se había acostado en su jergón, más cansada que de costumbre, y al despertar ya no se encontraba en la Cueva Seca, sino allí, al pie de las montañas. Al principio creyó que estaba soñando; cuando descubrió que seguía bien despierta, buscó a su Amo por todas partes, pero no lo encontró. Había tratado de regresar muchas veces, sin éxito. Incluso hoy, le confesó, muchos años después de su llegada a Gorlian, cerraba los ojos todas las noches con la esperanza de que, al despertar, se hallaría de nuevo en su hogar.

Pero hacía ya tiempo que había dejado de rondar por el lugar donde se había encontrado aquella primera vez, y por eso se mostró encantada ante la perspectiva de mostrárselo a Zor. Y, por la forma en que le brillaron los ojos cuando se lo dijo, el joven comprendió que aún no había perdido la esperanza de que su Amo regresara a buscarla.

Como Cosa no había conseguido encontrar el camino de vuelta a su hogar, Zor no esperaba que a él fuera a resultarle más sencillo. Sin embargo, tenía que verlo, tenía que intentarlo al menos. Además, por lo que ella le había dicho, el lugar se encontraba allí, en la Cordillera. No les costaría nada acercarse a echar un vistazo. Si no lograban llegar a la Cueva Seca, regresarían al Desierto, al menos hasta que Gon y los suyos se olvidasen de su presencia.

Así que al día siguiente, al amanecer, Zor desayunó con apetito por primera vez desde su accidentada huida, recogió sus cosas y se puso en marcha, con Cosa trotando alegremente ante él.



En la Cordillera vivía bastante gente. Personas que no soportaban la dura vida de la Ciénaga ni el inmenso vacío del Desierto, y que se ocultaban en las pocas cavernas que los humanos habían logrado arrebatarse a los engendros. Por eso Zor se colocó su capa de repuesto, asegurándose de que le ocultaba bien las alas, y le dijo a Cosa que corriera a esconderse si tropezaban con alguien. Ella lo miró, socarrona; llevaba muchos años sin dejarse ver por nadie, y era experta en ocultarse, así que no hacía falta que aquel jovencuelo se lo recordara.

Por suerte para ellos, sólo se encontraron con un pescador y con una artesana que ofrecía objetos de hueso y madera de árbol del fango, confeccionados por ella, a cambio de comida, pieles y cualquier otra cosa que necesitara. No había muchos comerciantes en Gorlian, pero, por lo que Zor sabía, habían proliferado en los últimos tiempos bajo el auspicio de la Reina de la Ciénaga, que los protegía. Zor habló con la mujer, y ésta le indicó una ruta segura que no cruzaba los dominios de ningún clan violento ni de ningún engendro de los grandes. El muchacho agradeció la información, y la utilizó, aunque eso supuso, para desencanto de Cosa, que tuvieron que dar un gran rodeo para llegar hasta su destino, que tardaron tres días en alcanzar.

Zor quedó bastante decepcionado. Durante todo el viaje, Cosa no había dejado de parlotear acerca del día en que había despertado en Gorlian. Para ella, que no comprendía cómo ni por qué había llegado hasta allí, aquel era un lugar mágico, místico, donde todo era posible; pero Zor no lo vio muy diferente al resto de la Cordillera: un paisaje yermo y pedregoso, donde el viento soplaba con furia, colándose por entre los retorcidos picachos de roca.

—¿Seguro que es aquí? —preguntó.

Cosa asintió con energía, y después echó a correr entre las rocas. Zor la siguió, esforzándose por encontrar en aquel lugar cualquier detalle que le indicase que allí existía alguna clase de puerta mágica capaz de conducirlo lejos de Gorlian.

Pero no vio nada. Se detuvo un momento y alzó la cabeza para abarcar con la mirada los picos de las montañas. Se preguntó si la «Cueva Seca» de Cosa estaría en alguno de ellos. Ella había insistido en que aquel hogar que había perdido se hallaba muy lejos de allí, y que no estaba en Gorlian, pero quizá se equivocaba, y el lugar donde nacían los engendros no era más que una caverna escondida en la Cordillera. Tal vez sólo se podía llegar hasta ella volando, y por eso nadie la había alcanzado todavía. Nadie salvo, quizá, la Reina de la Ciénaga.

Aquélla que tal vez fuera su madre.

—¿Seguro que no recuerdas nada más? —le preguntó a Cosa, aún con la vista clavada en las alturas.

—Recuerdo muchas cosas —le respondió una voz chillona, sobresaltándolo—, pero no tantas como las que he olvidado, y las que no he olvidado las recuerdo de forma tan difusa que no estoy seguro de si las recuerdo o las he soñado.

Zor se volvió a todos lados, alerta. Descubrió entonces a un hombrecillo encaramado a una roca, que lo observaba con un brillo de salvaje curiosidad en la mirada. Rápidamente, se envolvió todavía más en su capa, sujetándola bien para que el viento no la sacudiese.

—Atrapado como un pez en una pecera, ¿eh? —dijo el desconocido.

El muchacho retrocedió un par de pasos, mientras dirigía fugaces miradas alrededor, buscando a Cosa. Pero ella había desaparecido. Muy probablemente, había descubierto antes que él la presencia del hombre y se había ocultado entre las rocas para que no la viera.

—¿Quién eres? —preguntó, para ganar tiempo.

El otro le respondió con una carcajada estridente.

—¿Quién soy? —repitió—. Otro pez. La pecera se nos está quedando pequeña, ¿verdad? ¿Tú también echas de menos el mar, chaval?

Zor no sabía lo que era una pecera, ni tampoco el mar.

—No sé de qué hablas —respondió, dando otro paso atrás y llevándose la mano al cuchillo que tenía prendido en el cinto; el hombre parecía amigable, pero había algo en la expresión de su rostro que le producía una cierta inquietud.

—Oh, oh, es aún mejor de lo que pensaba —se rió el desconocido—. Un alevín nacido en cautividad. Quieres escapar, ¿verdad? ¿Quién te ha hablado del mundo que hay fuera de la pecera? ¿Crees que puedes salir por donde otros han entrado? No puedes, pequeño, no puedes. No, a menos que seas un ave.

—Será mejor que me vaya —dijo Zor, nervioso. Pero el hombre dio un salto desde la roca y aterrizó en el suelo, ante él.

—¿Ya te rindes? —dijo, con una sonrisa en la que enseñó dos hileras de dientes oscuros y torcidos—. No has cavado un túnel ni robado unas alas; no has subido a todas las montañas ni dado la vuelta al mundo. No eres como yo. Soy el único que sigue intentándolo, y el único que sabe por qué es imposible.

Zor lo miró con más atención cuando mencionó las alas. Todos los habitantes de Gorlian eran greñudos y harapientos, pero éste los superaba a todos. Su mal olor, desagradable incluso para aquellos acostumbrados al hedor de la Ciénaga, dejaba patente que no se molestaba en bañarse ni siquiera en los charcos de agua fangosa. Con todo, lo más inquietante era su mirada extraviada y su salvaje sonrisa.

—Sé quién eres —murmuró el muchacho, recordando de pronto las historias de su abuelo—. Eres el Loco Mac.

El se rió como un demente, confirmando sus sospechas.

—El Loco Mac, Mac el Loco, el chiflado, el necio, así me llaman —dijo—. Y tú eres un listillo, como todos los demás.

Zor sonrió, algo incómodo. Su abuelo le había contado que, mucho tiempo atrás, el Loco Mac había capturado a un engendro alado y había sobrevolado Gorlian montado sobre su lomo. Cuando regresó, había perdido el juicio y decía cosas sin sentido. Por lo general no era peligroso, pero a veces sufría bruscos cambios de humor que lo llevaban a atacar a las personas sin motivo aparente.

La primera vez que había escuchado aquella historia, Zor se había preguntado qué habría visto aquel hombre durante su vuelo, que lo había alterado hasta el punto de volverlo loco. Con el tiempo, había llegado a pensar que aquél no era más que un cuento que se había inventado su abuelo para impedir que volase demasiado lejos de casa.

Pero era real. Allí estaba el Loco Mac y, si era cierta o no la historia de la captura del engendro, Zor no podía saberlo.

Entonces recordó otra cosa que su abuelo había dicho al respecto, y miró al hombrecillo con cierta suspicacia.

—Un momento —dijo—. Se supone que el Loco Mac está muerto.

El viejo se irguió para contemplarlo como si fuera un insecto desagradable.

—¿Muerto? ¿Muerto? —repitió en voz alta—. ¿Quién ha dicho eso, si puede saberse?

—Mi... mi abuelo lo dijo —balbuceó Zor, inquieto ante la súbita agitación de su interlocutor—. Que al Loco Mac lo devoró un engendro hace años. Es lo que se cuenta... por ahí.

—¡Por ahí! ¡Bah! ¿Qué sabrán ellos? ¡El Loco Mac se muda a la otra punta de la Cordillera y ya lo dan por muerto! ¡Inaceptable!

—Entonces, ¿fingiste tu muerte para ir a vivir a otro sitio? —preguntó Zor, recordando la historia del viejo Dag.

—¡Fingir mi muerte! —chilló el Loco Mac—. ¿Para qué tomarse tantas molestias? En esta miserable pecera basta con que uno se vaya sin avisar para que todo el mundo se figure que acabó en la panza de un engendro cualquiera. ¡Bah! —resopló, molesto—. ¡Idiotas sin seso!

Si no era el Loco Mac, desde luego se parecía bastante a lo que contaban las historias y, en tal caso, podía ser peligroso, pensó Zor. Sin embargo, el hombre había mencionado algo acerca de «robar unas alas», y todo lo que tuviese que ver con alas le llamaba poderosamente la atención.

—¿Es verdad que robaste unas alas? —le preguntó, y la sonrisa de Mac se amplió.

—Oh, sí, unas alas para llegar al cielo y escapar de aquí —dijo—, pero no se puede, no se puede salir de Gorlian por ahí arriba, aunque tengas alas.

—Dicen que la Reina de la Ciénaga se ha marchado —respondió Zor—. Ella tenía alas.

—Ah, la Reina —suspiró Mac—. La bella Ahriel Alas Rotas. Si escapó volando no podría decirlo, porque el cielo abierto no es un cielo abierto aquí en Gorlian, ¿me entiendes, muchacho? No podrías volar tan alto como desees. Nadie puede. Ni siquiera ella.

Zor lo miró con curiosidad. Nunca se lo había planteado. En sus excursiones había volado muy alto, pero no se había preguntado hasta dónde podía llegar. Había supuesto que el cielo, a diferencia de la tierra, era infinito.

—¿Dices que el cielo se acaba en alguna parte? —dijo, levantando la cabeza para mirar a lo alto—. No lo parece. Mi abuelo siempre decía que, aunque parezcan pequeños, el sol, la luna y las estrellas son inmensos, y están tan lejos que nadie podría alcanzarlos.

—No en Gorlian, pequeño, no en Gorlian. En esta maldita pecera, los astros son tan minúsculos como lentejas, y están al alcance de cualquiera que sepa volar —añadió, alzando una mano hacia el sol, como si quisiera atraparlo entre sus dedos—. Yo me acerqué lo suficiente como para tostarme las cejas, chaval, y llevo años diciendo que ese sol tan deslumbrante que veis ahí arriba no es más que una bola de luz del tamaño de un guisante.

—¿Del tamaño de un guisante? —repitió Zor, sin comprender.

—Sí, porque nosotros, pececillo, todos nosotros, somos enanos, ¿me entiendes? Nos han encogido para encerrarnos aquí dentro, no somos más que hormigas en un hormiguero de cristal, pulgas en un maldito espectáculo, cruel y absurdo

A medida que hablaba, el Loco Mac se alteraba más y más, haciendo aspavientos y hablando cada vez más alto, y sus ojos relucían con un brillo de salvaje locura. Asustado, Zor dio otro paso atrás.

—Muy... interesante —tartamudeó.

—Tú también piensas que estoy chiflado, ¿verdad? —dijo el Loco Mac, con una estridente carcajada—. Piensas que me lo he inventado... Necio. Necios, necios todos. No sabéis que ellos nos observan desde ahí arriba, que ven todo lo que hacemos... nos vigilan, nos espían, ¡y vosotros ni siquiera queréis creer que están allí! ¡Necios! —escupió.

—Bueno... encantado de conocerte —se apresuró a interrumpirle Zor—. He de irme...

—¿Y a dónde vas a ir, pececillo? No hay ningún lugar a donde ir en esta maldita jaula de cristal, ya te lo he dicho. ¡Pero nadie quiere escucharme!

Zor ya se arrepentía de haberle dado conversación. El Loco Mac estaba fuera de sí y, cuando saltó de su atalaya y avanzó hacia él, farfullando incoherencias y con la mirada extraviada, el muchacho, sobresaltado, se alejó de él, con tan mala fortuna que soltó la capa y ésta aleteó, sacudida por el viento. Zor sólo se dio cuenta al ver que el Loco Mac se detenía y lo miraba, atónito. Se apresuró a cubrirse de nuevo con la capa, pero el hombre ya lo había visto.

—¡Alas! —exclamó—. ¡Puedes volar!

—No, en realidad... —empezó Zor, pero no pudo terminar porque, de pronto, el loco se lanzó sobre él, con un agudo chillido, y lo hizo caer al suelo.

El chico jadeó y trató de desembarazarse de él, pero Mac lo golpeaba incesantemente con una mano, mientras que con la otra tiraba de su ala derecha, como si tratase de arrancársela, a la vez que gritaba:

—¡Dámelas! ¡Dámelas! ¡Dámelas!

Rodaron por el suelo, mientras Zor luchaba por quitárselo de encima, y el Loco Mac seguía chillando y golpeándolo. Y justo cuando el muchacho, aturdido por un puñetazo que le había acertado en la barbilla, estaba a punto de desvanecerse, una sombra veloz se arrojó sobre ellos, empujando a Mac lejos de él, y permitiéndole respirar.

Zor parpadeó y se incorporó, con dificultad. Asombrado, vio cómo el Loco Mac forcejeaba contra Cosa, que era quien había acudido al rescate. Ella no parecía muy ducha en peleas, pero se las arregló para agarrar del pelo a su oponente y hacerlo aullar de dolor cuando se colgó, literalmente, de sus sucias greñas grises. El Loco Mac, furioso, le dio un golpe que la lanzó lejos de él. Cosa, sin embargo, no se amilanó. Sacudió la cabeza para despejarse y se agachó, cogiendo impulso para saltar de nuevo sobre el Loco Mac. Pero no llegó a hacerlo, porque, de pronto, sucedió algo extraño: cuando Cosa clavó la mirada en su oponente, su expresión beligerante se transformó, primero, en un gesto de extrañeza, y, finalmente, en una mueca compungida. Dejó escapar una especie de sollozo gutural y, en lugar de atacar, se echó de bruces ante el Loco Mac.

—¡Ammmu! —gimió, desconsolada—. ¡Ammu, pppard-dunna Cccsa!

El Loco Mac entornó los ojos con suspicacia, pero el engendro seguía gimoteando a sus pies.

—¡Iu nnu qquría! ¡Iu nnu sabbbía! ¡Ppparddúnna-mmimi, Ammmu Kkkkarmmacc!

El rostro del Loco Mac se transfiguró en una genuina expresión de asombro.

—Karmac —repitió—. Hacía mucho, mucho tiempo que nadie me llamaba así. ¿Te conozco, criatura?

Cosa levantó su feo rostro, sucio y congestionado por el llanto, hacia él.

—Iu Ccssa —dijo, con un hilo de voz que parecía más una súplica que una afirmación.

El Loco Mac se inclinó para mirarla con atención.

—¡Por todos los dioses! —exclamó—. ¡Si eres la cosa de Fentark!

Cosa asintió, casi con desesperación.

—¡Ammmu Fffinnntarkkk, ssí! ¿Dddúnndde?

El hombre sonrió, y esta vez lo hizo con una mezcla de melancolía y simpatía, y sin el menor asomo de demencia en sus ojos.

—Oialá lo sumiera nequeña —dijo, acariciándole el pelo con cierta ternura

Cosa no debía de estar muy acostumbrada a recibir gestos amables por parte de aquel humano al que había llamado «Amo Karmac», porque dio un respingo y se echó de bruces otra vez, temblando.

—No tengas miedo —dijo el Loco Mac con dulzura—. No voy a hacerte daño. Demasiado daño hemos causado ya.

Cosa alzó la cabeza, sin dar crédito a lo que oía. Seguía mirándolo con una mezcla de temor y veneración, y esta última se hizo aún más intensa con las palabras del hombre.

—Ammmu bbbunno —aseguró, con una sonrisa vacilante.

Por el rostro del Loco Mac cruzó una amarga sombra de tristeza.

—No, hija, no lo soy. Pero ya es demasiado tarde para lamentarse por eso.

Alargó la mano para acariciar de nuevo a Cosa, pero ella la atrapó y la cubrió de besos babeantes. Al Loco Mac, sin embargo, no pareció importarle, pues no retiró la mano, y hasta sonrió al engendro con simpatía.

Zor los contemplaba a ambos, atónito. No entendía qué estaba sucediendo allí, pero una cosa sí parecía estar clara:

—¿Vosotros dos... os conocáis? —preguntó, boquiabierto. Cosa le había contado que no había hablado con nadie desde su llegada hasta su encuentro con Zor, y, de todos modos, ella no llamaba Amos a todos los humanos en general; sólo a aquéllos con los que había convivido en la «Cueva Seca». Se los había descrito como seres sabios y poderosos; nada parecido al sucio y greñudo individuo que acababa de conocer.

El Loco Mac alzó la cabeza hacia él y le sonrió con cansancio.

—Esta criatura era la... mascota, por así decirlo, de un hombre a quien conocí hace tiempo —explicó—. El nunca la trató bien, pero no pensé que acabaría abandonándola en Gorlian, como hizo con todos los demás. Porque ella... bueno, era diferente a todos los demás.

Zor asintió.

—Te refieres a todos los demás engendros —dijo—. Sí que es distinta. Es buena y lista. No como los otros.

—Buena y lista —repitió el Loco Mac, sonriendo a Cosa, que parpadeó, sin poder creerse que estuviera hablando de ella. Cuando lo asimiló, enrojeció y, temblando de gozo, volvió a cubrir de besos la mano del hombre.

Zor se quedó mirándolos, todavía sin entender del todo lo que estaba pasando. El Loco Mac ya no parecía tan loco.

—Ella dice... —vaciló un momento, y después inspiró hondo y continuó—, dice que no pertenece a Gorlian. Que vino de otro sitio.

El Loco Mac lo obsequió con una carcajada estridente, y Zor retrocedió un paso, alarmado.

—Nadie pertenece a Gorlian en realidad —explicó el viejo, con una torcida sonrisa—. Todos vinimos de otro sitio. Salvo tú, claro. Tú y unos pocos que nacieron en este lugar inmundo y no conocen nada más. Pero una cosa es no haber visto nunca el mundo real, y otra, muy distinta, ignorar siquiera que existe —añadió, lanzándole una mirada penetrante—. ¿Es que tu madre no te contó nada?

—¿Mi... madre?

El Loco Mac puso los ojos en blanco.

—La Reina de la Ciénaga. La Señora de Gorlian. Ahriel. El ángel.

Zor se estremeció.

—No la he visto nunca —confesó, a media voz—. Ni siquiera estoy seguro de que sea mi madre. Me crió un hombre llamado Dag, en el Desierto. Hasta hace unos días, ni siquiera sabía que la Reina de la Ciénaga tiene alas, como yo. Pero eso no nos convierte en madre e hijo.

Mac se rió otra vez.

—Es la única explicación, chaval. Sólo los ángeles tienen alas, y Ahriel es el único ángel que ha pisado Gorlian alguna vez. Y tú naciste aquí. Suma dos y dos.

—Si ella es mi madre, ¿quién fue mi padre? —replicó Zor; una posibilidad inquietante lo dejó clavado en el sitio—. ¿Dag?

—¿El viejo Dag? —Mac sacudió la cabeza—. Lo dudo. No te ofendas, muchacho, pero tu madre podría ser

cualquiera, aunque yo apostaría por el rufián que vivía con ella en aquella casa ruinoso... Aunque, no, espera: a ése lo mataron. No tenía lo que hay que tener para sobrevivir en Gorlian, si entiendes lo que quiero decir.

»El ángel se lo tomó muy mal. Su venganza fue bastante sangrienta, o al menos eso he oído, y salpicó al mismo Rey de la Ciénaga. Ahriel acabó con él y ocupó su puesto. Nunca se supo que ella hubiese tenido ningún hijo, aunque pudo haberlo ocultado, claro —lo examinó con mayor atención—. Y la edad coincide, más o menos. Diría que hasta te pareces un poco a él, con esa cara de rata —le sonrió, mostrando una hilera de dientes negros y torcidos.

Zor escuchaba, entre incrédulo y abatido. Aquella historia podía no ser más que el delirio de un loco; pero, si no lo era, significaba que su madre lo había abandonado, que su padre estaba muerto y que su abuelo le había mentido durante toda su vida.

No quería seguir escuchando. Sacudió la cabeza y preguntó, cambiando de tema:

—¿Conociste a Dag?

El Loco Mac entornó los ojos.

—Claro, chaval. Todo el mundo conocía al viejo Dag. Cuando yo llegué a Gorlian y, créeme, de eso hace ya mucho tiempo, él ya estaba aquí. De hecho, fue el primero que empezó a llamarme «el Loco Mac» —se rió, y un nuevo eco de demencia resonó en sus carcajadas—, cuando les dije lo de la bola de cristal. Cuando les conté por qué nadie podría nunca escapar de Gorlian. Y él dijo que el sol me había tostado los sesos —movió la cabeza, resignado—. El viejo Dag era un tipo listo, pero conmigo se equivocó... y de qué manera. Desde entonces, nadie volvió a creer en mí. Y les habría convenido hacerlo, vaya que sí. Porque, indirectamente, yo tengo la culpa de que esa bruja de Marla los encerrara aquí a todos.

Zor lo miró, confuso. No entendía la mitad de lo que estaba diciendo, pero había oído mencionar a Marla.

Cuando su abuelo se enfurecía solía maldecirla, y también repetía a menudo la expresión «más negro que el corazón de Marla». Cuando Zor le había preguntado al respecto, Dag había proferido primero una sarta de insultos y palabras malsonantes destinados a ella, y después había cambiado de tema, diciendo que no era algo de lo que pudiese hablarse a los niños, porque tendrían pesadillas por las noches.

Mac se dio cuenta de su perplejidad y se rió otra vez.

—Ya veo que el viejo te mantuvo en tu bendita ignorancia, ¿eh? Puedo hablarte de la historia de este lugar, pequeño, si estás dispuesto a escucharme. Y puedo hablarte de tu padre y de tu madre, y de lo que hay allí fuera; de dónde proceden los engendros y quién es esa Marla a la que todos los presos de Gorlian invocamos en nuestras maldiciones —añadió, con una oscura sonrisa—. ¿Qué me dices?

Zor dudó un instante. Vio que Cosa se había acurrucado a los pies del Loco Mac, sin intención de despegarse de él, y por un instante se sintió molesto porque su fiel compañera parecía tener tanto aprecio a aquel mugriento chiflado. Pero no quería separarse de ella y, por otro lado, empezaba a anochecer, de modo que suspiró y dijo:

—Bien, de acuerdo. Busquemos un lugar donde acampar y podrás contarme toda esa locura de la bola de cristal.



Se refugiaron del viento en un recoveco que encontraron en la falda de la montaña. Encendieron un fuego y compartieron con Mac sus raíces y su odre de agua.

Entonces, a la luz de las llamas, el Loco Mac empezó a contar su historia.

Primero habló de un mundo enorme, inmenso, cuyas fronteras no estaban delimitadas por ningún muro de cristal.

En aquel mundo, explicó, había océanos, cadenas de montañas, valles y ciudades. Y entre ellas estaba Karishia, capital del reino de Karish, donde gobernaba la reina Marla, que tenía un ángel guardián, una guerrera alada que la había protegido desde que era niña.

Pero Marla no necesitaba protección. Siendo aún muy joven destacaba ya por su astucia y su perversidad. Bajo

su reinado se inauguró Gorlian, una prisión que debía encerrar a los ladrones, asesinos y demás delincuentes que ensuciaban el reino. Nadie sabía exactamente qué era Gorlian ni dónde se encontraba, pero todo el mundo tenía claro que los criminales que destinaban allí desaparecían sin dejar ni rastro.

—Yo sabía más cosas acerca de Marla que ninguna otra persona —explicó Mac—. Más cosas, incluso, que su ángel. Porque yo era uno de sus maestros. Uno de aquellos que la instruyeron desde las sombras y la enseñaron a usar la magia negra en su propio provecho —añadió, con un suspiro desdichado.

Les dijo que fuera de Gorlian se había llamado Karmac, y que había sido un joven erudito apasionado por los libros y por el saber oculto.

—Y también un loco enamorado —sonrió—. En toda mi vida sólo amé a una mujer, mi dulce Silka, a la que adoraba desde que éramos niños. Íbamos a casarnos, pero ella enfermó y murió... Creí perder la razón —confesó, con la voz rota—, y puede que sí la perdiera un poco entonces. Desesperado, busqué en mis libros algo que me permitiera devolverle la vida, o viajar hacia atrás en el tiempo, algo, cualquier cosa... que me reuniese con Silka. Fue entonces cuando oí hablar del maestro Fentark, un hombre sabio del que, se decía, era capaz de burlar a la muerte y generar vida.

Naturalmente, esto se murmuraba en voz baja y en lugares poco recomendables, porque olía demasiado a magia negra —volvió a reírse como un loco, sobresaltando a Zor— y eso era algo que el ángel de la reina Marla, que entonces era muy niña, no veía con buenos ojos...

Pero a Karmac no le había importado infringir la ley. Asistió a las reuniones de Fentark y sus acólitos, y no tardó en unirse a ellos. Juntos investigaron las posibilidades del espíritu y de la materia y exploraron los límites del espacio y el tiempo, de la vida y de la muerte. Sin embargo, había una sutil diferencia entre ambos: mientras que Karmac buscaba el modo de devolver a la vida a una persona muerta, a Fentark, por el contrario, lo obsesionaba la idea de crear nueva vida de la nada, como si fuese un dios.

Sus primeros logros, les contó, no eran más que masas sanguinolentas que se convulsionaban sobre la mesa de su laboratorio. Con el tiempo, consiguió dotarlas de extremidades, boca, ojos... Karmac veía que aquellas horripilantes criaturas no eran naturales, no eran hermosas; incluso el simple hecho de existir las hacía sufrir de forma espantosa, y las volvía violentas e inestables. Pero para Fentark eran válidas, porque eran creación suya. Cuando una de ellas se escapó del laboratorio, causando estragos en uno de los barrios más pobres de la ciudad, el ángel de Marla estuvo a punto de descubrirlos, y el grupo tuvo que trasladarse a otro lugar.

—Para entonces —les explicó—, y mientras Fentark experimentaba con la vida y la muerte, yo descifraba los secretos del espacio-tiempo. Por las noches me asaltaban pesadillas en las que veía a mi Silka regresando a la vida en el cuerpo de uno de los engendros de Fentark, y eso me llevó, poco a poco, a desvincularme de su proyecto y a investigar por otra vía: estaba seguro de que podría viajar atrás en el tiempo y, después, una vez me hubiese reunido con Silka, detener las vidas de ambos en un lugar, alejado del tiempo y del espacio, donde la enfermedad no llegara a alcanzarla nunca. Debo decir que jamás conseguí viajar al pasado —añadió, con una sonrisa—, pero, para cuando tuvimos que abandonar nuestra base en la ciudad, ya sabía cómo crear espacios atemporales, lugares por donde no pasa el tiempo, o transcurre de forma diferente. Y eso fue lo que hicimos cuando levantamos la Fortaleza Negra, nuestra sede definitiva: separarla del resto del mundo para que nadie pudiera encontrarnos.

—Pero... pero... —interrumpió Zor, atónito—. ¿Cómo conseguisteis todo eso? ¿De dónde sacasteis el poder o las instrucciones para llevar a cabo algo así? ¿De los libros?

El Loco Mac respondió con una sarta de risotadas desquiciadas. El muchacho se apartó un poco de él y aguardó, inquieto, a que se tranquilizara.

—De los libros, sí —dijo el viejo finalmente, con una tenebrosa sonrisa—, pero no sólo de ellos. Contactamos... Fentark contactó... con seres más sabios y más poderosos que nosotros. Algunos eran brutales y crueles, pero otros poseían vastos conocimientos que pondrían a nuestro alcance a cambio de algo... siempre a cambio de algo...

—¿Quiénes... eran esos seres? —preguntó Zor, sin aliento; fuera o no verdad lo que le estaba contando el Loco Mac era el mejor relato de terror que había escuchado jamás

—Los enemigos mortales de los ángeles, pequeño. Los demonios. Unas criaturas muy peligrosas que llevan milenios atrapadas en su propia dimensión y están deseando escapar... sí, como los prisioneros de Gorlian... la diferencia es que, si bien algunos de los que aquí habitan, como tú, por ejemplo, no merecen esta suerte... es mejor para el mundo entero que los demonios sigan encerrados en su mundo, el infierno, para toda la eternidad.

»Sin embargo, nosotros éramos unos necios arrogantes y creíamos que lo teníamos todo bajo control. Fentark invocaba a menudo a un demonio, un ser antiguo y astuto, al que creía tener completamente dominado. De él aprendió todo lo que sabe. Gracias a él, su habilidad para crear engendros mejoró día a día, y por esta razón llamábamos a nuestro grupo la Hermandad de la Senda Infernal, aunque los profanos nos calificaban como «los Siniestros».

Karmac, sin embargo, nunca había confiado en los demonios, así que se fue encerrando más y más en sí mismo y en sus estudios. Pero el grupo siguió ganando adeptos, hasta que un día Fentark se presentó con una invitada de excepción: una jovencísima reina Marla, que se había escapado del palacio y de la tutela de su ángel para contactar con ellos. A Fentark le dolió un poco que ella mostrase más interés en su demonio que en sus intentos de crear vida, y consiguió alejarla de su estudio, y de las invocaciones, hablándole del trabajo de Karmac.

—Y la enseñé a crear espacios fuera del tiempo, maldita sea mi estampa —gruñó él—. Nosotros llevábamos nuestras actividades en secreto, como criminales, y confieso que me halagó que la misma reina mostrara interés por mi trabajo. Mucho más tarde me habló de su ángel; me dijo que era inflexible e intransigente, pero que, cuando ella cumpliera la mayoría de edad, tendría poder para gobernar sobre su propio reino, y favorecería la ciencia y el estudio, en lugar de perseguirlos como si fuesen un crimen. Me dijo, también, que cuando eso sucediera, el ángel obtendría su merecido. Y eso debería haberme hecho sospechar. El ángel no era santo de mi devoción, porque estaba en contra de la magia negra que podía ayudarme a recuperar a Silka, pero yo había visto al demonio de Fentark y, si los ángeles eran enemigos de aquellas malvadas criaturas, no me cabía duda acerca de en qué bando querría encontrarme.

Con el tiempo, explicó, Marla creció y aprendió muchas más cosas, no sólo de él, sino también de Fentark, que, superado el recelo inicial, la convirtió en su discípula. A su vez, el poder del líder de la Hermandad también aumentaba, y sus creaciones eran más y más perfectas. Seguían siendo seres contrahechos que sufrían horriblemente por el simple hecho de estar vivos, pero algunos, como Cosa, tenían inteligencia.

—Con todo, Fentark nunca estuvo satisfecho con ella —añadió, mirándola con ternura—. Porque era buena y amable, y no servía para pelear. La tenía suelta en el bestiario, como una mascota, y, aunque ella lo adoraba, él la trataba con desprecio. Llegó a crear una especie de sapo repulsivo, también inteligente, pero con un corazón pequeño y mezquino, al que tenía más aprecio que a ella. Sin embargo, con el tiempo creó a seres más perfectos... y abandonó al sapo en Gorlian, donde, con las armas que el propio Fentark le proporcionó, acabó convirtiéndose en el Rey de la Ciénaga. Pero eso fue después de que yo llegara aquí.

—¿Y cómo llegaste aquí? ¿Y de dónde surgió Gorlian? —preguntó Zor, ansioso.

—Paciencia, pequeño, ahora voy. Sucedió que, con el tiempo, mi dolor se fue apagando. No he olvidado a Silka, pero aprendí a aceptar su pérdida, y a asumir que nunca podría recuperarla. Para entonces, ya no me sentía a gusto con lo que se hacía en la Fortaleza, y mucho menos con el papel que Marla tenía en todo aquello. Se hablaba ya de Gorlian, la prisión donde se encarcelaba a los enemigos de Karish, y, cuando se mencionaba el tema, Marla y Fentark cruzaban una sonrisa de complicidad que no me gustaba un pelo. Por otra parte, los oí hablar alguna vez acerca de invocar a demonios más poderosos, incluso, de abrir las puertas del infierno para que ambas dimensiones fueran una sola. Un día hablé con Fentark y le dije que aquello estaba llegando demasiado lejos; que Marla, lejos de ser una encantadora muchacha apasionada por el saber, era en realidad una reina codiciosa que buscaba un poder superior a través de la magia negra, y que debíamos cortar todo contacto con demonios inmediatamente. Fentark me dijo que lo pensaría. Y cuando desperté, al día siguiente... estaba aquí. Abandonado. Como tantos otros. Con los desechos de Marla y de Fentark: los criminales y los engendros.

»Todos los presos de Gorlian saben o intuyen que ésta es una prisión mágica, pero nadie tenía idea de cuál era su origen, su aspecto externo o su naturaleza. Yo sospechaba que Marla había utilizado los conocimientos que había

aprendido de mí para crear un espacio separado del tiempo normal, pero no lo confirmé hasta mi famosa expedición a lomos de un engendro alado, de la que habrás oído hablar —sonrió—. Entonces fue cuando vi que el Muro de Cristal no era solamente un muro; está por todas partes, chaval, cubriendo el cielo como una cúpula, y también bajo tierra. Estamos todos atrapados dentro de una maldita bola de cristal. Y sé de qué bola de cristal se trata; yo mismo la vi en manos de Marla más de una vez, pero nunca se me ocurrió mirar en el interior. Qué perversa genialidad... encerrar a tus enemigos en un mundo minúsculo, para que se maten unos a otros, mientras los tienes a todos atrapados en la palma de tu mano. Claro que nadie me creyó cuando lo conté. Aquí todos me tienen por loco y, la verdad, tampoco es que yo haya hecho gran cosa para sacarlos de su error. ¿Te imaginas cómo se tomarían los habitantes de Gorlian, en su mayoría asesinos y otros criminales, la noticia de que este lugar fue creado gracias a los conocimientos que yo le transmití a la reina Marla? —volvió a estallar en risotadas históricas, sobresaltando a Zor y a Cosa—. No duraría ni un momento aquí, muchacho, te lo aseguro. Y tal vez es lo que merezca —añadió, con un suspiro—, por necio y por loco, pero soy demasiado cobarde para afrontarlo. Además, no hay día que no me pregunte si toda esta fantástica historia no será una invención en realidad. Quizá soy sólo un pobre diablo que quiere creer que fue alguien importante en el pasado, un gran sabio, el mentor de la reina Marla —se rió otra vez, con una serie de salvajes carcajadas teñidas de sarcasmo—. Un mentor, en todo caso, no mucho peor que el ángel que debía educarla. De todas formas, supongo que ella terminó dándose cuenta de cómo era su protegida en realidad. Aunque demasiado tarde, me temo, porque Marla se las arregló para arrojarla a Gorlian, junto con el resto de la gente que la estorbaba.

»Y ésa es mi historia, pequeño, y también la historia de Cosa, y la tuya propia, porque el ángel que debía proteger a Marla era tu madre, Ahriel Alas Rotas, aunque, naturalmente, nadie la llamaba así en su presencia. La arrojaron a Gorlian con las alas atadas, y no sólo se las arregló para sobrevivir, sino que terminó arrebatando el trono al Rey de la Ciénaga y proclamándose Señora de Gorlian en su lugar. Sí, chaval... este inmundo lugar quebró su espíritu justiciero, pero, si finalmente logró escapar, espero que aún le quede odio suficiente para vengarse de Marla por todos nosotros.

La voz de Karmac se apagó, y él se quedó mirando el fuego de la hoguera con aire desdichado. Zor no supo qué decir. Todo aquello le parecía tan absurdo que no lo extrañaba nada que llamasen a aquel hombre el Loco Mac. Sin embargo, su historia llenaba muchos huecos, explicaba cosas de las que su abuelo jamás le había hablado, y lo conmovía profundamente. Miró a Cosa, dubitativo, y vio que ella seguía acurrucada junto a Mac, y tenía los ojos repletos de lágrimas. Zor sabía que, pese a lo mucho que le costaba hablar, Cosa no era tonta, y había entendido perfectamente todo lo que el «Amo Karmac» había dicho. ¿Cómo se sentiría? Tal vez Zor fuera el hijo de un ángel caído en desgracia y un criminal cualquiera, y hubiese nacido en la prisión más espantosa que existía, pero Cosa era producto de un experimento de magia negra... un experimento fallido, que no placía a su creador, y que había sido, por tanto, desechado y abandonado.

Zor inspiró hondo. No solía tocar a Cosa, porque, a pesar del cariño que sentía hacia ella, su aspecto aún le resultaba repugnante, pero en aquel momento la atrajo hacia sí y la abrazó, consolador. Ella se echó a llorar y le llenó el hombro de lágrimas, mocos y babas, pero Zor no la alejó de sí.

—Lo siento por vosotros dos —dijo Mac, con voz ronca—. Pero la verdad duele, y es mejor que la conozcáis, si vais a salir de aquí.

—¿Salir de aquí? —repitió Zor, automáticamente.

Mac asintió.

—Ahriel ha desaparecido —dijo—. Puede que terminara en la tripa de un engendro, pero muchos, y yo me cuento entre ellos, creemos que ningún engendro podría haberla derrotado, y que, si ella ya no está, es porque consiguió escapar de Gorlian de alguna manera. Te voy a contar una cosa —añadió en voz baja—: no me he venido a vivir aquí por casualidad. Ésta es la Zona de los Recién Llegados, el lugar donde los condenados despiertan en Gorlian por primera vez. Si existe una salida, tiene que estar por aquí cerca. Llevo años buscando y espiando, trepando como una lagartija por los riscos, en busca de una maldita pista. He visto a todos los que llegaron desde entonces... anarecen ahí al fondo del valle de la noche a la mañana como por arte de magia y nunca he llegado a

ver cómo lo hacen ni quién los trae... ni de dónde. Pero sí he comprobado que me entra un sueño muy pesado cuando va a llegar alguien nuevo —y estalló otra vez en carcajadas, mientras miraba a Zor con aire conspirador.

Pero él no reaccionó.

—No lo entiendo —dijo.

—Lo que quiero decir, pequeño, es que los que crearon esta prisión envuelven esta zona en un hechizo de sueño cada vez que van a entrar, para que nadie vea cómo lo hacen. Yo apenas duermo, chaval, y sin embargo algunas noches soy incapaz de mantener los ojos abiertos. Y no falla: cuando eso sucede, al día siguiente hay otro infeliz deambulando por aquí, más perdido que un engendro en un baile de etiqueta. Lo mismo pasó con los tres alevines que se escaparon con tu madre.

—¿Los tres... que se escaparon? —repitió Zor, perdido.

—Sí, sí, fue hace unos tres o cuatro años... seguramente tú estabas todavía en el Desierto con tu abuelo, hurgando en la arena en busca de gusanos que echar en el puchero, ¿eh? Vinieron tres crios un poco mayores que tú... dos chicos y una chica... No estaba despierto cuando llegaron, para variar, pero los vi merodear por aquí y recuerdo que pensé que durarían en Gorlian lo mismo que una mosca en la guarida del Rey de la Ciénaga. Imagínate mi sorpresa cuando, días después, los vi regresar acompañados por la misma Ahriel. No les presté atención entonces; me interesan los que llegan, no los que tratan de escapar. Porque era ése el motivo por el cual habían vuelto al lugar donde aparecieron, no me cabía duda. Muchos lo hacen, chaval, pero es inútil, ¿sabes?

¡Completamente inútil! —chilló, mientras se reía a carcajadas.

Zor esperó pacientemente a que se le pasara. Ya empezaba a acostumbrarse a sus desconcertantes ataques de risa desquiciada.

—Y ése fue mi error, muchacho —prosiguió el Loco Mac, más calmado—. Porque los vi pasar en dirección al fondo del valle, pero ya no regresaron —hizo una pausa para que sus palabras causaran efecto en sus oyentes—. Por eso creo que ella encontró la manera de escapar. Y, si yo hubiese sido más listo aquel día, los habría seguido y me habría marchado con ellos. Pero no lo hice, y desde entonces no he dejado de preguntarme por qué ella pudo salir de aquí y los demás no... qué tenía ella que la hacía diferente...

—Las alas —adivinó Zor, impresionado.

—Exacto, pequeño. Por eso creo que, si le ataron las alas, fue para que no lograra salir nunca de aquí. Podría haberse tratado de una crueldad gratuita, pero lo dudo, porque, si así fuera, se las habrían cortado, sin más, y entonces sí que habría sido Alas Rotas de verdad —se rió como un loco, y luego recuperó la seriedad—. Y pienso que, si se las ataron, fue para que no pudiera utilizarlas. Tú, en cambio, como has nacido aquí, sí puedes usarlas para escapar, y espero, por la memoria de tu madre, que lo hagas.

—¿Escapar? ¿Y cómo esperas que lo haga? ¿Y por qué crees que me interesa? —Zor había empezado hablando en voz baja, pero su tono fue elevándose, cargado de indignación—. Aun suponiendo que todo lo que me has contado sea cierto, ¿qué me espera ahí fuera? ¿Una reina loca que crea prisiones mágicas, un ángel que abandonó a su hijo a su suerte, un hatajo de engendros, un montón de tipos siniestros que pactan con demonios? ¿Qué te hace pensar...?

No terminó la frase. Se le quebró la voz, y se echó a llorar, sin poderlo evitar. Cosa reanudó su llanto al verlo, y Mac los observó, pensativo.

—Está bien, está bien —dijo, tratando de calmarlo—. Lo entiendo. Duerme, descansa, y ya hablaremos mañana. Necesitas asimilar todo esto.



Aquella noche, Zor no pudo dormir bien. Tardó bastante en conciliar el sueño, rumiando todo lo que Mac le había contado. No sabía si creerlo o no y, además, aun en el caso de que aquella fantástica historia fuera cierta, el chico no estaba seguro de querer formar parte de ella. Tiempo atrás, cuando su abuelo vivía, había deseado poder

volar libre y hacer lo que le viniera en gana. En aquel entonces, el Desierto se le quedaba pequeño, y Zor soñaba con explorar Gorlian a su antojo. Ahora se abría ante él la posibilidad de abandonar su mundo para internarse en lo desconocido y, extrañamente, aquella idea le producía más miedo que entusiasmo. De pronto, lo único que quería era tener una vida tranquila en un pequeño rincón de su pequeño mundo. Cuando finalmente se durmió, tuvo un sueño repleto de pesadillas en las que se veía arrojado a un universo enorme y cruel, plagado de demonios y de engendros, sobre el que reinaban la malvada Marla y un despiadado ángel de alas rotas.

Fue Mac quien lo despertó, sobresaltándolo, cuando aún era muy temprano.

—¡Arriba, chaval! —lo llamó—. ¡Te espera una mañana movidita!

—¿Qué...? ¿Por qué? —murmuró Zor, aún medio dormido.

Mac lo sacudió con más fuerza.

—Porque tienes que explorar esos picos, por eso. Y debes empezar antes de que la gente se despierte y pueda verte por casualidad.

—Espera —protestó el muchacho, sentándose y tratando de sacárselo de encima—. Yo no dije en ningún momento que tuviera intención de buscar la salida de Gorlian.

El Loco Mac lo obsequió con una carcajada desquiciada.

—Ah, muchacho, ¿te crees que soy tonto? Estabas buscando la salida o, de lo contrario, no habrías venido hasta aquí.

—Quería saber a dónde había ido la Reina de la Ciénaga —admitió Zor, de mala gana—, pero eso fue antes de que me contaras tu historia anoche. Ahora ya no sé si tengo ganas de seguirla, si es que se ha marchado a alguna parte.

Mac se rió de nuevo.

—De acuerdo, es tu decisión y, si quieres quedarte aquí encerrado toda tu vida, no voy a impedirte. Pero yo tengo intención de escapar, y Cosa también quiere regresar a casa. ¿Nos condenarás a quedarnos en Gorlian toda la vida sólo porque a ti no te apetece echar a volar un ratito?

—Es muy arriesgado, Mac. Mi abuelo me dijo que no era buena idea permitir que otras personas me vieran volar. Además, eso de que la salida puede alcanzarse volando no son más que conjeturas. ¡Ni siquiera estás seguro de que haya una salida!

—En eso te equivocas —replicó él, muy serio—. Estoy seguro de que hay una salida, y estoy casi convencido de que está por aquí cerca. Así que agita esas alas, chaval, y empieza a trabajar. Es mejor ahora, que el sol está bajo y nadie va a mirar a las montañas directamente. Más tarde, cuando se levante, serás totalmente visible, así que, ¿a qué esperas?

—Está bien, de acuerdo, lo haré —suspiró el muchacho, resignado—. Pero aguarda a que desayune primero, ¿no?

—¡No hay tiempo para eso! Si te hubieses levantado cuando te lo he dicho, habrías tenido rato de sobra... pero ahora se está haciendo tarde y, si quieres aprovechar el día, tienes que echar a volar ya, así que, ¡vamos!

Apremiado por un insistente Mac y por Cosa, que brincaba emocionada a su alrededor, Zor no tuvo más remedio que terminar de despejarse y salir volando, aún mordisqueando una raíz de árbol del fango.

Pasó la mayor parte de la mañana sobrevolando los picos más cercanos. Mac le había dicho lo que tenía que buscar: alguna cueva, grieta o abertura situada en un lugar lo bastante escarpado como para que no se pudiera llegar a pie.

—Tiene que haber un círculo de teletransporte en alguna parte —había dicho—. Dibujado en el suelo, o quizá en una pared. Pero esos círculos llaman mucho la atención porque se iluminan cuando se activan, así que deben de haberlo ocultado para que no fuera perceptible a simple vista.

De modo que Zor exploró todas las cavernas que encontró en las paredes rocosas de las montañas. La mayoría no eran más que grietas, pero ni siquiera las más grandes contenían algo remotamente parecido al círculo luminoso del que le había hablado Mac. Cuando el sol se alzó y, por tanto, no podía ya cegar a los que levantarán la vista hacia las montañas, Zor descendió planeando hasta sus compañeros, que lo aguardaban en el campamento.

—Nada —jadeó.

Mac sacudió la cabeza, con un gesto de contrariedad.

—Volveremos a intentarlo mañana —decidió, y Zor no lo contradijo.

También él había empezado a sentirse intrigado. Pero ¿por qué estaba Mac tan seguro de que la salida de Gorlian sólo podía alcanzarse volando? ¿Solamente porque a la Reina de la Ciénaga le habían atado las alas? Y los demás, ¿qué?

—Escucha, Mac —le dijo, pensativo—. ¿Tienes idea de si Marla y tus compañeros de la Hermandad saben volar?

—No, que yo sepa. ¿Por qué lo preguntas?

—Porque, si sólo puede alcanzarse la salida volando... ¿cómo consiguen llegar hasta ella?

—Buena apreciación, muchacho —reconoció Mac, y sus ojos brillaron salvajemente bajo sus greñas—. Confío en que no tardaremos en averiguarlo.

De modo que, durante los días siguientes, Zor sobrevoló las montañas una y otra vez, explorando grutas y agujeros, en busca del círculo luminoso que obsesionaba al loco Mac. Llegó a aprenderse de memoria cada formación rocosa, y su mirada se volvió cada vez más aguda a medida que se hacía más y más experto en detectar grietas en las paredes de piedra, por pequeñas que fueran.

Fue así como, al amanecer del undécimo día, descubrió un hueco entre dos rocas que le había pasado totalmente desapercibido al principio.

Estaba en una pared casi vertical, imposible de escalar, en uno de los picachos más altos y escarpados del valle. Aquella montaña había sido una de las primeras que Zor había explorado, pero nunca había detectado aquella grieta, porque estaba demasiado escondida. Aleteó con fuerza y se aproximó para examinarla. Sí, parecía que salía algo de aire de allí. El hueco debía de ser mucho más grande en el interior. Quizá se tratase de una cueva.

Introdujo la cabeza por el agujero, pero no vio nada.

Al menos, al principio. Porque, cuando sus ojos se acostumbraron a la oscuridad, detectó que el interior de aquella caverna estaba iluminado por un debilísimo resplandor... de color rojizo. «No puede tratarse de luz exterior», se dijo el chico, emocionado. «Si hay algún círculo luminoso, tiene que estar aquí dentro». Sin embargo, el agujero no era lo bastante grande como para caber por él, y el interior no estaba lo suficientemente iluminado como para percibir con claridad qué había más allá. Nervioso, Zor descendió de nuevo hasta el campamento para conseguir una antorcha.

—¿Has encontrado algo? —le preguntó Mac al punto.

—No estoy seguro —murmuró el muchacho, tratando de prender la antorcha.

Se le apagó mientras subía, de modo que tuvo que bajar de nuevo; y la segunda vez que se elevó le costó muchísimo encontrar la grieta que había localizado poco antes. Para cuando volvió a encontrarla ya era casi mediodía, pero no quiso volver a descender hasta descubrir qué había allí dentro.

De modo que introdujo la antorcha por el agujero y echó un vistazo, con precaución.

No era exactamente una cueva. Se trataba de un túnel, tan empinado que alguien había tallado unas escaleras para facilitar la subida. El resplandor rojizo venía de arriba, pero Zor no podía distinguir mucho desde allí. Descubrió, además, que las escaleras también proseguían hacia abajo, perdiéndose en la oscuridad.

Tenían que partir de algún lugar, posiblemente al pie de la montaña. Eso explicaría cómo podían los carceleros de Gorlian entrar y salir de la prisión sin necesidad de alas. Pero docenas de presos habían explorado ya aquel territorio, sin éxito, y él tampoco había visto ninguna entrada en la base del pico.

Quizá se le había pasado por alto.

Apagó la antorcha y emborronó de negro con ella la pared rocosa junto a la grieta, para no volver a perderla de vista. Si estaba en lo cierto y los carceleros utilizaban aquella escalera, era poco probable que descubrieran su marca. Pero debían de saber que aquel agujero existía, porque bañaba el túnel con un débil hilo de luz diurna. Tal vez era eso lo que temían que hallase un ángel alado encerrado en Gorlian, se dijo Zor. No era tan descabellado: él mismo lo había encontrado. Pero ¿no habría sido más sencillo tanar el agujero que atarle las alas a Ahriel?

Preso de una súbita sospecha, Zor batió las alas y se elevó un poco más. Aunque sabía que ya debería haber regresado al campamento, se demoró un buen rato examinando la pared rocosa. Sabía que por detrás, en las entrañas de la montaña, discurría un camino que podía llevarlos a la libertad. Palpó la pared, incansable, hasta que topó con una zona irregular. La estudió de cerca: sí, no cabía duda: aquello no era roca, sino una especie de argamasa utilizada para tapar algún tipo de agujero. Era totalmente imposible de alcanzar —y mucho menos detectar— desde abajo, y sólo se veía desde el aire si uno estaba casi pegado a ella. Por eso no se habían tomado demasiadas molestias con los materiales utilizados. Zor arañó la superficie y desprendió un poco de barro apenas sin esfuerzo. Llevado por el entusiasmo, golpeó el parche con un extremo de la antorcha y comprobó que podía romperlo casi sin dificultad.

Emocionado, agrandó el agujero hasta poder pasar a través de él.

Una vez en el interior del túnel, se sacudió la tierra de las alas y miró a su alrededor. No se había equivocado: aquello era una escalera que discurría por el interior de la montaña, probablemente hasta la cima.

De pronto se le ocurrió que tal vez las personas que habían cavado aquel túnel lo utilizaban a menudo. Se quedó un momento inmóvil, escuchando con atención, pero lo único que oyó fue el lento gotear de un hilo de agua en alguna parte. Tras un breve instante de vacilación, decidió seguir los escalones hacia arriba.

Subió hasta que la grieta por la que había entrado quedó muy atrás, y su luz dejó de iluminarle el camino. Pero aquello no lo detuvo: el resplandor rojizo se detectaba cada vez con mayor intensidad y lo guiaba hacia lo alto.

Finalmente desembocó en una sala circular y, fascinado, descubrió en ella exactamente lo que le había dicho el Loco Mac: un círculo pintado en el suelo, un círculo de diseño complejo e intrincado cuyas líneas emitían un leve brillo de color rojo.

El círculo de teletransporte que los sacaría a todos de allí.

Se estremeció de emoción. Si todo lo que le había contado el Loco Mac era cierto, allí estaba la clave para liberar a todos los presos de Gorlian. ¡Y la había descubierto él! Podía rescatarlos a todos...

De repente se acordó de la Reina de la Ciénaga. Se preguntó si había encontrado aquel túnel y llegado hasta allí. Tal vez se hubiese marchado por aquel círculo, a dondequiera que éste condujese. Pero, si era así, ¿por qué no había vuelto para buscarlo?

Sacudió la cabeza para evitar que los ojos se le llenasen de lágrimas. Bien; lo que la Reina hiciese no era asunto suyo. Él sabía cómo debía comportarse, y tenía muy claro que, si optaba por marcharse de Gorlian, no se iría sin sus amigos.

Pero ¿cómo iban a subir hasta allí arriba? Tal vez podría llevar volando a Cosa, pero Mac era otro cantar. Zor comprendió, desalentado, que le resultaría imposible cargar con su peso.

Tenía que haber otra manera.

Decidido a encontrarla, dio la espalda al círculo de teletransporte y descendió por las escaleras, hacia las entrañas de la mole de piedra.



Cosa no dejaba de mirar a lo alto, inquieta.

—Nnnnu vvvvinne —dijo.

—No te preocupes, ya bajará —respondió Mac, que había dado buena cuenta de un par de raíces y ya iba por la tercera—. ¡Caramba! Sí que está bueno esto, ¿quién lo habría dicho? Tranquila —añadió al ver que Cosa seguía con los ojos fijos en los picos de las montañas—. No hay nadie por los alrededores, no lo descubrirán. Y hace bastante tiempo que no llega ningún preso nuevo. Quizá sea porque Marla ya se ha librado de todos sus oponentes y en su reino sólo quedan lameculos —lanzó una oscura y siniestra carcajada—. Así que, si nuestro amigo el medio ángel se ha dejado llevar por el celo profesional y está dispuesto a perderse la comida por husmear más cavernas húmedas y pestilentes, yo no me voy a quejar. Ya volverá.

—Nnnnu vvvviu —fue la única respuesta de Cosa.

—¿Qué has dicho? ¿Que no lo ves? —Mac dejó de lado la raíz mordida para otear las cumbres de las montañas. El sol estaba ya alto y debería verse con toda claridad la diminuta silueta del muchacho alado sobrevolando las laderas—. ¿Cuánto rato hace que no lo ves?

Cosa no respondió, pero hizo un gesto con las manos, abarcando un gran espacio.

—¿Desde que se fue con la antorcha? ¿Lo viste subir con la antorcha, y luego ya no más? —Cosa asintió. Mac dejó escapar una maldición—. ¿Y por qué no lo has dicho antes? ¡Puede que el chico haya encontrado la salida de Gorlian y haya cometido la estupidez de marcharse sin nosotros! Si aparece en el palacio de la reina Marla, ella... bah, da igual —se rindió, al comprobar que Cosa lo entendía sólo a medias—. Lo mejor será que vayamos a buscarlo. Arriba, criatura; tenemos trabajo que hacer.

Habían terminado ya de recoger sus escasas pertenencias y estaban listos para ponerse en marcha cuando, súbitamente, Cosa lanzó un chillido alborozado:

—¡Zzzzur! —anunció, señalando al horizonte—. ¡Zzzzur vvvulvvve!

Mac se irguió y miró hacia el punto que ella le indicaba. Detectó claramente la silueta de Zor, recortada contra el cielo, aleteando con todas sus fuerzas.

—Parece que tiene prisa —masculló—. ¡Por todos los demonios! Espero que sean buenas noticias.

Aguardaron a que el muchacho se posara junto a ellos. Tenía un aspecto lamentable: estaba cubierto de tierra y de polvo hasta las cejas, le sangraba una rodilla y tenía la ropa desgarrada, pero parecía contento y muy satisfecho de sí mismo. Aún llevaba la antorcha apagada en la mano.

—¡Lo he encontrado, Mac! —exclamó en cuanto hubo recuperado el aliento—. ¡El círculo del que me hablaste! Tenías razón: es rojo, y brilla, y está oculto en un sitio al que sólo puedes acceder volando, a no ser que ya sepas cómo llegar. ¿Quieres verlo?

El anciano, aturdido, se dejó caer de rodillas ante Zor y lo sacudió por los hombros.

—¿Es eso cierto? —farfulló—. ¿No me engañas? ¿Has encontrado la salida?

Zor asintió, con una radiante sonrisa que iluminaba su rostro sucio y desgreñado. El loco Mac elevó una silenciosa oración de agradecimiento a aquellos dioses que le habían dado la espalda durante tanto tiempo y se puso en pie, decidido.

—Muéstramelo, chaval. Estoy dispuesto a seguirte.



Pero fue mucho más complicado de lo que habían imaginado. Primero, Zor los guió por un desfiladero entre montañas que acababa bruscamente en un impresionante precipicio. No había forma de bordearlo y, además, al otro lado sólo se veía otra montaña. Era un callejón sin salida.

Zor, sin embargo, renunciando a usar las alas, descendió de un breve salto hasta un peñasco que colgaba peligrosamente sobre el vacío.

—¿Estás seguro de que es por ahí?

Por toda respuesta, Zor saltó al siguiente saliente. Era una cornisa estrecha y alargada que recorría la pared rocosa y terminaba unos metros más allá. Era evidente que no se podía ir a ninguna parte por allí. Sin embargo, Zor avanzó, con la cara pegada al muro, tratando de equilibrar el peso de sus alas, y Cosa lo siguió, muy decidida.

Mac se quedó mirándolos, inquieto, y, cuando Zor llegó al final de la cornisa, lo vio tantear en la pared. Momentos después se oyó un extraño sonido, como si la montaña entera se estuviese quejando. Y, para su sorpresa, el Loco Mac vio desde allí cómo se abría en la pared rocosa un orificio del tamaño de una puerta pequeña, lo bastante grande como para que pudiera pasar un hombre adulto agachándose sólo un poco. Cosa desapareció por él de un ágil salto, pero Zor aguardó sonriente, casi colgando al borde del abismo, a que su amigo se recuperase de la sorpresa.

—¿Vienes con nosotros, o no?

Por toda respuesta, Mac saltó —esta vez sí— a la roca, y de ahí a la cornisa. Con sumo cuidado deslizó los pies por el saliente de piedra hasta que alcanzó la puerta. Zor le tendió la mano para ayudarlo a entrar y pasó tras él.

Se encontraron en una sala pequeña, fresca y oscura. A un lado arrancaba una escalera ascendente cuyo final no se divisaba desde allí.

—Sube a lo largo de la fachada sur de la montaña —explicó Zor—. Está muy oscuro, así que será mejor que encendamos la antorcha. ¿Habéis traído el pedernal? Muy bien, así. Voy a cerrar la puerta; tiene un mecanismo que permite manipularla tanto desde fuera como desde dentro, y es mejor que se quede sellada. Ya he dejado huellas de mi paso por aquí en el túnel y no creo que sea buena idea dejar más. Si todavía usan esta entrada, será mejor que no descubran que la conoce alguien más.

Accionó una palanca oculta en una pared y la puerta volvió a cerrarse con un chirrido.

—No puedo creerlo —murmuró Mac—. ¡Hemos encontrado la salida!

—No estoy seguro de que sea la salida —puntualizó Zor—. Sé que al final de esta escalera hay un círculo iluminado que, según lo que me has contado, debe de llevar a alguna parte. Pero no sé qué encontraremos al otro lado.

—Si la bola de cristal sigue perteneciendo a Marla, es posible que vayamos a parar a su palacio —gruñó Mac—. Y, si ella tiene por costumbre observar a sus presos, como creo que hace, quizá ya esté al tanto de nuestro intento de fuga. Pero tenemos que arriesgarnos, ¿no te parece? —finalizó, con una carcajada desquiciada, ignorando el gesto alarmado de Zor.

Cosa decidió por ellos. Con una breve exclamación de alegría que resonó en el corredor, echó a correr escalera arriba. Zor y Mac no tuvieron más remedio que seguirla.

La ascensión fue larga y penosa. Incluso Zor, que ya había recorrido aquel túnel, tenía la sensación de que se había vuelto interminable, y sólo cuando alcanzaron el boquete que había hecho en la pared aquella misma mañana comprobó, aliviado, que estaban avanzando de verdad.

—Ya falta poco —anunció, y apagó la antorcha; cuando dejaron atrás el agujero y la luz natural que entraba por él, Mac detectó, por fin, el resplandor rojizo que había guiado a Zor en su primera exploración.

Y, un rato más tarde, llegaron a la sala del círculo. Se detuvieron para recuperar el aliento, mientras Mac contemplaba la luz rojiza con los ojos llenos de lágrimas.

—Por fin —musitó—. Después de tantos años. La salida.

Estalló en una salva de carcajadas histéricas y abrazó a Zor de improviso, ahogándolo en el hedor que despedían sus greñas.

—Muchas gracias, chaval. Sin ti, no lo habríamos conseguido.

—De nada —masculló el chico, quitándose de encima—. Pero prométeme que cuando salgas de ahí te darás un baño de una vez. Lo necesitas con urgencia.

Mac le dedicó otra de sus risotadas dementes.

—¿Un baño? ¡Qué sabrás tú lo que es un baño, hijo de Gorlian! No has visto agua limpia en toda tu vida. ¿O acaso has topado alguna vez con un charco de agua transparente?

—¿Transparente? —repitió Zor, pasmado—. ¿Cómo va a ser transparente el agua?

—Sígueme y lo verás, amigo mío —replicó Mac, risueño.

Avanzó un par de pasos hacia el círculo, pero Zor no lo siguió. Se sentía inquieto. Bien, habían hallado la salida, pero él no estaba seguro de querer escapar de allí. Mac lo había definido a la perfección: él era un hijo de Gorlian. No conocía otra cosa y tampoco estaba convencido de querer ir más allá. En aquel tiempo que habían pasado en la Cordillera, buscando grietas en las montañas, Mac le había contado muchas otras cosas acerca del mundo al que ansiaba volver. Y no todo eran nigromantes creadores de engendros ni reinas chifladas que construían prisiones mágicas. Había muchas otras cosas con las que Zor ni siquiera se habría atrevido a soñar. El mundo que se extendía fuera de Gorlian era grande y maravilloso.

Pero, sobre todo, era un mundo desconocido y Zor no estaba seguro de querer explorarlo.

El Loco Mac percibió su indecisión y se volvió hacia él.

—¿No vienes? —le preguntó.

Pero Zor no tuvo tiempo de responder, porque Cosa, que trotaba junto a Mac alegremente, no se detuvo cuando él lo hizo, sino que irrumpió en el círculo rojo antes de que ninguno de los dos se diera cuenta de lo que estaba sucediendo. Hubo un fogonazo de luz y el engendro desapareció de pronto.

—¿Cosa! —llamó Mac; pero, naturalmente, no hubo respuesta—. Zor, no podemos dejarla sola. ¡Si alguien la ve, la matarán!

Y Zor ya no se detuvo a pensar. Preocupado por la suerte de Cosa, siguió a Mac a través del círculo de luz que los conduciría lejos de Gorlian, hacia la libertad...



Lo primero que pensó Zor fue que el aire olía muy raro. Olfateó el ambiente, como un animalillo, y torció el gesto.

—Lo que hueles es aire limpio —respondió la voz de Mac a su muda pregunta—. Pese a que estamos en una habitación cerrada, cualquier sótano húmedo y sellado olería mucho mejor que el aire viciado de Gorlian. Dioses, después de tanto tiempo...

Se le quebró la voz, pero Zor estaba demasiado aturdido como para prestarle atención.

Se hallaban en una estancia tan pequeña que los tres se encontraban demasiado estrechos. Junto a las paredes había estanterías repletas de objetos extraños que Zor, que había pasado toda su vida en Gorlian, no supo identificar.

—Es un trastero —dijo Mac, sorprendido—. ¿Dónde estamos? ¿Por qué hemos aparecido aquí? Deja eso —riñó a Zor, que lo toqueteaba todo, entre curioso y maravillado—. No tenemos tiempo para jugar.

Pero entonces el chico vio algo en una de las baldas.

—Mira, Mac —dijo, y no pudo evitar que la voz le temblara al hablar. Mac inspiró hondo al ver el objeto que le señalaba.

Era una bola de cristal.

Estaba sobre uno de los estantes, parcialmente cubierta por un paño lleno de polvo.

—No puede ser Gorlian —susurró Mac—. No pueden habernos olvidado aquí todo este tiempo... en el fondo de un trastero.

Tomó la esfera entre las manos, con temor reverencial, pero no se atrevió a retirar el paño del todo.

—¿Nosotros hemos salido de ahí? —preguntó Zor, incrédulo—. ¡Déjame echar un vistazo!

Pero no hubo tiempo para ello: Cosa había estado examinando la puerta, tratando de averiguar cómo funcionaba, y por fin lo había conseguido. La abrió de golpe, sobresaltándolos, y se precipitó al exterior, exclamando:

—¡Cccuvvva Ssicca! ¡Ammu, sttuy'nn cccassa!

—¡Maldita sea! —masculló Mac; echó un vistazo al corredor que se abría al otro lado de la puerta y repitió—. ¡Maldita sea! No estamos en el palacio de Marla, sino en un lugar peor.

—¿La Cueva Seca?

—Sí, la Cueva Seca. O, mejor dicho, la Fortaleza Negra; el cuartel general de la Hermandad de la Senda Infernal. No sé qué hacía Gorlian olvidada en un armario como un vulgar trasto viejo, pero no podemos quedarnos a averiguarlo: hay que detener a Cosa antes de que alguien la vea.

Depositó con cuidado la esfera de cristal en una de las baldas y volvió a cubrirla con el paño.

—Volveremos —prometió.

—¿Crees que es buena idea dejarla ahí?

—Estará más segura ahí que si la llevamos encima, muchacho. Parece que se han olvidado de los presos de

Gorlian, y créeme; casi será mejor no recordar a nadie nuestra existencia hasta que podamos regresar a salvarlos a todos.

—¿A todos?

—Bueno, a los que se lo merezcan. ¿Me sigues, chaval?

—Sí, sí—se apresuró a responder Zor, pero Mac no lo esperó. Salió de la habitación, cerrando la puerta tras de sí, y el chico se quedó un momento paralizado de miedo, sin atreverse a dar un paso. Por fin, tras lanzar una última mirada llena de aprensión a la bola de cristal que, según el Loco Mac, contenía el pequeño mundo en el que había nacido y crecido, salió del cuarto, siguiendo a su extravagante compañero, en pos del engendro que se les había escapado.



Apenas unos instantes después de que ellos abandonaran el trastero, una figura encapuchada, vestida de negro, entró en él y recorrió los estantes con la mirada. Halló lo que buscaba: una pequeña bola de cristal. Con una sonrisa de satisfacción, la rescató de su olvido en la estantería y se la llevó consigo, sin sospechar siquiera que, momentos antes, tres reclusos habían escapado de su interior.



VII. Siete

—No me parece bien —gruñó Kendal—. El trato era entrar y preguntarle por Gorlian, no traerla de vuelta.

—Las cosas se han torcido un poco —se limitó a responder Ahriel.

—¡Pues quizá deberíais haberla dejado atrás! Ahriel, ¿acaso has olvidado el daño que esta bruja ha causado no sólo a su reino, sino también a los países vecinos? ¿Ya no te acuerdas de los años pasados en Gorlian? Si a ti no te importa, piensa en los sentimientos de los demás... en los de todas las personas que han sufrido por su causa. ¡En los de la reina Kiara, cuyo padre fue asesinado por esta... esta...!

—Déjalo —cortó la propia Kiara, colocando una mano tranquilizadora sobre su brazo. Observó a Marla, que se hallaba de pie entre los dos ángeles, con la cabeza gacha.

—Y tú, reina Kiara —intervino Ubanaziel, con voz tranquila y sosegada—. ¿Qué opinas al respecto?

Ella alzó la cabeza y clavó en él una mirada límpida y serena.

—No tengo nada que decir —fue su única respuesta.

Después se volvió, dándole la espalda a Marla e ignorándola por completo, y se dirigió hacia las tiendas, digna y majestuosa, como la reina que era. Tras dirigir una última mirada de odio hacia la prisionera, Kendal siguió a su señora, presuroso.

Marla entornó los ojos, comprendiendo que la indiferencia de Kiara era el mayor de los desprecios que podía recibir, peor que la furia y los insultos.

—Será una gran soberana —comentó Ubanaziel, apreciativamente.

—Aprendió bien —replicó Ahriel, con sequedad—. Y eso no es algo que pueda decirse de ti, Marla. No sólo eres una vergüenza para tu pueblo, sino también para toda tu raza.

La joven no dijo nada. Permaneció con la mirada baja y la cabeza gacha.

Ubanaziel oteó el horizonte, por donde empezaba a salir el sol.

—Deberíamos marcharnos ya —hizo notar—. El palafrenero real no tardará en venir a recoger a Kiara y a Kendal, y no es conveniente que nos vea con Marla. Despidete, Ahriel, y alcemos el vuelo.

Ella estuvo de acuerdo. Se acercó a Kiara, que estaba recogiendo sus cosas, mientras Kendal, sin siquiera volverse para mirar a los ángeles, emprendía el camino ladera abajo.

—No se lo tomes en cuenta —dijo la joven reina, con suavidad—. Sufrimos mucho tiempo bajo el yugo de Marla y no le ha gustado volver a verla.

—Yo sufrí durante mucho más tiempo —replicó el ángel con cierta brusquedad—, y créeme que no ha sido fácil para mí tampoco. Pero era la única forma.

—Lo creo —asintió Kiara—. Buen vuelo, Ahriel. Ojalá encuentres lo que estás buscando.

Las dos cruzaron una larga mirada. Después, lentamente, sonrieron.

Ubanaziel se cargó a Marla a la espalda; siempre había sido una joven pequeña y no muy alta, pero en el infierno se había quedado casi en los huesos, y al ángel lo sorprendió comprobar que apenas pesaba nada. Ahriel, sin embargo, no se dejó conmovir.

—Iré detrás para asegurarme de que no intentas nada raro —le advirtió.

Marla no respondió.

Finalmente, los dos ángeles alzaron el vuelo y dejaron atrás el volcán de Vol-Garios. Con Marla como guía, sobrevolaron las tierras de Saria en dirección a los límites del reino de Karish. Para su sorpresa, Ahriel descubrió que iban derechos a la capital, Karishia.

—¿Pretendes hacernos creer que la fortaleza de los Siniestros está en la ciudad? —le espetó alzando la voz

para que el viento no se llevara sus palabras.

Marla sacudió la cabeza.

—¡Ya te dije que sólo se puede llegar si ya se sabe dónde está! Y debía ser un lugar cercano al palacio. ¿Cómo, si no, habría podido ausentarme tan a menudo sin que te dieras cuenta?

Ahriel frunció los labios, recordando, molesta, los tiempos en que había creído que Marla era una pupila obediente. Todavía le costaba trabajo asimilar que hubiese podido engañarla de aquella manera. Después de que la joven reina hubiese sido absorbida por el infierno, Ahriel había registrado el palacio de arriba abajo y había encontrado en el sótano un pequeño laboratorio privado. Comprendió entonces que, mientras estuvo bajo la tutela del ángel, Marla no había podido reunirse con los hechiceros tan a menudo como habría deseado. Sin embargo, se las había arreglado para seguir practicando la magia negra allí mismo. Su osadía no conocía límites, se dijo Ahriel, irritada, al descubrir aquel pequeño refugio.

Pero era cierto que allí no podía haber celebrado reuniones con los otros sectarios sin que ella se diera cuenta. Marla tenía razón: si bien la guarida de los Siniestros no se encontraba en el palacio, tampoco podía hallarse muy lejos de él.

Sobrevolaron la ciudad, bien alto, para que no los distinguiesen desde abajo; pasaron de largo el palacio real y continuaron hacia las montañas que se alzaban un poco más allá, al otro lado de las murallas.

Era una cordillera imponente, a la que solían llamar «Las Torres de Karish», porque, vistos desde lejos, sus picos semejaban enormes torreones que vigilaran el reino. Ahriel los conocía bien. Las cuevas que se abrían en sus paredes de piedra eran refugio habitual de bandidos y malhechores, y había liderado más de una redada por allí cuando era responsable de la seguridad del reino. Naturalmente, tras la caída de Marla, y consciente de que los nigromantes necesitaban una base de operaciones, había vuelto a registrar las cuevas palmo a palmo, sin resultado.

—¿A dónde nos llevas exactamente? —le preguntó a su prisionera, con suspicacia.

Marla señaló una montaña frente a ellos: un pico escarpado cuya ladera era una pared vertical, lisa y completamente impracticable.

—¿Hacia dónde? —repitió.

—¡Hacia la montaña! —insistió ella—. ¡Allí está la entrada!

Ahriel volvió a mirar, pero no vio otra cosa que un muro de piedra. Y ya estaban cada vez más cerca.

—¡Allí no hay nada! —replicó, molesta—. ¡Ubanaziel! ¡Nos está tomando el pelo! ¡Debemos dar media vuelta, o chocaremos contra la montaña!

Pero él no respondió. Seguía volando derecho a la montaña, siguiendo las indicaciones de Marla, sin temor a colisionar contra ella. Ahriel, por el contrario, estaba cada vez más inquieta.

—¡Por ahí! —exclamó Marla—. ¡A la izquierda y todo recto!

Y Ubanaziel hizo un elegante quiebro en el aire y voló a toda velocidad hacia una muerte segura.

—¡Ubanaziel! —llamó Ahriel, tratando de frenarse en el aire. Sin embargo, el grito murió en su garganta para ser sustituido por una exclamación de asombro: el ángel y su pasajera habían desaparecido—. ¿Qué diablos...?

Intrigada y alarmada a partes iguales, Ahriel inspiró hondo, batió con fuerza las alas y voló en dirección hacia el lugar en el que había visto desaparecer a su compañero. Cerró los ojos cuando la sombra de la montaña se abatió sobre ella, cuando el choque contra la dura pared de piedra se hizo inevitable... y se encontró, de pronto, con que seguía sin atravesar nada más sólido que el aire. Abrió los ojos para descubrir, sorprendida, que estaba volando a lo largo de una enorme caverna cuya entrada no había visto en ningún momento.

—¿Qué clase de magia es ésta? —se preguntó, maravillada y recelosa al mismo tiempo.

Divisó a Marla y Ubanaziel un poco más allá. Habían aterrizado en una amplia sala que parecía una especie de recibidor, y Ahriel se posó junto a ellos.

—¿Dónde estamos? —quiso saber.

—En el refugio de la Hermandad de la Senda Infernal —respondió Marla en voz baja—. No alces la voz, Ahriel. Puede que todavía quede alguien por aquí. Recuerdo en particular a un joven acólito, muy leal, llamado Shalorak me

—Entendido —cortó Ahriel con brusquedad—. Iremos con cuidado. Ve delante, Marla, pero recuerda que te vigilamos de cerca.

Marla dejó escapar un suspiro muy teatral y encabezó la marcha.

Al fondo de la sala había una enorme puerta tallada con multitud de figuras de diablillos. Algunos de ellos se parecían mucho a los que Ahriel había visto en el infierno, y se estremeció. Estaba empezando a sospechar que la invocación al Devastador no había sido la primera realizada por la secta. Si tenía razón... bueno, aquello explicaría muchas cosas.

Tras la puerta se extendía un largo pasillo que desembocaba en unas escaleras descendentes. A ambos lados del corredor había puertas cerradas que conducían a otras estancias, pero Marla no les prestó atención. También había antorchas encendidas prendidas en las paredes, que les iluminaban el camino.

—Nunca se apagan —dijo Marla en voz baja, al ver que Ahriel las miraba con recelo—. El que estén encendidas no implica necesariamente que haya alguien aquí, aunque nunca se sabe.

Bajaron por la escalera hasta llegar al nivel inmediatamente inferior. La joven los guió a través de una nueva galería, sin que toparan con nadie.

Ubanaziel arrugó la nariz y dijo:

—No me gusta este olor. Huele a demonios. Literalmente.

—Es la zona de prácticas de los acólitos —dijo Marla sin inmutarse. Abrió una de las puertas y les mostró una habitación sombría y desordenada; mucho tiempo atrás, alguien había pintado en el suelo un círculo mágico rodeado de símbolos arcanos, y sobre un pequeño altar junto a la pared reposaban todavía los restos de algunas ofrendas y de velas a medio consumir. Un olor desagradable, acre y dulzón, aún empañaba el ambiente.

—¿Practicaban para convocar demonios? —gruñó Ubanaziel; todo su buen humor parecía haberse evaporado. Marla se encogió de hombros con indiferencia.

—Sólo diablillos —dijo—. El arte de convocar demonios mayores estaba al alcance de muy pocos en la Hermandad, y el único que lo hacía con frecuencia era Fentark, nuestro líder. Ya sabes, Ahriel, el que te puso el cepo en las alas para que no pudieras volar. Como recordarás, murió el día que invocamos al Devastador —le lanzó una mirada de soslayo al decir esto último, pero ella no se sintió en absoluto cohibida.

—Se lo había buscado —replicó, frunciendo el ceño, recordando que aquel tal Fentark había sido absorbido por el vórtice de Vol-Garios—. ¿Qué fue de él en el infierno?

—Oh, no duró mucho —respondió Marla con despreocupación—. Los demonios lo mataron pronto. No les gustan los humanos que los invocan para darles órdenes; sólo aquellos que lo hacen para obedecer sus deseos.

—Ya —gruñó Ahriel, desdeñosamente.

—Es verdad —intervino Ubanaziel—, y eso me lleva a preguntarme cómo consiguieron estos hechiceros que los demonios les facilitaran la información necesaria para ocultar este lugar, para crear Gorlian y para invocar al Devastador.

—¿Fue un demonio quien les dijo cómo hacer todo eso? —preguntó Ahriel, incrédula.

—No veo ningún otro modo. Ellos eran sólo humanos, y las cosas que hacían... era magia negra muy avanzada. Esos conocimientos se perdieron hace mucho tiempo.

—Yo no sé gran cosa al respecto —dijo Marla—. Me ofrecieron todo cuanto pedía y nunca pregunté el origen de aquel saber.

—Claro, porque nadie te enseñó nunca que los actos malvados suelen tener un origen malvado —replicó Ahriel con sarcasmo.

Marla la miró de reojo.

—Sí que te ha cambiado Gorlian —comentó—. Antes desconocías por completo el significado de la palabra «ironía».

—Apúntame en la larga lista de cosas que te debo.

—Basta ya, las dos —cortó Ubanaziel—. Ahriel, esa conducta no es propia de un ángel, y tú, Marla, recuerda que sigues siendo nuestra prisionera. Una salida de tono más y yo mismo me encargaré de enviarte de vuelta al

infierno, ¿queda claro?

—Sí, Consejero —respondió Marla, sumisa de nuevo, bajando la mirada. Ahriel se limitó a resoplar, disgustada. Siguieron recorriendo la galería, guiados por Marla.

—¿A dónde nos llevas, exactamente? —preguntó Ahriel, tratando de no sonar demasiado brusca.

La joven tardó un poco en responder. Después dijo en voz baja:

—Sabes que envié a Tobin a Gorlian para que te sacara de allí. Yo estaba enterada, por tanto, de que ibas a escapar, estaba todo planeado. Te vi salir del palacio junto con Tobin, Kiara y ese estúpido bardo...

—Kendal —le recordó Ahriel con aspereza.

—... Como se llame. Sabía que os dirigiríais a Vol-Garios, porque Tobin se aseguraría de que así fuese, pero existía la posibilidad de que cambiaras de idea y regresaras a buscar la esfera —la miró de reojo—. Ya sabes, por lo que dejaste atrás. De modo que, por si acaso, la mañana del día en que íbamos a invocar al Devastador vine hasta aquí y la escondí. Junto con un montón de trastos, para que no llamase la atención. Y, como no le dije a nadie dónde la había puesto, estoy convencida de que sigue aquí, donde la dejé.

Ahriel la miró un instante, luchando contra el deseo de preguntarle por su hijo. Finalmente, su orgullo fue más fuerte, y se limitó a decir:

—Pues llévanos hasta allí. Si dices la verdad...

La interrumpió, de pronto, una salva de gruñidos y aullidos que parecían proceder de las entrañas de la tierra. Ubanaziel dio un salto atrás y desenvainó la espada en un acto reflejo.

—¿Qué es eso?

Ahriel frunció el ceño.

—No puede ser —dijo—. Suena como...

—Engendros —asintió Marla—. Es aquí donde los crean, abajo, en el bestiario. Pero ha pasado ya mucho tiempo desde que este lugar fue abandonado; deberían haber muerto de inanición.

—¿Es posible que alguien los haya estado alimentando? —inquirió Ahriel, preocupada.

—No lo sé, pero se han puesto nerviosos de repente —murmuró Marla—. Puede que no estemos solos en este lugar.

—Quizá nos han olfateado desde allí.

—Puede ser, aunque lo dudo; estamos demasiado lejos. De todos modos —añadió—, no soy una experta. Los engendros eran la especialidad de Fentark. Eso y las invocaciones, claro, pero a mí me interesaba más...

—Cierra la boca —cortó Ahriel—. No me interesa saber qué materias estudiaste en tu academia de magia negra, Marla.

—Pero sí deberíamos asegurarnos de que no queda nadie aquí —dijo Ubanaziel—. Además, quiero examinar personalmente a esos «engendros». Vayamos al bestiario.

—Como quieras —suspiró Ahriel—, pero ya te advierto que no te van a gustar.

—Nos viene de camino —dijo Marla.

Descendieron por otra escalera hasta llegar a lo que Ahriel pensó que debía de ser el nivel más bajo. Allí los recibió un olor penetrante, parecido al de un establo que nadie se ocupara de limpiar, pero también relacionado con el aroma putrefacto de la muerte.

—Puede que sí haya algún cadáver aquí —comentó Ubanaziel en voz baja, pero Ahriel negó con la cabeza.

—No necesariamente; todos los engendros huelen así. No son criaturas naturales, no deberían existir; una parte de su ser está en permanente estado de ulceración. Probablemente tengan el alma podrida también, si es que tienen alguna clase de alma. ¿No me crees? —añadió, al ver que el Consejero fruncía el entrecejo, dudoso—. Tantea su aura e intenta sentir lo que transmite. Eres un ángel, ¿no? Hace ya mucho tiempo que yo me insensibilicé contra ello, pero recuerdo bien lo que sentía en presencia de esas... criaturas. ¿No lo notas?

Ubanaziel se detuvo, cerró un momento los ojos y se concentró en las vibraciones del ambiente. Cuando abrió los ojos, su mirada estaba llena de horror y compasión.

—Sufren incluso más que los condenados del infierno —comentó en voz baja impresionado.

—Esto no es nada —replicó Ahriel—. Espera a tenerlos delante. Pero no los compadezcas: también odian con más intensidad que nada que hayas visto antes.

El túnel los condujo directamente a una enorme sala alargada, también iluminada por antorchas, en la que el hedor era todavía más intenso. A ambos lados de la estancia se abrían nichos en la roca, cerrados por barrotes. Algunas de aquellas celdas eran inmensas, otras, más pequeñas; pero casi todas encerraban un engendro en su interior.

Marla dio un paso atrás, instintivamente, cuando todos los engendros empezaron a chillar, rugir o gruñir al mismo tiempo. Los visitantes contemplaron, consternados, a aquellas criaturas grotescamente deformes que se abalanzaban contra los barrotes, presas de una extraña y violenta locura, tratando de alcanzarlos para destrozarlos o devorarlos, o ambas cosas. Ubanaziel avanzó unos pasos hacia el engendro más cercano y lo estudió a través de los barrotes. Tenía seis miembros atrofiados y retorcidos, un rostro amorfo en el que destacaba una boca dentada y babeante bajo unos ojillos diminutos, un cuerpo contrahecho cubierto de pelaje gris y sucio y una larga cola retorcida. Cuando el engendro chocó contra los barrotes en un ciego y desesperado intento por aplastarlo, Ubanaziel retrocedió de un salto. Estaba francamente horrorizado.

—Jamás imaginé que pudiera existir algo así —musitó—. ¿Qué han hecho?

—Gorlian está repleto de ellos —dijo Ahriel con amargura—. Todos igual de espantosos. Es lo que más odiaba de ese horrible lugar; maté a decenas de ellos, pero siempre aparecían más. Allí son una auténtica plaga, y deberíamos acabar con todos éstos cuanto antes. Es lo único que merecen.

—No tenemos tiempo ahora —decidió Ubanaziel— y, de todos modos, ellos no tienen la culpa de ser como son.

—Pero no deberían existir —opinó Ahriel—. Lo mejor que se puede hacer con un engendro es cortarle la cabeza. Sin titubeos, sin compasión, sin preguntar siquiera. Ésa es la ley de Gorlian.

—Sin preguntar siquiera —repitió Marla, despacio—. Muy noble por tu parte. ¿Se te ha ocurrido pensar que quizá no todos los engendros sean como tú los pintas?

—No conocí a ninguno que fuera diferente —repuso ella— y, de todas formas, míralos, Marla. Atrévete a observarlos detenidamente por una vez en tu vida y compáralos con las criaturas del mundo natural. Son grotescos, estúpidos, sin un ápice de belleza ni de bondad...

Se detuvo, de pronto, y alzó la cabeza, alerta. Le había parecido escuchar un murmullo ahogado entre los gruñidos de las bestias, pero no era sólo eso: también había percibido algo extraño, algo distinto. Una presencia que no estaba relacionada con la naturaleza corrupta y antinatural de los engendros. Ante la mirada extrañada de sus compañeros, Ahriel avanzó hacia una de las jaulas y echó un vistazo a su interior.

Al pie de un montón de paja sucia había un pequeño engendro acurrucado. Tenía unos enormes pies, una cabeza deforme y unos miembros anormalmente largos, y las vértebras, delgadas y puntiagudas, sobresalían a lo largo de toda su espina dorsal. Temblaba, pero no parecía agresivo como los demás. Ahriel frunció el ceño, extrañada. Tal vez estuviese demasiado débil. Con todo, no era el engendro lo que la desconcertaba, sino algo en aquella jaula. Quizá en el montón de paja...

Entonces, súbitamente, el pequeño engendro se dio la vuelta con un alarido y saltó hacia ella, enganchándose a los barrotes. Ahriel retrocedió a tiempo de esquivar su boca abierta de par en par y sus dientes afilados como cuchillos. El engendro aulló de nuevo, deformando aún más su feo rostro.

—Tenemos que irnos, Ahriel —le recordó Ubanaziel.

Con una mueca de asco y disgusto, Ahriel se separó de la jaula y se reunió con los demás.

Sin embargo, después de salir del bestiario no pudo evitar echar una última mirada atrás. Tenía la corazonada de que en aquel lugar horrible e infecto había algo importante, algo por lo que debía volver. Sacudió la cabeza y siguió adelante, desterrando aquellos pensamientos de su mente.

Al fondo del túnel había otra escalera descendente. Marla empezó a bajar los escalones, y Ahriel suspiró con impaciencia. ¿Hasta dónde pensaba llevarlos?

—¿Seguro que sabes a dónde vas?

—No creerías que dejé Gorlian al alcance de cualquiera —fue la respuesta.

Aún tuvieron que recorrer otro largo túnel y bajar más escaleras antes de alcanzar el nivel inferior. Allí encontraron un recibidor y una gran puerta, similar a la de la entrada. Marla dio un par de pasos hacia ella, pero Ubanaziel se detuvo en seco.

—Demonios —dijo.

—¿Cómo?

—Ahí detrás hay demonios, lo siento en la piel.

—Los hubo —respondió Marla con tranquilidad—. Es la Sala de las Grandes Invocaciones. Aquí era donde Fentark solía charlar con su demonio, el que le habló del Devastador y le dijo cómo abrir la puerta de Vol-Garios. Es normal que aún quede algo de su esencia.

—¿Tenemos que entrar ahí? —inquirió Ahriel, ceñuda.

—Es una sala de acceso restringido. Muy pocas personas teníamos permiso para entrar. Era el mejor lugar para ocultar Gorlian.

—Muy bien; acabemos pronto, pues.

Marla empujó la puerta, que se abrió con un suave chirrido.

—Me pregunto... —empezó Ubanaziel; pero Ahriel ya entraba en la habitación, siguiendo a Marla, y el Consejero no tuvo tiempo de detenerla—. ¡Espera! —gritó, sin embargo.

Sostuvo la puerta antes de que volviera a cerrarse y entró detrás de Marla y Ahriel, con el corazón lleno de negros presagios.

Cuando Ahriel entró en la Sala de las Grandes Invocaciones se llevó una desagradable sorpresa.

No estaban solos. En el centro de la habitación había una figura vestida de negro que, cuando se retiró la capucha, resultó ser un apuesto muchacho de cabello rubio pajizo y sonrisa socarrona. Al fondo, casi pegados a la pared, se alzaban tres nigromantes más, todos encapuchados. Y tras el joven rubio, flotando en el aire sobre un círculo luminoso trazado en el suelo, había un demonio.

Ahriel ya lo había visto antes: era Furlaag.

«Ángeles», dijo, chasqueando la lengua, y su voz no sonó en sus oídos, sino en su cabeza. «Volvemos a encontrarnos. Quién lo hubiera adivinado, ¿verdad?».

—¿Qué está pasando aquí? —preguntó Ahriel, desconcertada. Desenvainó la espada con rapidez, sin embargo, presta para luchar.

Tras ella, Ubanaziel inspiró profundamente.

—La tercera —murmuró con horror—. ¿Cómo no me habré dado cuenta...?

No fue capaz de decir nada más. Ahriel, inquieta, trató de volverse hacia él para ver si estaba bien, pero se encontró paralizada de pronto. Los tres sectarios entonaban un cántico monótono que transmitía oscuras vibraciones repletas de maldad, y ella adivinó inmediatamente que la estaban hechizando. Luchó por librarse, maldiciéndose por haber caído en la trampa, pero no fue capaz.

El joven hechicero rubio se inclinó ante Marla.

—Bienvenida seáis, Majestad —la saludó—. Celebramos vuestro retorno.

La mano de Marla se deslizó sobre la cabeza del muchacho, acariciando su cabello. Él alzó la cabeza para mirarla a los ojos, y ambos sonrieron, como si compartieran un íntimo secreto.

—Y te lo debo a ti, mi leal Shalorak —respondió ella con voz cantarina—, por interceder por mí y negociar mi liberación. Furlaag —añadió, volviéndose hacia el demonio—, ya me tienes aquí.

«Has tardado mucho, Marla», replicó él. «Tus acólitos están preparados desde hace horas. El infierno se impacienta».

—Pero he venido, ¿no? He cumplido lo que prometí.

«Los has traído», dijo Furlaag, señalando a los ángeles, «¿Por qué?».

—Era su prisionera, por si no lo recuerdas —respondió ella con frialdad.

Ahriel no entendía nada. Aquel Furlaag era el mismo que había capturado y torturado a Marla durante meses en

el infierno. ¿Qué significaba todo aquello?

«Mátalos», dijo el demonio. «Interferirán en nuestros planes».

Marla dirigió a los ángeles una rápida mirada para asegurarse de que seguían inmobilizados y se volvió hacia el joven al que había llamado Shalorak, que se alzaba junto a ella, sonriente y seguro de sí mismo.

—No se moverán —le aseguró.

—¿Cómo va todo? —le preguntó ella en voz baja.

—Según lo planeado, mi señora —repuso él—. Nuestra gente está donde debe estar. Los prolegómenos han comenzado ya, pero el ritual todavía tardará un poco. Mirad: el demonio aún sigue en su dimensión.

Ambos se volvieron al mismo tiempo para contemplar a Furlaag.

—¿Estáis segura de que deseáis liberarlo?

Marla se estremeció.

—Cumpliré lo pactado —dijo, sin embargo—. No tengo alternativa.

Furlaag la obsequió con una larga sonrisa.

Los sectarios continuaban murmurando su letanía. En torno a la imagen del demonio, que seguía flotando sobre ellos, brillaban extraños filamentos dorados que parecían entrelazarse para formar una especie de óvalo vertical. Furlaag estaba justo en el centro. Ahriel prestó atención a la escena, tratando de averiguar qué estaba sucediendo exactamente. El contorno del óvalo parecía hacerse más fuerte y consistente con cada palabra que ellos pronunciaban.

—La tercera puerta del infierno —murmuró Ubanaziel tras ella, sobresaltándola—. De modo que estaba aquí... y tú lo sabías, Marla. No puedes volver a abrir la de Vol-Garios y por eso estás intentándolo con ésta, ¿no es así?

Marla sonrió. Con deliberada lentitud, se volvió hacia el Consejero, tiró de una cadena que llevaba colgada al cuello para sacarla de debajo de sus ropas y le mostró lo que pendía de ella: un enorme colmillo.

—El diente de un demonio —susurró Ubanaziel, horrorizado—. Un objeto procedente del infierno. ¡Maldita sea! Debería haberlo previsto. Debería haber sospechado... pero representaste muy bien tu papel de prisionera en apuros, Marla.

El rostro de ella se ensombreció de nuevo.

—Realmente fui una prisionera, Consejero, y realmente padecí los tormentos del infierno —susurró—. De no ser por Shalorak, que negoció mi rescate, todavía seguiría allí, porque Furlaag no me habría dejado marchar sin más. A cambio de mi libertad me exigió que llevase conmigo algo del infierno cuando me sacarais de allí... ya que así la puerta de Vol-Garios no se cerraría del todo.

—¿La puerta de Vol-Garios sigue abierta? —exclamó Ahriel, alarmada—. ¿Quieres decir...?

Marla sonrió de nuevo y balanceó el diente frente a ella.

—Un objeto procedente del infierno —le recordó, repitiendo las palabras de Ubanaziel.

—Las puertas sirven para mantener separadas ambas dimensiones —murmuró el Consejero, con amargura—. No pueden cerrarse del todo si te llevas algo del mundo de los demonios al de los humanos. Y ahora ya no necesitas a los ángeles para abrir la puerta de Vol-Garios, ¿no es cierto, Marla? Sólo se me ocurre una razón por la cual te interese mantener abierta esa entrada conociendo la ubicación de la tercera puerta, y es que tengas intención de abrirlas todas a la vez. Las siete.

—¿Pretendes dejar que los demonios invadan nuestro mundo! —exclamó Ahriel, horrorizada.

«No le concedas todo el mérito, ángel», intervino Furlaag, con una desagradable sonrisa. «Fue el precio de su libertad. Yo jamás la habría dejado marchar si ella no hubiese aceptado fingir un poco, llevarse consigo el diente y abrirnos las puertas de vuestro mundo. Eso fue lo pactado, ¿no es cierto, joven humano?».

Shalorak asintió, y por primera vez, su sonrisa se esfumó, para dar paso a una expresión severa. Pero Ahriel no se dejó conmovir.

—Nunca tuviste intención de entregarme la prisión de Gorlian, ¿verdad, Marla? —le echó en cara—. Probablemente ni siquiera sepas dónde está.

Marla suspiró

—Me ofendes, Ahriel. Sigues subestimándome.

Alargó la palma de la mano hacia Shalorak, sin mirarlo siquiera. El joven sacó una bola de cristal de entre los pliegues de su túnica negra y se la entregó con una inclinación de cabeza.

—Gracias, Shalorak —dijo ella en voz baja; él asintió, con una media sonrisa.

Marla alzó la esfera para que Ahriel la viese bien. Ella la contempló, con el corazón encogido. La había visto demasiadas veces como para no reconocerla.

—Gorlian —susurró.

—Sí —asintió la joven—. Como ves, no te he engañado. Te dije que te conduciría hasta Gorlian, y he cumplido. La esfera estaba exactamente en esta habitación, tal y como te había dicho.

—¿Acaso debería agradecértelo, sucia bruja traidora? —gruñó Ahriel—. No tienes ni idea de todo el daño que has causado, ¿verdad?

Marla la miró un momento, con semblante inexpresivo. Después, sin pronunciar palabra, alzó la esfera por encima de su cabeza y la arrojó violentamente contra el suelo.

Ahriel contempló, horrorizada, cómo la bola de cristal se rompía en mil pedazos, y con ella, el pequeño mundo que contenía en su interior. Por un momento no fue capaz de reaccionar; había creído vivir una escena parecida en el infierno, cuando aquel diablillo la había engañado, y todo había resultado ser una cruel mentira. Por tanto tardó unos instantes en asimilar que ahora era real, que una de sus peores pesadillas acababa de materializarse ante sus ojos. Sin poder creerlo, se quedó mirando los fragmentos humeantes que quedaban a sus pies, tratando de digerir el hecho de que todo lo que había conocido en Gorlian... los engendros, los presos, la Ciénaga... su hijo... habían sido destruidos de un solo golpe.

—¿Ves?, ya está —dijo Marla con indiferencia—. Siempre me has echado en cara que hubiese creado ese lugar, ¿verdad? Pues bien, ya no existe. ¿Estás contenta ahora?

Ahriel parpadeó para contener las lágrimas. Cuando su mente asimiló lo que acababa de pasar, la ira estalló en su interior con tanta furia que un tremendo alarido de rabia subió por su garganta y escapó de sus labios. Y, a la vez que gritaba al mundo su furia y su dolor, su cuerpo logró liberarse del hechizo. Llena de cólera, alzó la espada y se abalanzó sobre Marla, dispuesta a acabar con su vida de una vez por todas.

Shalorak lanzó una exclamación de advertencia y se interpuso entre la joven y la espada de Ahriel. Sin embargo, el arma no llegó a atravesar su cuerpo, sino que chocó contra una barrera invisible, y la violencia del impacto la lanzó hacia atrás.

—¿Os encontráis bien, mi señora? —preguntó Shalorak, solícito.

«¡Os dije que debíais matarlos!», gritó Furlaag desde el infierno. «¡Acabad con ellos ahora que aún podéis!».

Pero era demasiado tarde. Aprovechando la distracción de Shalorak, Ubanaziel también se había liberado del hechizo y enarbolaba su espada, junto a Ahriel. Los dos se encararon a Marla y su leal servidor. Mientras tanto, los tres acólitos continuaban murmurando su letanía, conscientes de que, si se interrumpían, el ritual fracasaría.

El joven sectario alargó un brazo ante Marla para protegerla de los ángeles.

—No podéis hacer nada —les aseguró—. Las puertas del infierno se están abriendo, las siete al mismo tiempo. Tenemos gente en Ridea, Árganos, Sin-Kaist, Erlanda, Parsan y Vol-Garios —hablaba con total tranquilidad, pero, a medida que fue pronunciando nombres, el semblante de Ubanaziel fue tiñéndose de horror y desconcierto—. No podréis detener el ritual.

—Pero ¿cómo...? ¿Cómo es posible que unos simples humanos...?

Shalorak dejó escapar una breve carcajada.

—Porque yo no soy un simple humano, ángel —dijo—. Y porque el maestro Fentark aprendió bien las lecciones que los demonios le enseñaron.

El Consejero retrocedió un paso, aún con la espada en alto y la mirada clavada en Shalorak.

—Ahriel —dijo en voz baja—, debes marcharte. Yo me quedaré a cubrirte la retirada.

—¿Cómo? —pudo decir ella; aún sentía un sordo dolor en el corazón, le temblaban las manos y tenía los ojos arrasados en lágrimas— ¿De qué estás hablando?

—Tienes que volver a Aleian y avisar al Consejo de que se están abriendo las siete puertas del infierno. Que se preparen para luchar.

—Pero...

—Ve, Ahriel, ahora —la apremió él—, porque dentro de muy poco, los límites entre ambas dimensiones serán lo bastante difusos como para que Furlaag tenga poder aquí. Y entonces no habrá nada que hacer.

—Ya no hay nada que hacer, ángel —replicó Shalorak, muy tranquilo; sin embargo, sus ojos seguían clavados en la espada de Ubanaziel, que se alzaba amenazadoramente ante ellos.

—¡Vete! —gritó Ubanaziel—. Y tú, Shalorak —añadió—, no intentes detenerla, porque en cuanto dejes de prestarme atención, atravesaré el corazón de tu adorada reina.

—No te atreverás —repuso el joven, pero frunció el ceño con preocupación—. Te mataré en cuanto muevas un solo músculo.

Ubanaziel esbozó una sonrisa feroz.

—¿Piensas acaso que temo a la muerte, yo, que he estado dos veces en el infierno y he regresado para contarlo? Créeme: si me matas, me llevaré a tu reina conmigo.

Ahriel retrocedió un par de pasos, sin dejar de mirar a Shalorak y a Furlaag, cuya imagen temblaba de furia y de impaciencia. No sintió la magia negra del joven acólito recorriendo su cuerpo para inmovilizarla, por lo que dedujo que Ubanaziel estaba en lo cierto, y que él prefería dejarla escapar antes que arriesgarse a que Marla corriera peligro. Consiguió llegar hasta la puerta pero, antes de salir, se volvió para mirar al Consejero, consciente de que, en cuanto ella se marchara, Ubanaziel quedaría a merced de sus enemigos.

—¡Vete! —insistió él, y Ahriel inspiró hondo, asintió y salió de la sala.

Cuando cerró la puerta tras de sí, oyó el aullido de rabia del demonio y una orden seca de Marla, pero no se detuvo para averiguar qué sucedía a continuación. Desplegó las alas y, con un vuelo rasante, se precipitó escaleras arriba.

Recorrió los túneles hacia la salida, maldiciéndose por su estupidez y su ingenuidad. Habían caído en la trampa de Marla de la forma más tonta...

«Ha sido demasiado fácil», había dicho Ubanaziel al salir del infierno. Naturalmente: Furlaag los había dejado marchar a propósito. Había obligado a Ahriel a luchar contra Vultarog sólo por diversión y para guardar las apariencias, pero en todo momento había pretendido dejar escapar a Marla, porque ella llevaba encima un objeto del infierno que impediría que la puerta de Vol-Garios se cerrara del todo y permitiría a los Siniestros abrir las siete a la vez, sin necesidad de que los ángeles los ayudasen. Eso era lo que había pactado con Shalorak, el joven nigromante, que llevaba ya tiempo invocando a Furlaag para negociar la liberación de Marla.

Evidentemente, los Siniestros, o la Hermandad de la Senda Infernal, o como quiera que se llamasen, hacía ya tiempo que conocían la ubicación de las siete puertas del infierno. Quizá el ritual que Ahriel había interrumpido meses atrás en Vol-Garios no tenía por objeto invocar sólo al Devastador, sino también fusionar ambos mundos. Porque, si los demonios habían compartido con ellos el conocimiento necesario para abrir cualquiera de las siete puertas, ¿por qué iban a centrarse en la única de ellas para cuya apertura precisaban la ayuda de un ángel?

«Qué estúpida fui», se repitió Ahriel, furiosa consigo misma. «Naturalmente que necesitaban a Marla; nos necesitaban, a ella y a mí, para abrir la puerta de Vol-Garios, la única que escapaba a su control. Esos hechiceros eran aún más poderosos de lo que sospechábamos».

Y, por supuesto, tanto ellos como los demonios sabían que Ahriel no tardaría en ir a buscar a Marla. Abriría la puerta de Vol-Garios otra vez, y ellos se encargarían de que no volviese a sellarla. Estaban en sus manos.

«Bueno, no volverán a engañarme», se dijo, con los ojos llenos de lágrimas, «porque ya no tengo nada que perder. Gorlian ha sido destruido y, si mi hijo seguía vivo, desde luego ya no lo está».

Y esa idea la desgarraba por dentro. Sabía que era muy difícil, casi imposible, que aquella criatura hubiese sobrevivido en Gorlian todos aquellos años, por lo que a lo largo de su búsqueda se había esforzado por no hacerse ilusiones. Sin embargo, inevitablemente, se las había hecho. Aunque fuera de forma inconsciente, había decidido que no daría a su hijo por muerto hasta que no regresara a Gorlian y registrara aquel minúsculo mundo palmo a palmo.

sin resultado. Entonces, y sólo entonces, asumiría que lo había perdido para siempre.

Cuando Marla había estrellado aquella esfera contra el suelo, también los sueños de Ahriel se habían roto en miles de fragmentos. Con Gorlian no había muerto su hijo —ni siquiera sabía si seguía vivo o no al romperse la bola de cristal—, sino toda esperanza de recuperarlo alguna vez. Y Ahriel no estaba preparada para afrontar aquello. No tan pronto.

Algo en su interior le susurraba que la vida ya no tenía sentido. Sin embargo, se obligó a sí misma a recordar que el mundo estaba en peligro y que tenía una misión que cumplir. Por tanto, se esforzó por reprimir la angustia y el dolor que se habían apoderado de su corazón y, mientras escapaba por fin de la caverna y se zambullía en el cielo azul, se preguntó qué les diría a los demás ángeles, y cómo iba a explicarles que les había fallado y que por su culpa, por su egoísmo y su obstinación, el mundo se hallaba al borde de una guerra contra toda la estirpe infernal.

Por alguna razón, aquello no le pareció tan terrible como la imagen de la esfera mágica quebrándose en mil pedazos.



VIII. Hogar

Poco antes de que los ángeles y su prisionera llegasen al enclave secreto de la Hermandad, cayendo así en la trampa preparada por Marla y los suyos, Zor se había precipitado fuera del trastero en pos del Loco Mac y de Cosa. Se encontró en un túnel subterráneo y, pese a que se trataba de una amplia y alta galería iluminada por antorchas, se sintió decepcionado. ¿Era aquél el famoso «mundo exterior» que Mac tanto añoraba? Zor miró a su alrededor con desconfianza. Si sus amigos no se equivocaban, se hallaban en un lugar donde los nigromantes criaban engendros e invocaban a demonios. Y, aunque Cosa recordase a sus «Amos» con cariño, Zor no podía obviar el hecho de que éstos la habían dejado abandonada en Gorlian.

Por fortuna, el corredor parecía estar desierto. Pero tampoco había rastro de Mac y de Cosa. ¿Dónde se habrían metido? Echó a andar pasillo abajo, con precaución, y se detuvo ante una puerta cerrada, detrás de la cual se oía un murmullo apagado. Apoyó la oreja sobre la puerta y escuchó voces, sí, pero no eran las de sus amigos. La primera era una voz suave que hablaba en susurros inquietos; la otra sonaba mucho más grave, áspera, incluso, y había algo en su tono que a Zor le produjo escalofríos, como si una profunda maldad impregnase cada una de sus palabras. De hecho, tenía la sensación de que aquella segunda voz se escuchaba con mucha más claridad, como si, en lugar de estar detrás de la puerta, resonase en el interior de su cabeza. Frunció el ceño, extrañado, y trató de entender lo que decían, pero en aquel momento captó un sonido de pasos acercándose a la puerta y, sobresaltado, se apartó con presteza y buscó un lugar donde esconderse. Como el trastero quedaba ya demasiado lejos, entró en la primera habitación que vio, un dormitorio vacío y desangelado cuyo propietario parecía haberse marchado mucho tiempo atrás. Zor entornó la puerta y espió por la rendija.

La puerta de enfrente se abrió para dar paso a un individuo vestido de pies a cabeza con una túnica negra. Una capucha del mismo color cubría sus facciones, pero, cuando el desconocido se giró un momento, Zor pudo entrever su rostro: se trataba de un joven de cabello rubio y ojos oscuros; una expresión seria y pensativa se reflejaba en sus atractivas facciones, aportándoles una mayor madurez de la que su edad sugería. Su boca, sin embargo, esbozaba una leve sonrisa que no le inspiró confianza.

El joven cerró la puerta tras de sí y se encaminó pasillo arriba. Zor se atrevió a asomar la cabeza sólo cuando supuso que estaría ya lejos, y lo sorprendió mucho verlo entrar en el trastero del que él y sus amigos habían salido sólo unos momentos antes. Volvió a su escondite y aguardó, en silencio, a que el desconocido de negro volviera a pasar frente a él. Acechando por la rendija de la puerta entreabierta, lo vio regresar a la habitación de la que había salido, abrir la puerta y volver a entrar. Y Zor descubrió, temblando como una hoja, que lo que había ido a buscar al trastero era la prisión de Gorlian, pues la inconfundible esfera relucía entre sus manos.

¿Qué podía hacer? Había perdido a sus amigos y Gorlian ya no estaba oculto en el trastero, sino que había caído en manos del joven encapuchado. Quizá éste sólo pretendía echar un vistazo a la esfera y devolverla a su sitio después, pero, de todas formas, Zor se resistía a perderla de vista.

—Esto es lo que quieren —oyó de pronto su voz, suave y serena. Al otear por la rendija descubrió que el desconocido de negro había olvidado volver a cerrar la puerta tras él.

«¿De veras?», resonó la otra voz, y Zor constató, inquieto, que parecía retumbar en el fondo de su mente. «Sentía curiosidad. Los ángeles vinieron a buscar a Marla sólo para recuperar ese objeto. Nunca imaginé que esa humana fuese capaz de crear algo tan sorprendente».

El joven de negro rió con suavidad.

—Marla es capaz de eso y de mucho más, Furlaag. Si hubiera tenido la oportunidad de seguir aprendiendo del Maestro Fentark

«Fentark está muerto, ya lo sabes», cortó la voz con aspereza. «Y no lo olvides nunca. No olvides de dónde obtuvo su poder, ni cuál fue el precio que pagó por fracasar en lo único que le exigimos que hiciera a cambio de él».

—Yo no soy como mi maestro —replicó el hechicero—. Puedo llegar más lejos que él, y no os debo nada...

«No por tu magia, cierto... o, al menos, no directamente... pero sí por la vida de ella, ¿no es verdad?».

El joven calló un momento, y Zor intuyó la rabia oculta tras su silencio.

—No nos demoremos, pues —dijo entonces—; si ya han salido del infierno, no tardarán en presentarse aquí. El ritual debe comenzar cuanto antes. ¿Va todo según el plan? ¿Continúa abierta la puerta de Vol-Garios?»

«Hace rato que se han marchado, pero la abertura no está sellada del todo, lo noto», respondió su interlocutor, con oscura satisfacción.

—Espléndido —asintió el encapuchado—. Los demás están ya preparándolo todo en la Sala de las Grandes Invocaciones. Volveré a llamarte desde allí, y cuando lo haga estarás un paso más cerca de tu libertad.

«Más te vale, Shalorak», fue la respuesta, y Zor se estremeció de pies a cabeza, «porque, si algo sale mal, encontraré la manera de vengarme, y será Marla quien pagará. Recuérdalo».

—Lo recordaré, Furlaag —repuso el joven con sequedad.

Zor intuyó que aquello era una especie de despedida, y pensó que sería mejor estar lejos cuando salieran de la habitación, de modo que abandonó su escondite para dirigirse sigilosamente a las escaleras que descendían al final del corredor. Cuando pasó frente a la puerta entreabierta no pudo evitar echar un breve vistazo... y se le encogió el estómago de terror.

El joven de la túnica negra, a quien la voz había llamado Shalorak, estaba de espaldas a la puerta. Y ante él, suspendido en el aire, sobre un círculo trazado en el suelo y delimitado con velas encendidas, flotaba el ser más horrible que Zor hubiese visto jamás. Sus cuernos, sus ojos ocreos, sus alas y su piel escamosa le recordaron, en parte, a los engendros de Gorlian; pero los engendros eran criaturas deformes, y aquel ser estaba perfectamente proporcionado. Por otro lado, lo que emanaba de él no era odio, ni sufrimiento, sino una intensa y oscura maldad.

Zor no pudo evitarlo: retrocedió de un salto y ahogó una exclamación de miedo. Los dos alzaron la cabeza inmediatamente y se volvieron hacia la puerta.

—¿Quién anda ahí? —preguntó Shalorak.

Zor no se detuvo a contestar. Impulsándose con las alas, ganó las escaleras de un salto y, cuando el joven nigromante salió al pasillo, él ya estaba en el piso inferior. Se ocultó en un hueco en sombras, temblando, tratando de pasar lo más desapercibido posible, mientras la figura de Shalorak se asomaba a lo alto de la escalera. Cuando se disponía a descender los primeros escalones, otra silueta oscura se reunió con él.

—Hermano Shalorak —le dijo—, te estaba buscando.

—Ah, de modo que has sido tú.

—¿Perdón?

—No deberías caminar por los pasillos de forma tan furtiva, hermano Relmor. Por un momento he creído que había intrusos en la Fortaleza.

—Te pido disculpas si te he sobresaltado, hermano Shalorak —repuso el otro hombre, algo perplejo—. Justamente venía a avisarte de que han llegado aquellos a quienes aguardábamos.

La voz de Shalorak no pudo ocultar su ansiedad al preguntar:

—¿La reina Marla está aquí?

—Sí, y también los ángeles que debían acompañarla. ¿Les salimos al encuentro?

—No; lo mejor será recluirnos en la Sala de las Grandes Invocaciones e iniciar el ritual cuanto antes. Dejémosles creer que la Fortaleza está abandonada. Para cuando nos encuentren, estaremos preparados para hacerles frente...

Las dos siluetas volvieron a internarse por el pasillo, desapareciendo del campo de visión de Zor, y el muchacho no oyó nada más. Alargó el cuello, tratando de captar las últimas palabras de la conversación, pero de pronto alguien lo agarró por detrás y tiró de él para introducirlo en el interior de una de las habitaciones, al tiempo que una mano le tapaba la boca para impedirle gritar. Zor trató de resistirse y batió las alas, golpeando con ellas la cara de su atacante. Le ovó soltar una maldición por lo bajo, pero no se sintió feliz por ello, porque conocía muy bien aquella

VOZ:

—¡Estáte quieto, chaval! —le recriminó en un susurro furioso—. ¡Me has llenado la boca de plumas!

Zor se dio la vuelta, perplejo.

—¿Mac? ¿Eres tú?

—¡Baja la voz, muchacho! ¿Es que quieres que nos encuentren?

Zor cerró la boca inmediatamente. Junto a él estaba su amigo, el Loco Mac, aún escupiendo plumas y frotándose los ojos irritados. Se hallaban ambos en un pequeño dormitorio, tan oscuro, austero y abandonado como el que Zor acababa de utilizar como escondite.

—¿Dónde está Cosa? —preguntó, en voz baja.

—Se ha ido corriendo hacia el bestiario. Tenemos que reunimos con ella antes de que la vean, o descubrirán que nos hemos escapado.

Zor se acordó del hechicero de negro y de la esfera de cristal.

—Atiende, Mac, esto es importante: ¿has oído a esos dos hombres, los que por poco me pillan? Pues he visto al más joven entrando en el trastero y llevándose la esfera de Gorlian.

Mac dejó escapar otra maldición.

—Tendríamos que haber cogido esa bola de cristal —le reprochó Zor—. Ahora será más difícil recuperarla.

Pero Mac negó con la cabeza.

—También ha sido mala suerte —suspiró—. La esfera estaba cubierta de polvo, como si nadie la hubiese tocado en meses. ¿Quién habría imaginado que se la iban a llevar justamente ahora? Por otro lado, si la hubiésemos cogido, se habrían dado cuenta enseguida de que faltaba, y habrían descubierto que se les ha colado un intruso, o varios, así que tal vez haya sido lo mejor para nosotros. Si no recuerdo mal, este lugar era imposible de localizar por miembros ajenos a la Hermandad. Nuestra mejor baza es el hecho de que no saben que estamos aquí. Y cuanto más tiempo sigan sin saberlo, más posibilidades tendremos de escapar.

—¿Quién es ese joven de negro? —quiso saber Zor, intrigado—. El otro lo ha tratado como si fuera el jefe y lo ha llamado Shalorak.

—Pues no me suena, pero probablemente sea un aprendiz especialmente ambicioso. Aunque me extraña que Fentark permita que tenga tanto poder en la Hermandad...

—Fentark está muerto —informó Zor.

A Mac se le escapó una de sus risotadas dementes.

—¿Muerto? ¿Cómo lo sabes? —preguntó con voz aguda.

Zor le contó la escena que había presenciado.

—Veo que aquí no pierden las viejas costumbres —dijo Mac con gravedad—. Además, Furlaag era el demonio al que Fentark solía invocar —frunció el ceño—. Uno muy poderoso, por cierto. Uno que no responde a la llamada de cualquier humano. ¿Qué se traerá entre manos ese muchacho? ¿Y será cierto que Marla está aquí... acompañada por dos ángeles?

—Bueno, eso da igual ahora —cortó Zor—. En cualquier caso, tenemos que encontrar a Cosa antes que ellos.

Mac se mostró de acuerdo. Ambos se asomaron al pasillo con precaución y, tras comprobar que no había nadie cerca, salieron del dormitorio.

—Por aquí —susurró Mac, y empezó a caminar corredor abajo, ágil y silencioso. Zor no tuvo ningún problema en seguirlo; los dos habían vivido en Gorlian durante largos años y habían aprendido a ser sigilosos como espectros. Todo aquel que no lo hacía, no subsistía mucho tiempo allí.

Llegaron al final del túnel sin novedad, y allí encontraron otras escaleras descendentes. Bajaron, con precaución. Los recibió un olor fuerte y penetrante.

—Buff —se quejó Zor, en voz baja—. Huele como la guarida de un engendro.

—O de varios —rió Mac—. Bienvenido al bestiario de la Fortaleza, muchacho. Pero no temas; con excepción de nuestra amiga Cosa, todos los demás engendros están en jaulas. Además, no eres quién para quejarte del olor: en este mundo todos los nresos de Gorlian anestamos así que más te vale no acercarte demasiado a nadie. Has tenido

suerte de que ese tal Shalorak estuviese hablando con un demonio; seguramente los efluvios de todas esas cosas nauseabundas que echan los invocadores en sus braseros han tapado tu olor, amigo. Ten más cuidado la próxima vez.

—Tú sí que apestas —protestó Zor—. Deberías...

Pero un atronador estrépito de gruñidos, rugidos y gritos escalofriantes le puso la piel de gallina.

—¿Lo ves? —le espetó el Loco Mac, con una torcida sonrisa—. Nos han olido.

El chico se había quedado clavado al pie de la escalera, pero su compañero avanzó por el corredor hasta una amplia estancia escasamente iluminada. Como nada saltó sobre él para devorarlo —aunque los gruñidos y chillidos aumentaron de intensidad— Zor se animó a seguirlo hasta reunirse con él en el bestiario. Una vez allí, miró a su alrededor. Se trataba de una larguísima caverna repleta de engendros, encerrados en sus respectivas jaulas, que se abrían a derecha e izquierda, como nichos oscuros y malolientes. De una de ellas, cuya puerta estaba entreabierta, salió trotando un pequeño y veloz engendro. Zor retrocedió un par de pasos hacia la escalera antes de darse cuenta de que se trataba de Cosa, que corría hacia ellos, feliz de volver a verlos.

—¡Mmmiggus! —los saludó—. ¡Stttuy'nn cccassa! ¡Cccuvvva Sicca!

Mac se inclinó para acariciarle la cabeza, sonriendo.

—Ya lo veo, Cosa. Sin embargo, ha pasado mucho tiempo desde que te fuiste. Por eso es posible que las personas a las que conocías ya no estén aquí. Ni siquiera los engendros son los mismos, ¿a que no?

Ella lo miró, con los ojos muy abiertos, y negó con la cabeza, comprendiendo las implicaciones de lo que le estaba diciendo.

—¿Ammmu Fffenntttarkk?

—Ya no está aquí, Cosa. Pero hay otras personas, y no estoy seguro de que se alegren de verte. Lo que sí sé es que no se alegrarán de vernos a nosotros, a Zor y a mí. Lo entiendes, ¿verdad?

Cosa lo entendía demasiado bien. Se sentó sobre el suelo, húmedo y sucio, y enterró la cabeza entre las manos.

Zor, preocupado, miró a su alrededor, por si aparecía alguien de pronto. Recordó que Shalorak había dicho que iban a fingir que la Fortaleza estaba abandonada, pero cabía la posibilidad de que salieran de su escondrijo para averiguar quién estaba poniendo nerviosos a los engendros. Detectó más allá un par de puertas que parecían llevar a otras estancias, pero nadie asomó tras ellas.

—Mac —le dijo a su amigo, esforzándose por ignorar los gritos de los engendros, sus afilados colmillos y garras y sus gruñidos cuando se estrellaban contra los barrotes, tratando de llegar hasta ellos—, ¿sabes dónde está la Sala de las Grandes Invocaciones? ¿Sabes si nos pueden oír desde allí?

El loco Mac asintió, entendiendo lo que quería decir.

—En teoría, no —respondió—, porque esa estancia se encuentra en el nivel más bajo, y aún hay un par de pisos entre ellos y nosotros. Pero convendría hacerlos callar, por si acaso.

Cosa alzó la cabeza y les dirigió una mirada llena de comprensión. Después corrió hacia una de las puertas de madera y la abrió antes de que sus amigos pudieran evitarlo.

—¿Qué estás haciendo? —se le escapó a Zor al verla desaparecer tras la puerta.

—Creo que quiere que la sigamos —dijo Mac, y echó a correr tras ella. Zor no tuvo más remedio que acompañarle.

Cosa los guió hasta un pequeño cuarto donde el ambiente era considerablemente más fresco. En los estantes que forraban las paredes se apelotonaban sangrientos pedazos de carne de diversos tamaños. Cosa estaba amontonando entre sus brazos todos los que podía.

—La comida para los engendros —asintió Mac, dejando escapar una serie de carcajadas histéricas—. Muy inteligente, muchacha.

Los dos ayudaron a Cosa a cargar con la carne, que fueron lanzando después al interior de las jaulas. Los engendros no tardaron en abalanzarse sobre la comida para devorarla con voracidad, perdiendo momentáneamente el interés por los intrusos.

—Bien —dijo Mac, satisfecho—. Ahora que están tranquilos es el momento de pensar cómo escapar de aquí

La salida, si no recuerdo mal, estaba arriba del todo, de modo que tenemos que volver por donde hemos venido y seguir subiendo hasta el nivel superior.



—¿Y qué pasará con Cosa? —preguntó Zor, preocupado. El Loco Mac siguió la dirección de su mirada y descubrió que Cosa había entrado en una de las jaulas, la que permanecía abierta, se había acuclillado sobre la paja y mordisqueaba un pedazo de carne sanguinolento. Se balanceaba sobre sus talones y emitía un ronco sonido, como un ronroneo de felicidad.

—No podemos dejarla aquí —dijo Mac.

—Pero éste es su hogar. Ha vuelto a casa por fin. No ha dejado de hablarme de la Cueva Seca desde el día que la conocí, y creo que si volviéramos a alejarla de aquí la haríamos muy desgraciada.

Mac negó con la cabeza.

—Si nadie la reconoce, la encerrarán como a un engendro cualquiera, y la tratarán como a tal. Y si se acuerdan de ella, descubrirán que se ha fugado de Gorlian y deducirán que no lo ha hecho sola. No; tenemos que llevarla con nosotros.

—Mira... no sé mucho del mundo exterior, pero por lo poco que me has contado creo que, fuera de estos túneles, Cosa no sería muy bien recibida. ¿Me equivoco?

Mac no respondió.

—¿Qué vida la espera lejos de su Cueva Seca? —insistió Zor—. ¿Será mejor que la que ha tenido aquí? ¿La aceptarán las otras personas?

—No —reconoció Mac—. La gente la mirará con miedo y repugnancia, y habrá quien quiera sacrificarla sólo a causa de su aspecto. Pero me siento responsable porque Cosa es una creación de la secta a la que yo pertenecía. Nunca tratamos bien a los engendros, y quiero asegurarme de que con ella va a ser diferente. Si la llevamos con nosotros, me encargaré de cuidarla y de protegerla. Si la abandonamos aquí...

—No es que quiera abandonarla —se apresuró a aclarar Zor—, pero está claro que éste es el lugar al que pertenece, y que lo ha echado de menos.

«Y yo sé bastante acerca de lo que se siente cuando se es diferente», pensó, pero no lo dijo.

—Quizá deberíamos... —empezó Mac, pero se interrumpió al ver que Cosa alzaba la cabeza, con los ojos muy abiertos, arrojaba los restos de carne a un lado y echaba a correr hacia ellos—. ¿Qué pasa, pequeña?

Cosa le cogió de la mano y tiró de él con urgencia.

—¡Ggggnntte! ¡Ggggnntte vvvinnne!

Mac y Zor cruzaron una mirada.

—Viene alguien —tradujo Zor, aunque no era necesario.

—Tenemos que salir de aquí —decidió Mac, pero Cosa negó vehementemente con la cabeza y lo arrastró tras ella—. ¿A dónde me llevas?

Cosa señaló la puerta abierta de la jaula.

—¿Quieres que nos metamos ahí dentro? —exclamó Zor, alarmado.

—No tenemos tiempo para discutir —atajó Mac, tirando de él.

Cosa los empujó hacia el sucio montón de paja que había al fondo de la celda y empezó a arrojarles por encima manojos mezclados con inmundicia.

—¡Oye! —protestó Zor, pero Mac lo hizo callar:

—No seas remilgado, chaval; sólo está intentando escondernos.

Zor recordó entonces que Cosa se las había arreglado para ocultarlo de Ruk y sus compañeros en la cabaña del viejo Dag, y decidió confiar en ella. Se zambulló en el montón de paja y desperdicios junto con Mac y permitió que Cosa los cubriese del todo. Dejó, sin embargo, un resquicio entre la paja para ver qué sucedía. Vio a su amiga

ocultar un manojito de llaves en un rincón de la jaula y, acto seguido, cerrar la puerta ante ella, quedándose encerrada como si fuese un engendro cualquiera. Suponiendo que aquellas fueran las llaves que abrían las celdas, la maniobra de Cosa era muy inteligente. Con suerte, los intrusos no se fijarían en ella y la tomarían por un engendro más...

El muchacho, sin embargo, no tuvo tiempo de seguir reflexionando sobre ello. Vio que Cosa revolvía un poco más la paja para ocultarlos mejor y después se inclinaba sobre lo que quedaba de su trozo de carne, dando la espalda a la puerta y tratando de pasar desapercibida.

Y en aquel momento alguien entró en el bestiario. Lo supieron porque todos los engendros se pusieron a gruñir y aullar a la vez. Zor los oyó golpear contra los barrotes de sus jaulas, en un ciego e inútil intento de alcanzar a los intrusos. Cosa, sin embargo, seguía acurrucada sobre sí misma, temblando, y el chico deseó que nadie se diera cuenta de ello.

Atisbo por el pequeño hueco que había dejado entre la paja, y pudo distinguir tres figuras merodeando por el bestiario. Dos de ellas eran altas y majestuosas, y la tercera, pequeña y casi escuálida. Pero estaban demasiado lejos como para que pudiera distinguir algo más.

—Jamás imaginé que pudiera existir algo así—dijo uno de los intrusos; su voz era profunda y sonora al mismo tiempo; tenía un timbre ultraterreno que sobrecogió a Zor y, de alguna forma, lo llenó de una extraña nostalgia—. ¿Qué han hecho?

Le respondió una segunda voz, esta vez femenina. También tenía aquel bello tono sobrehumano, pero estaba teñido de dureza y acritud:

—Gorlian está repleto de ellos. Todos igual de espantosos. Es lo que más odiaba de ese horrible lugar; maté a decenas de ellos, pero siempre aparecían más.

¡Gorlian! El corazón de Zor latió con más fuerza. ¿Quería decir aquello que se trataba de una reclusa fugada, como ellos tres?

—Allí son una auténtica plaga—continuó ella—, y deberíamos acabar con todos éstos cuanto antes. Es lo único que merecen.

Zor vio que Cosa se echaba a temblar, y temió que aquella feroz desconocida cumpliera su amenaza. Para su alivio, la primera voz replicó:

—No tenemos tiempo ahora, y, de todos modos, ellos no tienen la culpa de ser como son.

Zor había temido a los engendros toda su vida, pero en aquel punto estaba de acuerdo con el desconocido, y más después de conocer la historia de Mac. No, los engendros no tenían la culpa de ser así, porque los habían fabricado así. Eran fruto de los experimentos de unos hombres crueles que jugaban a ser dioses y se dedicaban a llenar su mundo de criaturas desdichadas que no odiaban a los humanos mucho más de lo que se odiaban a sí mismas. Si bien su creación había sido un desatino, también Cosa tenía el mismo origen. Y ella nunca había hecho daño a nadie.

Sin embargo, la segunda intrusa no parecía estar de acuerdo.

—Pero no deberían existir—afirmó—. Lo mejor que se puede hacer con un engendro es cortarle la cabeza. Sin titubeos, sin compasión, sin preguntar siquiera. Ésa es la ley de Gorlian.

Zor tragó saliva. Sus palabras la señalaban como una mujer cruel y despiadada, así que quizá fuera aquella horrible reina Marla de quien todo el mundo hablaba. Después de todo, Shalorak había dicho que ella estaba allí, en la Fortaleza.

Una tercera persona, otra mujer, intervino en la conversación, para observar, con cierto sarcasmo:

—Sin preguntar siquiera. Muy noble por tu parte. ¿Se te ha ocurrido pensar que quizá no todos los engendros sean como tú los pintas?

Zor asintió internamente, aprobando su actitud. Y estaba seguro de que Cosa, que escuchaba la conversación sin perder detalle, estaría de acuerdo también.

—No conocí a ninguno que fuera diferente y, de todas formas, míralos, Marla—Zor parpadeó con sorpresa; era la mujer despiadada quien había llamado «Marla» a su compañera, más compasiva. ¿Cómo era posible?—. Atrévete a observarlos detenidamente por una vez en tu vida y compáralos con las criaturas del mundo natural. Son

grotescos, estúpidos, sin un ápice de belleza ni de bondad...

Zor vio que Cosa se encogía con cada palabra que salía de los labios de aquella mujer malvada, y sintió que la ira crecía en su interior. Tuvo que contenerse para no salir de su escondite a consolar a su amiga y decirle cuatro cosas a la desconocida del corazón de piedra. Se dio cuenta entonces de que ésta había dejado de hablar de pronto, y prestó atención, intuyendo algún peligro.

Y entonces la vio con claridad. Se había detenido frente a su jaula y observaba a Cosa con suspicacia. Ella seguía temblando, hecha un ovillo, dándole la espalda, y Zor comprendió que lo que había llamado la atención de la intrusa era, justamente, aquel comportamiento sumiso frente a la furia que mostraban los demás engendros. Zor se sintió satisfecho de que aquella engreída mujer tuviera que tragarse sus palabras, a pesar de que comprendió que la actitud de Cosa los ponía en peligro a todos. Con el corazón latiéndole con violencia, espío por entre las briznas de paja para verla mejor.

Y se quedó sin aliento.

Tal y como había sospechado, el rostro de la desconocida, aunque bello y en apariencia sereno, mostraba una expresión dura como el acero, y también su mirada se le antojó de una frialdad casi inhumana. Su indómita cabellera negra, que llevaba suelta sobre los hombros, le daba una cierta apariencia fiera y salvaje. En definitiva, no parecía el tipo de persona en quien pudiera confiar.

Pero lo que casi hizo que se detuviera su corazón de la impresión fue detectar, con claridad, las dos grandes alas blancas que pendían a su espalda.

Alas como las suyas.

Una mujer con alas. Un ángel. ¿Podría ser...?

Pero, en aquel momento, Cosa interrumpió el curso de sus pensamientos, al volverse con brusquedad hacia la extraña y lanzarse contra los barrotes con brutal violencia y un grito salvaje que imitaba a la perfección los de los otros engendros. La mujer alada se apartó de la jaula, con un evidente gesto de aversión y desprecio, y Zor la odió por ello, porque, por muy ángel que fuese, no había sabido ver la bondad oculta tras la pantomima de Cosa.

Entonces el primer intruso entró en el campo de visión de Zor, y éste descubrió que era un hombre alto e imponente, de piel negra como el azabache y un par de majestuosas alas a su espalda, más blancas y airoas que las de su compañera. La tocó en el hombro y dijo solamente, confirmando los peores temores de Zor:

—Tenemos que irnos, Ahriel.

Y Ahriel, el ángel, la Reina de la Ciénaga, la Señora de Gorlian, quien posiblemente fuese la madre de Zor, se separó de la jaula de Cosa y le dirigió una última mirada de repugnancia antes de reunirse con sus compañeros.

El joven se quedó temblando en su escondite hasta mucho después de que los tres hubiesen dejado atrás el bestiario y los engendros se hubiesen calmado. Entonces Mac lo sacó a rastras del montón de paja y lo sacudió para obligarlo a volver a la realidad. Zor fue vagamente consciente de que Cosa había recuperado las llaves y manipulaba con ellas la cerradura de la celda.

—Vámonos —dijo Mac cuando la puerta se abrió de nuevo ante ellos.

Pero Zor lo aferró con fuerza.

—¡Espera! Necesito saberlo. Dime, ¿era ella?

—¿Quién?

—Lo sabes perfectamente. Era ella, ¿verdad?

—Sí, era la reina Marla. No me sorprende que siga rondando por aquí, si quieres que te diga la verdad. Y, además, ya nos habíamos enterado por Shalorak.

—¡No me refiero a Marla! —casi gritó Zor—. ¡Maldita sea! Sabes de qué te estoy hablando, ¿por qué te haces el loco?

—Porque lo soy —replicó Mac, con una risita desquiciada.

—Sólo cuando te conviene —le espetó Zor, enfadado—. ¿Crees que soy tonto? Marla ha venido con dos ángeles, ¿verdad? Y a uno de ellos, a la mujer, la han llamado Ahriel. ¿Es ella la Reina de la Ciénaga? ¿La que se supone que es mi madre? —como Mac no respondió Zor lo sacudió cada vez más frustrado— ¿Por qué no

respondes a mis preguntas?

—Porque no te van a gustar las respuestas —Mac se volvió hacia él; lanzó una serie de carcajadas y luego se controló para añadir, más serio—. Mira, he intentado no remover el lodo, y si fueses mínimamente inteligente habrías captado las indirectas y lo habrías dejado correr. ¿Quieres respuestas a tus preguntas? Bien, pues allá van: sí, sí, sí... y sí. ¿Contento?

Un largo y pesado silencio cayó entre los dos. Finalmente, Zor bajó la mirada, con los ojos llenos de lágrimas. Mac dejó de prestarle atención para inclinarse junto a Cosa.

—Escúchame, pequeña —le dijo con dulzura—, no sé lo que está pasando aquí, pero no creo que éste vuelva a ser un lugar acogedor para ti. Si te quedas, serás una esclava toda tu vida y, honestamente, no creo que sea una vida muy larga. Tú no eres como ellos —añadió, señalando a los otros engendros, que se removían en sus jaulas—. No importa lo que otras personas digan: eres buena y lista, y tienes un alma demasiado hermosa como para vivir entre estos engendros y los humanos que los crearon. Si confías en mí, nos marcharemos juntos, iremos a un lugar donde nadie te moleste y te prometo que siempre cuidaré de ti y que nunca más volverás a estar sola. ¿Me comprendes?

Ella asintió, con los ojos húmedos.

—Bien, ¿qué me dices?

Por toda respuesta, Cosa le cogió la mano y, como solía hacer, se la cubrió de besos. Mac sonrió.

—Tendremos que trabajar esto un poco —dijo—. Te han enseñado a comportarte de forma servil con los humanos, como si no fueses digna de mirarlos a la cara. Yo te llevaré conmigo en calidad de amiga y no de esclava. Y espero que algún día... —se interrumpió cuando Cosa lo soltó con brusquedad y se lanzó en una loca carrera a través del bestiario, ignorándolo por completo y dejándolo atrás—. ¿Pero qué...?

Se dio cuenta entonces de que Zor había salido corriendo hacia el corazón de la Fortaleza, siguiendo a los dos ángeles y a la reina Marla, llevado por alguna clase de ciego impulso nacido del dolor y la decepción. Sin duda, no había sido capaz de encajar que Ahriel, la madre a la que nunca había llegado a conocer, no sólo fuera la sanguinaria Reina de la Ciénaga, sino que, además, se tratase de una persona tan cruel e insensible que, por añadidura, se había aliado con la malvada Marla que era objeto de las maldiciones de todos los presos de Gorlian. Quizá no fuese capaz de creerlo, quizá quería preguntar a Ahriel al respecto, o quizá sólo sentía alguna especie de curiosidad insana y masoquista, Mac no lo sabía. Pero el caso era que corría hacia su perdición, y Cosa iba tras él, tratando de detenerlo.

Mac lanzó una sonora maldición y luego estalló en una salva de nerviosas risotadas. Cuando logró controlarse, siguió a la atolondrada pareja, refunfuñando:

—... Y luego dicen que el loco soy yo...



Zor se detuvo de pronto y se ocultó tras un saliente de la pared, justo antes de llegar a la escalera. La reina Marla y los dos ángeles habían descendido por ella hacía rato, pero el chico tuvo la sensación irracional de que Ahriel había echado un vistazo a su espalda, intuyendo que los seguían. Permaneció en su escondite hasta que sus voces se apagaron del todo. Entonces resbaló hasta el suelo, apoyó la espalda en la pared, hundió la cara entre las manos y se echó a llorar sin poder evitarlo. Sabía que debía esconderse, que podían encontrarlo en cualquier momento, pero no le importaba. Se secó las lágrimas con el dorso de la mano, furioso consigo mismo. «¿Qué me pasa?», se reprochó. «Sabía que la Reina de la Ciénaga era una mujer peligrosa e insensible, incluso malvada, así que, ¿de qué me sorprende? El hecho de que puede que sea mi madre no cambia nada. Y, de todos modos, ¿quién necesita una madre? He pasado toda mi vida sin ella y no la he echado de menos; y está claro que ella tampoco me necesita a mí, puesto que me abandonó en Gorlian». Pero la odiaba, y se sintió molesto por eso. Debería resultarle indiferente. No debería importarle lo más mínimo quién era o qué hacía. No tenía nada que ver con él.

Y, sin embargo...

Habían sido las historias de Mac, comprendió. Él le había hablado de la protectora de la reina Marla, de cómo los ángeles luchaban por la justicia y defendían a los débiles, y de cómo Ahriel había sido traicionada por su pupila y arrojada al cruel Gorlian con las alas atadas. Allí había conocido a un humano por quien debía de haber sentido algo, puesto que vengó su muerte con gran ferocidad. Todo ello, las pérdidas, las traiciones, el despiadado mundo de Gorlian, podría haber bastado para justificar que el corazón de Ahriel se endureciera más de lo que era habitual en un ángel, y quizá, sólo quizá, existía la posibilidad de que hubiese una explicación al hecho de que abandonara a su propio hijo a su suerte. Tal vez Ahriel fuera tan sólo una criatura de fondo bondadoso a quien las circunstancias de la vida habían obligado a tomar una serie de decisiones difíciles; o, al menos, comprendió Zor, eso había querido creer cuando empezó a asimilar que la Reina de la Ciénaga podía ser su madre. Por eso le había dolido tanto descubrir la verdad: que Ahriel era indudablemente tan desalmada como se decía. La clase de persona que mataría a Cosa sin mediar palabra sólo por ser un engendro. La clase de mujer que abandona a su hijo en medio de un cenagal. La clase de reina que deja atrás a los suyos y se alía con el enemigo de aquellos a quienes supuestamente debía proteger. Ésa era su madre.

Inmerso en sus sombríos pensamientos, Zor no se dio cuenta de que Cosa lo había alcanzado hasta que sintió su mano sobre su hombro. Alzó la cabeza, sobresaltado.

—Nnnnu tttisttte —trató de consolarlo ella.

Zor contempló su rostro deforme, su gesto de ansiosa preocupación, sus enormes ojos disparejos y el destello de callado sufrimiento que anidaba en el fondo de su mirada. Y se sintió estúpido y egoísta por creer que sus problemas eran importantes, por llorar por alguien que jamás le había dado motivos para quererla, cuando la pobre Cosa, cuya existencia era mucho más miserable que la suya, no se había quejado jamás.

Sonrió débilmente.

—Tranquila, Cosa, se me pasará. Es sólo un desahogo.

—Ah, estás aquí, chaval —dijo la voz del Loco Mac, y Zor levantó la mirada para verlo llegar—. En serio, tenemos que irnos. Aquí se está preparando una gorda, y será mejor que no nos pille a nosotros en medio.

—¿A qué te refieres? —inquirió Zor, intrigado.

—Bueno, no sé si te habías dado cuenta, pero creo los ángeles no deberían estar aquí. Recuerda lo que hablaban esos dos sectarios: tenían que prepararse para defenderse de ellos.

Una luz de esperanza renació en el corazón de Zor. Trató de reprimirla, pero el recuerdo de la conversación entre Shalorak y su demonio le otorgó más fuerza:

—¡Han venido a buscar Gorlian! —exclamó, poniéndose en pie de un salto—. Se lo oí decir a Shalorak. Por eso sacó la esfera del trastero, para que ellos no la encontraran.

Mac lo miró casi con lástima.

—Vienen con Marla, Zor —le recordó—. Y Marla es nuestra enemiga, no lo olvides. Me parece mucho más probable que estemos asistiendo a una lucha de poder entre dos de los discípulos de Fentark, que tratan de hacerse con el control de la Hermandad ahora que él no está. Puede que incluso Marla sacase a Ahriel de Gorlian con la condición de que la ayudara a derrotar a Shalorak.

Zor frunció el ceño.

«... si algo sale mal», había dicho el demonio, «encontraré la manera de vengarme, y será Marla quien pagará. Recuérdalo». Y había sonado más como una amenaza que como una promesa.

—Yo no creo que esos dos sean enemigos —dijo—. Más bien diría que son todo lo contrario. Yo creo que Shalorak estaba esperando a Marla con impaciencia, pero a los ángeles no quiere ni verlos. Se oculta de ellos y finge no estar en casa, y habló de defenderse si fuera necesario.

Mac lo obsequió con una serie de risotadas dementes.

—Bueno, ¿y qué prueba todo eso? —se impacientó—. Puede que no seas aún consciente de ello, chaval, pero estamos en un lugar muy peligroso, y para mayor desgracia hemos venido a parar aquí justo al mismo tiempo que Marla y Ahriel. Cualquiera de esos dos nombres debería hacer que mojaras los pantalones de puro miedo, pero si además tienes en cuenta que hay engendros demonios y expertos en magia negra... Mira jamás pensé que diría

esto, pero ahora mismo, la Fortaleza es un sitio aún más peligroso que Gorlian. Déjalos que se peleen y que se maten, si quieren; pero nosotros deberíamos estar muy lejos de aquí cuando se enfrenten.

—¡Pero es que no lo entiendes! Quizá Ahriel no está aliada con esos magos negros, después de todo. Han venido a buscar la esfera de Gorlian, Mac. Tenía intención de rescatarnos.

—¿Tú crees? ¿Y por qué estaba con Marla, entonces?

—Quizá... quizá la necesitara a ella para algo... para encontrar la esfera, por ejemplo.

—Te recuerdo que Ahriel también escapó de Gorlian. Debía de saber muy bien dónde encontrar esa condenada bola de cristal. Déjalo, muchacho, en serio: esto no puede ser bueno para ti. Acepta de una vez que el corazón de tu madre se ha vuelto duro como el acero y negro como el carbón, asúmelo, dale la espalda y serás más feliz. Y créeme, yo no le reprocho a Ahriel que haya cambiado tanto. Sé lo que Gorlian puede hacerle a una persona, incluso a la más bienintencionada. Sobre todo a las más bienintencionadas —añadió, con una estridente carcajada.

Zor sacudió la cabeza.

—Marchaos vosotros si queréis, pero yo necesito averiguar algo más, descubrir qué está haciendo mi madre aquí. Si no lo hago, me quedará siempre con la duda.

—¿No te ha bastado con oírla hablar en el bestiario para saber qué clase de persona es?

Zor calló un momento. Mac había puesto el dedo en la llaga: las duras palabras del ángel le habían dolido más de lo que quería admitir. Y también habían hecho mucho daño a Cosa, Zor lo sabía. Colocó una mano tranquilizadora sobre el brazo del engendro, ofreciéndole su apoyo, antes de replicar:

—Habla de los engendros en general, Mac. Reconoce que muchos en Gorlian piensan como ella. Y, además, no conoce a Cosa. Estoy seguro de que si tuviera la oportunidad...

—No se la va a dar, ya lo sabes —cortó él—. La mataría antes de que tuvieses tiempo de explicarle que ella es diferente. Además, Ahriel sabe de sobra que existen engendros inteligentes. El Rey de la Ciénaga, al que ella asesinó para ocupar su lugar, era uno de ellos. Ya te lo conté, ¿no?

Zor se había quedado mudo de la impresión. Sabía que Ahriel, en su sangrienta represalia por la muerte de su compañero, había matado al Rey de la Ciénaga. También recordó en aquel momento que Mac le había contado que uno de los engendros inteligentes de Fentark había llegado a ocupar aquel puesto, pero no lo había creído del todo entonces y, además, tampoco se le había ocurrido relacionar ambos hechos.

—Entonces, será mejor que te marches tú con Cosa —acertó a farfullar—. Sólo por si acaso. Pero yo tengo que saber qué está pasando exactamente.

Mac suspiró. Después miró sucesivamente a Zor y a Cosa y volvió a suspirar.

—Bueno —dijo por fin—. ¿Tú qué dices, pequeña?

Cosa se colgó del brazo de Zor, posesivamente, y declaró:

—Nnnu sssolu. Mmmiggu.

El Loco Mac se rascó la cabeza.

—Bueno —repitió, sin poder reprimir una serie de risotadas nerviosas—. No me quedará más remedio que acompañaros para que no os metáis en líos. Pero esto es un suicidio, Zor, te lo advierto.

—Iremos con cuidado —le prometió el chico—. Vamos, deprisa; nos llevan mucha ventaja.

Bajaron por las escaleras y llegaron al nivel inmediatamente inferior sin encontrarse con nadie. Una inquietante calma sobrenatural lo envolvía todo y, casi sin darse cuenta, se pegaron más unos a otros. Recorrieron el pasillo, con precaución, pero todo parecía estar desierto.

—Habrán ido directamente a esa Sala de las Grandes Invocaciones —susurró Mac—. Creo que no existía cuando yo formaba parte de la Hermandad, pero abajo del todo había un gran salón de reuniones que pueden haber reconvertido para tal fin. No se me ocurre ninguna otra habitación lo bastante grande como para reunir a un montón de gente.

Descendieron por la que Mac les aseguró que era la última escalera. Desembocaron en una antecámara circular, al fondo de la cual había una gran puerta de madera esculpida con docenas de figuras de diversos demonios y diablillos

—Esto no estaba aquí antes —murmuró Mac—. Oh, vamos, Zor —le reprochó, al ver que retrocedía un par de pasos, asustado—. No son más que tallas.

—No son las tallas. Hay algo malvado al otro lado de esa puerta, ¿no lo notas?

Con sumo cuidado, los dos se apoyaron contra la puerta para tratar de escuchar lo que sucedía al otro lado. Pero no oyeron nada.

Zor se apartó un poco, decepcionado, y buscó una manera de abrir la puerta. Mac lo detuvo cuando estaba a punto de mover el picaporte.

—¿Qué haces, loco? —dijo, tratando de contenerse para no dejar escapar una risita histérica—. ¿Quieres que nos descubran? Si no me equivoco, están todos al otro lado, chaval: los magos, los ángeles, Marla...

—¿Entonces...?

—¡Calla! —susurró Mac—. Pasa algo ahí dentro.

Los dos volvieron a pegar la oreja a la puerta, pero sólo obtuvieron un tenso silencio.

—Qué raro —murmuró Mac—. Habría jurado que...

—¡Vete! —se oyó de pronto la voz del ángel de piel oscura. Zor reaccionó deprisa. Tiró de Mac hacia atrás y lo apartó de la puerta un instante antes de que ésta se abriera de golpe. Los tres amigos quedaron ocultos tras ella y contemplaron, conteniendo el aliento, cómo Ahriel salía disparada de la sala, desplegaba las alas y echaba a volar escaleras arriba, casi pegada al techo. Fue tan sólo un instante, pero Zor habría jurado que había lágrimas corriendo por sus mejillas.

Sin embargo, no tuvo tiempo de pensar en ello, porque la voz del demonio retumbó en las mentes de todos:

«Y ahora, ¿vais a matar al ángel de una vez?».

Mac y Zor cruzaron una mirada.

—¡No tiene ninguna oportunidad! —dijo el muchacho, extrayendo su cuchillo del cinto.

—¡Para, loco! ¿A dónde crees que vas?

Pero Zor ya se precipitaba en el interior de la sala.

Se detuvo de golpe, intimidado, cuando vio lo que le esperaba allí.

Tres encapuchados, vestidos de riguroso negro, entonaban una siniestra salmodia reunidos en torno a un enorme demonio que flotaba en medio de una extraña niebla roja. Sus contornos parecían algo difuminados, como si fuese un fantasma, pero Zor estaba seguro de que se trataba del mismo demonio que había visto antes, hablando con Shalorak.

Y allí estaba el propio Shalorak, delante de una joven pelirroja, pálida y demacrada, y tan desaliñada como si acabase de escapar de Gorlian. Había extendido un brazo por delante de ella, en ademán protector, y con el otro señalaba al ángel de piel negra, que parecía haber quedado congelado, como una estatua de obsidiana, en mitad de un gesto ofensivo, levantando la espada por encima de la cabeza. Pero también la sonrisa malvada de Shalorak se heló en sus labios cuando vio a Zor entrar de pronto en la sala. Por un brevísimo instante, los dos se miraron; el medio ángel, tratando de decidir cuál sería su siguiente paso, y arrepintiéndose ya de haberse precipitado; el hechicero, intentando adivinar a qué se debía la presencia de aquel intruso.

—¿Quién...? —empezó Shalorak, pero no pudo terminar. En aquel preciso momento, Cosa entró corriendo en la sala y se abalanzó sobre él para arrojarlo al suelo, sin darle tiempo a reaccionar. Los dos rodaron por tierra, en un confuso revoltijo de brazos, piernas y pliegues de túnica negra. Los otros acólitos callaron, sorprendidos.

«¡No interrumpáis el ritual!», bramó el demonio. Trató de abalanzarse sobre Zor, pero éste comprobó, aliviado, que el mágico óvalo que relucía a su alrededor parecía contenerlo, puesto que no fue capaz de avanzar más allá. Los sectarios reanudaron su letanía.

Shalorak también se repuso. Zor no pudo ver lo que hacía, pero de pronto Cosa chilló, y algo la lanzó con violencia hacia atrás, arrojándola contra el medio ángel. Éste trató de frenarla, y ambos cayeron de espaldas al suelo. Cuando Zor volvió a mirar, Shalorak ya se había levantado. Su negra capucha había caído hacia atrás, y su cabello rubio estaba alborotado. Sus ojos relucían, llenos de ira.

—¿Cómo os atrevéis?

—Vaya, vaya, muy interesante —dijo entonces la joven pelirroja—. Son presos de Gorlian. Unos presos muy peculiares, además.

Shalorak contempló, desconcertado, los restos de lo que parecía haber sido una bola de cristal, a los pies de su compañera.

—Oh, no, no ha sido por esto —dijo ella, al advertir la dirección de su mirada—. Han venido de fuera. Han tenido que haberse escapado antes. Y me gustaría saber cómo —añadió, lanzándole una mirada incendiaria.

«Tiene que ser Marla», comprendió Zor, de pronto. «Encomendó a Shalorak el cuidado y la vigilancia de la esfera...».

Un gemido de Cosa lo distrajo de sus pensamientos. Ella yacía entre sus brazos, con una extraña herida humeante en el pecho, y Zor advirtió, alarmado, que nunca antes la había visto tan pálida.

—¿Qué le has hecho? —exigió saber, pero Shalorak no respondió. Había clavado la mirada en Cosa, y la contemplaba, con los ojos entornados y una curiosa expresión de miedo y odio pintada en su rostro.

—Mira por dónde —sonrió Marla—. Has escapado por los pelos, pequeño bastardo. ¿Eres consciente de que, si te hubieses quedado en Gorlian apenas unos días más, habrías muerto con todos los demás?

—¿Qué quieres decir? —Zor dirigió la mirada, involuntariamente, hacia los cristales que había a los pies de Marla, y una horrible sospecha le oprimió el corazón—. ¿No habrás...?

—Basta ya de juegos —cortó Shalorak, irritado—. Hemos hablado ya demasiado, mi señora. Las puertas están a punto de abrirse. Si dais vuestro permiso, eliminaré a todos los intrusos de una vez por todas.

«Ya era hora», sonó la voz del demonio, con un tono entre molesto y aburrido. Su cola batía el aire con impaciencia.

—Espera, Shalorak —lo detuvo Marla—. Acaba con el ángel y con el engendro, pero el bastardo debe permanecer con vida —sus ojos relucieron, divertidos—. ¿Eres consciente de que Ahriel se nos ha escapado, y de que podremos mantenerla controlada si lo tenemos a él?

«Déjate de juegos, Marla», dijo el demonio. «Matadlos a todos. Inmediatamente».

Ella se volvió hacia la criatura, consternada.

—Pero...

«Es una orden», bramó el demonio, y los dos humanos se encogieron de miedo.

—Como gustes, Furlaag —murmuró Shalorak; miró a Marla, y ella asintió brevemente.

Zor llevaba ya un buen rato arrepintiéndose de haber irrumpido en aquella sala sin pensar en las consecuencias, pero en aquel momento supo que todo estaba perdido. Había tenido la esperanza de que el ángel lo ayudara; sin embargo, éste seguía paralizado, sin mover un solo músculo, como si ya no fuese una persona de carne y hueso, sino una estatua inanimada. Bajó la mirada para contemplar a Cosa. La horrible herida que Shalorak le había infligido no tenía buen aspecto. Apretó los dientes, furioso consigo mismo y con el mundo en general. ¿Cómo podía enfrentarse a alguien que utilizaba trucos tan sucios? ¿Era aquella la «magia negra» que dominaban los miembros de la secta? Si era así...

Levantó la cabeza para contemplar a Shalorak. El joven sectario había alzado los brazos, y sus manos brillaban con un leve resplandor azulado. Sus ojos relucían de forma siniestra. Cosa gimió bajito, y murmuró algo que sonó como:

—... rmmmanu...

Y Zor la abrazó con fuerza y cerró los ojos. «Es el fin», pensó. Había sobrevivido durante años en Gorlian, pero nadie le había enseñado las reglas del mundo real, y éste iba a acabar con él al primer asalto. Oyó un leve zumbido cuando Shalorak lanzó su magia contra ellos.

Sin embargo, la muerte no llegó. Zor notó que algo relucía intensamente a su alrededor, escuchó el grito de rabia de Shalorak, y abrió los ojos con precaución.

—Hablando de encuentros interesantes —dijo tras ellos la inconfundible voz del Loco Mac—. ¿No me has echado de menos, querida Marla?

—¡Tí...! —exclamó Marla al reconocerlo y Zor creyó distinguir un nuntito de miedo en su voz— ¡Se suponía

que estabas muerto!

—¿Muerto? ¿Muerto? —repitió el Loco Mac, con voz chillona—. ¿Te parezco muerto ahora, bruja traidora? ¡Pronto vas a saber tú lo que es estar muerta!

Entonces, con un rugido de ira, la estatua que era el alto ángel negro cobró vida de pronto y descargó su espada contra Marla. Shalorak tuvo el tiempo justo de apartarla de un tirón e interponerse entre ambos. Zor lo vio alzar los brazos y esperó que el próximo golpe lo matara sin remisión, pero la espada del ángel chocó contra un escudo invisible, y éste no tuvo más remedio que recular.

—¡Déjalo! —le gritó Mac—. ¡Tenemos que irnos de aquí mientras podamos!

—¡Nunca! —bramó el ángel, volviéndose de nuevo contra Shalorak—. ¡Hemos de impedir que abran la puerta!

Entonces, súbitamente, la luz rojiza que emergía del óvalo mágico se hizo más intensa, y el demonio atrapado en su interior lanzó un aullido de triunfo. Las voces de los tres acólitos se apagaron, y ellos cayeron al suelo, desvanecidos, o acaso muertos. El demonio rugió otra vez, extendió los brazos a ambos lados y el círculo luminoso se deshizo. Zor advirtió, aterrado, que los contornos de la criatura estaban ya totalmente definidos.

—Demasiado tarde —murmuró Mac, y se rió como un loco, sin poderlo evitar.

—Por fin —dijo Furlaag, con una sonrisa llena de dientes; y su voz sonó en sus oídos, y no sólo dentro de su cabeza—. Por fin somos libres.

El demonio dio un paso adelante y cayó suavemente al suelo. Sus pies se posaron sobre las baldosas de piedra. Estaba allí. Furlaag había llegado a la dimensión de los humanos.

Y, tras él, millones de demonios aguardaban su turno.



IX. Consecuencias

Se oyó un fuerte estrépito, como si el firmamento entero se hubiese partido en dos. La reina Kiara de Saria y su séquito alzaron la cabeza, esperando ver un cielo encapotado, aunque nunca antes habían oído un trueno tan temible como aquél.

Pero no había ni una sola nube sobre ellos. Llevada por una súbita sospecha, Kiara volvió la mirada hacia la sombra de Vol-Garios que dejaban atrás. Hacía ya medio día que habían levantado el campamento y marchaban de regreso a casa, pero la alta y ominosa silueta del volcán todavía acechaba a su espalda. Por un instante le pareció que estaba entrando en erupción, porque una masa oscura e informe se elevaba desde su cráter.

—Parecen pájaros —dijo uno de los caballeros.

—Negros cuervos, más bien —masculló otro.

—¿Tan grandes? —objetó Kiara.

Sintió la mirada de Kendal clavada en ella.

—Majestad —lo oyó musitar—. ¿No pensaréis...?

—No lo sé —cortó ella—. No lo sé.

Hubo una pausa llena de inquietud y malos presagios. Entonces, alguien rompió el silencio, y los miembros del séquito empezaron a murmurar:

—Vienen hacia aquí.

—No... no parecen aves. Son... bastante más grandes.

—Por todos los dioses, ¡vuelan muy rápido!

Kiara reaccionó:

—¡A cubierto todos! ¡Vamos, vamos, deprisa!

Hincaron las espuelas en los caballos y salieron disparados camino arriba, perseguidos de lejos por la nube negra que emergía de Vol-Garios. Para alivio de Kiara, hallaron un roquedal un poco más allá, y uno de los caballeros, que se había adelantado para explorar el terreno, informó de que si lo rodeaban encontrarían una gruta lo bastante grande como para cobijarlos a todos.

—¿Los caballos también?

—También —respondió ella—. Es importante que no adviertan que estamos aquí.

No discutieron. Se ocultaron todos en la gruta, muy pegados unos a otros, y desde allí escudriñaron el cielo. Uno de los caballos relinchó suavemente, aterrorizado. Los humanos no se sentían mucho más valientes.

Oyeron un murmullo que iba haciéndose cada vez más intenso. Contuvieron el aliento hasta que el rumor se convirtió en el atronador estruendo de millares de gigantescas alas que, no cabía duda, se dirigían hacia ellos. Casi sin darse cuenta, la mano de Kiara buscó la de Kendal en la penumbra. La reconfortó encontrarla, y que él le devolviera un apretón tranquilizador, pero no se volvió para mirarlo. Sus ojos estaban fijos en el pedazo de cielo que se veía desde su escondite.

Y entonces, súbitamente, se abatieron sobre ellos. Kiara se tapó la boca con la mano libre para no gritar de terror cuando cientos, miles de gigantescas alas negras, como de murciélago, ocultaron la luz del día. Sus ojos se agrandaron, llenos de miedo, al apreciar con más detalle a las criaturas aladas: su roja y malévolos mirada, sus rostros llenos de ira, sus bocas erizadas de colmillos, sus garras, colas y cuernos. Cada uno de ellos era diferente a los demás y, sin embargo, todos poseían aquel aire de familiaridad que indicaba que pertenecían a la misma especie.

—¿Qué... qué es eso? —oyó musitar a uno de sus compañeros.

Kiara lo sabía. Una vez se había encontrado cara a cara con uno de ellos, una criatura noderosa a quien

llamaban el Devastador. Y, pese a que tenía la certeza de que éste estaba ya muerto, eran pocas las noches en las que no visitaba sus sueños, transformándolos en horribles pesadillas.

Sintió la boca seca. Por fortuna, Kendal respondió por ella:

—Demonios —dijo—. Demonios que han escapado del infierno.

Nadie osó decir una sola palabra, pero Kiara percibió el miedo que emanaba de cada uno de ellos. Algunos eran los caballeros más valientes de su reino, pero ella no podía reprochárselo: ningún ser humano, por valiente que fuera, tenía nada que hacer contra aquellas criaturas.

De modo que aguardaron, en silencio, rogando por que los demonios los pasaron por alto. Por fin, la nube se hizo más clara, y los últimos rezagados sobrevolaron la gruta, sin que ninguno hubiese reparado en los humanos y los equinos que se ocultaban en ella. El sol volvió a bañarlos con su cálida y reconfortante luz, y el estruendo de las alas se convirtió en un rumor lejano. Sólo entonces, Kendal despegó los labios.

—¡Maldita sea! —exclamó—. ¡Dijeron que habían dejado la puerta bien cerrada!

Kiara le dirigió una mirada de advertencia.

—Eso no es importante ahora —decidió—. Hay que averiguar a dónde van.

Uno de los caballeros carraspeó un par de veces antes de poder recuperar la voz:

—Si me permitís, Majestad... estaban siguiendo el camino. El único camino que llega a las inmediaciones del volcán.

Reinó un horrorizado silencio.

—Van buscando poblaciones humanas —musitó Kiara, pálida como la leche.

Todos recordaron la apacible aldea por la que habían pasado la tarde anterior.

—¡Tenemos que ayudarlos! —decidió uno de los caballeros.

—No —lo detuvo Kiara—. No llegaríamos a tiempo. Hay, sin embargo, otra cosa que debemos hacer.

—¿De qué se trata, mi señora?

Kiara frunció el ceño, reflexionando.

—Todo esto es obra de Marla, sin duda.

—¿La reina Marla? Pero vos dijisteis...

—Ya sé lo que dije —cortó ella—. Sé que la dimos por muerta, y creo que cometimos un grave error —dio una mirada circular—. ¿Quién de vosotros tiene el caballo más rápido?

Uno de sus guerreros se adelantó.

—Yo, Majestad.

—Volverás a la ciudad y te encargarás de organizar el ejército. Quiero que estén listos cuanto antes y que se dirijan sin demora al reino de Karish.

—¿A Karish, mi señora?

—Al palacio real de Karishia. No creo que podamos detener a esos demonios, pero Marla es humana, y mortal, y ha llegado la hora de pararle los pies definitivamente.



Ahriel sobrevolaba la costa de Karish cuando vio venir a los demonios.

Eran inconfundibles: una larga columna oscura que volaba casi a ras de suelo, muy por debajo de ella. Procedían del este, donde, calculó Ahriel, se levantaba la ciudad de Erganda, la ubicación de una de las puertas del infierno. No pudo evitar volver la vista atrás; le pareció ver una nube oscura emergiendo de la cordillera de Karishia, donde estaba ubicada la Fortaleza Negra, pero no estaba segura. Lo que sí tenía claro era que Marla y Furlaag se habían salido con la suya: habían permitido que los demonios invadieran su mundo.

Batió las alas con más fuerza, tratando de volar a mayor velocidad. Era difícil que los demonios la vieran, puesto que volaba muy por encima de ellos, pero no quería arriesgarse. Los vio precipitarse, como una nube de moscas,

sobre un pueblo que parecía dormir plácidamente junto al mar. Casi pudo oír los gritos de terror y agonía de sus habitantes, y reprimió el impulso de regresar a ayudarlos. No podía hacer nada por ellos; sola, no. Debía avisar a Lekaiel y a los demás, y juntos, todos los ángeles acudirían a prestar batalla para detener a Furlaag y sus demonios. Era la única manera.

«No he podido salvar Gorlian», se recordó, angustiada. «No he sido capaz de rescatar a mi hijo, ni pude evitar que mataran a Bran, ni tampoco eduqué bien Marla cuando se me encomendó su custodia. Y puede que por mi culpa el mundo entero quede destruido. ¿Qué clase de ángel soy?».

Sacudió la cabeza para apartar de su mente aquellos oscuros pensamientos y, dejándose llevar por una corriente de aire, se elevó todavía más alto, hasta volar por encima de las nubes. Todavía le quedaba un largo camino hasta Aleian, pero esperaba llegar a tiempo de salvar algo, cualquier cosa, de la destructiva crueldad de los demonios.



Zor despertó bruscamente de una horrible pesadilla cuando alguien le dio un par de cachetes en las mejillas.

—Despierta, chaval —le ordenó el Loco Mac—. No tenemos tiempo para dormir.

—¿Qué...? ¿Cómo...? ¿Dónde estoy?

Oyó las conocidas carcajadas desquiciadas de su amigo.

—Aún en la Fortaleza, me temo —fue la respuesta.

Zor abrió los ojos y miró a su alrededor, pestañeando aturdido. Se encontró en una de las sobrias habitaciones que ya conocía. Estaba oscuro allí dentro, porque habían cerrado la puerta, pero la luz que se filtraba por debajo le permitió ver a Mac a su lado, y la imponente figura del ángel de espaldas a él, inclinado sobre la cama.

—¿Qué... qué hacemos aquí?

—Escondernos de Marla y sus secuaces, para variar.

No había sido una pesadilla. Zor sintió que se le caía el mundo encima.

—Oh —dijo solamente.

—Perdiste el sentido cuando se abrió la puerta del infierno —le explicó Mac—, y no es de extrañar. Hubo una gran explosión, o algo parecido, y la sala voló por los aires. Ubanaziel nos sacó a todos de allí, y creo que Shalorak protegió a Marla. El caso es que los vi salir de entre los escombros, seguidos de ese tal Furlaag, y de un montón de demonios más. De momento estaban demasiado ocupados considerando el hecho de que son libres para hacer todas las barbaridades que quieran en el mundo de los humanos, así que aprovechamos para escabullimos y nos hemos escondido aquí. Y espero que no les dé por buscarnos —concluyó, riéndose como un loco.

—No lo harán —resonó la voz, serena y pausada, del ángel—. Hubo demasiada confusión como para que nadie se percatara de nuestra huida, así que estoy casi seguro de que creen que quedamos aplastados bajo las ruinas.

Zor se incorporó un poco, abatido. Entonces vio que Cosa estaba tendida en la cama. El ángel la sujetaba por las muñecas, y el chico reconoció lo que estaba haciendo.

—¡Es un círculo de curación! —adivinó; enrojeció cuando el ángel se volvió para mirarlo y clavó sus ojos oscuros en él—. Yo... solía utilizarlo con mi abuelo. Le aliviaba los dolores, pero nunca conseguí curarlo del todo.

El ángel no respondió. Volvió de nuevo la cabeza hacia Cosa.

—¿Cómo... cómo está? —preguntó Zor, con un nudo en la garganta.

—Vivirá —respondió él lacónicamente.

El muchacho lanzó un suspiro de alivio.

—Gracias... por curarla, ya sabes. Y por no matarla.

Oyó una suave risa en respuesta.

—¿Por qué iba a querer matarla?

—Porque ella... bueno, porque es un engendro.

—Estamos vivos gracias a ella, muchacho. Atacó a Shalorak sin detenerse a pensarlo siquiera, sólo para

protegerte.

—¿Entonces lo viste?

—Estaba paralizado, no ciego.

—Ah, claro.

Zor calló, intimidado. La imponente figura del ángel, sus enormes alas, que erguía con orgullo y dignidad, la immaculada blancura de sus ropas... todo ello lo hacía sentirse muy poca cosa en comparación. Siempre había estado muy orgulloso de sus alas, pero ahora comprobaba con desaliento que, a diferencia de las del ángel, eran sólo dos tristes manojos de plumas grises y arrugadas. Sintió un vivo deseo de ser como él y, al mismo tiempo, tuvo la horrible certeza de que jamás estaría a su altura.

—¿Por qué... por qué estabas paralizado? —preguntó con timidez—. ¿Fue cosa de Shalorak?

El ángel asintió.

—Detuvo mi ataque en, apenas un instante, y estaba a punto de matarme cuando interviniste tú —se volvió hacia él, con una serena sonrisa—. Gracias, muchacho. Te debo la vida. A ti y a esta pequeña criatura.

—¿Y no tienes nada que decirme a mí, Ubanaziel? —refunfuñó el Loco Mac desde la puerta.

El ángel se rió. Su risa sonó como el profundo tañido de una campana.

—¿Qué hiciste tú, Mac? —quiso saber Zor, intrigado. Tenía un confuso recuerdo de su amigo entrando en la sala en el último momento...

—Deshice el hechizo que mantenía preso al ángel —replicó él, muy digno—. Y creé un escudo de protección en torno a Cosa y a ti. Si no llega a ser por mí, ese Shalorak os habría frito a los dos en menos que canta un gallo.

Zor lo miró con la boca abierta.

—Venga ya. Tú no puedes hacer esas cosas.

—¡Claro que puedo! ¿Acaso no te he contado que una vez fui una de las cabezas pensantes de esta secta? Y hace mucho tiempo que juré que jamás volvería a usar la magia negra, pero...

—Un momento —cortó Zor—. Si tienes el mismo poder que los tipos de negro, ¿por qué tardaste tanto en intervenir?

—¡No creas que es tan fácil recordar cómo se hace, chaval! Hacía décadas que no empleaba la magia negra. Aún tienes suerte de que recordara el conjuro de protección y no te friera yo en lugar de ese niño engreído —volvió a reírse como un loco—. Pero no hace falta que me lo agradezcas. Estabas cagado de miedo, ya te vi. Por lo menos el ángel sí reaccionó enseguida. Cuando estalló la sala nos sacó a todos pitando de allí.

—No olvido cuál fue tu intervención, Mac —sonrió el aludido—. Pero tampoco puedo olvidar el papel que jugaste en la creación de la prisión de Gorlian y en la iniciación de Marla en la magia negra —añadió, con más severidad.

Pareció que Mac se encogía sobre sí mismo, intimidado.

Cosa dejó escapar un leve quejido, y Zor temió que la discusión hubiese estorbado al ángel en su tarea curativa. Pero éste retiró las manos y cubrió al engendro con su propia capa.

—Ya casi está —dijo—. Ahora sólo tiene que descansar —se volvió hacia Zor y le dijo, muy serio—: lamento no haberme presentado antes. Me llamo Ubanaziel, Consejero de Aleian, la Ciudad de las Nubes.

—Yo soy Zor —respondió el chico, impresionado—. Sólo Zor.

El ángel sonrió.

—Eres el hijo de Ahriel; el medio ángel que abandonó en Gorlian.

—Supongo que sí —asintió él, de mala gana.

—Mac me ha contado que acabáis de escapar de allí, y justo a tiempo, por cierto: Marla ha destruido la esfera y todo su contenido.

Zor recordó los fragmentos de cristal que había visto en la Sala de las Grandes Invocaciones. La verdad lo golpeó como un puñetazo en el estómago.

—¡Pero... pero... no puede haberlo hecho! Debía de ser otra esfera, ¿no? No puede haber acabado con...

«Con todo mi mundo» pensó

Ubanaziel se encogió de hombros.

—Levantó la esfera en alto y la estrelló contra el suelo, delante de nosotros. Supongo que ya se había cansado de su juguete.

—¡Pero dentro vivía gente! —estalló Zor, sin poderse contener—. ¡De acuerdo, había engendros y tipos desagradables, pero no eran todos así! ¡Muchos sólo intentaban sobrevivir! —sintió la mano de Mac sobre su hombro, pero se la sacudió de encima—. ¿Por qué tuvo que hacer eso?

—Así es Marla —masculló Mac, y reprimió a tiempo una de sus risotadas convulsivas—. Disfruta haciendo daño.

—Si así es como educa mi madre a la gente —dijo Zor, con rencor—, me alegro de no haberla tenido nunca cerca.

Ubanaziel le lanzó una mirada severa.

—No hables así de ella. No sabes nada.

—¿No sé nada? —se rebeló él—. ¡Me dejó solo cuando no era más que un bebé! ¡Se marchó de Gorlian y se olvidó de todos nosotros! ¡Incluso te ha abandonado a ti! ¡No creas que no lo he visto! ¡Huyó volando de la Sala de las Invocaciones y, si no hubiese sido por nosotros, esos locos te habrían matado! ¡Tú mismo lo has dicho!

El ángel no se enfadó. Escuchó con paciencia el estallido de Zor, lo dejó volcar su ira sobre él y, cuando el muchacho guardó silencio por fin, respondió, con gravedad:

—Ahriel ha ido a alertar a los otros ángeles de que se preparen para la batalla. Alguien tenía que hacerlo, pues desconocen los planes de Marla y no tienen ni idea de la catástrofe que se ha abatido sobre nuestro mundo. Y no pienses ni por un momento que abandonó a los presos de Gorlian, muchacho. Hemos venido hasta aquí para buscar esa esfera. Tendrías que haber visto la cara que puso Ahriel cuando Marla la estrelló contra el suelo. Creía que aún estabas dentro y que te había perdido para siempre.

—Yo...

—Tu madre ha ido hasta el mismo infierno para recuperarte —concluyó Ubanaziel.

Zor tragó saliva.

—Entonces, ¿por qué me abandonó cuando era un bebé?

—Eso tendrás que preguntárselo a ella. Si es que tenemos la oportunidad de volver a encontrarnos.

Ubanaziel le contó, en pocas palabras, todo lo que Zor no sabía. Le habló de cómo Ahriel había regresado de Gorlian para enfrentarse a Marla, de cómo frustró sus planes al vencer al Devastador en Vol-Garios y de cómo el líder de la Hermandad, Fentark, y la propia Marla, habían acabado en el infierno como consecuencia de aquella derrota. Le relató la audiencia de Ahriel ante el Consejo de Aleian y que él mismo la había acompañado hasta el mundo de los demonios para interrogar a Marla. Le habló de sus experiencias allí, y del trato que habían hecho con Furlaag. Le contó que habían regresado con Marla para recuperar la esfera de Gorlian, pero que ésta los había engañado y conducido a una trampa.

—Creímos que estábamos rescatando a Marla de Furlaag —concluyó Ubanaziel—, pero ellos dos habían hecho un pacto previamente. Ese joven partidario suyo, Shalorak, había negociado con Furlaag la liberación de Marla. Y el demonio accedió, con la condición de que abrieran las siete puertas del infierno. Dado que una de ellas sólo puede ser abierta con intervención angélica, tuvieron que esperar a que nosotros acudiéramos a buscar a Marla. Pero habían previsto que iríamos, y que nos la llevaríamos con nosotros. Lo tenían todo planeado.

—¿Entonces, ahora...?

—... Ahora, la Hermandad se ha salido con la suya. Las siete puertas del infierno se han abierto, y los demonios están invadiendo nuestro mundo. Por eso se derrumbó la Sala de las Grandes Invocaciones: ellos la hicieron estallar al cruzar en masa a nuestra dimensión.

—Y abrieron un boquete en la pared para salir al aire libre como un puñado de enormes y feos murciélagos —gruñó el Loco Mac—. Pero gracias a eso se creó bastante confusión y pudimos escapar.

—Así que, ya ves —añadió Ubanaziel, con una torcida sonrisa—. No dudes del cariño que siente tu madre por ti ni subestimes su voluntad de recuperarte. Ha provocado el fin del mundo por ello.

Zor se sintió fatal. Objetivamente no era culpa suya, pero no podía evitar sentirse responsable. Todavía seguía sin tener claro que Ahriel fuera un ángel lleno de amor y bondad, pero estaba empezando a temer que tenía la mala fortuna de destruir todo lo que tocaba, empezando por la conciencia de Marla y terminando por el mundo entero.

—¿Y no hay... no hay nada que podamos hacer? —preguntó con voz débil.

Ubanaziel negó con la cabeza.

—Sólo desear que los ángeles ganen la batalla —respondió, poniéndose en pie—. Y eso me recuerda que debo acudir a unirme a los ejércitos de Aleian. Vosotros, en cambio, estaréis a salvo aquí. Estoy casi seguro de que Shalorak y Marla se han marchado, y los otros tres hechiceros dieron su vida para alimentar la energía del portal y propiciar así su apertura. En cuanto a los demonios, habrán volado hasta la ciudad más cercana... Karishia, tal vez, aunque puede que Furlaag los obligue a respetarla por ser la capital del reino de Marla. En cualquier caso, llevan siglos deseando regresar a nuestro mundo para destrozarlo a placer, así que no habrá uno solo que se haya quedado en estos túneles pudiendo masacrar una aldea entera.

Zor se sentía cada vez peor.

—¿En serio que no hay nada que podamos hacer?

—¿Contra los demonios? —el ángel sonrió amablemente—. Créeme, muchacho: ya habéis hecho mucho. Más de lo que se le podría exigir a cualquier humano. O incluso a un joven medio ángel como tú —añadió, tras una pausa—. Quizá tu sangre angélica alargue tu vida un poco más de lo habitual en un humano corriente, pero juraría que no creces con más lentitud. ¿Cuántos años tienes? ¿Trece, catorce?

Zor no respondió a la pregunta. Sólo los novatos contaban el paso de los días en Gorlian, así que no sabía qué edad tenía en realidad. Pero irguió las alas, con toda la dignidad de la que fue capaz.

—¿No puedo unirme a vosotros?

—¿Al ejército de Aleian? —Ubanaziel negó con la cabeza—. No estás preparado, Zor. Aunque con el tiempo, y con el debido adiestramiento, llegaras a ser más poderoso que la mayoría de los luchadores humanos, será difícil que alcances el nivel de un guerrero angélico, porque eres un mestizo. Además, acabas de salir de Gorlian. Aún no sabes nada del mundo real, no has recibido instrucción y jamás te has enfrentado a un demonio. Ahriel ha provocado todo esto en su deseo de recuperarte —sonrió—. No quiero ser el responsable de tu muerte prematura y tener que enfrentarme a ella después.

—Pero tiene que haber algo...

—... Y puede que lo haya —intervino el Loco Mac—. A ver, el problema es que las dos dimensiones se han unido, ¿no es así? Los acólitos de la Hermandad han abierto las siete puertas del infierno a la vez. Habría que volver a cerrarlas...

—Agradezco tu buena voluntad, Mac, pero no pueden volver a cerrarse —respondió Ubanaziel—. No con todos esos demonios volando libres.

El Loco Mac se rascó la cabeza.

—¿Y cómo lo hicisteis la última vez, entonces?

—Fue más sencillo, porque estábamos al tanto de las intenciones de los magos humanos y, si bien no pudimos evitar que se abrieran las puertas, estábamos aguardando a las hordas infernales y los obligamos a retroceder hasta devolverlos a todos a su dimensión. Pero me temo que en esta ocasión nos ha cogido totalmente desprevenidos. Para cuando el ejército de Aleian les salga al encuentro, estarán tan extendidos por nuestro mundo que la única opción que nos quede será aniquilarlos a todos.

Zor detectó que el ángel se estaba esforzando por ser amable con ellos porque le habían salvado la vida, pero su paciencia se estaba agotando. Lo notaba en la forma en que hacía vibrar las puntas de sus alas.

—Bueno, pero ¿y si hubiera otra opción?

—Déjalo, Mac... —intervino Zor, incómodo.

—¡Es que sé de qué estoy hablando! —insistió Mac, tozudo, soltando una frenética carcajada—. Dedicad sólo unos minutos a escucharme, por todos los demonios. Que estoy viejo, pero no senil. A ver, todo esto se ha iniciado con un pacto, ¿no? Un pacto entre un humano y un demonio. Eso establece un vínculo entre ambos y refuerza la

unión entre ambas dimensiones. No me mires así —le reprochó, incómodo, al ángel, que lo observaba con los ojos entornados—. Formé parte de esta secta y aprendí cosas de las que no me enorgullezco, pero que sepas que jamás aprobé los escarceos de Fentark con Furlaag, y en mis últimos tiempos como habitante de este inmundo lugar me informé sobre el tema, por si había que lamentar accidentes.

—¿Quieres decir que conoces la forma de cerrar las puertas? —preguntó Zor, emocionado.

Mac se removió, inquieto.

—Bien, conocer, lo que se dice conocer... Tan sólo recuerdo haber leído algo al respecto. La forma de romper el vínculo, de deshacer el pacto.

—Eso podría funcionar —asintió Ubanaziel, pensativo—, pero no nos sirve de nada si no sabes cómo ha de hacerse.

—¡Pero lo leí en algún sitio! Y no creas que en aquellos tiempos, con Ahriel husmeando por todas partes como protectora del reino que era, uno podía tener libros de magia negra en el salón de su casa, como si nada. Así que la mayoría terminaron aquí: en la biblioteca de la Hermandad.

Ubanaziel alzó una ceja.

—¿Insinúas que debemos buscar por aquí una biblioteca repleta de tomos sobre magia negra para ver si casualmente damos con el libro que menciona cómo disolver un pacto demoníaco?

De pronto, Mac ya no pareció tan seguro de sí mismo.

—Bueno... si no es mucha molestia...

—¡Yo voy a ayudarte! —saltó Zor—. ¡Esto es algo que nosotros podemos hacer, Ubanaziel! Y, si de verdad no queda nadie en los túneles, no corremos peligro. Pero, si tú nos echaras una mano, tendríamos más oportunidades de encontrar el libro a tiempo.

—Además, seguro que están haciendo planes sin ti. Ahriel sabe que te quedaste a cubrirle la retirada frente a una cuadrilla de hechiceros y cientos de demonios. No te ofendas, pero a estas alturas todo el mundo te habrá dado por muerto.

Ubanaziel le dedicó una torva sonrisa, como queriendo decir que nunca se debe dar por muerto a alguien que ha regresado dos veces del mismo infierno.

—Soy general del ejército angélico —declaró—. No puedo faltar a mi deber. Sin embargo —añadió—, el Consejo tardará aún un tiempo en organizar las tropas y lanzar a los nuestros a la batalla. Me uniré a ellos más tarde.

Mac y Zor sonrieron, satisfechos.

—Confía en Ahriel —dijo Mac—. Tiene un talento extraordinario para meter la pata, pero seguro que será capaz de dar la alarma sin romper nada, ¿no?



—¿Cómo has dicho? —casi gritó Lekaiel; y no solía levantar la voz a menudo.

Ahriel tragó saliva y repitió:

—Los humanos han abierto las siete puertas del infierno. Nos invaden los demonios, comandados por un tal Furlaag. Debemos preparar el ejército para salirles al paso.

Los Consejeros de habían quedado mortalmente pálidos. Lekaiel contempló a la portadora de tan malas nuevas, inclinando apenas su esbelto cuello de cisne.

—Es una broma, ¿verdad?

Ahriel había estado dispuesta a soportar cualquier amonestación o castigo que el Consejo tuviese a bien imponerle, pero no estaba preparada para lidiar con su escepticismo. No cuando la situación era tan grave, cuando los demonios estaban ya haciendo estragos en el mundo de los humanos... cuando, muy probablemente, Ubanaziel hubiese caído en la Fortaleza.

—Sé que tengo fama de ser un ángel muy... peculiar —replicó, tratando de reprimir su ira—. Pero creedme,

Consejeros, si os digo que, por muy incomprensible que os parezca mi comportamiento a veces, jamás osaría bromear con un asunto tan grave.

Lekaiel se echó hacia atrás en su asiento, tratando de digerir las noticias. Parecía perpleja y, por un momento, no supo qué decir.

—Si se me permite —carraspeó Adenael—, no entiendo mucho de estas cosas, pero tenía entendido que los humanos no pueden abrir las puertas del infierno.

—La secta de Marla resucitó la magia negra en el mundo —les recordó Ahriel, apretando los dientes—, y con ella, el conocimiento necesario para contactar con demonios y abrirles las puertas a nuestro mundo. Os lo advertí en su día, y tampoco estaba bromeando entonces, como demuestra el hecho de que no hace mucho invocaron al Devastador en Vol-Garios...

—No estaba hablando de eso, Ahriel —cortó Adenael—. Lo que quiero decir es que no pueden abrir todas las puertas del infierno a la vez. Una de ellas tiene una llave combinada, lo cual significa que requiere la participación de un ángel, como podría confirmarnos el Consejero Ubanaziel si se hallara presente.

—Pues ha sucedido, y el propio Ubanaziel me envía a advertiros.

Lekaiel frunció levemente el ceño.

—¿Y por qué no ha venido él contigo?

Ahriel tragó saliva nuevamente.

—Se... se quedó atrás. Para cubrirme la retirada.

—¿Atrás?

—Tratamos de impedir que esos brujos llevaran a cabo la apertura de las puertas. Nos superaban en número, y Ubanaziel juzgó que no podríamos hacer nada para evitarlo. Nos enteramos... demasiado tarde, Consejeros. Entonces me ordenó que regresara para alertaros, y se quedó para garantizar que yo podría escapar con vida —el nudo de su garganta se hizo más grande, y luchó por contener las lágrimas—. Consideró que era imprescindible que uno de los dos regresara a Aleian cuanto antes para que los demonios no nos sorprendieran con la guardia baja.

Reinó un asombrado y pesado silencio.

—¿Insinúas que el Consejero Ubanaziel... ha caído? —inquirió Lekaiel.

Ahriel parpadeó un par de veces, pero no pudo evitar que se le humedecieran los ojos.

—No puedo asegurarlo —respondió—, pero es... bastante probable.

—Ubanaziel no tendría ningún problema en enfrentarse a un grupo de humanos, Ahriel —objetó Radiel, con escepticismo.

—A un grupo de humanos, no, Consejero: a un grupo de humanos que controlan admirablemente bien la magia negra... y a las docenas de demonios que salieron por la puerta en cuanto ésta se abrió.

Ahriel leyó el horror y el desconcierto en las marmóreas expresiones de los Consejeros a medida que iban asimilando la noticia.

—Pero Ubanaziel... —exclamó Didanel, desconcertada—, quiero decir... ¿cómo es posible que haya sucedido algo así? ¿Cómo pudieron abrir todas las puertas del infierno?

—Es una buena pregunta —dijo Lekaiel con frialdad, y dirigió hacia Ahriel la severa mirada de sus ojos violáceos.

—Fuimos... engañados, Consejeros —reconoció ella, de mala gana—. Ubanaziel y yo traspasamos la puerta de Vol-Garios y regresamos del infierno con la información que habíamos ido a buscar. Sin embargo, hubo un demonio que fue más astuto que nosotros, y se las arregló para que llevásemos con nosotros, sin advertirlo, un objeto procedente de su mundo...

—... Y, si eso sucede, la puerta no queda cerrada del todo —asintió Lekaiel—. Lo sé. Y dime, Ahriel, ¿ese objeto no se llama Marla Marla, por casualidad?

Ahriel enrojeció, de ira, de vergüenza y de frustración.

—No fue por los motivos que sospecháis. Ella... ¡ah, por todos los engendros de Gorlian! —estalló, furiosa—. ¿Qué importan los detalles? ¡Nos invaden las huestes del infierno! ¡Están masacrando oranias, pueblos, ciudades

enteras! ¡Están exterminando a todo ser viviente, y si no os habéis enterado todavía es porque aquí, en vuestra blanca ciudad, estáis demasiado alejados del suelo como para escuchar sus gritos de agonía!

—¡Ahriel! —la reconvinó Lekaiel, poniéndose en pie de un salto—. ¡No toleraré...!

—Castigadme si lo deseáis, Consejeros —los desafió ella, calmándose un poco—. Acataré vuestra decisión sin una protesta. Pero, por la luz bendita y el sagrado Equilibrio... haced algo, os lo ruego. Llamad a las armas a toda la ciudad, acudid a prestar batalla. Es lo único que pido, y no lo estoy pidiendo para mí...

—Lo cual es toda una novedad —interrumpió Radiel—. ¿Eres consciente de que, si lo que dices es cierto, tú sola has desencadenado la mayor catástrofe sufrida por nuestro mundo en muchos milenios?

—Yo sola, no —sonrió Ahriel torvamente—. No le arrebatéis a Marla el crédito que merece. Ni tampoco a nuestro buen amigo Furlaag. Sin embargo, soy consciente de mis errores y no eludiré mi castigo. Pero os lo suplico nuevamente, Consejeros, no perdamos más tiempo. Hay que detener a los demonios...

Se interrumpió de pronto, porque hasta la Sala del Consejo llegó un estrépito procedente del exterior; voces airadas, un grito desesperado, el rumor de pasos que se acercaban a la carrera... Ahriel y los Consejeros se volvieron hacia la entrada, sorprendidos, y vieron precipitarse al interior a un ángel que mostraba un aspecto lamentable; tenía el rostro y las ropas cubiertas de sangre, y una de sus alas estaba ligeramente torcida.

El recién llegado avanzó unos pasos y cayó de bruces ante la mesa del Consejo, a los pies de Ahriel. Justo entonces llegaron los dos ángeles que vigilaban la entrada.

—¡Consejeros, os ruego...! —pudo decir el herido, alzando una mano ensangrentada hacia ellos.

—Pedimos disculpas, Consejeros —intervino uno de los guardias—. Tratamos de decirle a Melbanel que estabais reunidos, intentamos llevarlo a la casa de sanación, pero no quiso escuchar...

—¡Demonios! —aulló el recién llegado, y Lekaiel se levantó de nuevo, lívida, y alzó una mano solicitando silencio.

—Melbanel —dijo, con suavidad—. ¿Qué te ha sucedido?

El ángel trató de incorporarse, rechazando la ayuda de Ahriel, que se había agachado junto a él, y respiró hondo antes de decir:

—Hordas de demonios, Consejeros... se abatieron sobre la hermosa ciudad de Sin-Kaist, poco antes del crepúsculo. Sus alas negras cubrieron el cielo y llenaron nuestros corazones de oscuridad. Y entonces se arrojaron sobre todas las criaturas vivientes... animales, humanos... hombres, mujeres... niños... —sollozó sin poderlo evitar—. Eran tantos... tantos... y no se contentaron con matarlos rápidamente. Ellos...

—Está bien, amigo —trató de tranquilizarlo Ahriel.

—... No pude salvarlo —gimió el pobre ángel—. Mi pobre, pequeño Saldabar... Ni siquiera a él...

Ahriel respiró hondo, apenada. Saldabar era el príncipe heredero del reino de Kaist. No sabía mucho de él, salvo que había nacido apenas tres años antes de que Marla la encerrara en Gorlian, y que los ángeles también le habían asignado a él un guardián nada más nacer.

«Pobre, pobre Melbanel», se dijo Ahriel, mientras el desgraciado ángel hundía la cabeza en su hombro y se echaba a llorar, sin poderse contener. Ella lo abrazó, tratando de consolarlo, mientras alzaba la mirada hacia los Consejeros, que los contemplaban, mudos de espanto. Era tan insólito ver a un ángel llorando que ninguno de ellos era capaz de apartar la mirada de él.

—Y bien, Consejeros... ¿pensáis enviar ya a las tropas a detener a los demonios, o vamos a seguir discutiéndolo hasta que los tengamos ante las puertas de la ciudad?

Lekaiel reaccionó.

—No pueden llegar hasta aquí —declaró—. Hace ya muchos siglos que dotamos a Aleian de una protección adecuada. Ningún demonio sería capaz de sortearla.

—¡Pero están de camino, Consejera! —intervino Melbanel, aún alterado—. ¡Los oí hablar! ¡Vienen hacia aquí, porque su propósito es conquistar la Ciudad de las Nubes y exterminarnos a todos!

—¡Cómo se atreven! —estalló Radiel, indignado.

—Son demonios —dijo Lekaiel con calma—. Bien, Consejeros: ha llegado la hora de detener a esas

criaturas... y espero que en el futuro no haya ninguna otra ocasión.

A pesar de la seguridad que parecía mostrar la Consejera, Ahriel no se sintió mejor. Los demonios habían engañado al mismísimo Ubanaziel, y no le parecía que el resto de Consejeros estuviesen mejor preparados que él para afrontar la crisis que se les venía encima. Sin embargo, permaneció en silencio mientras el Consejo se disolvía para cumplir las órdenes de Lekaiel. Había que dar la alarma, reunir a los guerreros, informar a los generales de la situación y nombrar un sustituto para Ubanaziel. Ahriel se quedó allí, de pie, sintiéndose agotada de pronto. Contempló a Melbanel mientras se lo llevaban a la casa de sanación y se preguntó qué sería peor, ver morir a un protegido inocente o contemplar cómo su pupila se las arreglaba para destruir el mundo.

—No me olvido de ti, Ahriel —dijo a su espalda la clara voz de Lekaiel, sobresaltándola—. Espero que comprendas que todo esto es en gran parte responsabilidad tuya.

Ahriel se volvió lentamente. Su mirada se encontró con la de los ojos violetas de la Consejera. La sorprendió ver que no había en ellos ira, ni siquiera reproche: sólo dolor y resignación.

—Tomaste una serie de decisiones erróneas con respecto a la educación de tu protegida —prosiguió ella—, y luego no supiste solucionar los problemas que causó. No sólo eso: tu egoísmo y tu obcecación en actuar sólo en provecho propio nos ha conducido a todos al desastre. Un desastre del que ni siquiera Ubanaziel ha sido capaz de escapar. Lamento decir que has demostrado sobradamente ser un peligro no solamente para la sociedad angélica, sino para el mundo entero. Sabes que hacía siglos, puede que milenios, que ningún Consejero tenía que tomar una decisión semejante, y me duele mucho tener que ser yo quien lo haga. Pero deberemos encerrarte, Ahriel; y, cuando todo esto termine, serás juzgada.

Ahriel asintió.

—Lo comprendo, y lo acepto. No opondré resistencia.

Pero Lekaiel negó con la cabeza.

—Me temo que no entiendes la gravedad de la situación, Ahriel. Ha habido otras ocasiones en las que hemos tenido que privar de su libertad a algún ángel enajenado, temporal o definitivamente. No sucede a menudo, pero se conocen casos, especialmente entre aquellos que han debido pasar mucho tiempo entre humanos. Sin embargo, que yo recuerde, jamás...

Parecía que le costaba continuar, y Ahriel la ayudó, con amabilidad:

—... ¿jamás se había ejecutado antes a un ángel?

Ella pareció sorprendida.

—¿Cómo...?

Ahriel sonrió.

—He pasado muchos años en Gorlian, Consejera. He visto demasiados asesinatos y he estado demasiado cerca de la muerte como para que me impresione la posibilidad de ser ejecutada.

—Es... es prematuro hablar de esto antes del juicio...

—Pero no soy una ingenua, Lekaiel. Sé que, si vencemos a los demonios, el Consejo votará a favor de mi ejecución inmediata. Tú lo has dicho, soy un peligro. Y, si el mundo sale de ésta, será un mundo mejor sin mí.

—Eso... lo hará más fácil para todos —dijo ella, a media voz—. Pero lo siento mucho por ti.

Ahriel se encogió de hombros y le devolvió una amarga sonrisa. Recordó todo lo que había perdido: a Marla, a Bran, a su hijo... incluso a Ubanaziel. Pero lo que echaba de menos era todavía más íntimo e intangible: algo, cualquier cosa, que reavivara sus deseos de seguir viviendo.

—No lo sientas —murmuró—. Ya no me queda nada por lo que luchar.

Lekaiel alzó una mano para colocarla sobre el hombro de Ahriel, consoladora. Aquél era el contacto más íntimo que habían tenido jamás.

—También lamento oír eso —dijo—. Créeme.

—Te creo, Lekaiel —sonrió Ahriel.

Los dos ángeles cruzaron una larga mirada, dolorosa, sincera.

Momentos más tarde, cuando los dos guardias regresaron para conducirla a la prisión donde había de ser

recluida, Ahriel los siguió, dócilmente, sin una sola palabra de protesta.



X. Enfrentamiento

Shalorak se apoyó sobre la balaustrada del mirador y contempló el crepúsculo rojizo que se abatía sobre la ciudad de Karishia. A sus pies, entre el castillo y las murallas exteriores, millares de almas se ocultaban en sus casas, presas de terror y en el más absoluto silencio. Marla había ordenado cerrar las cinco puertas que daban acceso a la ciudad, y de nada habían servido los gritos y las súplicas de todos los granjeros y campesinos que habían quedado fuera. Shalorak se había encargado de reforzar la muralla con su propio poder, de modo que los pobres desgraciados no habían tenido ninguna oportunidad. Los demonios habían llegado horas antes y habían arrasado con todo lo que se extendía más allá de los muros de Karishia.

Pero no habían entrado en la ciudad.

Los labios del joven se curvaron en una suave sonrisa. Los demonios están obligados a respetar los pactos, eso le había enseñado Fentark. Pobre Fentark.

Los ciudadanos de Karishia no habían aceptado de buena gana el regreso de Marla, pero ahora no quedaba nadie que se atreviera a alzar la voz contra ella. El mundo entero estaba siendo atacado por el ejército más temible que jamás hubiese visto, y sólo los súbditos de Marla, y no todos, se verían a salvo de aquella pesadilla. Se lo agradecerían en el futuro rindiéndole su más fervorosa lealtad. Y, si cuando todo hubiese acabado, aún quedaban siervos sediciosos que sospecharan que era ella la causante de aquella catástrofe, desde luego no olvidarían que no sólo tenía de su parte el poder del mismo infierno, sino que era la única capaz de protegerlos de él. Y lo recordarían en el futuro, noche tras noche, cuando los gritos de agonía de las víctimas de aquel fatídico día resonaran en sus pesadillas. Recordarían que ninguno de ellos había tenido el valor de salir a socorrerlos, que se habían contentado con refugiarse bajo sus camas, temblando, agradeciendo a los dioses que no eran ellos quienes estaban sufriendo aquel horror al otro lado de la muralla. Sintióse, al mismo tiempo, avergonzados de que la desgracia ajena les resultara tan espantosamente reconfortante.

«Todos son iguales», pensó Shalorak con desprecio. «Seres débiles, cobardes y mezquinos. Demasiado timoratos como para imponer su voluntad a los demás, y demasiado miserables como para plantar cara por los suyos cuando huelen peligro. No son mejores que las ratas, después de todo».

Recordó, con desagrado, los días posteriores a la caída de Fentark en Vol-Garios. Había sido culpa de Ahriel, pero Shalorak no le guardaba rencor. Después de todo, el ángel había luchado por su vida y por aquello en lo que creía. No; a quien el joven hechicero se sentía incapaz de perdonar era a todos aquellos a quienes su maestro Fentark había llamado «hermanos». Casi todos ellos habían salido huyendo en desbandada, habían abandonado la Hermandad por la que habían jurado dar la vida, dejando a Marla y a Fentark en el infierno. Apretó los puños, irritado. Había tenido que ser él, el más joven de sus discípulos, y el más prometedor, quien se encargara de volver a levantar todo lo que su maestro había construido; de reunir a los pocos hermanos leales que quedaban; de negociar con Furlaag la liberación de Marla. Y no había sido fácil, por supuesto que no. Pero podía hacerse. La diferencia entre Shalorak y los demás era que él había decidido actuar, en lugar de refugiarse en un rincón oscuro a gimotear y a lamerse patéticamente las heridas. Después de todo lo que había logrado, ninguno de los suyos había osado disputarle el liderazgo de la Hermandad.

Sintió de pronto una presencia tras él, y se volvió para recibir a quien acababa de entrar, y una buena parte de su desprecio hacia la raza humana se esfumó nada más verla. Había muy pocas personas que merecieran los respetos de Shalorak, y Marla era una de ellas.

La contempló, extasiado. Había tomado un baño, devorado una opípara comida y dormido durante horas, y ahora se mostraba ante él de nuevo vestida con sus roniaies princinescos y tan bella como la recordaba. Las luces

del atardecer arrancaban reflejos cobrizos de su larga cabellera, y su boca esbozaba una alentadora sonrisa.

Con todo, los vestigios de la dura prueba sufrida en el infierno aún eran claramente visibles en ella. Shalorak la encontraba demasiado delgada, casi esquelética, y su rostro mostraba unas profundas y oscuras ojeras. Su mirada escondía un destello de terror irracional que probablemente nunca se apagaría del todo. Shalorak se odió a sí mismo, una vez más, por no haber podido rescatarla antes. Se sentía responsable por cada uno de los días que Marla había sufrido en el infierno.

La recibió con una sentida reverencia.

—Bienvenida seáis, mi señora, de vuelta al reino que os pertenece por derecho.

Ella sonrió y avanzó hasta situarse junto a él, en la terraza.

—Gracias, Shalorak. Y, hablando de eso, ¿qué ha sido de mi tío Bargod?

—Prisionero en las mazmorras, como ordenasteis. Aunque sigo pensando que debería ser sacrificado, por vuestra seguridad.

Marla frunció el ceño. No terminaba de acostumbrarse a la peculiar manera de hablar del joven, ni a que utilizara palabras como «sacrificar» en lugar de «ejecutar».

—Ha cuidado bien del reino durante mi ausencia.

—Ha predispuesto a la plebe contra vos, mi reina.

Marla suspiró.

—¿Y qué importa eso? A este paso, pronto ya no me quedarán súbditos a los que gobernar.

—No los necesitáis —replicó Shalorak con fervor; ante la mirada inquisitiva de Marla, añadió—: no os merecen. Deberíais reinar sobre seres leales y esforzados, criaturas perfectas, dignas de servirlos, que os adoren como yo os adoro.

Ella se sintió halagada, pero trató de ocultarlo. Con todo, Shalorak reparó en el leve rubor que teñía sus mejillas cuando enarcó una ceja para decir:

—¿Criaturas perfectas? ¿Insinúas que debería reinar sobre los ángeles?

Shalorak no respondió, pero le brindó una enigmática media sonrisa.

—No quiero volver a saber nada de los ángeles —prosiguió Marla—. Ojalá se hubiesen quedado todos en su mundo más allá de las nubes y se hubiesen olvidado de los humanos. Ojalá me hubiesen dejado en paz. Lo único que me alegra de la invasión de los demonios es que van a darles su merecido a esos... esos...

—... Engreídos, severos y estirados tiranos con alas emplumadas —completó él, acentuando su sonrisa.

Hacía ya años que Marla odiaba a los ángeles en general y a Ahriel en particular. Jamás había soportado la rígida y estricta tutela del ángel, y había acabado por cansarse de verla fruncir el ceño ante el mínimo error que cometía. Tras comprender que nunca podría cumplir las expectativas de Ahriel y que tampoco tenía sentido compararse con ella, simplemente se había rendido y había buscado una vía de escape. Con el tiempo, el resentimiento hacia su protectora se había convertido en algo más intenso y profundo. Y Fentark le había ofrecido el poder y la libertad que Ahriel le negaba, abriéndole las puertas a un mundo de infinitas posibilidades. El hecho de poder escabullirse del palacio y aprender a su lado en un rincón secreto donde el ángel no podía encontrarla la hacía sentir independiente y segura de sí misma.

Además, gracias a Fentark había conocido a Shalorak. Marla apoyó la cabeza en el hombro de él y suspiró cuando sintió su brazo ciñéndole la cintura. Mientras había estado prisionera en el infierno, en las garras de Furlaag, sólo dos cosas habían mantenido viva su esperanza: el deseo de venganza y la certeza de que Shalorak la estaba aguardando en alguna parte.

Y él la había amado total e incondicionalmente desde el principio, con todos aquellos defectos e imperfecciones que eran parte de su personalidad, y que Ahriel se había esforzado tanto por corregir. Shalorak la amaba por ser como ella era. Y, aunque nunca lo habría admitido en voz alta, Marla pensaba secretamente que él era perfecto.

Juntos contemplaron el crepúsculo que se abatía sobre su ciudad, tan silenciosa que parecía un tumba. Los demonios habían arrasado con todo lo que había más allá de las murallas y después se habían marchado, pero los aterrados habitantes de Karishia aún no se atrevían a dar señales de vida. Marla sabía que las criaturas infernales se

estaban reagrupando, bajo el mando de Furlaag, para atacar a los ángeles. Había muchos demonios poderosos en el infierno, y no era fácil que uno de ellos prevaleciese sobre los demás; pero Furlaag los había liberado y, al menos por un tiempo, todos lo seguirían, enardecidos, a dondequiera que los guiase, siempre que siguiera proporcionándoles cosas que destruir y criaturas a las que matar.

—¿Quién vencerá en esta batalla? —preguntó Marla, preocupada.

Shalorak se encogió de hombros.

—Es difícil de decir, pero no creo que ninguno de los dos bandos extermine totalmente al otro. Indudablemente, caerán muchos alados, de uno y otro lado. Los demonios que sobrevivan no estarán dispuestos a regresar al infierno y, cuando hayan devastado nuestro mundo, se volverán contra nosotros.

—Los demonios deben respetar los pactos —le recordó Marla.

—Pero nosotros hemos pactado con Furlaag solamente. De momento, los otros demonios lo obedecen, pero cuando este mundo ya no sea lo bastante grande para ellos, tratarán de destruir a los pocos humanos que se salvaron, no importa lo que pactara Furlaag al principio.

—Entonces, estamos condenados.

—No, mi reina —la contradijo él, con una serena sonrisa—. Tenemos dos opciones: puedo crear un pequeño mundo artificial para nosotros...

—¿Cómo Gorlian? —bromeó ella.

—Mucho mejor que Gorlian. Sería un paraíso privado en el que estaríamos juntos y a salvo para siempre. Un mundo hecho a vuestra medida, del que vos seríais la única y verdadera emperatriz.

—No suena mal. ¿Y cuál es la otra opción?

—Puedo abrir un portal a otro mundo lo bastante rico y próspero como para que los demonios se sientan atraídos por él. Podríamos dejar que se marcharan cuando ya no les quede mucho con lo que arrasaron. Entonces, cerraría el portal tras ellos...

—... Y yo sería la soberana de un mundo muerto que tendría que reconstruir.

—Nadie dijo que fuera fácil, mi reina.

Marla calló. Su mirada se perdió en el horizonte durante unos largos instantes.

—Ha sido un precio muy alto a cambio de mi liberación, Shalorak.

—Fue lo único que aceptó Furlaag. Me ofrecí yo mismo para ocupar vuestro lugar en el infierno, pero no fue suficiente para él.

—Aun así... —empezó ella, pero Shalorak la hizo callar, sellándole los labios con su dedo índice, y la miró a los ojos, extraordinariamente serio.

—Para mí, vuestra vida y vuestra libertad no tienen precio —dijo, con suavidad—. Habría cumplido con cualquier exigencia de ese demonio... cualquiera. Y daría mi vida por vos una y mil veces sin dudar un instante. Sería capaz de destruir un millón de mundos con tal de manteneros a salvo, mi reina.

Ambos cruzaron una larga mirada y se besaron tierna y apasionadamente.



Encontrar la biblioteca les costó más de lo que habían previsto. Una vez de vuelta a los túneles, resultó que la memoria del Loco Mac no era tan infalible como había creído. La buena noticia era que, en efecto, la Fortaleza parecía estar totalmente desierta, de modo que subieron sin incidentes al piso superior, donde se hallaban los aposentos de los miembros de la Hermandad. La mayoría de ellos eran apenas pequeñas celdas y estaban vacíos, pero, tras asomarse a varias puertas, Mac descubrió un nuevo túnel que se les había pasado por alto al principio.

—Sabía que era por aquí —comentó, satisfecho, con una risotada estridente—. Las habitaciones de los maestros. La biblioteca no está lejos.

Los guió hasta una puerta que era en apariencia igual que todas las demás. Pero, cuanto trató de abrirla, el

picaporte debió de reaccionar de alguna manera, puesto que Mac lo soltó con un grito.

—Condenados bastardos —masculló, sacudiendo la mano, como si se hubiese quemado los dedos.

Entre maldiciones y palabras malsonantes, Mac examinó la puerta y estuvo un buen rato tratando de desentrañar el hechizo que la mantenía cerrada. Finalmente, trazó un símbolo sobre la puerta y ésta se abrió con un chirrido.

—¿Lo veis? —exclamó, satisfecho—. Cada vez puedo recordar más cosas si me lo propongo...

—Deberías intentar olvidar esos conocimientos, no recordarlos —replicó Ubanaziel con frialdad.

—Tonterías —replicó el Loco Mac, entrando en la estancia—. En otras circunstancias, tal vez lo haría, pero ahora estamos en guerra y tenemos que enfrentarnos a ellos con sus mismas armas...

Se interrumpió de pronto, deteniéndose en seco, y Zor, que iba detrás, chocó contra su espalda.

—¿Qué pasa?

—Esto no es la biblioteca —balbució Mac, perplejo.

Era una cámara bastante amplia, mucho más que cualquier otro dormitorio que hubiesen visto en la Fortaleza, a pesar de que resultaba evidente que de eso se trataba. El aposento estaba dividido en varias estancias: un despacho, una alcoba, una pequeña sala de invocaciones, un estudio y un laboratorio. Todo ello parecía abandonado, como si llevara meses sin utilizarse.

—Son las habitaciones de Fentark —dijo Mac de pronto, y comenzó a curiosear entre los libros de los estantes—. Con un poco de suerte, no tendremos que registrar toda la biblioteca.

Un grito ahogado lo distrajo de su tarea. Venía del laboratorio, y un breve vistazo bastó para confirmar a Mac que Zor y Cosa habían entrado allí.

—¡Maldita sea! —se le escapó, y corrió a buscarlos—. ¡Salid de ahí inmediatamente! ¡No deberíais...!

Pero era demasiado tarde. Para cuando él y Ubanaziel se reunieron con sus compañeros en el interior del laboratorio, Zor lo contemplaba todo con ojos desorbitados de terror, y Cosa se había hecho un ovillo en el suelo, temblando.

—Pero qué... —murmuró Ubanaziel a su lado.

En el centro de la estancia había una mesa de piedra; al fondo, una chimenea con un caldero colgando sobre las cenizas. El resto de las paredes estaban forradas de estanterías abarrotadas de todo tipo de recipientes e instrumentos de formas extrañas y retorcidas. En la mayoría de los tarros sólo se guardaban polvos, líquidos y ungüentos de diversos colores y texturas; pero había también un buen número de botes de cristal de distintos tamaños cuyo contenido era bastante más macabro. En algunos de ellos había miembros de animales: ojos, uñas, garras o entrañas. En muchos otros, flotando en un líquido verdoso, había pequeñas criaturas horriblemente deformes. A pesar de que era evidente que llevaban mucho tiempo muertas, se conservaban bastante bien, y su aspecto indicaba que se trataba del resultado de una serie de experimentos fallidos: proyectos de engendros que, por un motivo o por otro, su creador había decidido conservar en tarros de cristal.

Para Mac, aquello no era ninguna novedad. Conocía el laboratorio de Fentark; allí mismo, mucho tiempo atrás, había sido testigo de cómo aquel hombre brillante y sin escrúpulos había dado vida a muchas de sus criaturas. Pero para sus compañeros resultaba un espectáculo espeluznante, especialmente para la pobre Cosa, quien había entendido muy bien que ella misma podría haber acabado en uno de aquellos botes. Incapaz de permanecer allí ni un momento más, corrió hasta la puerta de lo que parecía un armario y se encerró en su interior.

—Esto es... —murmuró Zor, pero no fue capaz de añadir nada más.

—Inmundo —completó Ubanaziel, torciendo el gesto—. Vámonos de aquí.

Mac estaba examinando los tarros, entre horrorizado y maravillado.

—Algunos de ellos casi parecen humanos —dijo—. Podrían haber sido embriones arrancados del vientre de sus madres. Si sólo...

—Ni una palabra más —atajó Ubanaziel, viendo que Zor se ponía enfermo por momentos—. Salgamos de este antro.

Encontraron a Cosa escondida en un pequeño cuarto anexo al laboratorio, acurrucada sobre un lecho de paja. Ni Zor ni el ánoel prestaron atención al lugar preocupados como estaban por abandonar el laboratorio cuanto antes.

pero Mac lo contempló con curiosidad, tratando de recordar si había estado allí alguna vez. Era un cuarto a medio camino entre una celda y una habitación. En un rincón había un montón de libros viejos, y lo sorprendió comprobar que eran manuales de magia negra. Se preguntó por qué los escondería Fentark allí; parecían muy básicos. En cualquier caso, ninguno de ellos era lo que buscaba, de modo que siguió a sus compañeros de vuelta al pasillo.

—Espero que la próxima puerta que abras nos conduzca a la biblioteca —dijo Ubanaziel—. No creo que el muchacho sea capaz de soportar otro espectáculo como ése y, para ser sincero, tampoco a mí me apetece demasiado.

Mac echó un vistazo al rostro de Zor, de un enfermizo tono verdoso.

—Está bien, está bien —masculló.

Por fortuna para todos, los siguientes intentos los condujeron a estancias más agradables, y terminaron desembocando en una enorme sala abovedada cuyas paredes estaban abarrotadas de libros.

—Vaya —comentó Zor, impresionado—. No creo que nadie sea capaz de leer todo esto.

—La mayoría de los libros son sólo de consulta —respondió Mac, claramente orgulloso de la colección de la Hermandad.

Ubanaziel sacudió la cabeza.

—Nunca he sido partidario de quemar libros, pero este lugar debería arder por completo —manifestó—. Gracias a estos libros, Marla aprendió cómo crear Gorlian, y Shalorak, cómo invocar demonios. Y por todo ello nos hallamos hoy al borde de la destrucción total.

—Bueno, pero, de momento, el conocimiento que hay en estos libros podría salvarnos a todos —se defendió Mac, pasando un dedo por los lomos de los volúmenes; escogió uno y lo llevó hasta la larga mesa rectangular que presidía la estancia—. Echadme una mano, ¿queréis?

—¿Cómo? —preguntó Zor, incómodo de pronto.

—Bueno, he olvidado los títulos de la mayoría de los manuales especializados, pero podrían servir todos aquellos que lleven escritas en la cubierta palabras como «inframundo», «infierno», «invocaciones», «seres de otros planos» o «pactos demoníacos».

—Ah... vale —asintió Zor, aunque no parecía muy convencido.

Durante un buen rato, los cuatro trabajaron en silencio. Mac se sentó a la mesa, frente a un buen montón de libros, y Ubanaziel hizo lo propio, mientras Zor rebuscaba en las estanterías. Cosa se encargaba de llevar a la mesa los volúmenes que él iba escogiendo.

Pronto, Mac se dio cuenta de que la mayor parte de los libros que le entregaba no tenían nada que ver con lo que le había pedido. Desconcertado, examinó los títulos del último montón que le había acercado Cosa. Encontró una enciclopedia de plantas venenosas, el sexto volumen de un tratado de historia universal, un exhaustivo estudio de anatomía humana y animal, una extensa y sesuda disertación sobre los límites espacio-temporales de la realidad y hasta un manual de apicultura. Lo único que tenían en común aquellos libros tan dispares era su considerable grosor. Se volvió hacia Zor y le preguntó a bocajarro:

—Oye, muchacho... El viejo Dag nunca te enseñó a leer, ¿verdad?

Ubanaziel alzó la mirada del volumen que estaba leyendo, mientras Zor enrojecía hasta las orejas.

—Yo... yo... —tartamudeó.

—Está bien, está bien —cortó Mac—, no tienes por qué avergonzarte. Después de todo, eres un hijo de Gorlian. Olvidé que no habías visto un libro en tu vida.

—¡Eso no es verdad! —protestó Zor—. Mi abuelo tenía un libro... no tan grande y grueso como los que hay aquí, claro, ni tan bonito. Se lo dio un mercader de la Cordillera y él solía mirarlo a menudo y decir que ojalá hubiese aprendido a leer y pudiese enseñarme...

—Gorlian era un pozo de ignorancia —suspiró Mac—. Probablemente el viejo Dag conservara el único libro que hubo nunca allí...

—Sí —cortó Ubanaziel con sequedad—, ya veo lo mucho que añorabas esta biblioteca repleta de libros sobre magia negra

—No todo son libros sobre magia negra —protestó Mac— y, de todos modos, te recuerdo que no serán precisamente las novelas de amor las que salvarán nuestro mundo —añadió.

Tomó una pluma que descansaba sobre el escritorio y, tras mojarla en un tintero, garabateó unas cuantas palabras en un trozo de pergamino.

—Ten —le dijo a Zor, entregándoselo—. Busca libros que tengan escritos en la tapa símbolos parecidos a éstos. ¿Podrás?

—Lo intentaré —prometió el chico, aunque al examinarlo descubrió, desalentado, que aquellos caracteres no significaban nada para él.

—Yo te ayudaré —se ofreció Ubanaziel—, siempre y cuando nuestro amigo el mago negro no se distraiga leyendo cosas que no tienen nada que ver con lo que estamos buscando —añadió, lanzando una mirada amenazante a Mac, que cerró de golpe el libro sobre estudios espacio-temporales, con expresión culpable y una breve carcajada histérica.

Zor volvió a echar un vistazo al pergamino, con un gesto tan desolado que Ubanaziel colocó una mano sobre su hombro y le dijo:

—Tranquilo, Zor; si salimos de ésta, yo mismo te enseñaré a leer, y no sólo el lenguaje humano, sino, también, los símbolos angélicos.

El chico alzó la cabeza hacia él, sin terminar de creerlo.

—¿De verdad?

El ángel asintió.

—Naturalmente. Pese a quien pese, eres hijo de un ángel y, por tanto, perteneces en parte a nuestro mundo. Eso sí —puntualizó, frunciendo el ceño—, me aseguraré de que ni tú ni nadie vuelva a acercarse a uno de estos manuales de magia negra.

Palmeó el hombro del muchacho, y Zor lo contempló con arrobada admiración.

—¿Me enseñarás también a pelear? —preguntó con timidez.

El ángel suspiró.

—Si eso es lo que quieres —accedió—. Pero el mayor logro de un ángel no consiste en ser el mejor guerrero, sino en conseguir que en el mundo en el que habita nunca sea necesario empuñar las armas.

—Vosotros dos, dejaos de filosofía y poneos a hurgar en esas estanterías, por todos los engendros de Gorlian —los riñó la voz del Loco Mac desde detrás de una enorme pila de libros—. Ya no nos queda mucho tiempo.

Y estalló en una sarta de carcajadas dementes.



Furlaag había dejado que los demás demonios se divirtieran en el mundo de los humanos durante una jornada completa. Habían asesinado, torturado y destruido a placer, y aún quedaban muchas poblaciones que arrasaron. Sin embargo, a Furlaag no le convenía que los demonios saciaran su sed de sangre, no todavía. Tenían una gran batalla por delante. Seguido de sus lugartenientes más fieles, pasó toda la noche volando de una puerta del infierno a otra, llamando a sus tropas, convocándolas para su próximo objetivo: asaltar Aleian. Derrotar a los ángeles que, tanto tiempo atrás, los habían encerrado en su propia dimensión, sellando todas las salidas para que se consumieran en un mundo muerto, alimentando su odio bajo una sangrienta luz carmesí.

No necesitó esforzarse mucho para que todos lo siguieran. El ejército infernal sobrevoló todos aquellos lugares donde la horda de demonios se entretenía masacrando a toda criatura viviente, y la noticia se extendió como la pólvora. Había llegado el momento. Furlaag los reclamaba para luchar contra los ángeles.

Uno tras otro, los demonios dejaban todo lo que estuvieran haciendo y alzaban el vuelo para unirse a las huestes infernales. Así, poco a poco, ciudades y aldeas fueron librándose de aquella terrible plaga; pero en la mayoría de los casos no quedaba nadie con vida para alegrarse de ello.

Y a medida que los enclaves humanos se vaciaban de demonios, las tropas de Furlaag aumentaban en número. Cuando, por fin, cientos de miles de demonios se reunieron en el cielo, tapando las estrellas con sus negras alas de murciélago, Furlaag se detuvo y se volvió hacia los suyos. Contempló con orgullo los ojos brillantes, las garras, las colas restallantes, los colmillos que asomaban de los hocicos entreabiertos y la malevolencia que se adivinaba en las sinuosas sonrisas de los demonios. Era consciente de que aquellas criaturas no lo seguían por lealtad, ni siquiera por agradecimiento. Se habían unido a él porque su liderazgo les prometía más violencia, más sangre, más vidas que segar, más criaturas a las que destruir. En resumen: más diversión. Pero una guerra contra los ángeles era mucho más que diversión. Los habitantes de Aleian eran muy poderosos, y todos sabían que cientos, quizá miles de demonios caerían en aquella batalla. Sin embargo, allí estaban: dispuestos a luchar, no por devoción hacia su líder, ni siquiera por el placer de matar, sino por deseo de venganza. Los ángeles eran sus enemigos más directos, todos los demonios lo sabían, y estaban dispuestos a enfrentarse a ellos. Porque, y todos eran también muy conscientes de ello, probablemente no tendrían una ocasión mejor para derrotarlos.

Suspendido en el aire, batiendo lentamente las alas, Furlaag aguardó a que los últimos rezagados se uniesen a su ejército, y entonces gritó, con una voz ronca, pero pletórica de energía:

—¡Por la caída de Aleian! ¡Por el exterminio de los ángeles! ¡Seguidme, habitantes del infierno!

Y todos los demonios, como una sola garganta, rugieron su conformidad.



Como si los hubiesen escuchado, todos los ángeles de Aleian alzaron la cabeza, con el corazón repleto de inquietud.

También Ahriel presintió la catástrofe. La habían encerrado en una sala de paredes marmóreas iluminada tan sólo por el haz de luz que se filtraba por una pequeña claraboya. Pese a disponer de una cómoda cama y de un par de asientos, ella había optado por sentarse en un rincón, abrazada a sus propias rodillas, dejando pasar el tiempo. Ni siquiera la inminente batalla la hizo reaccionar. Quedó un momento con la mirada fija en el pedazo de cielo que se adivinaba a través de la claraboya, pero luego volvió a dejar caer la cabeza y a cerrar los ojos. Ya nada le importaba. Tampoco la preocupaba el resultado de la batalla. Tanto si ganaban los ángeles como si resultaban derrotados, el mundo nunca volvería a ser el mismo. Y, en cualquier caso, ella no viviría para verlo. Si no la mataban los demonios, sería ejecutada por sus propios congéneres.

Y le daba igual.

Tras la pérdida definitiva de su hijo, tras aquella serie de terribles fracasos, tras la muerte de su última esperanza, su suerte y la de su mundo le resultaban indiferentes.

Respiró hondo, apoyó la cabeza en la pared y se dejó llevar hacia un estado de semiinconsciencia. Al otro lado del muro, en las blancas calles de Aleian, los ángeles corrían a unirse a su ejército para salir al paso de las hordas infernales. Ahriel podría haberles dicho que era inútil, que llegaban demasiado tarde, que la mayor parte del mundo de los humanos había sido ya destruido, y que, aun en el caso de que vencieran en aquella batalla, se había perdido ya tanto que no valía la pena luchar.

Podría habérselo dicho, pero ¿para qué molestarse?



Lekaiel alzó la mirada para contemplar a las escuadras angélicas que, en perfecta formación, levantaban el vuelo desde Aleian, cubriendo el cielo nocturno con un manto de blancas alas. Muchos de los suyos morirían aquel día, y la Consejera era consciente de ello. Los ángeles podrían haberse encerrado en su bella y radiante ciudad y abandonado a los humanos a su suerte, en el convencimiento de que los demonios no serían capaces de llegar hasta ellos. Pero se sentían responsables y creían que debían ayudar a los mortales, aun cuando aquella ayuda llegara

demasiado tarde. Lekaiel vio cómo la quinta escuadra levantaba el vuelo. Todos ellos eran guerreros fuertes y experimentados, y se preguntó si aquello bastaría. No habían movilizado a los veteranos, ni tampoco a los más jóvenes. Había habido una larga y encendida discusión en el Consejo acerca de esto. Había quien opinaba que los ángeles debían atacar con todo lo que tenían; otros, sin embargo, pensaban que no valía la pena arriesgarlo todo para salvar a los humanos. Los ángeles estaban seguros en Aleian, y si la abandonaban todos para pelear contra los demonios, las pérdidas podrían ser incalculables. La propia especie angélica podría no recuperarse jamás.

«Me pregunto qué habría hecho Ubanaziel en esta situación», se dijo. Era un pensamiento que llevaba todo el día rondándole por la cabeza.

Lekaiel era vieja, muy vieja, aunque la radiante tersura de su piel no lo demostrara. Ella recordaba muy bien el día en que Ubanaziel había regresado del infierno, aún profundamente turbado por la pérdida de su amigo Naradel. Los ángeles habían celebrado la derrota de los demonios y el cierre de todas las puertas del infierno con festejos que habían durado semanas enteras, pero el héroe de aquella batalla no había sonreído ni una sola vez en todo aquel tiempo. Lekaiel había adivinado que el infierno había dejado una marca indeleble en el alma del Consejero, e intuyó que un terrible secreto lo torturaba noche y día. ¿Qué habría sucedido en el mundo de los demonios que tanto lo había afectado? Lekaiel no lo sabía, pero había abrigado la esperanza de que el tiempo sanaría las heridas del Guerrero de Ébano.

No había sido así. Los ángeles se habían acostumbrado a verlo serio y circunspecto y habían acabado por considerar que aquello era un rasgo inherente de su carácter, pero Lekaiel recordaba muy bien al alegre joven que se había unido a la batalla contra los demonios aquel fatídico día. Cerró los ojos un momento, echándolo de menos una vez más. Ubanaziel había sido un gran guerrero hasta el final. Lekaiel deseaba que la muerte le hubiese traído por fin la paz que tanto anhelaba su corazón. Y, sin embargo, cuán necesario habría sido en Aleian en aquel momento...

Un murmullo la distrajo de sus pensamientos. La sexta escuadra acababa de partir, y la séptima aguardaba su turno. Pero parecían inquietos y no guardaban la formación con la férrea disciplina que los caracterizaba.

—¿Qué sucede? —preguntó la Consejera a un ángel que se acercó presuroso hasta ella.

—La generala Miradiel ha mandado un mensajero desde su posición. Lo he enviado a alertar al resto del Consejo, porque es sumamente importante —se detuvo un momento, incómodo.

Lekaiel entornó los ojos. Miradiel estaba al mando de la primera escuadra, pero era demasiado pronto como para que hubiesen alcanzado aún cualquiera de las poblaciones humanas cercanas a las puertas del infierno.

—¿Qué sucede? —repitió—. Habla, por favor.

—Dicen que... bueno, dicen que han avistado al enemigo.

—¿Tan pronto? Eso es imposible.

—No, Consejera —rebatía su interlocutor; Lekaiel habría jurado que temblaba de miedo—. Los demonios han... reunido un ejército... un gran ejército. El mayor que jamás se haya visto en este mundo. Y vienen... vienen hacia aquí.

—¿Hacia Aleian? No puede ser. Ningún demonio sería capaz de seguir la ruta hasta la Ciudad de las Nubes. Las defensas de la ciudad...

—Miradiel ha enviado también a alguien para que comprobase que estaban todas en su sitio antes de dar la alarma —cortó el emisario—. No hay error posible: el círculo de protección funciona. Pero los demonios sabían cómo atravesarlo.

El color huyó completamente de las mejillas de la Consejera. Melbanel les había advertido ya de las intenciones de los demonios, pero le había parecido demasiado improbable como para ser cierto. Sin embargo... si ellos estaban en camino... si de verdad habían hallado la ruta hasta Aleian...

—¿Quiere decir eso... que alguien nos ha traicionado?

El ángel tragó saliva.

—No veo ninguna otra posibilidad —dijo.

Lekaiel entornó los ojos en una mueca de rabia.

—Ahriel —dijo solamente.

Se volvió hacia los ángeles más cercanos.

—¡Llamad a las armas a toda la ciudad! —exclamó—. ¡Reunid a todos los que puedan empuñar un arma!
¡Avisad a Yekael, Paladiel y Sidanel! ¡Qué reúnan a sus escuadras y organicen la defensa de Aleian!

Desplegó las alas y, antes de batirlas para alzar el vuelo, dijo a su compañero:

—Encárgate de que los generales de todas las escuadras estén al tanto de lo que sucede —ordenó—. Después, reúnete conmigo en la sede del Consejo para presentar un informe. Si nos superan en número, como así parece, una buena estrategia podría ser lo único que nos salve del desastre.

Habló con energía y decisión, pero en el fondo de su corazón se sentía ya presa de la más completa desesperanza.



Una luna fantasmal lucía en el cielo cuando ángeles y demonios chocaron por primera vez. Las huestes infernales tenían dos ventajas de su parte: en primer lugar, eran claramente superiores en número; y en segundo lugar, que los ángeles no habían esperado encontrarlos tan pronto, ni tan cerca de su amada ciudad, por lo que su presencia los había cogido por sorpresa. La inquietud y la incertidumbre habían mermado los ánimos de los guerreros angélicos, pese a los esfuerzos de sus generales por organizar las tropas para entrar en batalla antes de lo esperado.

Los demonios se arrojaron sobre ellos en un confuso cúmulo de garras, cuernos y dientes, aullando ante el inminente placer de la batalla. Su energía y su fiera tomaron desprevenidos a los disciplinados guerreros de Aleian. La primera escuadra fue la que más sufrió el embate de las criaturas infernales, y pronto empezaron a caer ángeles del cielo, ángeles con las alas quebradas y las blancas túnicas ensangrentadas. Los demonios parecían ser más rápidos, más fuertes y, sobre todo, imprevisibles. Muchos de ellos ni siquiera empuñaban armas: no les hacía falta. Mordían, arañaban y desgarraban, y las espadas de los ángeles parecían resbalar sobre su escamosa piel.

Confusos y aterrorizados, los ángeles de la primera escuadra se vieron superados por las hordas demoníacas, hasta que se escuchó la voz, clara y rotunda como el tañido de una campana, de la generala Miradiel:

—¡Por Aleian, guerreros! ¡Por la Luz y el Equilibrio!

Sus palabras, sencillas pero efectivas, tuvieron la virtud de recordar a los ángeles quiénes eran y para qué estaban allí.

—¡Por la Luz y el Equilibrio! —gritaron; en aquel momento, la segunda y tercera escuadras se unieron a ellos, y los ángeles lucharon con mayor brío, obligando a los demonios a retroceder un poco.

Pronto, la batalla en el cielo fue total y encarnizada. Los ángeles luchaban con total disciplina, seguros de sí mismos, de sus ideales y de la luz que brillaba en sus corazones. Luchaban por Aleian, la Ciudad de las Nubes, por los suyos y por el mundo entero, y la certeza de aquella responsabilidad les daba fuerzas para continuar. Los demonios, por el contrario, reían como locos y peleaban furiosa y caóticamente, por el simple placer de hundir sus garras en las entrañas de sus enemigos, de cortar sus hermosas cabezas, de arrancarles las alas a mordiscos. Sabían que Aleian estaba cerca, que los ángeles no habían esperado encontrarlos tan próximos a su hogar, que pronto podrían salpicar de sangre las blancas calles de la Ciudad de las Nubes. Aullaban, enardecidos por la emoción de la batalla, amenazando con cernirse como una negra nube sobre el hogar de los ángeles. Y, por encima de todos ellos, volaba Furlaag, satisfecho, sabedor de que probablemente no había nadie en todo el ejército angélico capaz de hacerle frente.

Mientras todo Aleian preparaba sus defensas, mientras los ángeles luchaban en una batalla sin cuartel, mientras docenas de criaturas aladas, de uno y otro bando, se precipitaban a tierra, heridas de muerte o ya sin vida alguna que alentase sus corazones, Furlaag contemplaba el espectáculo y reía.



—Yo no debería estar aquí —dijo Ubanaziel, cerrando de golpe un volumen y levantando una nube de polvo al hacerlo—. A estas alturas los ángeles ya habrán salido al encuentro de las huestes infernales. Y yo debería estar peleando junto a ellos.

Llevaban toda la noche examinando antiguos libros, pero no habían sacado nada en claro de ello. Al ángel no parecían afectarlo ni el hambre ni el cansancio, pero sus compañeros estaban agotados. Cosa se había dormido hacía un buen rato, hecha un ovillo, en un rincón de la sala, y Mac daba cabezadas de vez en cuando sobre los libros de hechicería. Zor estaba demasiado alterado como para pensar siquiera en dormirse, pero su estómago protestaba ruidosamente de vez en cuando.

—Estamos muy cerca —protestó Mac, pasando frenéticamente las páginas de un venerable volumen—. Ya hemos reunido mucha información, ¿no?

—No lo creo —replicó Zor—. Por el momento sólo sabemos que la única forma de tratar con demonios es establecer un pacto entre ambas partes, un pacto que tanto el demonio como el invocador están obligados a respetar. Por eso, los demonios hacen siempre todo lo posible por encontrar una fisura en el pacto que les permita revocarlo o no cumplir con todos sus términos. Aunque, la verdad, no lo entiendo muy bien —añadió, pensativo—. Si matasen al humano sin más, no habría ningún pacto que respetar, ¿no?

—Ahí está lo interesante del asunto, chaval. Cuando un humano invoca a un demonio, éste lo hará trizas de inmediato si el invocador ha cometido el más mínimo error en el ritual. Pero, si la invocación se lleva a cabo de forma correcta y se establecen los términos del pacto, el demonio no puede hacer daño al humano ni enviar a ningún otro demonio a perjudicarlo en su lugar.

—Eso quiere decir que tal vez Fentark no haya muerto en el infierno —comentó Zor—. Porque hizo un pacto con ese tal Furlaag, y Furlaag sigue vivo, ¿no? Nosotros lo vimos.

Mac negó con la cabeza.

—En el mismo infierno nadie está a salvo, hijo. A Furlaag le habría bastado con no hacer nada para que Fentark muriese a manos de cualquier otro demonio, de cien mil formas distintas. El pacto habla de no agresión; no dice nada acerca de defender a la otra parte. Por otro lado, si Fentark se vio incapaz de cumplir su parte del trato, éste pudo disolverse, sin más.

—Pero en este trato en concreto, todo ha salido como lo pactaron —hizo notar Zor—. Shalorak ha abierto las puertas del infierno a cambio de la libertad de Marla, y ambas cosas se han cumplido. Si todo está hecho, ¿cómo podríamos nosotros deshacerlo?

Mac hundió el rostro entre sus manos huesudas, desalentado.

—Se me escapa algo, se me escapa... ¿qué es lo que estoy pasando por alto?

—Los lazos entre dimensiones diferentes, mago —sonó la voz serena de Ubanaziel—. Hablas de abrir la puerta del infierno como si fuera la puerta de tu propia casa, pero olvidas que se trata de dos mundos diferentes que jamás deberían fusionarse. No basta con abrir una puerta al infierno, hay que mantenerla abierta porque, si no cumples las condiciones necesarias, se cerrará al mínimo descuido.

Mac dio una palmada sobre la mesa.

—¡Eso es! El pacto sigue vigente. Las puertas deben quedarse abiertas, no basta con abrirlas sin más. Las aberturas siguen ahí, como una herida en el tejido de la realidad, y eso se debe, probablemente, a que Shalorak continúa haciendo algo que las mantiene activas.

—Marla se trajo un objeto del infierno para impedir que se cerrara del todo la puerta de Vol-Garios —hizo notar el ángel—. Podrían haber hecho lo mismo en todas las puertas, pero no bastaría para mantenerlas abiertas durante mucho tiempo. Se requiere mucha energía, y no es un vínculo lo bastante poderoso.

Mac entornó los ojos, pensando.

—Un vínculo lo bastante poderoso... —repitió. Lanzó entonces un grito y una carcajada desquiciada y se precipitó sobre la estantería. Sus amigos lo vieron lanzar un volumen tras otro por encima de su cabeza, descuidadamente, como si no fueran más que desperdicios.

—Creo que esta vez se ha vuelto loco de verdad —murmuró Zor y tuvo que apacharse para esquivar un libro

que Mac le arrojó a la cabeza para hacerlo callar.

—¡Silencio! —chilló—. ¡Estoy cerca, muy cerca!

Ubanaziel se inclinó hacia Zor y susurró:

—Yo he de irme, pero no quiero dejarte a solas con él. Puede que haya perdido la razón del todo. Me gustaría llevarte a algún lugar donde estés a salvo, pero no sé si...

—¡Lo tengo! —aulló el Loco Mac, con una nueva risa perturbada—. ¡ *Guía del viajero entre dimensiones* , aquí está! ¡No tenía nada que ver con las invocaciones ni con los pactos demoníacos, maldita sea su estampa! —empezó a pasar páginas frenéticamente—. «Realidades paralelas», «Deshacer el tejido de la realidad», «La magia de los portales», «Asomarse a otros mundos»... ah, aquí: «Mantener abierto un portal a otro mundo». Un portal a otro mundo, a cualquier mundo, y no sólo al infierno. Esto es lo que me tenía despistado. La apertura de un portal debilita al mago considerablemente, no digamos mantenerlo abierto. Es prácticamente imposible conservar dos dimensiones entrelazadas indefinidamente; cualquier hechicero, incluso la Hermandad entera, moriría de agotamiento. Recordad que cada una de las puertas del infierno se cobró la vida de tres acólitos sólo para abrirse del todo.

—¿Entonces...? —preguntó Zor, que lo entendía sólo a medias.

—... Aquí: «Pacto con un ser de otra dimensión» —leyó Mac en voz alta—: «Si se establece un vínculo sellado mágicamente con una criatura de otro plano, ambas dimensiones permanecerán unidas mientras la magia del vínculo no se agote» —se dejó caer sobre su asiento, desalentado—. De acuerdo, las puertas siguen abiertas en virtud de un hechizo de vinculación entre dos seres. Pero ¿cómo se va a agotar la magia de dicho vínculo?

Ubanaziel jugueteaba con la punta de una de sus trenzas, pensativo.

—Un hechizo se disuelve con la muerte del mago que lo creó, ¿no? —dejó caer.

Mac alzó la cabeza.

—No del todo. Hay muchos conjuros que sobreviven al mago... pero, claro, son aquellos aplicados sobre objetos inertes o criaturas ajenas a él —recordó, cada vez más entusiasmado, con una carcajada desquiciada—. Cierto, cierto, no lo había pensado. Veamos... —volvió a examinar la *Guía del viajero entre dimensiones* —. Ah, aquí está: «La muerte de uno de los dos extremos del vínculo no basta para deshacer el pacto. Es necesario destruirlos a los dos con un conjuro de disolución».

—¿Un conjuro de disolución? —repitió Zor.

—Si no recuerdo mal, se refiere a una forma de matar a un hechicero que incluye la destrucción de cualquier hechizo que haya realizado en vida. Se pueden aplicar conjuros de disolución en armas corrientes —añadió, levantándose de un salto—, de modo que puedo encantar tu espada, Ubanaziel, para que así, cuando se la claves a Shalorak en las tripas, el vínculo se destruya.

El ángel se llevó la mano al cinto, en ademán protector.

—¿Qué dices que pretendes hacer con mi espada, mago? —preguntó, con voz peligrosamente suave.

Pero Mac no captó la indirecta. Caminaba por toda la sala, parlotando entusiasmado, dejando escapar risitas nerviosas y haciendo grandes aspavientos.

—... Y, si destruimos el vínculo, las puertas empezarán a cerrarse, las siete al mismo tiempo, provocando un poderoso efecto de succión que devolverá a todos los demonios a su dimensión. ¡Si pudiera hacerse...! Pero primero hay que averiguar quiénes son los dos extremos del vínculo...

—Ah, eso es muy fácil —intervino Zor, orgulloso de poder aportar algo por fin—. Un mago negro y una criatura del infierno, ¿no? Shalorak y Furlaag. Ellos establecieron el pacto que trajo a Marla de vuelta, así que lo lógico sería pensar que están vinculados para mantener abiertas las siete puertas del infierno.

Hubo una breve pausa.

—¡Diablos, chaval, tienes razón! —exclamó entonces Mac, dando un formidable puñetazo sobre la mesa—. ¡Eso es lo que tenemos que hacer: matar a Shalorak y a Furlaag con un conjuro de disolución!

—¿Ma-matar a Furlaag, has dicho? —tartamudeó Zor.

—De Furlaag me encargo yo —dijo Ubanaziel, entornando los ojos—. Pondré a toda mi escuadra a buscarlo, si es necesario

—Nosotros iremos a buscar a Shalorak, pues —decidió Mac, alegremente. Pero el ángel lo agarró por el brazo y lo obligó a mirarlo a los ojos.

—Creo que subestimás a ese joven, Mac. No pienses que te resultará fácil acabar con él.

—¿Por qué? —replicó el Loco Mac, burlón—. ¿Sólo porque os puso en jaque a Ahriel y a ti? Reconócelo, Ubanaziel: lo que pasa simplemente es que no estáis acostumbrados a tratar con magia negra. Ese tal Shalorak es demasiado joven como para ser un verdadero maestro. Fentark y yo le llevamos muchísimos años de experiencia.

—Pero Fentark fue incapaz de cumplir el pacto que había hecho con los demonios, y ha sido Shalorak quien lo ha llevado a término con éxito —le recordó Ubanaziel, y Mac frunció el ceño, pensativo.

—Es verdad. ¿Cómo lo habrá hecho? Yo no recuerdo haberlo visto nunca en la Fortaleza. Su período de adiestramiento no puede haber sido muy largo. ¿De dónde ha sacado tanto poder? ¿Será que quizá tiene un talento especial para la magia negra?

—¿Se necesita tener talento para esto? —intervino Zor, interesado—. Yo creía que era cuestión de leer libros.

—Bueno, el estudio y la práctica son imprescindibles, pero hay algunas personas que tienen más facilidad que otras...

—Es suficiente —cortó Ubanaziel—. Con talento o sin él, ese chico ha desencadenado un terrible mal en nuestro mundo. Si es cierto que existe alguna posibilidad de revertir lo que ha hecho, no debemos perder tiempo. Iré en busca de Furlaag, y vosotros podéis intentar encargáros de Shalorak, pero tened mucho, mucho cuidado. De todos modos, si consigo acabar con ese demonio os enviaré refuerzos —añadió, irguiéndose, dispuesto a marcharse.

—Espera —lo detuvo Mac—. Olvidas el conjuro de disolución. Si no lo aplicamos sobre tu arma, no servirá de nada que mates a Furlaag.

Con un gesto resignado, Ubanaziel desenvainó su espada y la depositó sobre la mesa.

—Date prisa —urgió—. Y asegúrate de que eso que le vas a hacer a mi espada, sea lo que sea, puedes deshacerlo después. Le tengo mucho aprecio y no me gusta la idea de que apeste a magia negra.

Mac se rió como un perturbado.

—Faltaría más —respondió, con una exagerada reverencia.



Un rato más tarde, cuando el sol ya emergía por detrás del horizonte, Ubanaziel salía volando de la Fortaleza. Su espada rezumaba magia negra, y el simple contacto con ella le resultaba desagradable. Pero el Consejero había roto las normas antes, y conocía lo suficiente a los demonios como para saber que no tenía otra opción.

No iba solo. Cargaba a Mac a la espalda, que, por fortuna, no pesaba mucho, y junto a él volaba Zor, llevando consigo a Cosa. Menuda tropa, pensó el ángel, cansado. Un viejo mago loco, un medio ángel y un engendro. Sin embargo, eran lo único que tenía, y tendría que bastar.

Sospechaba que Shalorak y Marla habrían vuelto a Karishia, pero no tenía ni idea de dónde encontrar a Furlaag. Cuando dejara a sus compañeros en Karishia, tenía previsto regresar a Aleian y reunirse con el Consejo para examinar la situación y ponerse al día. También, con un poco de suerte, se encontraría allí con Ahriel.

Ubanaziel miró de reojo a Zor, que volaba a su lado, esforzándose por seguir su ritmo. Tenía que decírselo a Ahriel, pero decidió que no era el momento adecuado. Mac y Zor iban a enfrentarse a Shalorak, y junto a Shalorak estaría Marla. Y, aunque necesitarían toda la ayuda posible en aquella empresa, no era menos cierto que no era conveniente que ambas se reencontraran ahora, no con Zor de por medio. Ahriel era muy emocional, y todo aquello podía desestabilizarla y llevarla a cometer un error fatal que, en aquel momento, el mundo no podía permitirse.

El ángel resolvió que lo mejor sería solucionar primero el asunto de la invasión de las huestes del infierno; después, si es que sobrevivían, Ahriel podría reunirse con su hijo. Pero en aquel momento todos debían concentrarse en la tarea que tenían pendiente.

Ubanaziel se llevó la mano al pomo de su espada, sintiendo la leve e insidiosa mordedura de la magia negra que

le habían imbuido. Apretó los dientes y batió las alas con fuerza, dispuesto a acudir al encuentro de Furlaag.



XI. Secreto

Mientras tanto, la batalla en el cielo arreciaba. Los demonios seguían atacando, y su furia y enardecimiento parecían no conocer límites. Los ángeles se defendían como podían, pero las huestes infernales los obligaban a retroceder cada vez más. Ni siquiera los refuerzos que llegaron desde Aleian poco después de que Miradiel enviara su informe y su petición de ayuda sirvieron para mejorar las cosas. La propia generala había caído hacía ya rato, y de su escuadra apenas quedaban un par de ángeles que luchaban desesperadamente por su vida.

Todos sabían que era inútil; que los demonios llegarían hasta Aleian tarde o temprano, que no podían hacer nada para evitarlo. Sin embargo, seguían luchando con esfuerzo y valentía. Eran conscientes de que cada demonio que abatían aumentaba las esperanzas de los defensores de Aleian, que estaban ya preparándose para recibir a los invasores a las puertas de la ciudad.

Por su parte, los demonios veían su objetivo cada vez más cerca. Y cuando, con las primeras luces del alba, la Ciudad de las Nubes se mostró ante ellos, reluciendo en toda su pureza y esplendor, en lo alto de un pico lejano, las hordas del infierno lanzaron al unísono un aullido de triunfo. Pero también los ángeles se volvieron un instante para contemplar su amada ciudad, quizá por última vez, y redoblaron sus esfuerzos. Defenderían Aleian o morirían en el intento. Y, si lo hacían, conservarían en la retina una última imagen de las blancas cúpulas de su hogar.

Furlaag luchaba en primera línea. Los ángeles estaban oponiendo más resistencia de la que había imaginado en un principio, pero tenían la batalla perdida, y todos lo sabían.

El demonio sonrió, y clavó sus pupilas amarillas en los albos tejados de Aleian.



Los rayos de la aurora despertaron a Marla, acariciando suavemente sus párpados. Cuando abrió los ojos, lo primero que pensó fue que estaba viviendo un hermoso sueño, porque se hallaba en una cama mullida, de suaves sábanas y dosel de encaje: la suya. No tardó mucho en recordar que todo aquello era real; que la pesadilla había terminado y por fin había logrado escapar del infierno. Giró la cabeza, pero Shalorak ya no estaba a su lado. Lo vio de pie, junto al ventanal, de espaldas a ella, ya vestido con la túnica negra que siempre lucía, y que, en opinión de Marla, lo favorecía mucho. Sonrió, con un leve rubor en las mejillas. «... Un paraíso privado», había dicho él, «en el que estaríamos juntos y a salvo para siempre. Un mundo hecho a vuestra medida, del que vos seríais la única y verdadera emperatriz». Sonaba demasiado hermoso como para ser real, pero lo cierto era que Marla lo deseaba con todo su corazón. Anhelaba que todas las noches fueran como aquella, que todos los días estuviera Shalorak a su lado al despertar. Soñaba con un lugar donde Ahriel no la persiguiera, donde no hubiese ángeles ni demonios, donde la magia no estuviese prohibida y ella pudiese usarla para crear mil maravillas.

—Veo que ya estáis despierta, mi reina —dijo él, devoliéndola a la realidad.

Marla contempló su oscura figura recortada contra la luz del ventanal, y sonrió de nuevo. Shalorak no precisó más indicaciones. Aunque no era necesario en realidad, volvió a darle la espalda para dejarle más intimidad. Sólo un momento más tarde, ella se reunió con él, envuelta en una larga bata blanca.

—No deberías llamarme así —lo riñó, con suavidad—. Casi todo mi reino está convertido en cenizas y, además, no soy tu soberana. Tú y yo somos iguales.

—Para mí, siempre seréis mi reina —respondió Shalorak con sencillez, besándole fervorosamente la mano.

Ella sonrió tristemente.

—Si me hubieses visto en el infierno...

—Os vi —cortó él, con una tensa nota de dolor en su voz—. Cientos de veces. Furlaag disfrutaba mostrándome vuestra agonía, y yo... —cerró el puño, con rabia—, yo no podía hacer nada por ayudaros...

Conmovida ante la sincera angustia del joven, Marla entrelazó sus dedos con los de él.

—Pero ya estoy aquí. Y todo gracias a ti. Viva y a salvo, aunque ya no sea reina de nada.

—Sois la reina de mi corazón —le aseguró él, con una ardiente mirada—. Y siempre lo seréis.

Marla tragó saliva. Había sido testigo del poder de Shalorak, un poder que no había tardado en superar al de su maestro. Era consciente del desprecio que el joven sentía hacia las personas en general, quizá por no dominar, como él, los secretos de la magia, quizá porque pocos tenían una inteligencia y determinación comparables a las suyas. Pero aquel hechicero, tan poderoso y seguro de sí estaba loco por ella.

—Vámonos de aquí —le dijo impulsivamente—. Tú y yo solos. A cualquier otra parte, lejos de todo esto. A ese pequeño paraíso que habías preparado para nosotros.

Shalorak le dedicó una serena sonrisa y una elegante reverencia.

—Vuestros deseos son órdenes para mí, mi señora.

—Aunque... —añadió ella, pero no fue capaz de terminar. Su mirada se había desprendido de los ojos de Shalorak para pasear por la imagen de su reino que le ofrecía el ventanal: una ciudad silenciosa y un horizonte arrasado y yermo.

El joven hechicero leyó en su corazón, como de costumbre.

—Dejadlo todo atrás —la alentó—. Ellos creen que habéis muerto. Son demasiado estúpidos como para apreciar vuestra valía, y no os echarán de menos. Pero —añadió—, si lo que deseáis es recuperar Karish, estoy a vuestro servicio. Ya lo sabéis.

Marla cerró los ojos un momento.

—Lo que quiero hacer... frente a lo que debo hacer —murmuró—. Siempre es igual. Ahriel habría dicho que mis obligaciones no son sólo lo primero, sino lo único que importa. Porque soy una reina y tengo responsabilidades —concluyó, con amargura—. Y siempre ha sido así. ¿Y qué hay de mi vida? ¿De mi felicidad? ¿No tengo derecho a eso?

Shalorak la escuchó con paciencia, pese a que no era la primera vez que ella pronunciaba semejantes palabras.

—Yo aceptaré cualquier decisión que toméis —le dijo, como solía—. Cualquier cosa que hagáis, bien estará. Además... —Se interrumpió de pronto, clavó la mirada en el firmamento y frunció el ceño, preocupado.

—¿Qué...? —empezó Marla, pero calló al ver lo que Shalorak le señalaba.

Una figura, negra y blanca, sobrevolaba los tejados de la ciudad. Sus grandes alas batían el aire alejándolo del castillo en dirección al sol naciente.

—Un ángel —murmuró Shalorak—. No se trata de Ahriel —se apresuró a aclarar, al ver que Marla se había puesto pálida—. Pero, aun así, no es una buena señal. Pase lo que pase en la batalla que Furlaag tiene entre manos, los ángeles no nos olvidarán fácilmente. Ahriel vendrá, tarde o temprano, y entonces...

Marla cerró los ojos un momento. Su frágil felicidad había vuelto a hacerse pedazos.

—Deberíais haberla matado cuando tuvisteis ocasión —le recordó Shalorak con delicadeza.

—Lo he intentado, de veras. Pero no sería capaz de matarla yo misma, así que...

—... Así que siempre se lo dejáis a otros. Pero Ahriel sobrevivió a Gorlian y venció al Devastador, y mientras ella viva, vos no tendréis un instante de paz. Aun así —reiteró, dirigiendo una nueva mirada pensativa a la silueta alada que se alejaba—, sigo sin entender qué hacía ese ángel por aquí. Y me inquieta, mi reina. Temo que no esté solo. Quizá haya venido a acompañar a Ahriel. Quizá ella esté ya en este mismo castillo, buscándoos.

Dio media vuelta, separándose de Marla, con brusquedad. Ella se envolvió aún más en su bata, rogándole con la mirada que no se fuera.

—Confiad en mí —la tranquilizó Shalorak—. Sólo voy a asegurarme de que estáis a salvo. No tardaré.

Y, con un susurro de ropas negras, el hechicero abandonó la alcoba.

—Vaaaya —murmuró Zor, impresionado, mirando a su alrededor.

—Cierra la boca, que te van a entrar moscas —gruñó Mac, pero el chico se sentía incapaz de ignorar las maravillas que había a su alrededor.

Había encontrado absolutamente sorprendente el mundo que se abría más allá de la Fortaleza. Tan grande, tan verde, tan brillante... Aunque Mac y Ubanaziel habían dicho que la devastación producida por los demonios era claramente visible, a Zor seguía pareciéndole un lugar hermoso. Ciertamente, los caminos estaban bordeados de cadáveres desmembrados, y los pueblos aún ardían en llamas, lanzando negras columnas de humo hacia el firmamento. Era verdad que aquel silencio mortuorio parecía cubrirlo todo... pero el cielo era grandioso, el horizonte no tenía límites y el mar era tan azul... y había tantas criaturas hermosas... bellas de verdad, no pegajosas como los peces del fango, ni contrahechas como los engendros. En su breve vuelo hacia la ciudad de Karishia, Zor había creído que, a diferencia de lo que sucedía en Gorlian, ningún hogar, por cómodo y confortable que fuera, podría compararse a la experiencia de dormir al raso, con aquella inmensa cúpula celeste sobre su cabeza.

Había cambiado de idea al entrar en el palacio de la reina Marla.

Lo había sorprendido el concepto de «ciudad». Jamás habría podido imaginar que pudiesen vivir tantas personas juntas en un mismo sitio. Y todas ellas habitaban en casas sólidas, bien construidas. Zor no podía creerlo. Los habitantes del exterior eran increíblemente hábiles e inteligentes. Allí, hasta la cabana más cochambrosa superaba a los mejores refugios de Gorlian.

Y el palacio... era tan inmenso que, cuando Mac le dijo que allí sólo vivían la reina Marla y sus sirvientes, pensó que le estaba tomando el pelo. Sólo aquel palacio podía dar cobijo a todos los habitantes de Gorlian juntos. Y aún sobraría sitio.

Habían aterrizado en lo alto de una de las torres. No había guardias allí; todo el palacio, en realidad, parecía estar anormalmente desierto. Ubanaziel había adivinado lo ocurrido tras contemplar la ciudad intacta, en contraste con los pueblos arrasados que habían visto por el camino.

—La guardia ha abandonado al rey Bargod —dijo—. Algunos habrán salido a defender los pueblos vecinos, encontrando la muerte en manos de los demonios. Otros han acudido a proteger a sus familias —movió la cabeza, preocupado—. Si Marla y Shalorak están aquí, no habrán encontrado problemas para reducir al rey. Quizá esté ya muerto.

—Nos ocuparemos de eso después —prometió Mac—. Ahora, nuestra prioridad debe ser encontrar a Shalorak.

—Tened mucho cuidado —les aconsejó el ángel—. Ese joven puede reservaros más de una sorpresa.

Se despidieron de él y se quedaron un momento junto a las almenas, observándolo mientras se perdía en el horizonte. Entonces, el Loco Mac se volvió hacia sus compañeros.

—Muy bien, escuchadme atentamente: hemos venido aquí a matar a Shalorak. Dudo mucho que ninguno de vosotros dos haya matado alguna vez a sangre fría. Tal vez en defensa propia, pues Gorlian es un mundo cruel... Pero esto es distinto.

—Yo lo considero defensa propia —replicó Zor, molesto porque Mac parecía tenerlo por un pusilánime—. Ese tal Shalorak por poco nos mata en la Fortaleza, y lo intentaría de nuevo si nos sorprendiera aquí; además, ha abierto las puertas del infierno y ha provocado un gran desastre. Es un tipo peligroso y, si no podemos escondernos de él ni evitarlo de ninguna manera, habrá que matarlo.

Mac miró fijamente a Zor, y comprendió que lo decía en serio. El muchacho podía ser ingenuo y muy impresionable en ciertos aspectos, pero en otros se notaba que era un hijo de Gorlian, y que había crecido en un mundo en el que la única ley era la de la supervivencia.

Zor extrajo su puñal de la vaina. Se lo había hecho su abuelo, mucho tiempo atrás, con un hueso de engendro. El chico recordaba cómo había pasado días enteros afilándolo hasta convertirlo en una hoja mortífera. Y había

aprendido a utilizarlo con habilidad, pero también era consciente de que su arma no podía compararse con los puñales y espadas de acero que tenían otros guerreros de Gorlian. Y, aunque Mac le había aplicado el conjuro de disolución, Zor seguía sin tenerlas todas consigo.

Mac lo vio sopesar la daga, dubitativo, y adivinó sus pensamientos.

—Eso podría servirte en Gorlian, y podría incluso valerte contra un hombre armado, si eres lo bastante rápido. Pero vamos a enfrentarnos a un mago, lo cual significa que, probablemente, no tendrás ninguna posibilidad de acercarte a él lo suficiente como para que puedas usarlo —concluyó, con una serie de escandalosas risotadas.

Zor alzó la cabeza, desconcertado, recordando cómo Shalorak había paralizado a dos poderosos ángeles y casi los había matado a él y a Cosa con un hechizo sin necesidad de tenerlos cerca.

—¿Qué se supone que debemos hacer, entonces?

—Cogerlos por sorpresa —respondió Mac—. Shalorak cree que habéis muerto bajo los escombros. Además, probablemente apenas se haya fijado en vosotros, porque cree que no sois rivales para él. Sin embargo, yo desbaraté su magia, y, si me ve, centrará su atención en mí.

—Comprendo —asintió Zor—. Quieres desafiarlo abiertamente mientras nosotros nos mantenemos escondidos. Así, mientras lo distraes, podremos acercarnos por detrás y...

No terminó la frase, pero todos entendieron lo que quería decir.

—Con un poco de suerte, podré derrotarlo yo con el conjuro de disolución —prosiguió Mac—, pero, si me viera en dificultades, tendrías que intervenir tú, muchacho. Recuerda que un ataque físico sólo servirá para nuestros objetivos si lo realizas con ese puñal. ¿De acuerdo?

Zor asintió, muy decidido. Cerró los dedos en torno a la empuñadura de su daga, y sintió que la magia negra que la alimentaba le cosquilleaba en la piel. No encontró que fuera una sensación desagradable, al contrario de lo que le sucedía a Ubanaziel. Zor sólo era medio ángel y, además, había crecido en Gorlian, que respiraba magia negra por los cuatro costados.

Mac se volvió para mirar a Cosa:

—Y tú, ¿cómo estás? —le preguntó.

Parecía que su herida estaba ya casi curada, gracias a los cuidados de Ubanaziel, pero se había dado cuenta de que el engendro no se movía con la agilidad acostumbrada.

—Bbbinn —respondió ella, dedicándole una sonrisa en la que le mostró una hilera de dientes torcidos. Mac asintió.

—Me alegro —dijo—. Pero, de todos modos, ándate con ojo, ¿me oyes?

Cosa asintió con energía. Mac los contempló a ambos un momento antes de proseguir:

—Vamos a entrar a buscar a Shalorak, pero vosotros debéis ocultaros de él. Si no sabe que estáis aquí, tendremos más oportunidades de derrotarlo.

De modo que ahora estaban allí, recorriendo los pasillos del palacio de Marla, en busca de Shalorak. Al principio, Zor había caminado con cautela y algo de miedo, echando de menos la reconfortante presencia del poderoso Ubanaziel, pero enseguida se había dejado llevar por el asombro ante lo que veía. Todo le llamaba la atención: las vidrieras, las mullidas alfombras, los cuadros, las enormes arañas de cristal...

—Mantente alerta, chaval —le recordó Mac más de una vez—. No hemos venido aquí de excursión.

Zor se obligó a sí mismo a centrarse. Él y Cosa caminaban varios pasos por detrás de Mac, dejando que fuera él quien entrara primero en las habitaciones o torciese las esquinas de los pasillos. A Zor no le gustaba la idea de dejarlo solo en la vanguardia, pero era la única manera de asegurarse de que Shalorak no los descubriese si se topaban casualmente con él.

Sucedió en una amplia galería adornada con los retratos de los antiguos reyes de Karish. Una de sus fachadas daba al exterior, y las ventanas estaban cubiertas con amplios cortinajes de terciopelo. Por eso, Zor y Cosa pudieron ocultarse entre ellos en cuanto oyeron la voz, suave y templada, del joven hechicero:

—Ah, de modo que eras tú.

Mac se puso en tensión y dio un paso atrás. Shalorak lo miró con indiferencia y un cierto desprecio.

—¿Y esto es todo? —preguntó—. ¿El ángel te ha traído a ti solamente para detener a Marla? ¿Dónde está Ahriel?

—Lo último que supe de ella fue que había ido a alertar a los ángeles de la que habéis montado, pimpollo —se burló Mac—. Qué, jugar con magia negra tiene consecuencias imprevistas, ¿eh?

Shalorak le dedicó una fría sonrisa.

—Sé quién eres. Marla me ha hablado de ti. El maestro Karmac, arrojado a Gorlian por tener demasiados discípulos. ¿Qué te hace pensar que todo lo que ha sucedido no estaba planeado de antemano?

—¿La invasión de los demonios? —Mac sacudió la cabeza y se le escapó una serie de risotadas convulsivas—. No me hagas reír. Comprendo que Marla estuviera dispuesta a pagar el precio para salvar su miserable pellejo, pero a ti ni te iba ni te venía. Y ninguna mujer vale tanto como para destruir el mundo por ella. Te lo dice alguien que habría roto todos los límites del espacio-tiempo con tal de recuperar a la suya.

Zor, que atendía a la conversación desde su escondite, estudiando la manera de ganarle la espalda a Shalorak, detectó que Cosa se movía a su lado, y la vio trepar en silencio por los cortinajes y encaramarse a la barra que los sostenía. La penumbra disimulaba su presencia, y si Shalorak no alzaba la cabeza, no tenía por qué detectarla. El muchacho inspiró hondo, preocupado. A pesar de que el engendro había ganado una posición un poco más ventajosa, seguía estando demasiado lejos de su enemigo.

—Me aburres —dijo Shalorak—. ¿Para eso has regresado de Gorlian, viejo harapiento yapestoso, para sermonearme? Mis sentimientos por Marla no son asunto tuyo.

—Más respeto, pimpollo, que estás hablando con uno de los grandes maestros de la Hermandad —replicó Mac, ofendido—. Y sí es asunto mío si tu obsesión por esa bruja lleva a la destrucción de mi mundo. Advierte que lo llamo obsesión y no amor, muchacho, porque si tuvieras un mínimo de eso que te atreves a llamar sentimientos, los remordimientos no te dejarían vivir.

Shalorak alzó una ceja, divertido.

—Muy interesante. En otro momento quizá me toMarla la molestia de discutir contigo al respecto, pero ahora mismo, como comprenderás, mis sentimientos por Marla, o mi obsesión, o como quieras llamarlo, me instan a impedir que te acerques un solo paso más a ella. Además, sólo el olor que despides bastaría para turbar a cualquiera, así que me temo que no podrás pasar de aquí.

Mac le dedicó una sonrisa siniestra.

—¿Quién te ha dicho a ti que hoy he venido por Marla?

Shalorak ladeó la cabeza, intrigado, pero no dijo nada. Alzó las manos y movió los labios, apenas un poco, sin que ningún sonido pareciera salir de ellos. Y, de pronto, unas sombras oscuras, largas y retorcidas como culebras, emergieron del suelo para enroscarse en torno a los tobillos del Loco Mac. Éste sintió cómo aquella niebla negra absorbía su esencia vital con escalofriante rapidez, como una siniestra sanguijuela. Luchó por desasirse, pero las sombras atraparon sus muñecas y treparon por sus brazos, amenazando con cubrirlo por completo.

Zor se quedó un momento paralizado de miedo; para cuando logró reunir suficiente valor, Mac estaba ya realizando el contrahechizo. Con un esfuerzo sobrehumano, abrió los brazos y echó la cabeza hacia atrás; y, para sorpresa de Zor, su cuerpo absorbió la niebla negra hasta hacerla desaparecer.

Shalorak lo observaba, con una mezcla de interés e irritación.

—¿Se puede saber a qué juegas, viejo?

—No todos tenemos la ventaja de contar con un demonio que nos proporciona poder casi ilimitado, jovencuelo. Y, como la edad no perdona, mi propia energía es bastante escasa. Así que no me quedará más remedio que tomar un poco de tu magia. Para hacer el enfrentamiento más justo y más interesante, ya sabes.

Shalorak sacudió la cabeza, disgustado. Alzó una mano y una centella de luz roja brotó de entre sus dedos en dirección a su oponente, que tuvo que echarse al suelo para esquivarla.

—Intenta tragarte eso, si puedes —murmuró el mago, sombrío.

—No, eso no podría absorberlo —reconoció Mac. Se puso en pie de un salto y retrocedió hasta llegar a la altura de Zor mientras murmuraba algo entre dientes. El muchacho descubrió un breve y sutil destello frente a su

amigo.

—¿Un escudo de protección? —dijo Shalorak, interesado—. ¿Qué has estado haciendo todo este tiempo en Gorlian, viejo? ¿Cómo puedes acordarte de todo eso?

«Porque aproveché nuestra visita a la biblioteca para refrescar su memoria mientras Ubanaziel no miraba», pensó Zor, entre aliviado y exasperado. Pero Mac rió como un loco y respondió:

—¡Tuvimos el mismo maestro, pimpollo! ¿Qué te hace pensar que te enseñó mejor que a mí?

Tal y como esperaba, estas palabras hicieron mella en Shalorak, cuya expresión se transformó en una máscara de ira.

—¡A ti te arrojé a Gorlian, viejo! —le espetó—. ¡Yo era su mejor discípulo, su mayor esperanza!

—¡Y así se lo pagaste, abandonándolo a su suerte en el infierno! —le pinchó Mac—. ¿Qué diría si supiera que preferiste rescatar a una mujer en vez de a él?

—¡No trates de confundirme! ¡Los demonios mataron a Fentark en cuanto la puerta de Vol-Garios lo absorbió!

—¿Ah, sí? ¿Y quién te dijo eso? ¿Furlaag? Una fuente de toda confianza, sí señor.

Desde su escondite, Zor vio que Shalorak titubeaba.

—¿Tienes idea de lo larga que puede resultar una eternidad en el infierno? —prosiguió Mac, sin piedad—. Seguro que tu querida Marla ya te ha contado algo al respecto, ¿no?

—¿Qué es lo que quieres, viejo? ¿Has venido aquí solamente para hablar?

—Claro que no. Me ha costado años escapar de Gorlian, y no estoy dispuesto a quedarme de brazos cruzados mientras la Hermandad a la que serví queda en manos de un mocoso incompetente como tú.

El rostro de Shalorak se ensombreció.

—¿Cómo me has llamado?

—Y encima, susceptible —añadió Mac, con una risotada demente—. ¿A cuántos de los nuestros has sacrificado para abrir todas las puertas del infierno? Si no recuerdo mal, eran tres por puerta, ¿no? Si exceptuamos la de Vol-Garios, que ya estaba abierta... Eso hace un total de dieciocho hermanos que han dado su vida para que tú recuperaras a tu amante. Teniendo en cuenta esto... y que has traicionado a tu maestro por una mujer... por no olvidar el hecho de que has desencadenado el fin del mundo... Después de todo esto, comprenderás que hay gente que ya no te quiere como líder. Represento a estos hermanos que no están contentos y, por tanto, te desafío.

Shalorak lanzó una carcajada.

—¿Un anciano maloliente y piojoso como tú pretende ser el líder de la Hermandad?

—Ya fui medio líder en tiempos de Fentark —replicó Mac, ofendido—. Y ya está bien de echarme en cara mi olor corporal. Si hubieses pasado tres décadas recluido en Gorlian tú tampoco despedirías un aroma a rosas, precisamente. Además, no tengo piojos. Bueno, no demasiados.

Shalorak sacudió la cabeza.

—Estás loco.

Alargó la mano hacia él, con expresión de hosco disgusto, y después la cerró bruscamente, apretando el puño. Y, de pronto, Mac se llevó la mano al pecho con un jadeo, y se dejó caer de rodillas al suelo, con los ojos desorbitados. Zor ahogó una exclamación y estuvo a punto de salir de su escondite para socorrerlo, pero, en medio de su agonía, Mac volvió la cabeza hacia él y sus labios formaron una negativa.

—¿Qué te parece esto, viejo? —sonrió Shalorak—. No es una magia que puedas absorber, ni tampoco rechazar con un escudo. Imaginaba que jamás habías aprendido a usarla. No va contigo.

Haciendo heroicos esfuerzos por respirar, Mac se retorció sobre la alfombra y gateó hacia la puerta como pudo, tratando de alejarse de él. Pareció que funcionaba, porque logró tomar una bocanada de aire momentos antes de que Shalorak acortara en dos zancadas la distancia que los separaba.

—Se lo diré... a Marla... —pudo decir Mac, desde el suelo—. Todo...

Aquellas palabras supusieron un jarro de agua fría para Shalorak. Su rostro se transfiguró en una expresión de espanto y desconcierto que a Zor le resultó inquietante, mientras abría el puño de golpe. Mac respiró profunda y ansiosamente.

—¿Qué quieres decir, viejo? —lo apremió Shalorak, intranquilo—. ¿De qué estás hablando?

Por el ajado rostro del Loco Mac cruzó una sonrisa malévola.

—De tu secreto... claro —logró decir—. Lo que... no te has atrevido a contarle... Oh, puedes matarme, naturalmente, pero eso no servirá de nada, porque se lo he contado a mis amigos... a los ángeles... a los compañeros de la Hermandad que me apoyan... he dado instrucciones de que esa información llegue a Marla, de una manera o de otra. Quizá sea una carta que reciba a través de una paloma mensajera, una nota deslizada subrepticamente bajo su almohada por el servicio, unas palabras susurradas en el corazón de sus sueños... Cualquier cosa, Shalorak. Y tú no podrás evitar que se entere, tarde o temprano.

—Es un farol —repuso el mago, recuperando la calma en parte.

—Puede que sí, o puede que no. Puedes matarme ahora, pero te quedarás con la duda, y sospecharás de cualquiera que se acerque a ella. ¿Y qué harás entonces? ¿Esperar, como un condenado a muerte, a que ella lo descubra? ¿O aislarla de todo y de todos, para que no exista siquiera esa posibilidad? No es mala idea, ¿verdad? Puedes crear otro Gorlian sólo para ella...

Mac calló cuando una fuerza invisible lo lanzó hacia atrás, aplastándolo contra el suelo alfombrado.

—Ahora sí que has acabado con mi paciencia, viejo —murmuró Shalorak.

Zor, en su escondite, se estremeció de terror. Una extraña aura sobrenatural envolvía al mago, y un viento invisible revolvía su cabello rubio, despejando su rostro, oscurecido por una máscara de ira y odio.

Mac retrocedió un poco más, y Shalorak avanzó un paso hacia él.

Y, entonces, los acontecimientos se precipitaron.



Mientras tanto, en el cielo, los ángeles se habían replegado hasta llegar casi hasta los mismos límites de Aleian. Astarel, general de la duodécima escuadra, batió las alas para elevarse por encima de la batalla y miró a su alrededor. Las alas negras de los demonios parecían cubrirlo todo, y por todas partes veía ángeles heridos precipitándose desde las alturas, en una nube de plumas ensangrentadas. Palmo a palmo, las huestes infernales ganaban distancia, y Astarel comprendió que no podía hacer otra cosa. Su mirada se cruzó con la de Galdabel, general de la vigesimotercera, y ambos asintieron. No había otra salida.

Astarel inspiró hondo y gritó, con todas sus fuerzas:

—¡Guerreros de Aleian! ¡Replegaos! ¡Guerreros de Aleian! ¡Retirada!

—¡Retirada! ¡Retirada! —corearon Galdabel y otros tres generales más.

La orden recorrió el ejército angélico como la pólvora; pronto, todos los ángeles batieron las alas e iniciaron el regreso a casa, replegándose hacia la ciudad. Eran conscientes, sin embargo, de que aquello no era una rendición; en Aleian se unirían a las escuadras defensoras y lo darían todo por proteger la ciudad de los invasores.

Miles de gargantas demoníacas lanzaron aullidos de triunfo, y las hordas del infierno volaron tras los ángeles, hostigándolos en su retirada. Cuando la sombra de sus alas ya se cernía sobre Aleian, los demonios toparon con un muro infranqueable: todos los ángeles supervivientes habían formado una apretada defensa que cubría el acceso principal a Aleian. Irritados, algunos demonios trataron de elevarse sobre los guerreros angélicos para sobrepasar su barrera y alcanzar la ciudad, pero ellos no se lo permitieron. Y, una vez más, ambos bandos chocaron, con toda la fuerza del odio de los demonios y de la desesperación de los ángeles.



Con un agudo grito de guerra, Cosa saltó sobre Shalorak desde su puesto en la barra de la cortina. El mago alzó la cabeza, sorprendido, y trató de protegerse, y aquél fue el momento que Zor eligió para precipitarse sobre él, cuchillo en ristre, desde su escondite. La hoja de hueso se hundió en los ropajes de terciopelo negro y casi alcanzó la

carne del hechicero; pero éste alzó los brazos y dio un paso atrás para protegerse de Cosa, y la daga de Zor no llegó a su objetivo. Con un grito de ira, Shalorak abrió los brazos, y una invisible explosión de energía lanzó a Cosa y a Zor hacia atrás, aplastándolos contra la pared.

—¡Gusanos inmundos! —estalló el hechicero, furioso; su rostro estaba rígido de ira, y sus pupilas parecían dos volcanes en erupción—. ¿Cómo os atrevéis?

Instintivamente, Zor bajó un ala para proteger a Cosa, que había caído sobre su regazo. Pero el golpe de Shalorak no llegó. El mago, colérico, vio cómo su magia se desvanecía cuando estaba a punto de alcanzarlos. Y de pronto reinó en el corredor la más absoluta e impenetrable oscuridad. Cosa gritó, aterrorizada, y Zor se abrazó a ella, no menos inquieto. Entonces dos manos semejantes a zarpas los agarraron por los brazos y tiraron de ellos. Cosa chilló otra vez, pero Zor le tapó la boca con la mano, movido por un presentimiento, y se dejó llevar.

Cuando Shalorak logró deshacer el hechizo de oscuridad, sus enemigos se habían esfumado.

—¿Qué está pasando, Shalorak? —oyó la voz de Marla a sus espaldas.

El joven trató de dominarse.

—Son ellos, mi reina —murmuró, volviéndose hacia ella—. Están vivos.

Vio que Marla palidecía.

—¿Ahriel?

—No, que yo sepa: su hijo, el maestro Karmac y ese... ese... esa criatura.

Marla sonrió, burlona.

—¿Te han puesto en apuros, acaso?

—Karmac es un hábil hechicero —se limitó a responder él.

—Por supuesto. Fue uno de mis maestros, Shalorak, no lo olvides. Y Fentark lo temía lo suficiente como para deshacerse de él.

El joven mago reprimió un suspiro de cansancio.

—Esa condenada prisión de Gorlian —gruñó—. Jamás debió existir. Todo habría sido mucho más sencillo si, en vez de encerrar a sus enemigos en un lugar del que supuestamente nunca volverían, Fentark se hubiese limitado a matarlos a todos. La muerte no deja escapar a nadie —añadió, sombrío.

Marla se encogió de hombros.

—Tal vez tengas razón —asintió—, pero Gorlian ya no existe, así que no habrá más remedio que matarlos, como querías. Sin embargo, estoy pensando que puede que el maestro Karmac sea un rival demasiado poderoso para que te enfrentes a él a solas. Iré contigo y...

—No, mi reina —la detuvo él—. No será necesario. Puede que antes fuera el maestro Karmac, pero ahora no es más que el Loco Mac. Estoy seguro de que podré con él.

Marla le dirigió una intensa mirada.

—Confío en ti —murmuró.

Shalorak hizo una profunda reverencia ante ella.

—No os defraudaré —respondió.

Después, dio media vuelta y desapareció pasillo abajo en un momento, apenas una sombra envuelta en ropajes negros. Marla lo vio marchar y se retorció las manos, preocupada. Tenía la extraña sensación de que Shalorak le ocultaba algo. Temiendo por su seguridad, decidió seguirlo y estar disponible por si él llegaba a necesitar su ayuda para deshacerse de los intrusos. Porque podrían ser sólo una molestia, pero también podrían suponer algo más y, a aquellas alturas, Marla no estaba dispuesta a correr ningún riesgo. Y menos si la vida de Shalorak estaba en juego.



Cuando se hizo la luz, Cosa y Zor se encontraron ocultos en un dormitorio suntuosamente decorado.

—¿Estáis bien? —jadeó junto a ellos el Loco Mac, sobresaltándolos.

—Sí—susurró Zor—, pero no sé cómo vamos a acabar con él. Hemos escapado vivos de milagro... otra vez. A la próxima, no tendremos tanta suerte.

—Puede que sí, chaval, si jugamos bien nuestras cartas —respondió Mac misteriosamente.

Zor recordó la conversación que había escuchado.

—¡Es verdad! ¿Cuál es ese secreto del que hablabas? ¿Qué es eso que Shalorak no quiere que Marla sepa?

Pero Mac lo sorprendió al responder:

—No tengo ni idea.

—Entonces, ¿sí que era un farol? —inquirió el chico, desilusionado.

—No del todo, chaval. Piensa un poco: ese tal Shalorak se ha hecho con el poder de la Hermandad en muy poco tiempo, sustituyendo a Fentark, cuando me juego el cuello a que había adeptos más veteranos y mejor preparados que él. Por otro lado, es un tipo soberbio y misántropo que se cree superior a todo el mundo y no tiene ningún problema en permitir la destrucción del mundo si ello conviene a sus planes. Pero al mismo tiempo... y esto es muy significativo... se comporta con Marla de un modo humilde y servil.

Zor se rascó la cabeza.

—Pues no entiendo a dónde quieres llegar.

—Ese jovencuelo tiene talento, no lo niego, y probablemente eso lo lleva a creerse mejor que los demás. Pero ha cometido un grave error: se ha enamorado hasta las trancas. Y, muy en el fondo, tiene miedo de que ella no le corresponda. Se siente superior a todo el mundo, pero inferior a su amada, ¿lo entiendes?

—Ahora sí: no está bien de la cabeza.

—No, no es eso, chaval... bueno, un poco sí, pero me refiero a otra cosa: Shalorak tiene algo que ocultar, un oscuro pasado, un secreto inconfesable que lo hará perder puntos frente a la única persona que le importa, si ella llegara a enterarse. Y es ese secreto el que lo hace creerse indigno de ella. Eso es lo que lo reconcome por dentro y lo lleva a mostrarse tan sumiso con ella; intenta serlo todo para Marla, ganarse su corazón de mil maneras, demostrarle que, pese a eso, puede aspirar a su amor. O demostrárselo a sí mismo, quizá.

»Y apostaría un buen estofado a que ese secreto tiene que ver con Fentark. O, más bien, con su desaparición. Sospecho que Shalorak sí pudo elegir, y dejó a su maestro pudriéndose en el infierno. O quizá la caída de la Hermandad la propició él para hacerse con el poder, quién sabe. Y probablemente no le importe que lo sepa el resto del mundo, porque se siente por encima de juicios y consideraciones humanas, pero sí le importa, y mucho, lo que Marla piense de él. Después de todo, ambos le debían mucho a Fentark. Más de una vez le oí decir a Marla que su maestro Fentark era casi como un padre para él.

—Bueno... visto así... vale, parece claro que algo oculta, pero... ¿de qué nos sirve eso ahora?

—Conoce a tu enemigo —sentenció Mac, muy serio—. Cualquier detalle que sepas acerca de él puede serte útil. Y date cuenta de que mi «farol» de antes nos ha salvado el cuello.

—Y también ha conseguido cabrear más a Shalorak —murmuró Zor.

Mac lanzó una carcajada histérica.

—Un enemigo cabreado es un enemigo propenso a cometer errores, chaval. Recuérdalo.

Se levantó y se sacudió su mugrienta indumentaria de piel de engendro. Por primera vez, Zor fue consciente del aspecto astroso que ambos presentaban, y que tanto contrastaba con la limpia y radiante belleza de aquel lugar, de las ropas de la gente del exterior.

—Andando, chaval —ordenó Mac, devolviéndolo a la realidad—. Tenemos mucho que hacer. Tengo un plan, y espero que funcione.

—¿De qué se trata?

—Por la forma en que Shalorak miraba a Cosa, deduzco que no está muy habituado a tratar con engendros —respondió el Loco Mac, con una sonrisa torcida—. Así que sospecho que nunca habrá utilizado el conjuro de red invisible. No lo reconocerá cuando se tope con él, y eso nos da una oportunidad.

Zor no preguntó nada, pero adoptó una expresión dubitativa. Mac se enfadó.

—¿Oné nasa acaso tienes una idea mejor para acabar con Shalorak?

Zor no la tenía. Sin embargo, sintió que Cosa le tiraba de la ropa para llamar su atención.

—... rmmmannu —dijo ella.

El chico le sonrió.

—Sí, Cosa, yo también te aprecio —respondió, pero ella negó con la cabeza.

—... rmmmannu —insistió.

Zor arqueó una ceja, intrigado, pero Mac tiró de él, sacándolo de la habitación a trompicones y riendo como un loco.

—¡Andando, andando, no hay tiempo que perder!



Cuando Ubanaziel divisó a lo lejos las blancas cúpulas de Aleian, también vio una nube de oscuras alas, como cuervos de mal agüero, sobrevolando la ciudad. Sintió que su corazón dejaba de latir un breve instante. «No puede ser», pensó. «¿Tan lejos han llegado?». Se preciaba de ser un gran conocedor de la historia del mundo demoníaco, pero no recordaba que se hubiese dado jamás una situación tan grave como la que estaba presenciando.

Al acercarse un poco más, sus peores temores se hicieron realidad: las huestes infernales atacaban la Ciudad de las Nubes, y un reducido grupo de ángeles valientes, lo que quedaba del orgulloso ejército de Aleian, trataba de hacerles frente como podía.

Ubanaziel batió las alas con más fuerza. Esquivó a un par de diablillos con ganas de gresca que le salieron al encuentro, porque no podía permitirse el lujo de entretenerse con ellos. Debía encontrar a Furlaag cuanto antes y derrotarlo. Era la única posibilidad de salvación que le quedaba a Aleian... y al resto del mundo.

Desvainó la espada cuando llegó a los alrededores de la ciudad. Por el camino, descargó varios mandobles que segaron alas y cabezas de demonios que le salieron al paso, tratando de detenerlo. Algunos ángeles resistentes alzaron la cabeza al ver caer tantos demonios del cielo, y reconocieron la imponente figura de Ubanaziel cuando sus alas taparon el sol durante un momento. Muchos se quedaron boquiabiertos, pues la noticia de su muerte ya había llegado a todos los rincones de Aleian, pero otros reaccionaron y lo vitorearon, celebrando su llegada, especialmente los guerreros de la decimocuarta escuadra, la que él comandaba. Y algunos demonios se estremecieron de miedo al verlo, sin saber exactamente por qué.

Ubanaziel, en cambio, no se sentía feliz de haber regresado. Por todas partes, manchando de sangre las blancas avenidas de Aleian, yacían cadáveres de ángeles y demonios, con las alas torcidas y los cuerpos rotos. La ciudad, en general, seguía más o menos intacta, pero constantemente caían más y más cuerpos sobre ella, como gotas de una lluvia macabra.

El Guerrero de Ébano movió la cabeza, apenado, y decidió que era hora de poner fin a todo aquello. Batió las alas para elevarse un poco más y voló hasta la más alta aguja de la más alta torre del palacio más alto de Aleian. Se posó delicadamente sobre la atalaya y gritó, con toda la potencia de sus pulmones:

—¡Furlaag! ¡Furlaag el Cruel, Azote del Infierno, Corruptor de Humanos, Señor de los Condenados!
¡Ubanaziel, el Guerrero de Ébano, Consejero Angélico, general de la decimocuarta escuadra, te desafía!

Su voz rebotó en todos los muros de la ciudad y se elevó hasta el cielo, hasta más allá de la dura batalla que se libraba sobre las cúpulas de Aleian. Y, pese al fragor de la lucha, todos, ángeles y demonios, la escucharon con claridad. Ubanaziel tomó aliento y demandó de nuevo:

—¡Furlaag! ¡Sal de dondequiera que estés y atrévete a aceptar mi desafío! ¡Yo, Ubanaziel, te estoy esperando!



Ahriel era vagamente consciente de la batalla que se desarrollaba sobre la ciudad. Se había sentado en un rincón, con los ojos cerrados, en un cómodo estado de semiinconsciencia, ausente de lo que sucedía a su alrededor.

Probablemente no habría escuchado el llamamiento de Ubanaziel, de no ser porque, momentos antes de que éste se produjera, un enorme demonio se precipitó desde las alturas, abatido por uno de los guerreros angélicos, y cayó pesadamente sobre el edificio en el que ella se encontraba. El tejado cedió bajo su peso, y el cuerpo de la criatura aterrizó, en medio de una nube de escombros, en el interior de la celda de Ahriel, destrozándolo todo a su paso. Ella volvió a la realidad, sobresaltada, y se quedó mirando el rostro sin vida del demonio, congelado para siempre en un horrible rictus de odio. Ahriel tardó unos instantes en comprender lo que estaba sucediendo. Alzó la mirada hacia el boquete que el cadáver del demonio había abierto en el techo y, en el pedazo de cielo que se veía a través de él, alcanzó a distinguir una nube de oscuras figuras aladas enzarzadas en una lucha sin cuartel.

Y fue entonces cuando le llegaron los ecos de la llamada de Ubanaziel:

—¡Furlaag! ¡Furlaag el Cruel, Azote del Infierno, Corruptor de Humanos, Señor de los Condenados!
¡Ubanaziel, el Guerrero de Ébano, Consejero Angélico, general de la decimocuarta escuadra, te desafía!

Ahriel parpadeó, desconcertada. ¿Estaría soñando? Había abandonado a Ubanaziel en las entrañas de la Fortaleza, a menos de diez pasos de una puerta infernal a punto de estallar, y con el mismo Furlaag a quien ahora reclamaba dispuesto a abalanzarse sobre él con toda su hueste pisándole los talones. Era imposible que su compañero hubiese sobrevivido a aquello y, sin embargo...

—¡Furlaag! —se oyó de nuevo aquella voz—. ¡Sal de dondequiera que estés y atrévete a aceptar mi desafío!
¡Yo, Ubanaziel, te estoy esperando!

«Ubanaziel está vivo», se dijo ella, de pronto. «Está vivo, y sigue luchando».

Ignoraba si aquello quería decir que todavía les quedaba alguna remota oportunidad de sobrevivir al fin del mundo; pero, si el Guerrero de Ébano estaba dispuesto a morir luchando, ella no iba a abandonarlo a su suerte otra vez.

Se puso en pie, decidida. Se aseguró de que su espada seguía bien ceñida a su costado, desplegó las alas y, batiéndolas con fuerza, se elevó hacia el cielo por la brecha abierta en el techo de su celda, para reunirse con Ubanaziel y luchar por su gente y por la libertad de su mundo.



XII. Confesión

Más alterado de lo que estaba dispuesto a reconocer, Shalorak recorrió el palacio en busca de los intrusos. No podían haber ido muy lejos, se dijo. El conjuro de oscuridad habría requerido toda la concentración y la fuerza del viejo, así que dudaba que hubiese realizado algún otro al mismo tiempo. No; aquellos tres andrajosos se habían visto obligados a escapar a pie. Uno de ellos tenía alas, eso era cierto, pero era un muchacho bastante enclenque, como todo lo que salía de Gorlian, y Shalorak no creía que pudiese cargar él solo con sus dos compañeros. Y, aun en el caso de que el chico hubiese decidido huir y dejarlos atrás, no lo preocupaba seriamente. A quien tenía que detener, cuanto antes, era al viejo. Marla tenía razón: a pesar de su aspecto y de los años transcurridos, aquél había sido el maestro Karmac, un poderoso hechicero.

Detectó un movimiento al final del pasillo y decidió acercarse a investigar. Avanzó con precaución, con todos los sentidos alerta y con la mente presta para reaccionar en caso de necesidad.

El corredor terminaba en una amplia sala de baile. Shalorak llegó a ver a aquel engendro repulsivo trotando torpemente por el salón, hacia la otra puerta. No había ni rastro de sus compañeros, y el mago sospechó que podría tratarse de una trampa.

Y, justo cuando alzaba la cabeza para mirar en todas direcciones, algo oscuro y sutil, invisible como la brisa, frenó en seco su avance, clavándolo al suelo. Shalorak trató de moverse, pero estaba atrapado, como un pez enredado en la malla de un pescador. Alzó la cabeza para ver al Loco Mac entrando en el salón, muy satisfecho de sí mismo.

—Será mejor que no intentes nada raro, pimpollo —le dijo—, porque tu magia se volverá contra ti en menos que canta un gallo. Te he atrapado en un conjuro...

—... de red invisible, también llamado Telaraña Oscura —completó Shalorak; alzó apenas la mano y con sólo desearlo, el conjuro se deshizo y él quedó libre otra vez. Sonrió al ver el gesto de desconcierto de su oponente—. Vamos, viejo, ¿por quién me tomas? He pasado toda mi vida en la Fortaleza. ¿Pensabas que no he tenido ocasión de utilizarlo nunca? ¿Qué creías, que nos habíamos vuelto demasiado sofisticados como para utilizar los viejos trucos contra los engendros que se escapan? ¿Creías, acaso, que podías capturarme con este conjuro, como a un engendro cualquiera? —concluyó, irritado.

Clavó la mirada en Cosa, que había vuelto a entrar en el salón, seguida de Zor; los dos lo contemplaban con los ojos muy abiertos, sin terminar de entender lo que estaba sucediendo. Mac había palidecido.

—Habría... jurado que no te habías acercado a un engendro en tu vida —farfulló para sí mismo. Pero Shalorak lo oyó, y le dirigió una mirada llena de sospecha y rencor.

—¿Me estás tomando el pelo? —siseó—. No, ya veo que no. De acuerdo, pues. Se acabó el juego, viejo. Se acabaron las palabras engañosas y las amenazas huecas. Y para vosotros también se ha terminado todo lo demás.

Alzó los brazos y todas las puertas del salón se cerraron al mismo tiempo, con estrépito, sobresaltando a Mac y a sus compañeros. Zor y Cosa se abalanzaron hacia la salida más cercana y se colgaron del picaporte, sacudiéndolo con desesperación, pero no lograron que la puerta se moviera ni siquiera un poco. Estaban atrapados.

Mac dio un paso atrás, intimidado.

—Le diré a Marla que traicionaste a tu maestro...

Pero Shalorak le dedicó una fría sonrisa.

—Adelante —lo invitó—. Dile lo que quieras. Si es que puedes.



Ubanaziel contempló, sereno, cómo una mancha oscura se separaba de la bandada de seres alados para acudir a su encuentro. Lo aguardó, sin mover un solo músculo, y sólo cuando el recién llegado estuvo lo bastante cerca como para identificarlo como Furlaag, el ángel desenvainó la espada. Reprimió una mueca cuando la magia negra que Mac le había imbuido al arma serpenteó por su brazo, produciéndole un desagradable cosquilleo. Blandió la espada, respiró hondo y desplegó las alas.

Furlaag se detuvo a unos metros por encima de él. Sus enormes alas negras lo mantuvieron suspendido en el aire sin apenas esfuerzo. También él esgrimía una enorme espada.

—¿Qué es lo que quieres de mí, Ubanaziel? —gruñó—. ¿Acaso no tuviste bastante en el infierno?

El ángel alzó cuidadosamente la espada, sin perder de vista a su oponente.

—No —se limitó a responder. Y, con un poderoso golpe de alas, se elevó por encima de los tejados de Aleian hasta situarse a la altura del demonio.

Los dos se midieron con la mirada.

—¿Es cierto, entonces? —preguntó Furlaag, exhibiendo una peligrosa sonrisa llena de dientes—. ¿Me desafías?

—Eso he dicho.

La sonrisa del demonio se ensanchó, y sus ojos amarillos relucieron mientras arrugaba el entrecejo, saboreando la pelea de antemano.

—Acepto el reto.

Y, casi sin transición, batió las alas con fuerza y se arrojó sobre Ubanaziel. El ángel hizo un quiebro en el aire para esquivarlo y contraatacó a su vez. La espada del demonio detuvo su acero, y Ubanaziel se vio obligado a eludir la larga cola que Furlaag había lanzado contra él, como un poderoso látigo. El apéndice cortó el aire con un silbido, restallando muy cerca del oído del ángel, que retrocedió un poco más, tratando de recordar su experiencia en la guerra contra los demonios. La mayoría de ellos luchaban con armas (preferiblemente hachas, mazas, espadones y pesados martillos de guerra), pese a que su propia anatomía ya les confería eficaces instrumentos de batalla. Casi todos los demonios contaban con enormes cuernos, mortíferas garras y afilados colmillos, además de colas flexibles y fuertes que manejaban a la perfección. Pero en las peleas en el aire no podían emplear todas aquellas armas al mismo tiempo, puesto que tenían que coordinarlas con las alas que debían evitar que cayeran al suelo. Por esta razón, los ángeles solían ser más ágiles y rápidos en el aire que los demonios. Furlaag, por una cuestión de orgullo, batallaría en el cielo, pero, si las cosas se ponían feas, no dudaría en descender a tierra, donde contaría con una clara ventaja. Ubanaziel deseó poder derrotarlo antes de que eso sucediera.

Fintó de nuevo para esquivar la espada del demonio y atacó desde abajo. Furlaag rugió y paró su embestida mientras trataba de atrapar al ángel con la cola. Ubanaziel se zafó y, batiendo las alas para impulsarse otra vez hacia él, encadenó una serie de movimientos destinados a desconcertar a su rival. Sin embargo, y a diferencia de otros demonios, Furlaag era muy hábil con la espada. Sorprendentemente hábil, se dijo Ubanaziel, impresionado. Se preguntó dónde habría aprendido a pelear con una técnica tan depurada. No parecía probable que hubiese muchos maestros de esgrima en el infierno.

Se echó hacia atrás, pero se trabó con la cola de Furlaag y a punto estuvo de perder el equilibrio. Trató de desembarazarse de su enemigo y el impulso lo arrojó hacia atrás. Dio un par de vueltas de campana en el aire, pero cuando recobró la estabilidad adoptó una postura defensiva de inmediato. Y aquello le salvó la vida, pues Furlaag ya se abalanzaba sobre él. Las espadas de ambos chocaron una vez más, y Ubanaziel descargó un rápido mandoble buscando una zona desprotegida de su adversario. A punto estuvo de alcanzar la escamosa piel de Furlaag, que se echó a un lado con un rugido de ira y contraatacó, con tanta fuerza que desvió la espada del ángel y se la arrebató de las manos.

Ubanaziel no tuvo tiempo de ver cómo su espada se precipitaba sobre los tejados de la ciudad. Reculó para

evitar el ataque de Furlaag y casi enseguida sintió que algo se enroscaba en torno a su tobillo y tiraba de él hacia abajo. El ángel reprimió un grito al comprender que la cola del demonio lo había atrapado y que no podría detener el siguiente golpe...

Pero entonces algo se interpuso entre ambos, raudo como el viento, y otro acero interceptó el de Furlaag. Saltaron chispas.

—¡Tú! —bramó el demonio, disgustado.

—Yo —respondió ella, con una torva sonrisa.

Era Ahriel. Absorto en la pelea, Ubanaziel no se había percatado de su presencia, y tampoco la había visto nunca así. Blandía dos espadas, una en cada mano. Sombria, terrible, vibrante de odio y de ira, había algo en ella que la hacía parecerse un poco a los demonios contra los que combatía. Con un certero movimiento, Ahriel cortó el extremo de la cola de Furlaag, liberando a Ubanaziel, y un rugido de dolor brotó de la garganta de la criatura. Casi sin dilación, ella arrojó una de las armas a las manos del Consejero, y éste descubrió que era su propia espada, que Ahriel había recogido en el aire antes de que cayera al suelo. Ubanaziel la esgrimió, dispuesto a seguir luchando, mientras su compañera se erguía a su lado.

—Ah, sí —sonrió Furlaag, haciendo restallar en el aire su cola mutilada—. Leo el odio y la desesperación en tu mirada, Ahriel. ¿Qué clase de ángel eres tú?

—Uno que ya no tiene nada que perder —respondió ella con voz neutra.

Los dos ángeles lanzaron su ataque al mismo tiempo, y Furlaag se las arregló para rechazarlos a ambos, pero se vio obligado a recular.

—¿Y es así como combatís en Aleian? —gruñó—. ¿Dos contra uno?

Ella esquivó el contraataque del demonio e interpuso su espada entre ambos.

—No —respondió—. Así es como peleamos en Gorlian.

Con una carcajada desdeñosa, Furlaag batió las alas y se elevó por encima de los ángeles.

—¿Queréis atacarme los dos a la vez? —les gritó—. ¡Acepto el desafío! ¡Tratad de derrotarme, si podéis!

Ahriel parecía dispuesta a responder a la bravuconada, pero Ubanaziel la detuvo.

—Espera. Déjame a mí.

Ella lo miró sin comprender.

—¡No es momento para galanterías! —le reprochó—. ¡Esto es la guerra, no un combate de cortesía! ¡Están ganando, y si tenemos que atacarlo cinco ángeles a la vez para derrotarlo, lo haremos, por todos los engendros de la Ciénaga!

—¡No se trata de eso! No tengo tiempo para darte explicaciones, Ahriel, pero debo ser yo quien lo mate. ¿Acaso no lo has notado?

Y Ubanaziel le cogió la mano libre y la obligó a apoyarla en el pomo de su propia espada. Los dos permanecieron así un momento, con las manos entrelazadas, hasta que ella abrió mucho los ojos y se estremeció, casi imperceptiblemente. El Consejero asintió. Ahriel soltó la espada y se apartó un poco, perpleja.

—¿Por qué...? —empezó, pero Ubanaziel la cortó:

—Es largo de explicar, pero así debe hacerse. Confía en mí.

Ahriel sacudió la cabeza, pero dejó que su compañero se elevara hasta Furlaag sin intentar retenerlo.

—¿Qué pasa? —se burló el demonio—. ¿No quieres que le raje las tripas a la dama, o es que eres demasiado honorable como para permitir que me ataquéis los dos al mismo tiempo?

—Mis motivos no te incumben, Furlaag —masculló el ángel—. Te he desafiado; límitate a responder al desafío, si te atreves.

Y Ahriel se quedó mirando, desconcertada, cómo ambos volvían a enzarzarse en una encarnizada lucha, preguntándose por qué había percibido aquella huella de magia negra en la espada de Ubanaziel y cómo se las había arreglado él para impregnar su arma de aquella energía oscura y repulsiva.



—¿Éste era tu maravilloso plan? —masculló Zor, irritado—. ¿Encerrarnos con ese lunático por si se quemaba él solito con su magia?

—¿Acaso tenías una idea mejor? —replicó Mac, picado.

Habían retrocedido hasta estar pegados a la puerta. Shalorak se acercaba a ellos desde el otro extremo del salón. Sus ojos estaban repletos de ira y sus manos relucían con un leve resplandor sobrenatural.

Desesperado, Mac empezó a tejer un escudo defensivo, pero Shalorak lo desbarató con un solo gesto de su manos.

—¿Cómo puede ser tan condenadamente bueno? —se desesperó Mac, con una serie de risitas desquiciadas.

Zor cerró los ojos, seguro ya de que había llegado su hora.

Pero entonces Cosa se plantó ante ellos y se irguió cuanto pudo, abriendo los brazos para protegerlos. Clavó su acuosa mirada en Shalorak y le suplicó:

—¡Nnnnnu, rmmmanu!

El hechicero se detuvo un momento y la observó con un evidente gesto de disgusto y de horror.

—Cómo... te atreves —escupió.

—¡Nnnnu dddanniu! —imploró ella.

—Apártate de ahí, Cosa —dijo Mac, conmovido—. Shalorak, deja que los chicos se vayan, ¿de acuerdo? Ella es una pobre infeliz que nunca ha hecho daño a nadie, y el muchacho...

—Cierra la boca, viejo —cortó el mago; seguía sin apartar la mirada de Cosa, y su rostro era una máscara de odio y de repulsión—. Esta criatura será la primera en morir.

Alzó la mano sobre Cosa, que lo contemplaba con muda fascinación. Su fragilidad y su inocencia eran tan evidentes, a pesar de su fealdad, que Zor se preguntó qué clase de desalmado sería capaz de asesinar a sangre fría a un ser que suplicaba con tanta humildad por la vida de sus amigos.

Los ojos de Cosa se llenaron de lágrimas cuando la mortífera magia de Shalorak se reflejó en ellos.

—Nnnnu dddaniii mmmiggus... rmmmanu... —susurró ella, y probablemente aquéllas serían las últimas palabras que pronunciaría.



La espada de Ubanaziel realizó un quiebro en el aire, buscando el cuerpo de Furlaag; el demonio vio venir el golpe y trató de esquivarlo, pero no pudo evitar que el filo se clavase dolorosamente en su muslo izquierdo, desgarrando su piel escamosa. Con un gruñido de dolor, Furlaag batió las alas, enfurecido, para alejarse un poco de su enemigo. Lo observó desde la distancia, con los ojos entornados.

—¿Qué le has hecho a tu espada, ángel traicionero? —le echó en cara.

Ubanaziel no contestó. Enarboló su arma y lo esperó, suspendido en el aire, como un dios vengador.

—¿No respondes? —gritó Furlaag, irritado—. ¿Qué clase de ángel eres, que recurres a un poder que los tuyos aborrecieron mucho tiempo atrás y que prohíben usar a los humanos? ¿Sabes acaso tus amigos que juegas con magia negra, Guerrero de Ébano? ¿Con la magia prohibida que los de mi estirpe enseñan a los mortales?

Le dedicó una carcajada burlona, pero Ubanaziel siguió sin decir una palabra. Un poco más allá, Ahriel se estremeció sin poderlo evitar. Ella misma le había dicho al Consejero que había que ganar la guerra a toda costa, pero jamás se le habría ocurrido utilizar magia negra para ello. ¿En qué estaba pensando Ubanaziel? Peor aún... ¿cómo había conseguido embrujar su espada de aquella forma? ¿Era, acaso, como aquellos repugnantes sectarios de Marla?

Vio cómo el ángel arremetía contra Furlaag. El demonio, sin embargo, se puso fuera de su alcance con un solo

movimiento de sus inmensas alas.

—¿Crees que no sé lo que tratas de hacer? —se burló—. Pues es inútil, patética criatura con plumas. Si crees que así salvarás a tu pequeña ciudad y al miserable mundo que protegéis... estás muy equivocado.

—Ya lo veremos —masculló Ubanaziel.



Lo atacó con nuevas energías, y Furlaag respondió. Sin embargo, Ahriel habría jurado que lo había visto vacilar. La magia de Shalorak rebotó contra un escudo invisible y después se dispersó. El hechicero lanzó una mirada irritada al Loco Mac y alzó la mano de nuevo, dispuesto, esta vez, a acabar con la vida de aquel viejo molesto.

Sin embargo, en los ojos de Mac ya no había miedo. Se había alzado, enderezando los hombros, con una chispa de malicia en la mirada y una sonrisa de comprensión y de triunfo.

—Cómo no lo habré visto antes —dijo—. Cómo he podido ser tan ingenuo...

Se rió como un auténtico demente, y por un momento Zor temió que hubiese perdido la razón de verdad.

Shalorak atacó de nuevo, pero en esta ocasión la magia defensiva de Mac era lo bastante fuerte como para rechazar su hechizo con tanta violencia que lo hizo retroceder un par de pasos. Zor tuvo la satisfacción de ver cómo el mago sacudía la cabeza, perplejo, y, aunque no entendía qué estaba pasando, pensó que quizá aún tendrían una última oportunidad. Sujetó su daga con fuerza, preparado para utilizarla en cuanto hubiera ocasión.

—Vaya, vaya, pimpollo —dijo Mac, avanzando hacia Shalorak con una torcida sonrisa—. Quién lo hubiera dicho... un muchacho como tú, tan joven, tan apuesto... tan hábil para la magia. ¿Cómo no ibas a serlo, si te han adiestrado para ello desde que naciste... o debería decir... desde que fuiste creado?

Zor detectó una sombra de auténtico pánico cruzando el rostro de Shalorak. Pero desapareció tan rápidamente que llegó a pensar que lo había imaginado. El hechicero se irguió y clavó en Mac una mirada llena de odio y desprecio.

—No sabes lo que dices, viejo loco. Deja ya de oponer resistencia: tú y tus amigos estáis condenados.

Pero Mac seguía sonriendo.

—Amigos... esa fue la palabra que me abrió los ojos... Pero había múltiples indicios, ¿verdad? Lo que encontramos en el laboratorio de Fentark... los manuales de magia en aquel pequeño cuarto... el hecho de que te creas el sucesor del gran maestro, tan superior a todos los demás... y tan desesperado por que no se sepa quién eres de verdad...

Furioso, Shalorak alzó las manos de nuevo y arrojó su magia contra Mac. Sin embargo, ésta volvió a deshacerse frente al hechizo defensivo de su oponente. Shalorak, inquieto, retrocedió un par de pasos. Respiraba con dificultad y empezaba a sudar; parecía claro que sus fuerzas comenzaban a agotarse, o quizá sus emociones estaban traicionando la calma y la concentración que necesitaba para usar su magia.

—¿Te he puesto nervioso, pimpollo? —se burló Mac—. Debo confesar que he sido injusto contigo: te he acusado de haber traicionado a tu maestro, pero estaba muy equivocado. Le tenías mucho aprecio a Fentark, ¿verdad? Él era como un padre para ti...

—Cierra la boca, viejo necio... —masculló el hechicero.

—Sí, tú lo has dicho: qué necio he sido al no darme cuenta. La pequeña Cosa lo adivinó antes que ninguno de nosotros y, si hubiésemos sabido escucharla, habríamos entendido muchas cosas... como, por ejemplo, el hecho de que nunca te ha llamado por tu nombre. Ni tampoco «Amo», que es la palabra que usa para referirse a los hechiceros de tu secta. No; para ella siempre has sido un «hermano»... porque eres como ella... Porque Cosa sólo llama «hermanos» a los demás engendros...

Volvió a reírse de nuevo, con aquella risa histérica y convulsiva tan propia de él. «¿De qué está hablando?», pensó Zor, aturdido. «¿Insinúa que Shalorak es un engendro?».

—¡Cállate! —aulló el mago, desesperado, y una fuerza invisible brotó de su cuerpo, empujando violentamente a

sus enemigos hacia atrás y estrellándolos contra la pared. Mac ahogó un grito cuando se le quebró una costilla, y Zor gimió al sentir sus alas aplastadas sin piedad. Los tres cayeron al suelo en un confuso montón, y Mac trató de ponerse en pie, con una mueca de dolor.

—¿Era esto lo que perseguía Fentark? —murmuró, con la mirada clavada en Shalorak, que jadeaba, agotado, con el cabello húmedo y revuelto—. ¿Eras tú lo que esperaba conseguir cuando moldeaba aquellas masas sanguinolentas en la mesa de su laboratorio? ¿Un ser intrínsecamente mágico? ¿Una criatura que no necesitase invocar a los demonios para obtener su poder?

Shalorak apretó los dientes y alzó la cabeza con orgullo.

—Un ser con un poder superior al de cualquier humano —respondió—. Una nueva raza de hombres perfectos que no dependiese de la guía de los ángeles ni de la magia de los demonios. Una estirpe poderosa y libre.

—... Y, aun así —murmuró Mac, contemplando a Cosa, que temblaba junto a él—, odias reconocer que los orígenes de esa supuesta raza superior están en criaturas imperfectas como ella.

Shalorak sonrió.

—Todo requiere un precio. Mi maestro lo sabía, porque era un hombre inteligente. Pero hay tantos necios que no comprenderán jamás la grandeza de su obra... tantos estúpidos capaces sólo de ver el horror de sus experimentos fallidos —miró a Cosa con desprecio—, sin valorar los resultados finales...

—Así que necios, ¿eh? —se oyó una voz detrás del mago—. ¿Me consideras una necia a mí también, Shalorak?

El joven palideció mortalmente y se dio la vuelta. Tras él, atravesando el salón con pasos tranquilos y decididos, estaba la reina Marla.

Zor no desaprovechó la oportunidad. Aún no entendía del todo lo que estaba pasando, pero sospechaba que, si no hacía algo inmediatamente, ninguno de ellos sobreviviría. De modo que, con un grito de guerra, alzó la daga de hueso y corrió hacia Shalorak, dispuesto a clavarla en su corazón.

El mago, turbado, lo vio venir, pero no tuvo tiempo de apartarse. Levantó las manos instintivamente para defenderse, y eso le salvó la vida, porque su brazo detuvo el de Zor a escasos centímetros de su pecho. Los dos cayeron al suelo y forcejearon un momento, en una confusa maraña de plumas y ropajes negros. Por fin, la magia de Shalorak rechazó al chico y lo arrojó lejos de sí. El puñal salió despedido de la mano de Zor y se deslizó por el suelo hasta detenerse a los pies de la reina Marla, que lo observó sin interés.

Shalorak se levantó como pudo y se volvió hacia ella, con la ansiedad y el miedo pintados en su mirada. La joven se agachó para recoger la daga caída y la hizo girar entre sus dedos.

—¿Por qué están vivos todavía, Shalorak? —preguntó, con tono neutro.

El hechicero temblaba. Tragó saliva y recompuso su gesto antes de responder, con una reverencia:

—Es un fallo imperdonable por mi parte, mi reina. Lo subsanaré de inmediato.

La mirada de Marla paseó por los rostros de todos los presentes. Se detuvo un instante en Cosa y después en las facciones de Shalorak, y Zor detectó una mueca de dolor en su rostro.

—¿Es cierto eso que dicen? —preguntó, con suavidad—. ¿Es verdad que eres uno de los engendros creados por Fentark?

—Mi señora... —empezó Shalorak, pero ella lo interrumpió:

—¡Silencio! Piensa muy bien cuáles van a ser tus palabras. Si me amas lo bastante, tendrás el valor de confesar la verdad. Y, si vas a mentir, será mejor que no digas nada.

El hechicero respiró hondo. Se irguió, enderezó los hombros y clavó sus ojos en los de ella. Pareció que el tiempo se detenía durante el breve instante en que permaneció callado. Y después, por fin, de sus labios brotaron tres simples palabras, pronunciadas en voz baja, pero firme:

—Es verdad, Marla.

Después de aquella confesión, Shalorak no fue ya capaz de sostener su mirada. Bajó la cabeza, con un rictus de amargura pintado en su rostro, y apretó los puños.

—Es verdad —repitió ella a media voz— todo lo que ha dicho el maestro Karmac, entonces. Que Fentark te creó en su mesa de laboratorio igual que a los otros engendros. Que eres el más perfecto de todos ellos. Tanto que

nadie hasta ahora se había dado cuenta de que no eras humano. Ni siquiera yo.

Shalorak no respondió, pero su silencio habló por él.

—Encerramos a esas cosas —prosiguió Marla—. Las toleramos porque formaban parte de los experimentos de Fentark, pero todos sabíamos que su mera existencia era totalmente inaceptable. Por eso las arrojábamos a Gorlian, con el resto de la basura. Porque valen mucho menos que un ser humano, incluso que cualquier ser vivo. Después de todo, son artificiales. Ni siquiera deberían haber sido creadas.

Shalorak seguía temblando. Zor abrazó a Cosa, que había buscado consuelo a su lado.

—Con todo, a mí siempre me dieron lástima —concluyó Marla—. Nunca entendí qué pretendía Fentark cuando las creaba, pero ellas no tenían la culpa de ser como eran. No habían tenido ninguna oportunidad de ser otra cosa.

»En cambio, tú eras tan semejante a los humanos que podías pasar por uno de nosotros, y eso hiciste, ¿verdad? Nos engañaste a todos, para que no te tuviéramos lástima, para que no te miráramos con asco... para evitar que te arrojáramos a Gorlian como a todas las demás. Y tan humano parecías... que te buscaste una mujer humana — Shalorak alzó la cabeza de pronto, pero ella no le dejó hablar—. Sí, ¿por qué no? —continuó, en voz más alta—. ¿Quién va a conformarse con una celda inmunda y una cueva en Gorlian cuando puede ocupar la alcoba de una reina?

—Marla...

—¡Cállate! —estalló ella, y su rostro estaba lleno de angustia y dolor—. No sé qué me molesta más... que me mintieras... que me utilizaras... que te burlaras de mí...

—Mi reina, yo jamás os he utilizado ni me he burlado de vos —cortó él, desesperado; cayó de rodillas ante ella y tomó su mano con absoluta adoración—. Os amo con todo mi corazón... y nunca he mentado al respecto. Si oculté mis orígenes fue porque temía que me rechazarais, temía no ser digno... —su voz se ahogó en un sollozo.

Marla retiró la mano.

—Levántate —ordenó.

Shalorak se incorporó, vacilante. Marla le dio la espalda, temblando.

—Te amo, Marla —dijo él, simplemente—. Nunca ha habido engaño ni doblez en esto.

Ella tardó un momento en contestar. Después, se volvió hacia él y dijo solamente:

—Pero eres un engendro.

Alzó la palma de la mano. Sobre ella reposaba el tosco puñal de Zor. Shalorak lo contempló un instante, sin comprender. Y, antes de que pudiera pronunciar palabra, el arma salió disparada de la mano de Marla, sin que ella hubiese movido un solo músculo, simplemente obedeciendo a su magia y a su voluntad; y, con velocidad y precisión mortíferas, se hundió en el corazón del hechicero.

—Y una reina no puede rebajarse a amar a una criatura como tú —concluyó ella en voz baja.

Shalorak ni siquiera lo había visto venir. Contempló un momento el mango que sobresalía de su pecho, sin entender lo que estaba pasando. Entonces alzó una última mirada suplicante hacia su reina mientras caía de rodillas. Levantó la mano hacia ella, tratando de alcanzarla, pero no consiguió rozarla siquiera. Sus labios se entreabrieron para pronunciar una última palabra, puede que de ruego, quizá de perdón, tal vez de amor...

... pero exhaló su último aliento antes de poder hablar.

Y Shalorak, el hechicero, la más perfecta de las criaturas de Fentark, cayó de bruces sobre las baldosas del salón de baile, muerto.

Mac, Zor y Cosa habían sido testigos de la escena sin intervenir, y ahora contemplaban, atónitos, el cuerpo que yacía ante ellos. Shalorak había muerto, y lo había hecho tal y como ellos deseaban: por medio de un arma imbuida de un conjuro de disolución. Aquello significaba que uno de los extremos del vínculo había sido destruido al fin.

Y, sin embargo, y por alguna razón desconocida, ninguno de ellos sentía la menor alegría. Cosa dejó escapar algunas lágrimas y murmuró, aún con los ojos clavados en el cuerpo de Shalorak:

—... rmmmannu...

Marla se volvió hacia ellos. Tenía los ojos húmedos, y parpadeó rápidamente para retener las lágrimas.

—Así es como ha de hacerse —dijo: pretendía nacer inmóvil, pero le temblaba la voz—. No era tan

complicado, ¿verdad? Los hechiceros se obsesionan con la magia, y los guerreros con las armas, olvidando que a veces lo más práctico es combinarlas ambas.

Mac se puso en pie, trabajosamente.

—Quizá —admitió—. Pero también sospecho que Shalorak no se habría dejado matar por nadie que no fueras tú.

Marla lo contempló un momento, y el Loco Mac descubrió en sus ojos un destello de un dolor intenso, profundo e inconsolable. Sin embargo, ella sacudió la cabeza y respondió:

—El caso es que ambos lo queríamos muerto, y ahora ya lo está.

—Pero no debías matarlo tú —intervino Zor, sin poderse contener—. ¡El te quería! ¡Si hasta ha destruido el mundo para sacarte del infierno!

Ella le dirigió una sonrisa cansada.

—Eres demasiado joven para entenderlo —respondió; en realidad, Marla sólo era cuatro o cinco años mayor que él, pero su mirada parecía la de una anciana, y Mac, que la había conocido cuando era poco más que una niña, no pudo evitar pensar que había vivido demasiado en muy poco tiempo.

—Marla... —empezó, pero ella lo hizo callar con un gesto.

—Y ahora os toca a vosotros —dijo, con total tranquilidad—. ¿O es que pensabais salir vivos de mi palacio?



Ahriel se cansó de estar mirando sin hacer nada. Naturalmente, había muchos demonios y diablillos sobrevolando las cúpulas de la ciudad, y algunos de ellos incluso habían logrado posarse en alguna parte, pero ella tenía la sensación de que la clave de aquella contienda, lo que decidiría la victoria o la derrota de los ángeles, estaba en la batalla que mantenían Furlaag y Ubanaziel. Sabía por qué no debía intervenir: por alguna razón, el Consejero quería abatir a su oponente con su propia espada, impregnada de magia negra. Ahriel no tenía idea de qué sucedería si lo conseguía. Sólo tenía claro que debía encontrar la forma de intervenir.

La pelea estaba muy igualada, pero Ubanaziel había estado a punto de ser alcanzado por Furlaag en un par de ocasiones. Si todo dependía de su victoria, entonces los ángeles estaban demasiado cerca del desastre total.

Y todo aquello era culpa suya. Por empeñarse en rescatar a su hijo de Gorlian, por ir al infierno a buscar a Marla, por subestimarla una vez más. Hasta hacía unos instantes, había estado dispuesta a tirarlo todo por la borda, a rendirse sin más. Pero no podía hacerlo mientras Ubanaziel siguiese peleando. Por mucho que él se lo tomase como algo personal, Ahriel sabía que no era su guerra. Porque, para empezar, si ella no se hubiese presentado ante el Consejo Angélico días atrás, todo aquello jamás habría sucedido.

Ahriel apretó los dientes y batió las alas, impulsándose un poco más cerca de los combatientes, que seguían peleando a pocos metros por encima de ella. Los observó con atención, dispuesta a intervenir si llegaba la oportunidad. No era un comportamiento noble ni respetaba las normas del juego limpio, pero, después de todo, aquello era una guerra, y ella había aprendido muchas cosas en Gorlian acerca de cómo romper las reglas.

La ocasión se presentó momentos después. Furlaag fintó en el aire para esquivar a Ubanaziel, y el extremo mutilado de su larga cola pasó muy cerca de Ahriel. Ella lo agarró sin pensarlo y tiró de él para impulsarse hacia arriba. El demonio notó el tirón y trató de desembarazarse de ella, pero Ahriel se colgó de uno de sus pies y plegó un poco las alas.

El peso del ángel desestabilizó a Furlaag, quien, con un rugido, descargó la espada sobre Ahriel para quitársela de encima.

Ubanaziel también había quedado sorprendido por la súbita intervención de Ahriel, pero no desaprovechó la oportunidad. Con un poderoso grito de guerra, alzó su espada y la volteó en el aire para descargarla sobre el demonio.

Furlaag se volvió para mirarlo y lo último que vio fueron los ojos de Ubanaziel, repletos de ira, apenas un instante

antes de que el filo de la espada del ángel le cortara la cabeza de un solo tajo.

Ahriel contempló, turbada, cómo la cabeza del demonio salía volando por los aires y un chorro de sangre espesa y negruzca salpicaba sus alas. El cuerpo de Furlaag se mantuvo un momento en el aire y después empezó a caer pesadamente, arrastrando a Ahriel consigo. Ella ahogó un grito y trató de desembarazarse de él, pero la larga cola del demonio se había enredado en sus alas y su peso muerto le impedía reequilibrarse. Aterrada, Ahriel se vio cayendo en picado, envuelta en un letal abrazo con el cuerpo decapitado de Furlaag. Pero vio también que Ubanaziel plegaba un poco las alas y se lanzaba en picado para rescatarla. Alargó la mano hacia él, desesperada, y sintió cómo la agarraba y tiraba de ella hacia arriba. El cuerpo de Furlaag siguió cayendo hasta aterrizar sobre la cúpula de la sede del Consejo Angélico. Compungidos, Ahriel y Ubanaziel contemplaron cómo el techo se hundía bajo el peso del tremendo impacto, y el cadáver del demonio aterrizaba con estrépito sobre las blancas baldosas de la Sala del Consejo.

Ubanaziel hizo una mueca.

—Lekaiel me obligará a limpiar todo esto.

Ahriel batió las alas un par de veces para reequilibrarse.

—¿Y esto es todo? —le preguntó, algo decepcionada—. ¿Un demonio muerto y un edificio oficial semiderruido? En serio, Ubanaziel, ¿qué era lo que pretendías con ese estúpido desafío?

El ángel le dirigió una mirada de reproche, pero no respondió a la pulla. Acompañado por Ahriel, planeó hasta la cúpula y se posó en uno de los extremos intactos. Pero no miró hacia abajo, donde yacía el cuerpo de Furlaag, sino que alzó la mirada y contempló lo que sucedía en el cielo que se extendía sobre Aleian.

Nada parecía haber cambiado. Los demonios no habían acusado la pérdida de su líder, y seguían peleando contra los ángeles, como si nada hubiese sucedido. Sobre la ciudad seguían lloviendo cuerpos, heridos o muertos, de uno y otro bando. En algún lugar, por encima de la puerta norte, varios demonios habían atrapado a un ángel y le tiraban de las alas con deleite, tratando de arrancárselas de cuajo. Los gritos de dolor del desdichado se oían muy lejos, pero apenas quedaban ángeles que pudieran socorrerlo. Todos estaban demasiado ocupados luchando por sus propias vidas, y seguían peleando sin descanso. Pese a ello, muchos demonios habían aterrizado ya en la ciudad y se dedicaban a destrozarse todo lo que veían. En un tejado vecino, incluso, un repulsivo diablillo orinaba sobre la cabeza de una de las blancas estatuas que decoraban la cornisa, riendo como un loco. Ahriel arrancó un cascote medio suelto de la cúpula y se lo lanzó a la cabeza, pero el diablillo lo esquivó y, furioso, le dedicó una abigarrada sarta de palabras malsonantes. Ahriel escogió otro cascote y la criatura se apresuró a alejarse volando torpemente.

Ubanaziel movió la cabeza con pesar.

—¿Qué esperabas conseguir? —preguntó Ahriel—. Yo... no quiero parecer pesimista, pero creo que esta guerra la hemos perdido.

El Consejero pareció darse cuenta entonces de su presencia. La miró, y recordó entonces que había muchas cosas que ella no sabía. Sin embargo, no había tiempo de explicarlas todas, de modo que abrevió:

—Por lo visto, hay una forma de conseguir que todos los demonios sean absorbidos de vuelta a su dimensión.

Ahriel era toda oídos.

—¿Matando a Furlaag? —adivinó.

—Matando a los dos extremos de un vínculo humano-demoníaco que mantiene unidas ambas dimensiones, con algo llamado conjuro de disolución, o con un arma imbuida de él.

—¿Y Furlaag era uno de los extremos del vínculo? —completó ella; no parecía muy convencida, sin embargo.

Ubanaziel asintió.

—El otro extremo es Shalorak, el hechicero que estaba con Marla. Tengo aliados que se están ocupando de él en estos momentos...

—¿Ah, sí?

—... de modo que, si aún no ha sucedido nada, se debe, probablemente, a que ellos no han logrado acabar con Shalorak todavía —sacudió la cabeza, con un suspiro de impaciencia—. Por el bendito Equilibrio, ese chico ya debería estar muerto a estas alturas. Dehen de haberse tonado con algún problema así que tendré que ir al nalacio

de Marla a echarles una mano.

—Espera —lo retuvo Ahriel cuando ya desplegaba las alas—. Disculpa mi ignorancia, pero hay algo que no entiendo: si el conjuro de vinculación tiene que mantener unidas ambas dimensiones, y Furlaag era uno de los extremos... ¿qué diablos hacía en nuestro mundo? ¿O es que el mago se ha ido de vacaciones al infierno?

—El vínculo se establece entre una criatura del infierno, esto es, un dem... —Ubanaziel se detuvo de golpe y miró a Ahriel, con los ojos muy abiertos—. Espera... ¿dirías que es necesario que cada uno de los extremos esté en una dimensión distinta?

—Parece lo más lógico —asintió ella—. Recuerda cómo nos engañaron Marla y Furlaag para mantener abierta la puerta de Vol-Garios. El colmillo de demonio que llevaba estaba vinculado a su lugar de origen, por lo que, al sacarlo de allí, mantenía abierta la puerta entre ambos mundos... el colmillo era un extremo, y el infierno, el otro. Imagínatelo como una cuerda que une ambos extremos, que mantiene unidos ambos mundos e impide que la puerta se cierre. Para que algo así funcione con todas las puertas debe ser un conjuro muy poderoso, pero, además, uno de los extremos debería estar en nuestro mundo, y el otro, en el infierno. ¿Cómo van a mantenerse las puertas abiertas si ambos extremos de la cuerda están en el mismo lado?

Ubanaziel se acarició la barbilla, pensativo.

—Quizá la magia negra no atienda a problemas de lógica —murmuró—, pero lo que dices tiene sentido. Eso implicaría que nos hemos equivocado de persona. Que Furlaag no es uno de los extremos del conjuro, sino algún otro demonio que se ha quedado en el infierno.

Ahriel echó un breve vistazo al cuerpo decapitado de Furlaag.

—Bueno, pues es una equivocación que yo, por lo menos, no voy a lamentar.

—Ni yo. Pero necesitamos estar seguros, y sólo hay una manera de hacerlo.

—¿Volar hasta Karishia para asegurarnos de que Shalorak está muerto?

—Sí, y no. Porque, si resulta que sí lo está, habremos perdido un tiempo precioso. Tú irás a Karishia y, entretanto, yo volveré a viajar al infierno, por si acaso.

Ahriel lo miró sin poder creer lo que estaba escuchando.

—¿Te has vuelto loco? ¡Ni siquiera estamos seguros de que mi teoría de la cuerda sea correcta! Quizá aún no ha pasado nada porque Shalorak sigue vivo o porque tus fuentes no eran de fiar. Pero, en el caso de que tengas razón, ¿qué piensas hacer en el infierno? ¿Dejar que te maten? ¿Preguntar amablemente a cada uno de los demonios si establecieron alguna clase de pacto con cierto humano llamado Shalorak?

Ubanaziel sacudió la cabeza.

—Mira a tu alrededor, Ahriel. Están todos aquí... o casi todos. El infierno habrá quedado prácticamente vacío. Si algún demonio se ha tomado la molestia de quedarse allí mientras todos sus compañeros están destruyendo nuestro mundo, no será necesario preguntarse por qué.

Ahriel respiró hondo.

—En ese caso, voy contigo.

Ubanaziel le brindó una torcida sonrisa.

—Es mucho lo que tengo que contarte, Ahriel, y apenas me queda tiempo —dijo, abriendo las alas—. Si quieres ayudarme, asegúrate de que Shalorak está muerto. Porque, suceda lo que suceda en el infierno, mi viaje no servirá de nada si él continúa con vida.



Batió las alas y se elevó en el aire, dejándola atrás. Se internó entre los que aún combatían, cortando algunos miembros por el camino, como había hecho a la ida, pero no se detuvo en ningún momento. Muchos ángeles lo vieron partir, y contemplaron, incrédulos, cómo su héroe les daba la espalda y huía de Aleian, abandonándolos a su suerte.

Sólo Ahriel sabía la verdad: que Ubanaziel pretendía volver a entrar en el infierno para encontrar y derrotar al único demonio cuya muerte podía propiciar la salvación del mundo entero.

Pero en aquel momento estaba demasiado confusa como para agradecersele.



XIII. Vínculo

Mac dio un paso al frente.

—Esto puede acabar aquí y ahora, Marla —dijo—. Estamos asistiendo a algo muy parecido al fin del mundo, así que deberías aceptar que has llegado demasiado lejos en tus escauceos con la magia negra. No sigas adelante. Te conozco desde que eras pequeña y sé que...

—No sabes nada de mí —cortó ella—. Y tienes razón, he provocado el fin del mundo —se rió amargamente—. Pero todo eso ya no me importa. Por mí, el mundo puede estallar en mil pedazos con todos nosotros en él. Me da igual. ¿Y sabes por qué? Porque lo único por lo que merecía la pena vivir... —se detuvo y contempló unos instantes, con emoción contenida, el cuerpo de Shalorak, tendido a sus pies—, ya no existe —Mac fue a hablar, pero Marla lo interrumpió de nuevo—. Y es por tu culpa. ¿Acaso crees que yo quería enterarme del secreto de Shalorak? ¡Habría sido mucho más feliz ignorándolo! Pero no, maestro Karmac, tenías que volver de Gorlian para terminar de destrozar mi vida y corromper lo que más me importaba. ¿Querías vengarte de mí, querías que sufriera, querías verme humillada? Enhorabuena: lo has conseguido.

Mac la miró con cierta pena.

—Shalorak tenía que morir —dijo—. Era la única forma de salvar nuestro mundo.

Marla ladeó la cabeza.

—¿De veras? —echó un vistazo por la ventana, pero todo parecía seguir igual; a lo lejos, la oscura sombra alada de un demonio surcaba el firmamento—. Bueno, pues Shalorak ya está muerto y yo no noto ningún cambio.

Zor y sus compañeros también se habían percatado de ello. «Eso es que Ubanaziel no ha logrado derrotar a Furlaag aún», pensó el muchacho. «O que estábamos equivocados con respecto al conjuro de vinculación».

—No era la única condición —dijo Mac—. Aún hay otra cosa que hemos de hacer para resolver todo esto, Marla, pero lo importante es que existe una esperanza. Eres ambiciosa, pero nunca pretendiste llevar al mundo hasta su destrucción total.

Ella rió de nuevo.

—No trates de engañarme. Sé muy bien que no hay salvación para ninguno de nosotros. Pero hay algo que quiero hacer antes de morir, y es acabar con aquellos que lo han echado todo a perder. Y, aunque probablemente ya no vuelva a ver a Ahriel, sí puedo vengarme de ti, mi odiado maestro.

—Sé razonable, Marla. Estás sola. Somos tres contra ti...

Mac no terminó de hablar. Una fuerza invisible lo lanzó contra la pared, impidiéndole respirar.

—Olvidas —dijo Marla torvamente— que yo también he estudiado los secretos de la magia negra. Que, aunque puede que no tenga tanto talento como Shalorak, llevo también mucho tiempo practicando... y que aprendí no sólo de ti... sino también de Fentark.



Ahriel iba a alzar el vuelo cuando una voz la detuvo, llamándola por su nombre. Se volvió y vio llegar a un ángel que se acercaba volando con elegancia. Reconoció a Lekaiel antes de que ella aterrizara a su lado en la cornisa.

La Consejera también había padecido los efectos de la situación. Portaba un escudo que llevaba grabado el símbolo de la ciudad y esgrimía una espada ligera y afilada. Su cabello blanco, habitualmente peinado de forma impecable, le caía sobre el hombro derecho en una trenza medio deshecha. Tanto ésta como su túnica estaban

salpicadas de sangre.

Sus ojos violetas, sin embargo, relucían llenos de ira.

—¡Creí haber dejado claro que debías quedarte encerrada! ¡Creí haber entendido que no pensabas oponer resistencia!

Ahriel recordó de golpe que pesaba sobre ella un juicio y una posible condena a muerte.

—Era Ubanaziel —se justificó—. De algún modo logró sobrevivir a la apertura de los portales y había regresado para luchar contra Furlaag, el demonio que ha guiado a las huestes infernales a la batalla.

Lekaiel ahogó una exclamación de sorpresa.

—Entonces, ¿es cierto lo que dicen? ¿Ubanaziel está vivo?

Ahriel asintió.

—Pensé que necesitaría algo de ayuda y salí de la celda...

—... de la habitación en la que te teníamos recluida —corrigió Lekaiel, frunciendo el ceño.

—¡Lo que sea! —se impacientó Ahriel—. Simplemente, no podía quedarme quieta. No cuando todo esto es en gran parte culpa mía. No después de creer que Ubanaziel estaba muerto.

Lekaiel entornó los ojos y la observó con atención, calibrando la sinceridad de sus palabras.

—Hay ángeles que afirman haber visto a Ubanaziel huyendo de la batalla y abandonándonos a nuestra suerte. Y empiezo a creer que es algo más que un rumor sin fundamento.

Ahriel apretó los dientes. Recordó la historia que le había contado el propio Ubanaziel acerca de su primera experiencia en el infierno, y pensó que la vida tenía extrañas ironías. Entonces había sido aclamado como a un héroe, cuando en realidad había desertado como un cobarde. En cambio, ahora que iba a correr un riesgo incalculable para salvarlos a todos, todo el mundo lo recordaría como poco menos que un traidor.

—Ha derrotado a Furlaag —replicó, señalando a sus pies.

Lekaiel bajó la mirada y vio el cuerpo descabezado del demonio en lo que quedaba de la Sala del Consejo.

—Por la Luz y el Equilibrio —exclamó, horrorizada; pareció darse cuenta entonces del estado en el que se encontraba el edificio, y volvió a mirar a Ahriel con ojos llameantes—. ¿Cómo...?

—Eso no es lo más importante ahora —cortó ella—. Ubanaziel no ha huido de la batalla: se dirige al infierno porque está convencido de que allí encontrará la forma de devolver a todos los demonios a su dimensión y salvar así lo que queda de la ciudad. Pero es una locura, prácticamente un suicidio.

Lekaiel se apoyó sobre su escudo y suspiró con cansancio; sin embargo, pareció que las noticias la aliviaban en parte, probablemente porque le resultaba difícil creer que Ubanaziel pudiera haberlos traicionado.

—¿Por qué estás tan segura de ello? Ubanaziel siempre ha sido un ángel muy sensato, y nadie conoce el infierno como él. Quizá deberías confiar más en su criterio.

—Porque no ha querido que lo acompañase. Me ha encomendado otra misión...

—¿De veras? —interrumpió Lekaiel—. ¿Y es importante esa misión?

Ahriel dudó. Si su teoría era correcta y Shalorak seguía con vida, entonces era crucial acabar con él. Si se equivocaba, o si el hechicero estaba muerto, entonces su viaje a Karish sería en vano. Apretó los dientes.

—Lo ignoro, Consejera. Todo lo que sé es que se ha ido solo, y, por vital que sea lo que me ha ordenado que haga, no puedo, no debo...

—Ahriel —cortó ella—. Debes obedecer. Ubanaziel es tu superior. Ya sabes lo que eso significa.

—Sí: seguir sus órdenes sin cuestionarlas —murmuró Ahriel.

Había habido una época en que ella estaba de acuerdo con aquella forma de pensar. Pero esos tiempos quedaban muy atrás.

—No puedo —concluyó, desplegando las alas— voy a ir tras él, lo quiera o no. Si de su incursión en el infierno depende la salvación de nuestro mundo, no debería haber ido solo. Y, en cualquier caso, yo ya no tengo nada que perder. Prefiero morir peleando a su lado que...

—... ¿que ejecutada por el Consejo?

Ahriel guardó silencio un instante. Después, clavó en Lekaiel una mirada intensa y sincera.

—Lo que te dije antes lo mantengo, Consejera. No me opondré a mi ejecución, si eso es lo que decide el Consejo. Pero será más adelante. Si existe alguna posibilidad de ayudar a Ubanaziel, la encontraré. Se lo debo. Y, si salimos con vida, juro que volveré para cumplir con mi castigo.

La Consejera abrió la boca para contestar, pero Ahriel tomó impulso y se elevó en el aire, sin aguardar respuesta.

—¡Espera! —le gritó Lekaiel; desplegó las alas y salió volando tras ella—. ¿Crees que puedes marcharte así, a jugar a ser una heroína, cuando desvelaste a los demonios la forma de llegar hasta aquí?

A Ahriel no la sorprendió que la acusara de ello. Sin embargo, se volvió y respondió, sin detenerse:

—¡No fui yo, Consejera! ¡Échale las culpas a Marla, porque nos odia a todos, y es lo suficientemente lista y retorcida como para hacer algo así!

Lekaiel no parecía muy convencida. Sin embargo, tuvo que frenarse en el aire, porque un demonio le salió al paso. Ahriel no tenía tiempo para ayudarla y, cuando oyó a sus espaldas su grito de guerra, deseó de corazón que saliera viva de aquella batalla. No soportaría otra muerte más pesando sobre su conciencia.

Remontó el vuelo todo lo que pudo para elevarse por encima de los contendientes. Esquivó a malcarados demonios y a perversos diablillos y se alejó de Aleian como una flecha, dejándolos a todos atrás, como había hecho Ubanaziel apenas unos momentos antes. Sabía que él le llevaba ventaja, pero esperaba poder alcanzarlo cerca del portal. Dudaba mucho que hubiese vuelto a Vol-Garios; recordaba la lista de lugares que Shalorak había enumerado, y sabía que la puerta más cercana a Aleian era la de Sin-Kaist.

De modo que se dirigió hacia allí, esperando no llegar demasiado tarde. «Ya me ocuparé de Shalorak después, si es que sigue vivo», se dijo, batiendo las alas con todas sus fuerzas. «Primero he de asegurarme de que ese ángel testarudo sale del infierno sano y salvo; y después, ya se verá».



Justo cuando el Loco Mac levantaba de nuevo su escudo de protección, Zor se volvió hacia la puerta y se aferró al picaporte instintivamente, en una acción desesperada. Para su sorpresa, la puerta del salón de baile se abrió hacia afuera de golpe, libre ya de la magia de Shalorak. Y todo sucedió muy deprisa. Zor y Cosa cayeron al suelo, la magia de Marla rebotó en la defensa tejida por Mac, éste se apresuró a salir del salón tras sus compañeros, tropezando con Cosa y cayendo sobre ellos... Por fortuna, para entonces el engendro se había incorporado de un salto, y se lanzó sobre la puerta para cerrarla de golpe tras ellos.

—¡Séllala! ¡Séllala! ¡Séllala! —gritó Mac, histérico, sin dirigirse a nadie en particular, mientras aferraba el picaporte con fuerza para que Marla no pudiera moverlo desde el otro lado. Luego, afortunadamente, pareció darse cuenta de que el único que podía sellar mágicamente la puerta era él, y trató de concentrarse para recordar cómo se hacía. Un chispazo azul brotó de sus dedos y recorrió el picaporte, y después toda la puerta, justo a tiempo: un instante después, algo la golpeó con violencia desde el otro lado, pero no logró hacerla temblar siquiera.

—¿Estamos a salvo? —preguntó Zor, sin poder creerlo.

—¡Qué dices! —respondió Mac con una risotada nerviosa, empujándolo hasta una ventana abierta—. ¿Cómo vamos a estar a salvo aquí? Por el momento ya hemos cumplido, chaval, así que vámonos ahora que podemos. Carga con Cosa y salid volando, rápido.

El engendro y el medio ángel se precipitaron hacia la ventana de forma automática. Sin embargo, cuando Zor tenía ya puesto un pie sobre el alféizar, se volvió hacia Mac, confuso:

—Pero ¿y tú? ¿Qué vas a...? ¡Aaaah! —gritó, cuando su amigo, por toda respuesta, lo lanzó al vacío de un empujón. Agitó las alas y se elevó un poco en el aire, todavía pendiente de la ventana. Vio a Mac y a Cosa asomados a ella, y se preguntó si el viejo pretendería que cargara con los dos. Pero Cosa, alentada por Mac, dio un formidable salto y se enganchó a los pies de Zor, y el muchacho aleteó desesperadamente para recuperar la estabilidad y evitar caer en picado sobre el patio del palacio.

—¡Marchaos! —gritó el viejo hechicero—. ¡Buscad un sitio seguro!

—¡No me iré sin ti! —vociferó Zor; pero Cosa, aterrorizada, se retorció como una comadreja, y el chico se vio obligado a concentrar toda su atención en mantenerse en el aire. Cuando comprendió que no aguantaría mucho tiempo, buscó con la mirada algún lugar seguro donde aterrizar. Descubrió una torre a poca distancia, y decidió que dejaría allí a Cosa y volvería a buscar a Mac.

Batió las alas con energía hasta que, finalmente, logró sobrepasar las almenas de la torre y posarse allí. Cosa se apresuró a regresar a suelo firme y corrió a aovillarse bajo la sombra de una de las almenas. «Aquí, Marla no la encontrará», pensó el muchacho. Cuando se dio la vuelta para despegar de nuevo, estuvo a punto de tropezar con el propio Mac, y lanzó un grito del susto.

—¿Pero qué...? —pudo decir; se interrumpió al ver que su amigo flotaba en el aire, a medio metro del suelo. Tenía, sin embargo, un aspecto horrible, pálido y sudoroso, y con cara de estar sufriendo unas fuertes náuseas. Cuando se desplomó como un fardo, Zor lo sostuvo entre sus brazos justo a tiempo de evitar que chocara contra el suelo.

—Es que he calculado mal —farfulló el hombrecillo—. Mucha distancia, demasiado tiempo ha pasado, sí. El hechizo me ha robado toda la energía... —calló de golpe, y un brillo de extravío se encendió en sus ojos cansados—. ¡Robar toda la energía! —repitió, y se rió como un loco.

Zor lo arrastró hasta la almena y lo sentó con cuidado, apoyándole la espalda contra la pared.

—Estás agotado —le dijo—. Si llevas tantos años sin usar la magia para nada, es normal que ahora...

—Silencio, chaval —le cortó él—. Estoy pensando.

—¡Pero...!

—¡Estoy pensando! —chilló Mac, acallando todas sus protestas.

De modo que Zor cerró la boca y aguardó, inquieto. De vez en cuando se asomaba prudentemente por entre las almenas para otear el horizonte. Estaba convencido de que Marla los perseguiría volando sin alas, igual que había hecho Mac. Hasta que se dio cuenta de que había una pequeña puerta en la torre, que daba a una escalera de caracol. Se apresuró a cerrarla, por si acaso.

—Zor, ven aquí —lo llamó entonces Mac.

El chico obedeció, extrañado de que lo llamara por su nombre, en lugar de «muchacho» o «chaval», como solía hacer. Cuando llegó junto a él se dio cuenta de que no había mejorado.

—Mmmal eccara —observó Cosa.

Tenía razón. El rostro del Loco Mac había pasado de una blanca palidez a un amarillo enfermizo. Sudaba copiosamente y hasta tenía ojeras. Zor comprendió que tenía que llevarse lo cuanto antes a un lugar seguro para que pudiera descansar. Y allí, en lo alto de la torre, no estaban seguros: Marla podía encontrarlos en cualquier momento.

—Búscame un espejo —dijo entonces Mac.

Zor lo miró sin comprender.

—¿Cómo has dicho?

—Necesito un espejo. Un espejo grande, de cuerpo entero, si es posible.

—¿Y qué es un espejo?

Mac farfulló algo incoherente, bastante alterado, y lanzó una serie de risillas dementes. Luego se tranquilizó y respondió:

—¿Recuerdas cuando recorriamos hace un rato el palacio en busca de Shalorak y Marla? Pasamos por una habitación en la que había un espejo: es una superficie de cristal que te muestra tu imagen. Te has quedado embobado mirándola porque era la primera vez que te veías a ti mismo.

—¡Sí! —asintió Zor, emocionado—. Y me has explicado que en los palacios como el de Marla hay muchos, para que las damas puedan verse todos los días.

—Exacto, chaval. Bueno, pues quiero que vuelvas a entrar en el palacio, sin que te vea Marla, claro, y busques uno de esos espejos. Seguro que no te será difícil encontrarlo. Después, me lo traes hasta aquí. ¿De acuerdo?

Zor se quedó perplejo. No estaba seguro de entender mejor que antes lo que se proponía su amigo, a pesar de

la aclaración.

—Mac, ya sé que vas hecho un desastre incluso para lo que es habitual en Gorlian, pero ahora no es momento de...

—¡No lo quiero para mirarme, zoquete! —chilló Mac; luego se dejó caer contra el muro, como si aquel exabrupto hubiese terminado con las pocas fuerzas que le quedaban—. Lo quiero para un conjuro.

—Pero estás agotado —observó Zor—. No te queda ni pizca de magia.

—Me recuperaré mientras vas a buscar ese condenado espejo —insistió él, tozudo—. Y cuanto más tardes, menos tiempo tendré para preparar el conjuro antes de que llegue Marla.

—¿Vas a hacer otro hechizo como el de la red que tenía que capturar a Shalorak? —dijo Zor, escéptico—. Bueno, pues no me fío. No pienso moverme de aquí hasta que me digas qué estás tramando exactamente.

Mac soltó una retahíla de insultos y palabras malsonantes, pero Zor se mantuvo firme hasta que, finalmente, el hombrecillo explicó, con una risilla nerviosa:

—Es un truco que le vi hacer a Fentark. El tipo era muy desconfiado, y temía que en algún momento alguno de los acólitos lo traicionase y tratase de entrar por la noche en su cuarto para asesinarlo o algo así. Entonces colocó un espejo cerca de su cama. Lo tenía siempre cubierto con un paño, pero podía descubrirlo en cualquier momento con sólo una mirada. Aquella persona cuya imagen se reflejara en ese espejo perdía inmediatamente todos sus poderes, porque su doble absorbía toda su magia. Y se quedaba débil y traspuesto, como yo ahora —hizo una pausa y continuó—. Cuando empecé a no estar de acuerdo con lo que él hacía, me llevó a sus estancias, me mostró el espejo, como quien no quiere la cosa, y me habló del poder que poseía. Tardé un tiempo en entender que se trataba de una amenaza velada, muchacho; y, cuando lo hice, me aseguré de investigar qué clase de conjuro había puesto en aquel azogue del demonio y cómo podía yo contrarrestarlo. Descubrí que, una vez que la imagen ha absorbido tu magia ya no hay nada que hacer, ni siquiera rompiendo el espejo. No tiene contrahechizo ni hay manera de defenderse contra eso. La única persona a la que no le afecta el conjuro es a quien lo formuló.

—De modo que quieres crear un espejo así para robarle los poderes a Marla —entendió Zor—. Pero ella debe de conocer el truco, porque también fue discípula de Fentark.

—Claro que lo conocerá, chaval, pero no importa, porque, para cuando se dé cuenta de lo que pretendemos, ya será demasiado tarde. Se habrá quedado sin magia y nosotros podremos derrotarla y salir de aquí de una vez por todas. Y ahora corre, o, mejor dicho, vuela a buscar el espejo que te he pedido. Yo me quedaré aquí con Cosa.

—¿Y si llega Marla mientras estoy por ahí?

—Mala suerte —replicó Mac, riendo como un demente.

No muy convencido, Zor los dejó solos y levantó el vuelo otra vez.

Sobrevoló el palacio de Marla, sorteando torretas, tejados y pináculos. No le extrañó comprobar que el lugar seguía estando tan vacío y silencioso como antes. Empezaba a verse alguna actividad en la ciudad, más allá de los muros del palacio; personas aterrorizadas que se deslizaban por las esquinas deprisa y en silencio, tal vez en busca de provisiones para su familia, quizá pretendiendo reunirse con seres queridos que vivían algo más lejos, para comprobar que estaban bien. Por el momento, parecía que nadie se atrevía a salir de Karishia: el recuerdo de la masacre causada por los demonios al otro lado de la muralla aún estaba reciente. Zor no sabía mucho acerca de los sistemas de poder en el mundo exterior, pero sospechaba que los ciudadanos no tardarían en recuperar algo del valor perdido y acudirían al palacio a pedirle explicaciones a Marla. En Gorlian era así: su abuelo le había contado historias de jefes de bandas que habían sido brutalmente asesinados por esbirros descontentos.

Y allí parecía vivir mucha, muchísima gente. Zor se preguntó si la magia de Marla sería capaz de defenderla de todos ellos.

Descubrió un amplio ventanal abierto en un ancho torreón que se alzaba, orgulloso, en una esquina del palacio, y consideró que estaba lo suficientemente apartado del salón de baile donde habían dejado a Marla. Se coló por él y llegó a una hermosa habitación, bien amueblada y vestida con gruesas alfombras y ricos tapices. No había en ella ningún espejo, sin embargo. Zor salió al descansillo y descendió por la escalera de caracol. La habitación del piso inferior estaba cerrada y fue incapaz de abrir la puerta de modo que continuó descendiendo hasta llegar a un

extenso corredor. Lo siguió, con cautela, y entró por la primera puerta que vio. Se trataba de la habitación de las costureras, y tenían un gran espejo de cuerpo entero en una de las esquinas. Un espejo en el que Marla se había visto reflejada docenas de veces, cuando había acudido a probarse algún traje nuevo.

Zor no tenía ni idea de esto, ni sabía qué eran todos aquellos objetos extraños, madejas de hilo y rollos de tela amontonados en un rincón de la habitación. Se limitó a inspeccionar el espejo y constatar que era demasiado grande como para llevarlo a cuestas. Con un suspiro de impaciencia, paseó la mirada por el resto de la habitación, y encontró un par de puertas más pequeñas. Una de ellas conducía a un ropero, pero la otra daba a un cuarto con dos camas. Por fortuna, también había una pequeña cómoda con un espejo de pared. Zor comprobó, satisfecho, que podía descolgarlo sin problemas y que, aunque pesaba un poco, podría cargar con él hasta la torre donde Mac y Cosa lo esperaban.

Con el espejo bajo el brazo regresó al corredor y abrió una de las ventanas para volver a salir al aire libre. Momentos más tarde, planeaba ya sobre el palacio, de regreso a la torre.



Ahriel no tuvo ninguna dificultad a la hora de localizar la puerta de Sin-Kaist. Se alzaba sobre una pequeña loma a las afueras de la ciudad, entre las ruinas de una antigua torre de vigías. Su resplandor rojizo era inconfundible y se detectaba incluso desde lejos.

El ángel sobrevoló la urbe arrasada, tratando de no mirar, intentando ignorar el hedor de la muerte y las cenizas, y finalmente aterrizó entre los restos de la torre. No había nadie alrededor. Evidentemente, los demonios que habían salido por aquella puerta se habían encargado de asesinar a todas las personas que pudieran haber encontrado por allí. Después habían caído sobre la ciudad como una bandada de vampiros sedientos de sangre y, cuando ya no habían encontrado allí nada que matar, se habían unido a Furlaag en su campaña contra los ángeles de Aleian.

Tampoco vio a Ubanaziel. Seguramente, hacía ya rato que el Consejero había cruzado aquella puerta. Y, aunque hubiese escogido otra, de todas formas las siete llevaban al mismo lugar. Así que, si todo iba como Ahriel esperaba, se encontraría con él al otro lado.

Dudó un instante, con la mirada clavada en aquella espiral de color rojo sangre que rotaba sobre sí misma con lentitud. Se estremeció, sin poderlo evitar. Su última visita al infierno no había sido una experiencia agradable, y no tenía ninguna gana de repetirla. Y, sin embargo, debía ayudar a Ubanaziel... no sólo por él, sino también porque el futuro del mundo dependía del éxito de su misión.

Inspirando hondo, Ahriel dio un par de pasos al frente y cruzó la espiral de luz escarlata.



Ubanaziel había llegado a Sin-Kaist hacía un buen rato y había traspasado el portal sin vacilación. Sospechaba que, por una vez, no iba a encontrar grandes peligros en el infierno. Prácticamente todos sus habitantes estaban en el mundo de los humanos. Al ángel se le hacía difícil creer que alguno hubiera podido quedarse atrás voluntariamente, aunque fuera para asegurar la libertad del resto de los de su especie. El altruismo no formaba parte del comportamiento habitual de aquellas criaturas.

Era más lógico que, si uno de los extremos del vínculo seguía en el infierno, se debiera a que lo habían obligado a quedarse. Y no era tan sencillo reducir a un demonio poderoso, por lo que Ubanaziel había deducido que se trataba de uno menor.

También existía una posibilidad a la que el ángel le había estado dando vueltas, y era que tal vez Fentark, el antiguo líder de la Hermandad de la Senda Infernal, no estuviese muerto después de todo. Quizá Furlaag había engañado a Marla y a Shalorak haciéndoles creer lo contrario, y el hechicero seguía allí, formando parte del conjuro que mantenía conectadas ambas dimensiones.

Esperaba tener razón. Pero, en cualquier caso, si no encontraba a nadie en el infierno, sólo cabría suponer que Ahriel estaba equivocada y que Furlaag era el demonio al que había que matar...

Una idea terrible cruzó su mente: ¿y si los demonios ya habían previsto aquello? ¿Y si habían utilizado para el conjuro a un demonio del montón, uno de los miles con los que contaban las hordas infernales? En tal caso, jamás lo encontrarían.

Ubanaziel sacudió la cabeza. No, el conjuro de vinculación era algo demasiado importante como para dejarlo en las garras de un demonio cualquiera. La lógica le decía que Furlaag habría optado por realizarlo él mismo. En tal caso, no iba a encontrar nada en el infierno. Pero más valía asegurarse.

El ángel sobrevoló las llanuras, reseca y quebradas, vacías ahora de demonios y diablillos. Batía las alas lentamente, observando con su mirada de halcón cada resquicio, cada orificio donde pudiera esconderse cualquier criatura. El infierno lo bañaba con su irritante luz rojiza, pero Ubanaziel mantenía la calma. Había tomado una decisión y estaba preparado para afrontar las consecuencias.

Divisó a lo lejos una cresta rocosa, afilada como un serrucho, y aceleró el vuelo para alcanzarla. Recordaba aquel lugar de su primera visita al infierno. Cerca de allí había matado a Vartak, el demonio que lo había capturado. No era un pensamiento agradable, pero Ubanaziel se obligó a sí mismo a revivir todo aquello, porque sentía que se lo debía a la memoria de Naradel.

Se posó sobre uno de los salientes de piedra de la cresta y miró a su alrededor. Incluso desierto y silencioso, el infierno seguía transmitiendo un aire maligno. A sus pies descubrió una hondonada rocosa de forma circular, y se estremeció. Recordaba perfectamente que allí había agonizado Naradel. Todavía podía ver a los demonios reunidos en torno a aquella especie de circo de los horrores, abucheando al ángel caído y gritando vítores en honor a su campeón, el enorme Vultarog, al que Ahriel había derrotado hacía poco. Lo único que lamentaba Ubanaziel era no haberlo matado él mismo. Pero, en cierto modo, Naradel estaba vengado: tanto Vartak como Vultarog estaban muertos, y Furlaag también había caído.

Con un suspiro de tristeza, Ubanaziel descendió hasta la hondonada y aterrizó en su centro. Cerró los ojos, con pesar. Allí era donde Naradel había muerto en medio de un terrible tormento. A pesar del tiempo transcurrido, Ubanaziel todavía se sentía culpable. Lamentaba no haber recuperado su cuerpo para que su amigo obtuviera por fin su merecido descanso eterno; lamentaba no tener un lugar al que ir a llorarle pero, sobre todo, lamentaba haberlo dejado atrás.

Y en aquel momento comprendió que, en el fondo, él no era tan diferente de Ahriel. Porque si había accedido a acompañarla al infierno, si había regresado ahora, se debía a que, muy en el fondo de su corazón, deseaba hacerlo, para volver a ver, una vez más, el lugar del que había huido cobardemente, abandonando a su suerte a Naradel.

Esbozó una sonrisa amarga. «Este asunto me ha atormentado durante décadas», pensó. «Pero ya es tiempo de que lo asuma y lo supere. Descansa en paz, Naradel».

Se irguió, dispuesto a proseguir con su exploración. Si había acudido al infierno por motivos personales, aun cuando lo hubiese hecho de forma inconsciente, entonces tenía mucha más responsabilidad en todo aquello de lo que había imaginado. Aquella idea reafirmó su decisión de continuar con su viaje hasta el final.

Desplegó las alas para alzar el vuelo de nuevo, pero una voz a sus espaldas lo detuvo. Una voz baja, rota, que, sin embargo, despertó en él recuerdos de tiempos pasados:

—Sabía que volverías.

Ubanaziel se dio la vuelta, turbado. Tras él se alzaba una extraña criatura a la que, en un primer momento, le costó reconocer. Vestía a la manera de los demonios, con ropas de cuero y piel, recubiertas de pedazos de diferentes armaduras que componían una coraza extraña y grotesca. Pero no tenía el aspecto de un demonio, sino de un hombre delgado y demacrado, de largo cabello castaño y rasgos que antaño fueron hermosos, pero que el tiempo y las penalidades habían afilado y endurecido, hasta convertirlos casi en una máscara de amargura.

Ubanaziel dio un paso atrás.

—¿Cómo...? ¿Quién...? —balbuceó.

El otro esbozó una sonrisa cargada de ironía

—¿Tanto tiempo ha pasado que ya no me reconoces, Ubanaziel?

Y, entonces, el Guerrero de Ébano reparó en las protuberancias que nacían de la espalda de su interlocutor, como dos tristes raíces retorcidas: lo que quedaba de unas blancas alas angélicas cortadas mucho tiempo atrás.

Ubanaziel lanzó una exclamación de asombro y horror.

—¡Naradel! —musitó.

El ángel alzó la cabeza y acentuó su sonrisa.

—Veo que aún me recuerdas. Has tardado en volver a buscarme, amigo mío. ¿Qué te trae por aquí, después de tantos años?



Para su alivio, Zor descubrió que Mac y Cosa seguían donde los había dejado. Ni rastro de Marla todavía.

Sin embargo, la salud de Mac no parecía haber mejorado.

—No creo que estés en condiciones de hacer ninguna clase de magia —le dijo Zor por todo saludo, aterrizando a su lado.

—¿Me has traído el espejo? —preguntó Mac, sin hacerle caso.

—Sí, mira, aquí lo tengo. ¿Te sirve?

El hombrecillo torció el gesto.

—Es demasiado pequeño.

—Encontré otro más grande, pero no podía cargar con él hasta aquí. Tendrá que valerte éste.

Mac suspiró. Luego se le escapó una risilla nerviosa, se controló y suspiró de nuevo.

—Bueno, lo intentaré.

Trató de incorporarse, pero vaciló, y tuvo que apoyarse en Cosa.

—Mac, no tienes fuerzas para esto —dijo Zor, con firmeza—. Déjame terminar —añadió, atajando la incipiente protesta de su amigo—. Si no queda más remedio, si no se nos ocurre otra solución, lo haremos, pero antes deja que intente curarte, por lo menos. Mis habilidades como sanador no son tan impresionantes como las de Ubanaziel, porque sólo soy un medio ángel —se justificó, ruborizándose—, pero quizá logre devolverte algo de la energía perdida. Después de todo, ni siquiera estás herido, ¿no?

El Loco Mac lo miró fijamente un instante.

—Podría funcionar —dijo por fin—. Pero no tenemos tiempo para hacer las dos cosas y, si usas tu poder curativo mientras yo aplico el conjuro al espejo, puede que éste absorba parte de tu energía. ¿Estás dispuesto a permitirlo?

Zor pensó en aquella oscura y retorcida magia apropiándose de una parte de sus fuerzas y se estremeció de horror, pero asintió, decidido.

—Soy joven y fuerte, y tengo más energías que tú. Así que, si puedo prestarte unas pocas para el conjuro, me parece bien.

—De acuerdo, chaval —sonrió Mac—. Manos a la obra, pues.

—Espera —lo detuvo el chico—. ¿Estás seguro de que recuerdas cómo se hacía?

Mac se dio unos golpecitos con el dedo sobre la frente y le dedicó una carcajada perturbada.

—Todo está aquí, muchacho. La magia es como el torrente de un arroyo. Puede que el caudal quede disminuido porque se han acumulado escombros en el cauce, pero, en cuanto retiras las primeras piedras, el agua vuelve a pasar con fuerza y termina de despejar el camino.

Zor no entendió del todo la comparación, pero no puso más objeciones.

Colocaron el espejo frente al viejo mago y éste posó las manos sobre su lisa superficie. Mientras tanto, Zor se situó detrás de él y lo sujetó por los hombros. Inspiró hondo, se concentró y dejó que se iniciara el círculo de curación.

Mac notó inmediatamente la leve corriente de energía que empezó a recorrer su cuerpo. Procuró centrarse en el conjuro que tenía entre manos. Observó su propio reflejo y se vio andrajoso, viejo y enfermo. «Ah, no», se dijo. «No voy a permitir que este espejo me arrebatase las pocas energías que me quedan, cuando ni siquiera lo he embrujado todavía. Es lo que me faltaba por ver».

Cerró un instante los ojos para concentrarse mientras el poder curativo de Zor seguía recorriendo su cuerpo, reconfortándolo y otorgándole parte de la fuerza que necesitaba. Y, poco a poco, su voluntad fue moldeando la magia negra para convertir el espejo en una trampa fatal para cualquier hechicero.



—Naradel —repitió Ubanaziel, mortalmente pálido—. ¿Cómo es posible? ¡Estabas muerto! ¡Esa bestia de Vultarog te mató!

El ángel sin alas ladeó la cabeza y lo contempló un instante antes de decir:

—Eso explicaría por qué me diste la espalda, naturalmente. Pero, por desgracia, sólo viste lo que querías ver. Estaba todavía vivo cuando saliste volando, Ubanaziel. Te llamé, y estoy seguro de que me oíste, pero no giraste la cabeza ni una sola vez. No hace falta decir que, evidentemente, no morí aquel día. Ni al siguiente. Tú habías matado a Vartak, así que los demonios se ensañaron conmigo y me torturaron durante... no sé, tal vez días, o quizá meses, o años... es difícil llevar la cuenta aquí, en el infierno, donde cada instante parece una eternidad...

»El caso es que por fin se cansaron o se aburrieron de mí y me dejaron en paz. Con el tiempo se han acostumbrado a verme por aquí... y, ¿para qué nos vamos a engañar? A aquellas alturas, tampoco yo tenía muchos deseos de volver. Te había visto salir huyendo del infierno y dejarme atrás, pero durante mucho tiempo abrigué la esperanza de que en realidad hubieses ido a buscar refuerzos. Cada día miraba a lo alto, esperando ver una escuadra angélica, liderada por ti, que acudiera en mi rescate —hizo una pausa, mientras los ojos de Ubanaziel se llenaban de lágrimas—. Tampoco haré falta aclarar, imagino, que con el tiempo dejé de tener esperanzas. Y a ti, ¿qué tal te va? —añadió; alzó las cejas al fijarse en el cinturón de Ubanaziel—. Vaya, muy bien, por lo que veo. Si estoy ante nada menos que un miembro del Consejo. No sabía que ahora se valoraran tanto entre los ángeles virtudes tales como la cobardía y la traición.

—Naradel... —pudo decir Ubanaziel; tenía un nudo en la garganta y una espantosa opresión en el pecho—, te juro que pensé que habías muerto cuando abandoné el infierno. Si hubiese tenido la más mínima sospecha de que seguías vivo...

—... ¿no me habrías dejado atrás? Permite que lo dude.

Ubanaziel calló un instante, rememorando la espantosa experiencia sufrida en el infierno.

—No estoy seguro. Fueron momentos muy duros para ambos... Pero, aunque puede que sea un cobarde, no soy y nunca he sido un traidor. Habría regresado para buscarte... no con una escuadra, sino con todo el ejército de Aleian. Si hubiera tenido la más mínima esperanza...

—¿Estás intentando decirme que en todo este tiempo nunca has dudado, ni un solo instante, de que estuviese muerto? ¿Nunca soñaste que existiera una pequeña posibilidad, por pequeña que fuera... de que te estuviera esperando?

Ubanaziel fue a responder; pero entonces recordó con qué tesón había buscado Ahriel a su hijo, pese a que él mismo no habría apostado por que pudiera recobrarlo nunca. Y resultó que se había equivocado. De hecho, con un poco de suerte, a aquellas alturas ambos se habrían reunido ya en el palacio de Marla. Ahriel estaría abrazando ya a su hijo perdido y aquel extraordinario muchacho podría mirar a su madre a los ojos por fin.

Naradel detectó el breve instante de vacilación de su antiguo amigo y compañero y asintió, sombrío.

—Es lo que suponía —dijo, extrayendo una espada de su cinto. Ubanaziel lo miró sin comprender, pero el guerrero que había en él lo hizo dar un paso atrás instintivamente y tensar los músculos, dispuesto a reaccionar ante cualquier amenaza.

—¿Qué estás haciendo?

Naradel le dedicó una breve carcajada.

—¿Tú qué piensas? Sé por qué has venido ahora, Ubanaziel. Después de tanto tiempo... no has venido a rescatarme... sino a matarme.

—¿De qué estás hablando? —replicó él; pero llevó una mano al puño de su espada en un acto reflejo.

—¿Todavía no lo has adivinado? Te lo explicaré, pues, ya que necesitas que te aclaren tantas cosas. Hace un tiempo, Furlaag me propuso un plan para vengarnos de los ángeles. Los demonios tienen mucho que reprocharnos, sí... Los hemos mantenido encerrados durante milenios en esta dimensión. Y yo, por mi parte, tampoco guardaba buenos recuerdos de vosotros por aquel entonces. Pero, mientras Furlaag y los suyos no veían el momento de marcharse de aquí, yo ya no tenía deseos de hacerlo. ¿Escapar del infierno? ¿Y para qué? ¿Para regresar con los míos? ¿Con aquellos que me habían abandonado a mi suerte?

Naradel escupió a los pies de Ubanaziel, pero éste apenas se percató de ello. A medida que iba entendiendo las implicaciones de lo que estaba escuchando, una sombra de horrorizada comprensión se iba apoderando de su rostro.

—Así que los demonios se han ido a destruir el mundo —prosiguió Naradel, con una carcajada—, y yo no sólo me he quedado aquí, guardándoles el fuerte, sino que además les he indicado cómo llegar hasta Aleian. Te sorprenderá que me haya pasado a su bando, pero a mí me enseñaron que los hijos del infierno eran criaturas crueles, violentas y malvadas, y que nosotros, los ángeles, éramos seres de luz, justos, bondadosos y amables. Y, ¿sabes una cosa? He descubierto que no me mintieron acerca de los demonios. Son exactamente tan viles y traicioneros como me habían contado. Y eso los honra, porque al menos no fingen ser algo distinto a lo que son. Lo cual, créeme, supone todo un alivio cuando aquellos que en teoría debían defender la paz, el bien y la justicia resultan no ser más que una pandilla de sucios traidores.

Naradel se rió otra vez, y Ubanaziel se estremeció, sin poderlo evitar.

«Se ha vuelto loco», pensó.

—Furlaag me advirtió que vendrías —concluyó Naradel—. Tú, o bien otro ángel llamado Ahriel, la que derrotó a Vultarog —sonrió de forma desagradable—, cosa que no lamento, y que desearía haber visto. Me dijo que vendrías a matarme. Pero no me importó, porque, si su plan daba resultado, el mundo quedaría arrasado, y los ángeles serían por fin derrotados, y caerían, con toda su arrogancia y prepotencia, a nuestros pies. Eso es lo que más deseo ahora mismo, Ubanaziel... ¿o debería llamarte «Consejero»? No importa, porque muy pronto ni siquiera el Consejo existirá. Un Consejo que abandona a uno de los suyos en el infierno no merece existir, sobre todo si pretende hacer creer al mundo que son los guardianes de la justicia y del Equilibrio —escupió de nuevo—. Por eso acepté su propuesta. Así que, enhorabuena. ¿Buscabas al otro extremo del vínculo entre dimensiones? Pues ya lo has encontrado —manifestó, con una amplia y desagradable sonrisa—. ¿Qué vas a hacer ahora? Has venido a salvar tu mundo, ¿no es así? Pues para ello tendrás que matarme.

—No puedes estar hablando en serio —susurró Ubanaziel.

Naradel entornó los ojos, acentuando su sonrisa, pero no añadió nada más. Lanzó un rápido y repentino ataque hacia el Guerrero de Ébano, buscando alcanzarle con su espada. Ubanaziel lo esquivó como pudo, pero no contraatacó. Naradel hizo rechinar los dientes y volvió a insistir. Sus golpes eran rápidos y elegantes, fruto de la técnica que tiempo atrás lo había hecho famoso entre los suyos como uno de los mejores espadachines de Aleian. Ubanaziel fue capaz de reconocer su estilo en aquellos movimientos, veloces y fluidos, a pesar de los años que habían pasado. Sin embargo, detectó que algo había cambiado desde entonces. Ahora Naradel peleaba con rabia, con odio.

—¿Por qué no te defiendes? —gruñó.

—No has perdido tu toque —comentó Ubanaziel, con calma, cuando la espada de su adversario estuvo a punto de alcanzarlo.

—¡Esto no es un juego!

—Nunca he dicho que lo fuera

Ubanaziel paró una nueva estocada de Naradel y éste se vio obligado a retroceder unos pasos; pero el contraataque no llegó.

—¿Qué es lo que pretendes, entonces?

Ubanaziel inclinó la cabeza hacia un lado para esquivar la espada de su adversario.

—Lo único que sé —respondió—, es que no quiero verte morir otra vez, Naradel.

Le pareció detectar un brevísimo destello de vacilación en los ojos claros del ángel caído, que fue rápidamente sustituido por un brillo de ira. Las espadas chocaron una vez, más y Naradel lanzó una corta carcajada.

—Cada instante que permanecen abiertas las puertas del infierno —dijo— mueren más criaturas a manos de los demonios. No sólo humanos, sino también ángeles. Eso, si a estas alturas Furlaag y los suyos no los han exterminado ya a todos.

—Furlaag está muerto.

—Qué pena —se burló Naradel—. Pero eso no impedirá que las hordas del infierno sigan masacrando tu hermoso mundo... porque ayer seguía siendo tan hermoso como lo recuerdo, ¿verdad? Ya no volverá a ser igual, qué lástima. Tú podrías hacer algo al respecto, Consejero.

—¿Y qué es lo que quieres tú? —replicó Ubanaziel—. ¿Me estás pidiendo que te mate?

—Ni por asomo. Lo que deseo es matarte yo, pero no tiene la misma gracia si no te empleas a fondo.

Ubanaziel retrocedió y contempló a su antiguo amigo un instante. Ya apenas se parecía al Naradel que había conocido. El ángel caído alzó la barbilla y le dedicó una sonrisa desdeñosa.

—¿Y bien? ¿Dejarás que tu mundo muera sólo porque no tienes el valor de pelear? ¿O harás lo que debes, por una vez en tu vida?

Ubanaziel bajó la cabeza, pero no respondió.

—Eso no es justo —resonó una voz cerca de ellos—. Ubanaziel es un Consejero noble, sensato y leal. Ha actuado siempre según lo que consideraba lo más correcto. Si cometió un error en el pasado, no cabe duda de que lo ha lamentado largamente y ha trabajado cada día para ser mejor persona y un líder digno.

Los dos ángeles contemplaron la figura que se alzaba en lo alto de la hondonada, mirándolos, muy seria, con la espada desenvainada.

—¡Ahriel! —exclamó Ubanaziel, consternado—. ¿Se puede saber qué haces aquí?

Ella sonrió.

—He venido a recordarte por qué luchamos —respondió—, y en qué creemos.

—¿En qué creemos? —inquirió Naradel, con una sonrisa socarrona.

Ahriel lo observó un momento y le pareció ver, por un instante, la imagen de lo que ella misma había sido cuando gobernaba Gorlian con mano de hierro. Un ser cruel, vengativo y resentido. Una criatura que había sufrido horriblemente y que culpaba a todo el mundo por ello.

Un ángel con las alas rotas.

Se vio a sí misma reflejada en Naradel y comprendió que no quería ser así. Quizá ya no hubiera esperanza para ella, pero no deseaba que el resto del mundo se viera arrastrado a la perdición por culpa de su dolor y su desesperación.

—Creemos en nosotros mismos —respondió—. En nuestra capacidad para cambiar el mundo. Y creemos también en las personas. Humanos, ángeles... da igual. Lo importante es ser capaces de salir adelante, no importa lo duro que parezca el camino. Ubanaziel ha venido a matarte, y no dudo que le costará mucho, pero lo hará, porque es lo que debe hacer para salvar el mundo. Y también porque, en el fondo, es lo que tú deseas. De lo contrario, no habrías accedido a formar parte de este descabellado plan. Debías de saber, desde el principio, que enviaríamos a alguien a buscar al otro extremo del vínculo. Deseabas, en el fondo, que fuera Ubanaziel. Porque hace mucho que ya no quieres seguir viviendo, y porque sabías que él te creía muerto. Le guardas rencor y querías que se viera obligado a matarte para que se sintiera atormentado por ello, tanto como sufriste tú, o más.

Naradel enarcó una ceja.

—Tú debes de ser la que derrotó a Vultarog. Felicidades. eres buena peleando. Yo también era bueno y sin

embargo, Vultarog me venció y me cortó las alas. Pero eso fue hace mucho tiempo; tanto, que ya he olvidado cómo volar.

—Eso nunca se olvida —respondió Ahriel con una amarga sonrisa.

Naradel sacudió la cabeza.

—¿Qué te hace pensar que me conoces tan bien?

—Tus actos hablan por tí —repuso Ahriel sin piedad—. Todos hacemos cosas estúpidas cuando nos sentimos dolidos para llamar la atención de las personas que nos han herido. Es el único motivo por el cual alguien con un mínimo de cerebro accedería a convertirse en el objetivo primordial del enemigo en una guerra en la que no va a poder tomar parte. ¿Me equivoco?

Naradel le dedicó una burlona reverencia que puso de relieve los muñones de sus alas. Ahriel se estremeció interiormente al verlos, pero no lo dejó traslucir.

—Y, ya que tanto sabes, ¿por qué no participas en nuestra pequeña disputa?

—Lo haré si es necesario, aunque no sea una pelea justa, si con ello salvamos lo que queda del mundo.

—No —cortó Ubanaziel—. Esto es algo entre nosotros dos. Y recuerda, Ahriel, que soy yo quien debe matarlo.

Los ojos de Naradel se centraron en la espada de su contrincante.

—El conjuro de disolución, claro. Puedo sentirlo desde aquí. ¿Desde cuándo juegas con magia negra, Ubanaziel?

Pero él no se dejó intimidar esta vez.

—Desde que tú pactas con demonios, Naradel. Con los mismos demonios que te torturaron y te cortaron las alas. Si, pese a todo ello, tú estás dispuesto a ayudarlos a destruir el mundo en el que naciste, entonces tendrás que atenerte a las consecuencias. Y tú —añadió Ubanaziel, volviéndose hacia Ahriel—, no deberías estar aquí. Te ordené que fueras al palacio de Marla, a asegurarte de que Shalorak está muerto.

Ella sacudió la cabeza, y sus cabellos negros se agitaron en torno a su rostro.

—Habrá tiempo para eso, Ubanaziel. ¿Crees que iba a permitir que vinieras solo? Os dejaré pelear y resolver vuestras diferencias, si es lo que quieres, pero no podemos jugarnos el futuro del mundo a una sola carta. Si tú caes, yo estaré aquí para recoger tu espada.

—Di que sí —se burló Naradel—. ¿Para qué vas a dejar a un ángel atrapado en el infierno, si puedes quedarte a hacerle compañía? Podrías aprender de tu amiga, Ubanaziel. Está dispuesta a sacrificarse por ti y por el resto del mundo. Oh, ¿no lo sabías? —añadió al ver el gesto de incompreensión en el rostro de ella—. ¿Es que no te has parado a pensar? ¿Qué crees que pasará si Ubanaziel consigue matarme, si resulta que el hechicero humano también ha caído? Exacto: se cerrarán todas las puertas del infierno. Cualquiera que se encuentre aquí en ese momento quedará encerrado para siempre. No pongas esa cara: es evidente que Ubanaziel lo sabía y quería ahorrarte ese horrible destino. Muy amable por su parte.

Ahriel los contempló a ambos, muda de horror.

—¿Es eso cierto? —logró decir por fin—. ¿Sabías que, si el otro extremo del vínculo se encontraba en el infierno y terminabas matándolo, quedarías atrapado aquí para siempre?

Ubanaziel no respondió, pero Ahriel leyó la verdad en su silencio y sacudió la cabeza.

—Se acabó —decidió—. Márchate de aquí y deja que yo termine vuestro asunto pendiente. Tú no puedes morir, Consejero; nuestra gente te necesita y no puede permitirse el lujo de prescindir de ti. En cambio, yo ya no tengo nada que perder, ni nada que aportar al mundo.

Una amplia sonrisa se dibujó en el rostro del Guerrero de Ébano.

—Te equivocas, Ahriel —respondió—. Te ordenaré por segunda vez que te vayas a Karish y salves tu vida, y en esta ocasión me obedecerás, por tres razones: porque alguien tiene que asegurarse de que Shalorak está muerto, porque sabes en el fondo que soy yo quien debe enfrentarse a Naradel... y porque sí te queda en nuestro mundo algo por lo que luchar. Y ya es hora de que lo sepas: tu hijo está vivo. Huyó de Gorlian justo antes de que Marla destruyera la esfera. Lo conocí en la Fortaleza Negra: me avió a escanar cuando se abrieron las puertas del

infierno.

Ella lo miró, atónita, tratando de asimilar sus palabras.

—Eso es... imposible.

Ubanaziel se rió con suavidad.

—Puedes no creer una palabra de lo que te he dicho, Ahriel. Puedes pensar que te lo he dicho sólo para salvarte, y estarías en lo cierto, pero sólo en parte. Es verdad que tu hijo está vivo, y estaba bien, a salvo, la última vez que lo vi. Lo envié a detener a Shalorak, y deseo que haya tenido éxito, no sólo por el bien de nuestro mundo, sino porque le he cogido cariño al chico. Puedes pensar que miento, y quedarte aquí, y condenarte a una eternidad en el infierno, sin haber tenido la oportunidad de volver a ver a tu hijo siquiera un solo instante... o puedes dudar. Y, si dudas, aunque sea sólo un poco, entonces deberías marcharte de aquí ahora mismo.

Ubanaziel tenía razón: Ahriel dudaba. Dio un paso atrás, contemplando a los dos ángeles con los ojos muy abiertos, tratando de asumir la posibilidad de que su hijo pudiera haberse salvado. Luchó contra la tentación de desplegar las alas y salir volando.

—Pero... ¡pero no puedo abandonarte!

—Yo escogí mi destino cuando decidí atravesar por tercera vez la puerta del infierno, Ahriel. Tú escogiste el tuyo cuando casi provocaste el fin del mundo tratando de recuperar a tu hijo. Si ahora, después de todo lo que ha pasado, no vas volando a reunirte con él, no te lo perdonaré jamás.

Ahriel sacudió la cabeza de nuevo, con los ojos llenos de lágrimas.

—¿Y hacer lo que hiciste tú? ¿Dejar a un compañero abandonado en el infierno y lamentarlo toda la vida?

—Sí, porque es lo que quiero que hagas, Ahriel. Sal de aquí, escapa y asegúrate de que Shalorak está muerto y tu hijo sigue a salvo. Ésa es tu responsabilidad. Naradel —añadió, dirigiendo una larga y profunda mirada al ángel sin alas— es la mía. Vete, Ahriel. Vete a enfrentarte a tu pasado, y deja que yo me ocupe del mío. Porque, si pierdes esta oportunidad, lo lamentarás eternamente.

Ahriel asintió por fin. Desplegó las alas y le gritó a su compañero:

—¡Te esperaré, Ubanaziel! ¡Haz lo posible por salir vivo de ésta!

El Guerrero de Ébano sonrió, pero no respondió, ni se volvió para mirarla. Oyó cómo las alas de ella batían el aire viciado del infierno al despegar, y murmuró:

—Vuela, Ahriel. Escapa de aquí y sé libre... por todos nosotros.

—¡Te esperaré al otro lado! —repitió ella desde la lejanía.

Naradel dejó escapar una breve carcajada cargada de sarcasmo.

—Otro ángel que abandona a uno de los suyos en el infierno —comentó—. No sé si sentirme reconfortado por no ser el único al que dejan atrás, o avergonzado por pertenecer a semejante raza de cobardes.

—Como gustes —respondió Ubanaziel—. Pero yo en tu lugar me sentiría avergonzado, no por el comportamiento de tu raza, sino por el tuyo propio. Cuando viniste a rescatarme admiré tu valor y tu espíritu de sacrificio, porque estabas ofreciendo tu vida a cambio de la mía. O eso me pareció entender. Sin embargo, ahora me echas en cara aquella decisión que tomaste entonces. Yo también he venido voluntariamente al infierno, y, al igual que tú cuando acudiste en mi rescate, lo he hecho siendo consciente de que no voy a salir con vida de aquí. Pero yo, a diferencia de ti, me alegro de que un compañero haya podido escapar. Prefiero caer yo solo antes que arrastrar a Ahriel conmigo. Si tú no estabas dispuesto a sacrificarte, entonces no deberías haber acudido a rescatarme entonces. Podrías haberme dejado morir en el infierno y, sin embargo, escogiste arriesgarte por mí. Y, aunque siempre me sentiré en deuda contigo por ello, jamás creí que me lo reprocharías de esta manera.

Si Naradel acusó el golpe, no lo demostró.

—Eso lo dices ahora, Ubanaziel. Es fácil ser generoso y sacrificado, es fácil hacerse el héroe cuando aún no se han probado los tormentos del infierno. Cuando lleves aquí una temporada, maldecirás a Ahriel con todas tus fuerzas.

—No lo creo —sonrió Ubanaziel.

—Puede que tengas razón. Quizá te mate yo antes de que eso ocurra. ¿Verdad?

Y volvió a arremeter contra él. Pero, en esta ocasión, Ubanaziel no se limitó a defenderse. Contraatacó con fuerza, con seguridad y con maestría. Naradel tuvo problemas para rechazarlo, pero eso, lejos de molestarle, hizo brotar de sus labios una sonrisa de satisfacción.

—Por fin peleas en serio.

—Hay demasiado en juego como para no hacerlo —respondió Ubanaziel, impertérrito.

Sin embargo, su corazón sangraba por el amigo que creía haber recuperado y que, ahora empezaba a asumirlo, en realidad había perdido irremisiblemente.



XIV. Redención

Al salir al corredor, Marla había encontrado el ventanal abierto y había deducido lo ocurrido. No se había dado prisa en perseguir a los prófugos de Gorlian, sin embargo. Primero había cargado con el cuerpo de Shalorak hasta su alcoba y lo había tendido sobre la cama. No sabía si le iba a sobrevivir durante mucho tiempo, pero sí tenía claro que, pese a todo, no quería dejarlo abandonado sobre el frío suelo del salón de baile. Tras depositar un último beso de despedida sobre los labios yertos del hechicero engendro, Marla había salido en busca de los fugitivos. No podían haber ido muy lejos. El Loco Mac estaba abusando de la magia, y había llovido mucho desde su última invocación. Los seres demoníacos que le habían prestado su poder tanto tiempo atrás le habían retirado su favor hacía mucho. Probablemente, cuanta más magia utilizaba, con más facilidad recordaba todo lo que había aprendido pero, al mismo tiempo, menos energía le restaba. Si un hechicero no invocaba a un demonio a menudo, acababa por utilizar sus propias fuerzas como fuente de poder, y éstas, a diferencia de la magia otorgada por las criaturas infernales, no eran ilimitadas. El viejo debía de estar en las últimas. Marla no creía seriamente que fuera una amenaza, ni tampoco que tuviese alguna forma de salir de allí. Quizá el medio ángel, el hijo de Ahriel, lograra escapar si se decidía a dejar atrás a sus amigos. Eso a Marla no le importaba en realidad. No tenía nada en contra de aquel muchacho, y no tenía sentido matarlo si Ahriel no estaba delante para verlo. Pero Mac era otra cosa. Él había destruido su única posibilidad de ser feliz junto a Shalorak, le había desvelado aquella horrible verdad que ella habría preferido no conocer. Podía llegar el fin del mundo aquella misma tarde, pero Marla no pensaba permitir que Mac escapara con vida de su palacio.

Había subido a las almenas de la muralla norte, suponiendo que cualquier conjuro de levitación no habría podido llevarlo mucho más lejos, pero ellos no estaban allí. Pensativa, alzó la mirada hacia lo alto, y entonces vio la torre. Echó un breve vistazo a la ventana por la que debían de haber salido volando y calculó la distancia entre ambos puntos. Sí; habría requerido un esfuerzo considerable por parte de Karmac, si había utilizado la magia, o incluso para el chico, si había cargado con ambos, pero existía la posibilidad de que hubiesen llegado hasta allí. En tal caso, estaban atrapados. Todos, salvo el medio ángel, que siempre podía huir volando. Pero, desde luego, sería demasiado tarde para Mac. Marla recordaba perfectamente el estado en el que se encontraba poco antes de escapar del salón de baile. Después de haber sellado la puerta y salido volando, era poco probable que le quedasen energías para realizar cualquier otro conjuro.

Sonriendo para sí, Marla volvió a entrar en el palacio y se dirigió a la pequeña escalera de caracol que conducía a la torre.



Ahriel se detuvo un instante, suspendida en el aire, cerca de la puerta que la conduciría de vuelta a su mundo. Allí estaba, la gran espiral de color rojo sangre, una de las siete que rasgaban el tejido que dividía ambas realidades. Podía cruzarla en un instante y estaría a salvo, pero había dejado atrás a Ubanaziel, y eso no podría perdonárselo. Las palabras del Consejero seguían resonando en su mente, y todavía le costaba trabajo tomárselas en serio: «Tu hijo está vivo...», había dicho. ¿Cómo era posible? Sin embargo, independientemente de que fuera o no cierto lo que le había revelado Ubanaziel, no podía dejarlo atrás. Ahriel permaneció junto a la puerta unos instantes más, aguardando al Consejero, oteando el horizonte con la esperanza de verlo aparecer en cualquier momento, batiendo las alas vigorosamente, para reunirse con ella. Naradel había dicho que, si su antiguo compañero lograba abatirlo,

quedaría atrapado para siempre en el infierno, pero quizá exageraba. Tal vez las puertas no se cerrasen instantáneamente. Con un poco de suerte, tardarían un poco en desaparecer del todo, y tal vez Ubanaziel tuviese tiempo de salvarse.

Ahriel cerró los ojos, dividida entre su deseo de volar a reunirse con su hijo y su resistencia a dejar a Ubanaziel abandonado a su suerte. Después, volvió a escudriñar el horizonte.

Pero lo vio tan rojo, desierto y silencioso como antes.



Marla subió por las escaleras en silencio. Iba preparando mentalmente un hechizo letal que acabaría con la vida del viejo en un instante. Se había cansado de jugar, y sabía que las presas se tornan más peligrosas cuanto más acorraladas y desesperadas se sienten. Era hora de terminar con aquello de una vez. Rápidamente. Sin titubeos.

Llegó por fin a la estrecha puerta que llevaba al exterior. Pasó una mano suavemente por los goznes, impregnándolos de magia para que no hiciesen el más mínimo ruido —uno de los primeros hechizos que había aprendido cuando aún era apenas una niña— y, después, abrió con cuidado y se asomó al exterior.

Se topó, de pronto, con una imagen de sí misma. Al principio no se reconoció. Estaba incluso más pálida y desmejorada que cuando Ahriel la había sacado del infierno o, al menos, eso le pareció. Fue vagamente consciente de que su doble estaba llorando, y se llevó una mano a la mejilla para constatar, sorprendida, que la tenía húmeda. ¿Cuánto rato llevaba así? ¿Desde que había besado a Shalorak en su alcoba, desde que había sacado su cuerpo del salón de baile, desde que lo había matado...? Pero aquel pensamiento fue desplazado por otros dos, más urgentes y más obvios: el primero, que aquello era un espejo, y no debía haber ningún espejo en lo alto de la torre. El segundo, que algo estaba succionando su energía, dejándola vacía y débil.

Y de pronto lo comprendió todo. Vio las alas del medio ángel asomar tras el espejo que estaba sosteniendo, recordó el gran espejo que el propio Fentark guardaba en su habitación, recordó cómo funcionaba. Y, con un grito de ira y horror, se cubrió el rostro con un brazo, mientras golpeaba el cristal con el otro. Logró tomar a Zor por sorpresa, y el espejo resbaló de sus manos y cayó al suelo, rompiéndose contra las baldosas de piedra, pero ya era demasiado tarde.

Marla jadeó, aterrada, y se miró las manos. Se sentía más débil de lo que jamás había estado, incluso en sus peores momentos en el infierno. Hacía años que algo anidaba en su interior, algo cálido y oscuramente reconfortante, que la hacía sentir fuerte y segura de sí misma. Y, de pronto, ya no estaba, porque había sido absorbido por la imagen del espejo. Se tambaleó, sin fuerzas ya para mantenerse en pie, y tuvo que aferrarse al marco de la puerta para no caer. Alzó la cabeza para mirar, incrédula y desconsolada, a sus enemigos.

Allí estaba el muchacho, el hijo de Ahriel, con las alas enhiestas y dispuesto a atacar si hiciera falta, pese a que no esgrimía ningún arma (Marla recordó vagamente que su primitivo puñal de hueso había quedado hundido en el corazón de Shalorak). Sin embargo, parecía muy capaz de agredirla con los puños desnudos, y ella tuvo de pronto la certeza de que podría vencerla en aquella lucha.

Tras él, junto a las almenas, vio el cuerpo, pálido y exánime, del maestro Karmac. El engendro estaba de rodillas junto a él, gimiendo por lo bajo y acariciando los sucios cabellos del viejo. Parecía claro que el conjuro del espejo había agotado las pocas fuerzas que le restaban, pero Marla no se sintió mejor por ello. Se llevó una mano a la frente, titubeante, y estuvo a punto de perder el equilibrio y rodar escaleras abajo. Incluso el medio ángel hizo ademán de sostenerla, pero ella logró aferrarse a la puerta y sacudió sus rizos pelirrojos, tratando de pensar. Notaba cómo el chico la miraba, indeciso. Probablemente desconfiaba de ella y era consciente de que se trataba de una hechicera peligrosa; pero, al mismo tiempo, era tan evidente que se había quedado sin fuerzas que se resistía a atacar a una mujer indefensa. Sí; aquel chico podía haberse criado en Gorlian, pero en algunas cosas resultaba obvia su ascendencia angélica. Y eso, pensó Marla en un frenético instante de lucidez, podía ser su salvación.

Dejó caer la cabeza hacia adelante y dobló las rodillas, como si la debilidad que se había apoderado de ella

estuviese a punto de hacerle perder el sentido; pero sólo fue una estrategia para reunir las pocas energías que le quedaban. Con un tremendo esfuerzo, dio un paso atrás, se aferró al tirador de la puerta y la empujó con todas sus fuerzas.



Zor vio, perplejo, cómo Marla le cerraba la puerta de la torre en las narices, y trató de abrirla, sin éxito.

—¡Se escapa! —advirtió.

El Loco Mac dejó escapar un leve suspiro y dijo, con un hilo de voz:

—Te advertí que no le dieras tregua, chaval.

—Parecía tan indefensa...

—Puede que haya perdido su magia y buena parte de su fuerza física, pero eso no ha acabado con su inteligencia y con su astucia, te lo dije. Si logra escapar y convencer a otro demonio para que le preste algo de su poder, estaremos perdidos.

—Vvvvammus ddd'acqué —propuso Cosa, implorante, pero Mac negó con la cabeza.

—No podemos marcharnos sin hacer algo con Marla, pequeña. Porque, si la dejamos marchar ahora, quizá podamos escapar de ella por esta vez, pero no descansará hasta encontrarnos y vengarse de nosotros. Mira lo que hizo con Ahriel; la tuvo encerrada en Gorlian durante años, y eso que ella nunca llegó a hacerle daño realmente.

—Vale, vale, lo he entendido —cortó Zor—. Voy a buscarla. Tú quédate aquí e intenta descansar, ¿de acuerdo? Hablas demasiado, y eso no ayuda, precisamente.

El chico se lanzó contra la puerta con el hombro por delante, tratando de echarla abajo, pero Marla la había atrancado bien. Necesitó tres intentos para hacer saltar los goznes y, cuando por fin, con el hombro dolorido, logró asomarse a la pequeña escalera de caracol, Marla ya se había ido. Murmurando una maldición por lo bajo, Zor corrió en su busca.



Naradel y Ubanaziel se separaron y se observaron con cautela, jadeantes. Llevaban un buen rato peleando y ninguno de los dos parecía superar al otro. Ubanaziel habría supuesto que el hecho de que su contrincante hubiese perdido las alas lo dejaba en franca desventaja frente a él; sin embargo, Naradel había aprendido a luchar con aquella carencia. Sin el peso de las alas a su espalda, ahora era capaz de moverse con mucha mayor velocidad y ligereza. Y, aunque ya no podía volar, tiempo atrás él también había sido un ser alado, por lo que podía prever una buena parte de los movimientos de Ubanaziel.

Éste, por el contrario, se encontraba con que su antiguo compañero luchaba de forma ligeramente distinta, realizando ataques y esquivas que le resultaban totalmente impredecibles. Se había vuelto caótico y temerario, y ello, unido a su impecable estilo, que no había perdido del todo, lo volvía un rival mucho más peligroso.

—¿Sorprendido? —lo provocó Naradel, con una desagradable sonrisa.

Ubanaziel no respondió. Atacó otra vez, resuelto a emplear una nueva estrategia. Sabía que se trataba de algo que Naradel no esperaba y que podía llevarlo a la victoria en aquella batalla; pero también era consciente de que sólo tendría una oportunidad de llevar a cabo su plan. Si fallaba...

Se esforzó por concentrarse al máximo. Naradel respondió, contraatacando con la ligereza que lo caracterizaba, y halló un hueco en la defensa de su rival. Con una sonrisa de triunfo, clavó la espada por debajo del brazo de Ubanaziel, en uno de los pocos huecos descubiertos que dejaba su armadura.

El Guerrero de Ébano sintió cómo la espada de su contrario se hundía en su cuerpo, produciéndole un dolor indescriptible mientras su filo lo destrozaba por dentro. Trató de decir algo, pero no fue capaz. Vaciló un instante y cayó de rodillas ante Naradel. El ángel sin alas sonrió y se inclinó para sacar la espada del cuerpo de Ubanaziel. Sin

embargo, en el momento en que lo hizo, algo le rompió el pecho, haciéndolo jadear de dolor. Consternado, bajó la mirada para encontrarse con la espada de Ubanaziel; incluso moribundo, el Guerrero de Ébano se las había arreglado para responder al golpe. Naradel comprendió que era una herida mortal cuando trató de hablar y la sangre se lo impidió. Cayó hacia delante, en brazos de Ubanaziel.

—Lo siento —susurró éste—. Era una treta sucia, pero no podía dejar que ganaras.

Naradel esbozó una amarga sonrisa, comprendiendo, unos instantes antes de que la luz de sus ojos se apagara para siempre, que su antiguo compañero había dejado su defensa abierta sólo para tener la oportunidad de matarlo mientras caía. Quiso responder... pero la muerte se lo llevó antes de que pudiera pronunciar una sola palabra.

El cielo rojo del infierno pareció partirse en dos, y las siete puertas empezaron a cerrarse al mismo tiempo, pero Ubanaziel no prestó atención a estas circunstancias. Acarició el cabello encrespado de Naradel y los muñones de sus alas, y después lo depositó sobre el suelo, con ternura, y le cerró los ojos.

Intentó incorporarse, pero no fue capaz. Se arrancó la espada de Naradel y sintió que su vida se escapaba de su cuerpo con ella. Alzó la mirada y vio, a lo lejos, las sombras oscuras de los demonios que regresaban al infierno, absorbidos por la fuerza de su lugar de origen. Entonces se inclinó junto al cuerpo sin vida de Naradel y cerró los ojos.

Ya estaba muerto cuando el primer demonio llegó hasta él. Una cansada sonrisa de triunfo, llena de amargura, aún adornaba sus facciones, y aquél fue el último saludo que el Guerrero de Ébano dedicó a los moradores del infierno antes de abandonarlo para siempre.



Ahriel oyó el estruendo y notó los cambios en la puerta. La espiral empezó a girar más deprisa y a empequeñecerse, mientras el tejido interdimensional se reparaba a sí mismo. «Lo ha conseguido», pensó. «Naradel está muerto y, si las puertas se están cerrando, eso significa que Shalorak también lo está». Echó un vistazo a su espalda, por enésima vez, pero no vio rastro de Ubanaziel.

Aún aguardó un rato más, y fue testigo de cómo los primeros demonios y diablillos se veían arrastrados de nuevo hacia el infierno, entre sonoras maldiciones y bramidos de odio y de rabia. Pero Ubanaziel no regresó.

Finalmente, Ahriel atravesó la puerta para salir al exterior. No le costó tanto esfuerzo como a los demonios, que trataban desesperadamente de resistirse al poderoso efecto de succión de su dimensión, porque ella no era una criatura del infierno, pero aun así tuvo que poner en juego toda su fuerza de voluntad. Una vez en su mundo, se sentó en lo alto de lo que quedaba de la torre y, con el corazón en un puño y los ojos fijos en la espiral escarlata, que seguía tragándose demonios, esperó.



Las hordas del infierno ya habían ganado las calles de Aleian, y recorrían la ciudad en una orgía de violencia y de muerte. Los pocos ángeles que aún resistían trataban de hacerles frente, pero incluso ellos eran conscientes de que se trataba de una guerra perdida.

Por esta razón se sintieron muy sorprendidos cuando, de pronto, un rugido de ira, y frustración recorrió las filas enemigas, y todos los demonios, uno detrás de otro, levantaron el vuelo.

Pero no estaban volando exactamente, observó una perpleja y agotada Lekaiel, a la vanguardia de las tropas de Aleian. Parecía como si alguna fuerza invisible los atrajera, arrancándolos de la ciudad uno a uno, como a parásitos indeseados, y arrastrándolos hacia un destino desconocido... o, quizá, no tanto. Lekaiel recordó de pronto la increíble historia que Ahriel le había contado acerca de devolver a todos los demonios a su dimensión. Entonces le había parecido poco más que una excusa para justificar la desertión de Ubanaziel, porque la idea de que existiese una posibilidad de salvar la ciudad, a aquellas alturas, le había parecido demasiado irreal.

Todavía recelosa, contempló cómo todos los demonios se retiraban de Aleian contra su voluntad, arrastrados por un torbellino invisible que los precipitaba hacia el rojizo crepúsculo que coloreaba el horizonte. Algunos de los guerreros angélicos más jóvenes los perseguían, enardecidos, pero la mayoría se quedó allí, de pie, todavía sin creer del todo lo que estaba sucediendo.

Pronto, los aullidos de los demonios se perdieron en la lejanía, y un silencio pesado, incierto, cayó sobre la Ciudad de las Nubes. Entonces los ángeles supervivientes empezaron a asumir, lentamente, lo que estaba pasando, pese a no comprenderlo del todo aún.

Aleian estaba salvada. Sin que nadie supiese todavía cómo ni por qué, los demonios se habían visto obligados a retirarse. Alguien se atrevió a lanzar un grito de alegría.

Y cientos de voces angélicas lo corearon.



En todo el mundo, miles de demonios se vieron arrastrados a través del portal más cercano a su posición. Los humanos que se habían salvado de ellos contemplaron, incrédulos, el revolotijo de alas negras y colas escamosas que surcaban los cielos, de vuelta a su dimensión.

Marla, que recorría con paso inseguro los corredores de su palacio, vio a través de una ventana a un diablillo gritando de rabia mientras algo lo succionaba violentamente hacia las montañas. Tras él llegaron otras criaturas infernales, bramando de rabia e impotencia, pero la joven no entendió del todo lo que estaba pasando hasta que algo bajo el corpiño de su vestido empezó a serpentear con violencia, sobresaltándola. Temerosa, se apresuró a sacar de debajo de su blusa el colmillo de demonio que llevaba colgado al cuello, y descubrió que una fuerza invisible tiraba de él, clavándole el cordón en la nuca y amenazando con herir su piel. Se soltó el colgante y, rápidamente, el colmillo salió volando, siguiendo a los demonios...

... De regreso a su dimensión, comprendió Marla de pronto.

Aquello significaba que Ahriel y sus amigos se habían salido con la suya y habían roto el vínculo. Las puertas del infierno se estaban cerrando de nuevo, arrastrando a sus moradores de vuelta a casa. Habían salvado el mundo.

Cerró los ojos un momento. Una parte de ella se alegraba. Había ambicionado el poder, la magia y la libertad, pero nunca había buscado la destrucción del mundo que la había visto nacer. Tampoco habría matado a Shalorak para salvarlo; al menos, no al Shalorak que ella recordaba, aquél al que tenía por un hechicero humano brillante e inteligente... antes de que le fuera revelado su vergonzoso secreto. Pero se había visto obligada a poner fin a su vida, y con ello había contribuido a salvar el mundo. Al menos, pensó, la muerte de Shalorak no había sido en vano.

Pero ella estaba condenada. Cuando todos se recobraran de la catástrofe sufrida, buscarían culpables. Y sólo quedaría Marla para responder por los crímenes de los demonios.

Tenía que escapar ahora... cuanto antes... buscar un lugar seguro...

Aún tambaleándose, se arrastró por las estancias del palacio en dirección al patio de armas. Quizá lograra alcanzar el establo y conseguir un caballo. Entonces huiría lejos, muy lejos, adonde nadie pudiera encontrarla.

A trompicones, logró llegar hasta la planta baja y abrir el portón que conducía al patio. Pero se detuvo, perpleja, antes de poder encaminarse a los establos, porque allí había gente esperándola.

Eran guerreros, a pie y a caballo, y los capitaneaba una joven amazona que Marla tardó en reconocer bajo su armadura de guerra. Por un momento, pensó que se trataba de sus propias tropas, pero detectó que varias docenas de soldados tensaban sus arcos y dirigían sus flechas hacia ella, y reconoció de pronto en sus armas el escudo de Saria.

—Volvemos a encontrarnos, Marla —dijo entonces su líder con voz serena.

—¡Kiara! —la reconoció ella, comprendiendo.

Habían ido a buscarla. Naturalmente; antes de ser arrojada al infierno, Marla había dirigido una campaña contra el reino de Saria, en la que había muerto su soberano; y su hija no se lo había perdonado. La calma regia que había

mostrado en Vol-Garios el día anterior no era más que una pose: en realidad, le había faltado tiempo para reunir sus tropas y lanzar un ataque contra ella.

—Ríndete, Marla —dijo Kiara—. Estás sola.

Marla no respondió, pero miró a su alrededor, buscando una vía de escape.

—Tened cuidado con ella —advirtió Kiara a los suyos al detectar el gesto—. Es una hechicera poderosa.

«Una hechicera sin magia», pensó Marla, con amargura. Entonces sus ojos se encontraron con los de Kiara, y leyó una profunda aversión en ellos. Y recordó que Ahriel había mirado a Kiara en Vol-Garios con una aprobación que jamás había mostrado ante Marla cuando era su guardiana, y tembló de ira. No, no iba a escapar. Por muy débil que se encontrase, no les daría la satisfacción de verla vacilar. Después de todo, era la reina de Karish.

Alzó la cabeza con orgullo y dijo:

—Adelante, mátame. Has ganado, Kiara, reina de Saria.

Ella vaciló un instante, como si no esperara aquella respuesta.

—Considérate... presa —pudo decir, algo desconcertada—. Celebraremos un juicio...

—No es necesario —cortó Marla; no pensaba someterse a la humillación de ser juzgada en público, de que otras personas deliberasen acerca de su vida y sus obras—. Soy culpable. Inicié una guerra, creé una prisión mágica, traicioné a mi ángel, invoqué a demonios, torturé y asesiné al rey de Saria, y fueron mis acólitos quienes provocaron la invasión de los demonios para sacarme del infierno. Puedo seguir, si eso no es suficiente —añadió, al ver que Kiara palidecía y que sus soldados se removían, inquietos.

—Eso tendrás que repetirlo ante un jurado —insistió su captora, sin embargo.

Marla inspiró hondo y dijo:

—No voy a volver a repetirlo. Si vas a matarme, hazlo ya. Si no, me retiraré a mis aposentos —concluyó con gesto regio.

Kiara no dijo nada. Marla sonrió y, con deliberada lentitud, les dio la espalda.

—No os atreváis a dar un solo paso —sonó la voz de uno de los caballeros, fría como el acero.

La sonrisa de Marla se acentuó al advertir también una nota de temor en su tono. Irguiendo la cabeza con orgullo, adelantó un pie.

Inmediatamente oyó silbar una flecha y la sintió clavarse en su espalda. Jadeó, sin aliento, tratando de no sucumbir al dolor.

—¡Marla! —oyó que decía Kiara. Pero ella sacó fuerzas de flaqueza y, tragando saliva, siguió caminando, majestuosa y altiva hasta el final.

Fue instantáneo. En cuanto dio un par de pasos más, una docena de flechas salieron disparadas de los arcos de los guerreros sarianos e impactaron, casi al mismo tiempo, en el cuerpo de la reina Marla, acribillándolo por completo y arrebatando la vida de su oscuro corazón.

Y así, la más joven soberana de Karish, la que había experimentado con magia negra y visitado el infierno, murió, antes de cumplir los diecinueve años, sobre las baldosas del patio de su palacio, a los pies de la reina Kiara y de la aristocracia de Saria, la nación que tanto había sufrido por su causa.

Kiara alzó la mirada para ver a los demonios surcando los cielos, arrastrados por la fuerza del infierno. Después volvió a contemplar el cuerpo sin vida de Marla, erizado de flechas sarianas.

—Se acabó —dijo solamente.

Sonrió, pero no sentía la menor alegría.



Zor se había asomado a uno de los balcones mientras buscaba a Marla, y la había visto salir del palacio y encontrarse con las tropas de Kiara. Fue testigo del final de la reina y la vio caer sobre las losas de piedra. Sintió un inconmensurable alivio, pero también tuvo un extraño pensamiento: lamentó que su madre no hubiera estado allí para

verlo. Después, pensó que tal vez fuera mejor así. Quizá, se dijo, Ahriel nunca había dejado de sentir un cierto cariño hacia Marla, a quien había cuidado y protegido desde su nacimiento. Se preguntó si alguna vez tendría ocasión de interrogarla al respecto.



Ahriel esperó hasta el último momento. Aguardó hasta que el último de los diablillos fue reabsorbido de nuevo a su dimensión y la puerta de Sin-Kaist se hubo cerrado del todo. Incluso después de que las heridas en el tejido interdimensional hubiesen sido completamente reparadas, y nada en el aire delatase la existencia de una abertura entre ambos mundos, Ahriel siguió esperando, encaramada a las ruinas de la torre.

Cuando por fin se convenció de que era inevitable, de que Ubanaziel no iba a volver, cerró los ojos, y un par de lágrimas surcaron sus mejillas. Entonces se puso en pie y dedicó un saludo póstumo al Guerrero de Ébano, el mejor luchador de Aleian, un Consejero sabio y leal, y uno de los ángeles más nobles e íntegros que había tenido ocasión de conocer.

—Nunca te olvidaré, Ubanaziel —le prometió—. Y, aunque mi vida no vaya a durar mucho más, me aseguraré de que todos en Aleian sepan lo que has hecho por ellos, y por el mundo entero. Honraré tu memoria, viejo amigo, y me encargaré de que los ángeles la honren también.

Pero antes de enfrentarse de nuevo a Lekaiel y al Consejo tenía algo que hacer. Debía regresar a Karish y comprobar si Ubanaziel le había dicho la verdad con respecto a su hijo. Si le había mentido, entonces lo había abandonado a su suerte en el infierno para nada. Y si no... bueno, Ahriel no se atrevía a imaginar siquiera esa posibilidad. Sería demasiado hermoso como para ser cierto.

Recordó entonces que en Karish estaba también Marla, y se sintió inquieta. Si su hijo seguía vivo, debía asegurarse de que ella no le hacía ningún daño.

Ahriel desplegó las alas y, cuando la noche ya se abatía sobre un mundo herido y cansado, alzó el vuelo de nuevo.



Zor vio desde la ventana que aquellos temibles guerreros que habían acabado con la reina Marla entraban en el palacio para inspeccionarlo, y le entró el pánico. Corrió de vuelta a la torre para reunirse con Mac y con Cosa, y cuando vio la puerta colgando sobre uno de sus goznes se arrepintió de haberla roto, porque ahora no podría cerrarla tras él.

—Ah, ya has vuelto —murmuró Mac cuando lo vio llegar—. Tengo buenas noticias, chaval: el mundo está salvado. Ubanaziel debe de haber acabado con Furlaag, porque Cosa y yo hemos visto desde aquí a un montón de demonios que... oye, ¿qué pasa? ¿Por qué estás tan nervioso?

—Marla ha muerto —anunció Zor.

Mac no pudo reprimir una convulsiva salva de carcajadas histéricas.

—Por fin los dioses hacen las cosas como deben —comentó cuando logró controlarse—. Ya era hora. Enhorabuena, Zor —añadió, dedicándole una torcida sonrisa.

—No he sido yo —replicó el chico abruptamente—. Han venido unos guerreros al palacio y la han matado, y ahora vienen hacia aquí. Los dirige una mujer; Marla la conocía, porque la ha llamado por su nombre, aunque no he llegado a oírlo bien.

El Loco Mac torció el gesto.

—El hecho de que Marla tenga tantos enemigos no me extraña lo más mínimo —murmuró—. Pero que esos tipos sean enemigos de Marla no implica necesariamente que sean amigos nuestros. Ayúdame a levantarme, chaval. Buscaremos un lugar donde escondernos de ellos hasta que regrese Ubanaziel y ponga las cosas en su sitio. Aquí

estamos demasiado descubiertos.

Zor asintió, aliviado. El imponente porte del ángel le inspiraba confianza. Si Mac tenía razón, y las puertas del infierno se estaban cerrando, aquello sólo podía significar que Ubanaziel había salido airoso de su enfrentamiento con Furlaag. Pronto regresaría a buscarlos, y todo se arreglaría.

Cargó con Mac y, seguido de Cosa, descendió por la escalera de caracol en busca de un lugar seguro.

Había muchas cosas que no estaban claras. Los ejércitos de Saria habían encontrado Karish sumido en el caos más absoluto. Los demonios lo habían destrozado prácticamente todo, igual que habían hecho con los demás reinos humanos. Pero la capital era otra cosa. Las hordas del infierno no la habían tocado y, pese a ello, sus aterrorizados habitantes apenas habían opuesto resistencia a las fuerzas sarianas, que no habían tardado en ocupar la ciudad. Tras indagar un poco, Kiara se había enterado de que, en efecto, los demonios no habían traspasado las murallas en ningún momento. Los karishanos lo atribuían a la acción de Marla, que había regresado en el último momento para protegerlos con su inmenso poder.

Se preguntó qué estaba pasando exactamente. La última vez que había visto a Marla, recién rescatada del infierno, estaba en unas condiciones penosas y parecía depender por completo de Ahriel y de aquel otro ángel, Ubanaziel. La había sorprendido encontrársela, sola y aparentemente indefensa, en el patio del castillo. Y lamentaba que los acontecimientos se hubiesen precipitado, ya que, si bien el mundo sería un lugar más seguro ahora que Marla había muerto, también le habría gustado interrogarla para averiguar qué estaba sucediendo. Ni a las tropas sarianas ni a los habitantes de Karish les había pasado desapercibido el hecho de que los demonios parecían estar batiéndose en una involuntaria retirada.

Dirigió una mirada pensativa a la fachada del palacio. Quizá Ahriel estuviese en su interior. En tal caso, ella podría explicarle más detalles.

—Los karishanos dicen que a Marla la acompañaba un misterioso mago de túnica negra —le susurró Kendal—. Ten cuidado, Kiara. Puede que todavía nos aguarden muchos peligros ahí dentro.

Ella asintió, pero no respondió.

A la cabeza de un nutrido grupo de guerreros sarianos, Kiara entró en el palacio para explorarlo a fondo. Lo hallaron silencioso y desierto, y esto, lejos de tranquilizarlos, los inquietó todavía más.

Kiara se dirigió rápidamente al ala donde supuso que estarían los aposentos de Marla. Esperaba descubrir en ellos alguna pista, pero lo único que encontró fue el cadáver de un joven y atractivo hechicero tendido sobre el lecho real, con un tosco puñal de hueso clavado en el corazón.

—Esto sí que es raro —murmuró la muchacha, alzando las cejas, desconcertada.

—Todo lo que tiene que ver con Marla es raro —gruñó Kendal—. A mí no me sorprende que esa bruja se las arreglara para matar a su aliado a traición.

Kiara tampoco respondió esta vez, pero acarició la empuñadura del puñal con la yema del dedo.

—Me pregunto... —empezó, pero no finalizó la frase.

—¡Mi reina! —la llamó uno de sus caballeros desde la puerta de la alcoba—. Hemos hallado al rey Bargod encerrado en las mazmorras.

Kiara se sintió horrorizada. Había tenido ocasión de entrevistarse con el tío de Marla poco después de que ésta fuera arrojada al infierno, y le había parecido un buen hombre, aunque estaba muy delicado de salud.

—¡Sacadlo de allí de inmediato! —ordenó.

—Ya lo hemos hecho, señora. Se encuentra débil y muy aturdido, así que de momento no va a sernos de mucha ayuda.

—Hay que conducirlo a sus aposentos y cuidar de él, darle de comer, curarlo si está herido...

—Yo me encargo —le prometió Kendal—. Estoy convencido de que el servicio de este palacio no puede haber huido muy lejos. Al menos, no cuando una horda de demonios ha estado dos días sitiando la ciudad.

Kiara asintió.

Siguió explorando el palacio, flanqueada por sus hombres, hasta que toparon con algo que los puso en guardia: nor una de las escaleras de servicio descendía trotando la criatura más repulsiva que habían visto jamás. Tenía un

aspecto vagamente humano, pero sus largos miembros deformes le daban un *aire simiesco, y bajo la revuelta mata de pelo gris asomaba una horrible cabezota llena de bultos cuyos componentes —nariz, ojos, boca, orejas...— no parecían estar colocados correctamente, lo cual le daba una apariencia espantosa y grotesca. Los hombres de armas se quedaron un instante mirándola, horrorizados, y ella se detuvo y los observó, cautelosa, consciente de que la habían descubierto.

Sólo Kiara comprendió qué era lo que estaban contemplando. Cuando el ser dio media vuelta y trató de huir escaleras arriba, la reina de Saria gritó:

—¡Detenedla! ¡Es un engendro!

Durante su breve estancia en Gorlian había tenido la oportunidad de ver a un par de aquellas criaturas, de las que había logrado escapar gracias a la pericia y la experiencia de Ahriel, y era capaz de reconocer a una cuando la veía. Ignoraba cómo había logrado escapar aquel ser de la pequeña bola de cristal que Marla había ocultado con tanto celo, pero, después de todo, aquél era su palacio: quizá tuviera varios engendros como mascotas. Lo que sí sabía Kiara, porque Ahriel se lo había dejado muy claro, era que todos los engendros eran malignos, peligrosos y muy agresivos.

Los guerreros sarianos, por el contrario, no habían oído hablar nunca de los engendros. Pero no necesitaron que les repitieran la orden una segunda vez. Varios de ellos se precipitaron hacia la criatura, pero pronto descubrieron que era ágil y rápida, y les sería imposible alcanzarla; de modo que uno de ellos cargó una honda y arrojó el proyectil contra ella.

La bala impactó dolorosamente en la pierna derecha de la fugitiva, que lanzó un grito, tropezó con sus propios pies y cayó sobre los escalones, como un fardo desmadejado.

Pero, cuando los guerreros estaban a punto de arrojarse sobre ella para rematarla, una sombra veloz descendió volando desde lo alto de la escalera y se interpuso entre ellos y su presa. Los hombres de armas contemplaron, perplejos, a un extraño y desaliñado muchacho, vestido como un salvaje, que protegía con su propio cuerpo al repulsivo engendro. Pero lo más sorprendente de todo era que a la espalda del chico se apreciaban claramente dos grandes alas de plumas de un tono blanco sucio y desvaído. No podían ser un simple adorno, constataron los sarianos, perplejos, porque el muchacho las batía suavemente, en parte para mantener en equilibrio, en parte para expresar su ira y su indignación.

—¡Dejadla en paz! —les espetó—. ¡Ella no os ha hecho nada malo! ¿Por qué la atacáis?

El chico estaba totalmente desarmado, por lo que, a pesar de su aspecto desastrado, ninguno de los caballeros cargó contra él.

—Quita de ahí, muchacho, si no quieres sufrir daño —gruñó uno.

Pero el joven irguió las alas todavía más y dio un paso atrás, abriendo los brazos en ademán de protección.

—No la tocaréis —les advirtió—. Es mi amiga, y no ha hecho daño a nadie.

—¿Qué está sucediendo aquí? —se oyó entonces una voz femenina tras los guerreros. Ellos abrieron paso a su reina, y Kiara avanzó entre ellos. Cuando vio al chico, sus alas y su aspecto salvaje, comprendió muchas cosas de golpe.

—¡Por todos los...! —exclamó—. ¡Bajad las armas, bajad las armas! ¡Es el hijo de Ahriel!

—¿El hijo de quién, mi señora?

—¡Del ángel que me salvó! —dirigió una intensa mirada al muchacho alado y le dijo, con la voz temblorosa por la emoción—. Tu madre me protegió en Gorlian, me salvó la vida en Vol-Garios y después me devolvió mi reino. Estaré en deuda con ella para siempre, así que lo menos que puedo hacer por ti es darte la oportunidad de explicarte.

—¿Estuviste en Gorlian? —fue todo lo que pudo decir él, atónito; le parecía que Kiara estaba demasiado limpia como para haber salido de aquella esfera de cristal.

—Fue por poco tiempo —confirmó ella, asintiendo—. Escapé de allí con tu madre, pero ella juró que regresaría a buscarte, y veo que lo consiguió —añadió, con una sonrisa; Zor no se molestó en contradecirla—. Y esta criatura, ¿quién es? ¿Por qué la proteges? Ahriel me dijo que todos los engendros son violentos y peligrosos

El muchacho bajó parcialmente un ala, y todos pudieron ver de nuevo al engendro, que los observaba con una mezcla de miedo, cautela y desafío.

—Es mi amiga —declaró Zor con firmeza—. También a mí me salvó la vida en Gorlian. Juntos hemos ayudado a derrotar a Marla y a Shalorak, y ella ha estado a nuestro lado en todo momento y se ha arriesgado por nosotros. Es buena persona, a pesar de su aspecto —Zor no fue consciente de que Cosa lo contemplaba con arrobado agradecimiento al oírse llamar «persona»—. No merece la muerte, ni tampoco que la persigan para cazarla como a una alimaña.

Y, para dar más fuerza a sus palabras, abrazó al engendro sin titubeos, gesto que provocó una mueca de repugnancia en algunos de los soldados. Otros, por el contrario, tuvieron la decencia de parecer avergonzados.

Kiara sacudió la cabeza, perpleja.

—Pero... vosotros... no entiendo nada. ¿Dónde está Ahriel? ¿Qué hacíais aquí exactamente? ¿Cómo habéis escapado de Gorlian? ¿Qué sabéis acerca de Marla y de los demonios?

—Con mucho gusto os explicaremos lo que haga falta, jovencita —sonó una voz cascada y ligeramente burlona; al alzar la mirada, los sarianos descubrieron a un hombre mugriento y maloliente como un pordiosero, contemplándolos desde lo alto de la escalera—. Si cumplís vuestra palabra y nos dais la oportunidad de explicarnos. Y, de paso —añadió, frunciendo el ceño, reflexivo—, tampoco estaría de más una buena comida, un buen baño y una buena cama... ese tipo de cosas que un pobre diablo como yo, prisionero de Gorlian, podría llevar décadas deseando. Por ejemplo —y se rió como un loco, cosa que le granjeó algunas miradas recelosas.

—También me ocuparé de esto —oyó refunfuñar Kiara a sus espaldas—, pero tendrá que aguardar su turno: estamos preparando el baño para el rey Bargod.

—Algo me dice que estas personas lo necesitan con más urgencia, Kendal —repuso ella con una sonrisa.

Cuandon Ahriel llegó al palacio real de Karish, descubrió, con sorpresa, que estaba ocupado por las fuerzas sarianas. Los soldados habían retirado el cuerpo de Marla del patio de armas, de modo que el ángel no podía saber todavía en qué situación se encontraba su antigua protegida. Entró en el palacio por la puerta principal, alerta, preparada para cualquier eventualidad, pero se relajó un tanto al comprobar que los soldados parecían estar montando una guardia rutinaria.

—¿Qué está pasando aquí? —demandó—. ¿Qué ha sido de Marla y Shalorak?

—¡Ahriel! —la llamó una voz conocida, rebotante de alegría—. ¡Te estábamos esperando!

Kendal avanzaba hacia ella con una amplia sonrisa. Ahriel se relajó del todo.

—Kendal —murmuró, sonriendo a su vez—. ¿Qué hacéis aquí?

—Escapamos por poco de los demonios cerca de Vol-Garios; Kiara... quiero decir, Su Majestad sospechó que Marla podría estar implicada, así que decidió reunir al ejército y venir a ayudar.

—Llévame con ella —pidió Ahriel—. ¿Qué ha sido de Marla? —preguntó, mientras ambos echaban a andar por el corredor—. Nos la volvió a jugar en la Fortaleza y...

—Lo sabemos —asintió Kendal—. No debes preocuparte más por ella. Está muerta.

A pesar del alivio que le produjo la noticia, Ahriel no pudo evitar sentir que algo se desgarraba en su interior al escucharla.

—¿Muerta? —sacudió la cabeza, obligándose a no seguir preguntando al respecto—. ¿Y qué ha sido de Shalorak?

—También está muerto. Hemos recuperado el palacio y el rey Bargod está a salvo.

—Menos mal —suspiró Ahriel—. Temía que aún quedara trabajo por hacer.

—Queda mucho trabajo por hacer —puntualizó Kendal—. Los demonios han segado muchas vidas y han destruido buena parte de nuestro mundo. La reconstrucción llevará años enteros, y nunca nos recuperaremos del todo.

—Pero ése es un trabajo para el que los humanos no necesitáis la ayuda de los ángeles —repuso ella con una sonrisa; no mencionó, para no preocuparlo, que también Aleian estaría prácticamente en ruinas a aquellas alturas, y que su gente también había sufrido pérdidas irreparables— Por eso no me quedaré mucho tiempo. Sin embargo

antes me gustaría despedirme de Kiara y agradecerle su ayuda.

—La encontrarás en las cocinas.

—No es un lugar donde uno esperaría encontrar a una reina.

Kendal le dedicó una amplia sonrisa.

—Tenemos unos invitados muy especiales que no podían esperar más a hincarle el diente a un buen asado — comentó solamente.

El corazón de Ahriel latió más deprisa, pero no se atrevió a preguntar más.

Cuando se acercaban a la cocina oyeron la voz de Kiara, y casi inmediatamente una segunda voz chillona que le replicó:

—¡No estoy chiflado! ¡Te digo, muchachita, que ese fiambre que tenéis arriba, por guapo que parezca, no es menos engendro que nuestra Cosa! ¡Él mismo lo admitió y...!

Se calló de golpe al ver entrar a Ahriel y a Kendal. El ángel dirigió una mirada sorprendida al viejo que discutía con Kiara.

—¿Eres... el Loco Mac? ¿Cómo puede ser? ¡Dijeron que habías muerto!

—¡Ah, no, ya estoy cansado de que me den por muerto! —chilló él—. ¡Desaparecido, como mucho, pero una Reina de la Ciénaga como tú debería ser lo bastante perspicaz como para no dar por muerto a alguien hasta que no se encuentra su cadáver! ¡Aunque haya que buscarlo en las tripas de un engendro!

El Loco Mac siguió refunfuñando, mientras Kiara corría hacia ella con una sonrisa.

—Ahriel, ¡has vuelto! Temíamos que hubieses tenido problemas con Furlaag.

—¿Cómo sabes...? —empezó ella; pero no terminó la frase, puesto que acababa de ver, sentado en un banco con la espalda apoyada en la pared, a un muchacho que trataba de rehuir su mirada.

Zor había disfrutado por primera vez en su vida de un buen baño caliente; en realidad, haría falta alguno más para arrancarle del todo la suciedad acumulada tras toda una vida en Gorlian, pero ahora presentaba un aspecto mucho más limpio, con el cabello más corto y aún húmedo, y ropas de tela suaves y ligeras. Había estado devorando un muslo de pollo, maravillado ante su delicioso sabor, pero lo había dejado a un lado al entrar Ahriel en la habitación.

Ella había reparado en las grandes alas del muchacho, mucho más blancas que antes, y se precipitó hacia él, con el corazón palpitándole con fuerza. Zor retrocedió instintivamente, pero en la cocina no había muchos sitios a dónde ir. De modo que se quedó quieto, en tensión, mientras Ahriel se inclinaba hacia él, con los ojos repletos de ansiedad. Se estremeció cuando el ángel le levantó la barbilla para mirarlo a la cara, y se vio obligado, entonces, a sostener su mirada. Trató que la suya estuviese cargada de hostilidad y desafío, pero a Ahriel aquello no pareció importarle.

—No es posible... —murmuró ella, maravillada; había tanta ternura y alegría en sus palabras que Zor frunció el ceño, desconcertado, y le dirigió una mirada cautelosa—. Te... te pareces tanto a él... —balbució el ángel, y no pudo seguir hablando. Zor, perplejo, vio cómo los duros ojos de la Reina de la Ciénaga se deshacían en lágrimas. Y, antes de que pudiera reaccionar, Ahriel lo abrazó con todas sus fuerzas, con un sollozo de felicidad.

El muchacho estaba tan sorprendido que no trató de desasirse. Ahriel seguía llorando, abrazándolo casi con desesperación, y Zor, tras un titubeo, la abrazó a su vez.

—Perdóname, mi niño... —susurró ella a su oído. Zor recordó entonces que aquella era la misma persona que lo había abandonado cuando era apenas un bebé. Kiara le había contado que Ahriel había llevado una vida muy dura en Gorlian y probablemente lo habría hecho para evitarle sufrimientos, pero Zor la había escuchado con escepticismo. Sin embargo, en aquel momento, abrazado a Ahriel, que seguía llorando de alegría por haberlo recuperado, el chico se sintió incapaz de seguir guardando rencor.

—Madre... —pudo decir.

Ahriel lo oyó, y se apartó de él para mirarlo a los ojos.

Zor no sabía que ningún ángel era capaz de llorar como su madre lo estaba haciendo, pero, aun así, se sintió conmovido en lo más hondo. Le dedicó una tímida sonrisa, y ella, radiante de felicidad, lo besó en la frente con fervor y volvió a estrecharlo entre sus brazos.

—Mi niño... mi niño... —era lo único que podía decir.

Ni siquiera sabía todavía cómo se llamaba, ni cómo había llegado hasta allí, ni qué había hecho en todos aquellos años en que ella lo había dado por perdido. Era su hijo, y lo había encontrado, y estaba a salvo. Por fin.



Epílogo: Aurora

—... Y ésta es toda la historia —concluyó Ahriel, a media voz.

Los miembros del Consejo Angélico no dijeron nada. No fueron capaces, al menos, al principio. Aquella era la primera vez que escuchaban la historia de Ahriel al completo. Los horrores de Gorlian, las acciones que ella había llevado a cabo allí, su relación con Bran, el nacimiento y posterior abandono de Zor, la llegada de Kiara, el regreso al mundo exterior, la traición de Tobin, la invocación al Devastador, la caída de Marla... hasta hacía unos momentos, de todo aquello sólo conocían algunos aspectos generales. Ahora, el relato completo de aquellos acontecimientos había quedado expuesto ante ellos.

Pero la historia no se terminaba allí. Ahriel les había contado también las verdaderas razones de su viaje al infierno, lo que ella y Ubanaziel habían hallado allí, la visita a la Fortaleza, la trampa de Furlaag, su derrota a manos del Guerrero de Ébano, el regreso al infierno y lo que allí había sucedido. A los miembros del Consejo les habría costado creer una palabra de aquella historia de no haber visto con sus propios ojos al muchacho, el hijo de Ahriel, el medio ángel.

Ningún humano había pisado jamás Aleian, la Ciudad de las Nubes, pero a él se le había permitido asistir al juicio de su madre, no sólo debido a su ascendencia angélica, sino también al hecho de haber sido uno de los últimos en hablar con Ubanaziel antes de su último viaje al infierno. Los únicos testigos de lo que había sucedido en la Fortaleza tras la partida de Ahriel eran un hechicero humano medio chiflado, un engendro y el propio Zor. Estaba clara cuál iba a ser la decisión del Consejo al respecto.

Se le había pedido al muchacho, pues, que relatara su historia con sus propias palabras. Así lo había hecho, trabándose y tartamudeando mucho al principio, rojo de vergüenza; había narrado todo lo que le había acontecido en los últimos días, desde la muerte de su abuelo adoptivo, el viejo Dag, hasta su reencuentro con Ahriel en el palacio de Marla. Aquella era una historia incluso más fantástica que la que había relatado su madre: engendros inteligentes, hechiceros locos, descabellados planes para salvar el mundo... Zor parecía ser consciente de ello a medida que hablaba. Sin embargo, su voz se había hecho más firme al evocar cómo habían escapado de Gorlian y, sobre todo, cómo había conocido a Ubanaziel. Relató, con pasión, con qué valentía y autoridad había asumido el mando el Guerrero de Ébano, cómo los había guiado a todos a través de aquel nido de magos negros y cómo había partido, con serenidad y decisión, a enfrentarse a Furlaag. Su voz se quebró al recordar el momento de la despedida. Entonces no había imaginado que no volverían a verse, y la noticia de su épica muerte en el infierno había supuesto un golpe muy duro para él.

—Me prometió que me enseñaría a leer —concluyó en voz baja—, y a luchar con la espada. Aunque me dijo que el mejor guerrero era aquel que era capaz de mantener la paz sin necesidad de desenvainar un arma.

Ahriel detectó una huella de emoción en los semblantes, habitualmente pétreos, de los miembros del Consejo. Cierto; aquellas palabras eran muy propias de Ubanaziel. Contemplando a su hijo, una vez más, Ahriel recordó cómo se había tomado la muerte del ángel al que tanto admiraba. Había insistido en viajar hasta el infierno para ir a buscarlo, con el argumento de que también a Naradel se lo había dado por muerto. Les había costado mucho convencer a Zor de que era inútil: Ubanaziel había sido consciente en todo momento de lo que se jugaba; había sabido que, si mataba a Naradel para salvar al mundo, él mismo no saldría con vida del infierno. Y Ahriel sospechaba que, después de todo lo que había visto, alguien como Ubanaziel habría preferido morir antes que permitir que los demonios lo cogieran con vida. No; el Guerrero de Ébano estaba muerto. Había caído como un héroe, y Ahriel, independientemente de lo que le sucediera a ella después, estaba dispuesta a luchar para que se lo recordara como a tal

—Si no hubiese sido por el Consejero Ubanaziel, ninguno de nosotros estaría aquí ahora —dijo en voz baja—. Nos ha salvado a todos; no sólo a los ángeles, sino también a los humanos. Y no sólo Aleian, sino el mundo entero. La razón por la cual lo dejé atrás, aparte de un deseo lógico de reunirme con mi hijo por fin, fue que él me lo pidió. Y que no podía permitir que la verdad sobre Ubanaziel quedara atrapada conmigo en el infierno.

—Comprendo —asintió Lekaiel sin alzar la voz—. La lealtad y el valor de Ubanaziel están fuera de toda duda, Ahriel. Lo que aquí juzgamos es tu comportamiento, y las consecuencias que éste ha tenido para todos nosotros.

—Lo sé —dijo ella solamente—. Y yo ya he explicado las razones de mis actos, y las circunstancias que me llevaron a cometerlos. Ahora sois vosotros quienes debéis decidir si hubo o no maldad en ellos.

Su mirada, limpia y serena por primera vez en mucho tiempo, recorrió los rostros de los Consejeros. Detectó que no sabían qué pensar. Había partes de aquella historia que les inspiraban un horror indecible, mientras que otras los movían a compasión o, incluso, admiración hacia los protagonistas de aquellos terribles episodios. Ciertamente; la inconsciencia de Ahriel había estado a punto de provocar la destrucción total del mundo a manos de los demonios. Pero habían sido ellos, y no el ángel, quienes habían orquestado todo aquel plan, con la aquiescencia de Marla y de Shalorak. Y el gran Ubanaziel había luchado codo con codo junto a Ahriel para arreglar aquello. ¿Debía ser tratada ella como una criminal cualquiera, pese a las terribles consecuencias que habían tenido sus actos?

Ahriel leyó la duda en sus rostros, y una llanita de esperanza iluminó su corazón. Al entregarse al Consejo poco antes de la batalla había creído sinceramente que no le importaba ser ejecutada, porque no quedaba nada por lo que vivir. Pero ahora que acababa de recuperar a su hijo, no estaba dispuesta a abandonarlo tan fácilmente. No sin luchar.

Lekaiel pareció leer aquella nota de desafío y deseos de vivir en su mirada, porque comentó:

—Resulta duro pensar que pudiera haber tanta maldad en un corazón humano... y tan joven.

Estaba recordando a todos que, en realidad, todo aquello había sido iniciado por Marla, y no por Ahriel. Ella se lo agradeció con la mirada, pero entendió muy bien qué era lo que se esperaba que respondiera.

—Una muchacha humana resulta una presa fácil de corromper para un demonio experimentado —dijo—. Como bien has señalado, Marla era muy joven. La tentó el poder que le ofrecían los magos negros. Y posiblemente yo la presionara demasiado. Traté de seguir el código angélico en todo momento... pero no todos los humanos están preparados para actuar como lo haría un ángel. Ni siquiera los reyes.

Lekaiel entornó los ojos, y Ahriel entendió que había cometido un error dudando del método utilizado por los ángeles para educar a los futuros gobernantes humanos. Pero no rectificó.

—Me encariñé con ella —confesó en voz baja—. Quizá no debí hacerlo, pero no pude evitarlo. O tal vez, si me hubiese mostrado con ella menos estricta, más comprensiva, más...

—... ¿humana? —dejó caer Lekaiel. Ahriel respiró hondo.

—No pretendía insinuar...

—No importa lo que pretendieras insinuar, Ahriel. Actuaste con Marla tal y como se te enseñó a hacerlo, y pese a ello, no funcionó. Es lógico que dudes de que nuestro método sea el correcto. Sin embargo, olvidas que los humanos poseen libre albedrío y que fue ella quien decidió apartarse de la senda del Equilibrio. Voluntariamente. Por muy mal que realizaras tu trabajo de educadora, en ningún momento la arrojaste a los brazos de esa secta ni la obligaste a experimentar con magia negra, según hemos entendido todos.

—Entonces, ¿por qué ha sucedido todo esto? —replicó Ahriel, sin poderse contener; su pregunta poseía un tono de angustia, de genuina perplejidad, que no le pasó desapercibido a nadie—. ¿Cómo es posible que una muchacha que lo tenía todo para ser feliz se torciera de tal manera?

Hubo un largo y pesado silencio.

—Es el misterio de los humanos —respondió Lekaiel, con cierta dulzura—. Especialmente, de los humanos jóvenes. Un enigma que quizá nunca lleguemos a resolver del todo.

—Pero Ubanaziel ha caído —les recordó Radiel, con severidad—. Y con él, miles de humanos y ángeles, bajo la furia y la maldad de las hordas del infierno. ¿Pretendes decir que no ha sido culpa de Ahriel?

—Yo no recuerdo haberla visto nelear junto a los demonios —hizo notar Lekaiel fríamente—. Cosa que, por lo

que parece, sí hizo Naradel, a quien todos vosotros recordaréis como un ángel intachable... antes de su triste y lamentable caída.

—Naradel sufrió tormentos indecibles en el infierno...

—Y Ahriel en Gorlian —intervino Didanel, inesperadamente—. Pero ella no pactó con los demonios para destruirnos, sino que luchó a nuestro lado hasta el final.

—Siempre que sea cierta esa absurda historia que nos ha contado —añadió Adenael, ceñudo.

—Es cierta —cortó Lekaiel—. Ahriel no nos ha mentado.

—Si aún dudas, puedes ir tú mismo al infierno para comprobarlo —lo retó ella, burlona; pero recompuso su gesto para añadir, con irritada seriedad—. Puedo soportar que se dude de lo que he relatado acerca de mis experiencias en Gorlian, incluso acerca de lo sucedido en la Fortaleza. Pero lo que Ubanaziel tuvo que afrontar en el infierno fue duro, muy duro; mucho más terrible de lo que cualquiera de vosotros sería capaz de imaginar. Y no pienso permitir que se mancille su memoria restando importancia a su lucha y su sacrificio.

—Ahriel... —la reconvino Radiel; no se atrevió a decir nada más, sin embargo, porque aquella tarea correspondía a Lekaiel.

Pero la líder del Consejo no dijo nada. Se limitó a inclinar la cabeza en un gesto de comprensión.

Ahriel se relajó y dejó caer los hombros y las alas, en señal de sumisión. No quedaba mucho más que decir, en realidad. Sólo restaba esperar a la decisión del Consejo. No se atrevió a mirar a Zor, que escuchaba, con atención, sentado en un rincón.

—Debemos deliberar —anunció Lekaiel—. Dejados a solas.

Ahriel y Zor se despidieron con un gesto de respeto y salieron de la sala.

Los Consejeros tardaron unos instantes en romper el silencio.

—Antes de escuchar su historia —dijo Lekaiel—, y en vistas del desastre que ha azotado no sólo nuestra ciudad, sino medio mundo humano, parecía claro que Ahriel debía ser condenada a muerte. Sin embargo, se le ha dado la oportunidad de explicarse y de compartir con nosotros todo lo que no sabíamos acerca de lo acontecido en los últimos días. Recordemos que Ubanaziel no se halla entre nosotros, y que su testimonio habría resultado esclarecedor en todo este asunto, así que os rogaría a todos, Consejeros, que penséis en él, en lo que diría de encontrarse aquí, en cuál sería su opinión, antes de tomar una decisión. Y, hablando de tomar decisiones, dado que ahora somos sólo siete, me tomaré la libertad, contra mi costumbre, de intervenir en la votación para evitar un hipotético empate.

Los demás asintieron, conformes. Lekaiel les dio un largo rato para reflexionar; las miradas de algunos de ellos se desviaron, inevitablemente, hacia la cúpula destrozada, por la que se colaba un amplio haz de luz solar, o hacia las resquebrajadas baldosas de mármol del suelo, donde, después de la batalla acontecida días atrás, habían encontrado el cuerpo decapitado de Furlaag. Había sido una experiencia de la que los ángeles no se recuperarían fácilmente, se dijo Lekaiel. Los humanos tenían vidas fugaces y su memoria era corta, pero los ángeles recordarían aquello durante siglos. Reprimió un suspiro de pesar y dijo, por fin:

—Ha llegado la hora de tomar una decisión, Consejeros.



—¿Qué sucederá ahora? —preguntó Zor, con inquietud.

—No lo sé —murmuró Ahriel—. Es un asunto demasiado serio, y está claro que necesitan un cabeza de turco. Ni Marla, ni Shalorak ni Furlaag pueden responder ya ante ellos, y no niego que yo no he sido una simple espectadora en todo esto, así que...

Zor no respondió. Aún no sabía qué pensar con respecto a su madre. Había pasado toda su vida sin ella y todavía no estaba seguro de necesitarla a su lado, y mucho menos, de quererla. Lo había impactado profundamente la historia que acababa de contar en aquella sala, y creía que se merecía otra oportunidad. Pero eso no implicaba

que le hiciese una especial ilusión compartir su vida con ella.

Ahriel malinterpretó su aire alicaído.

—No te preocupes, Zor —le dijo, con una alentadora sonrisa—. Lo que el Consejo tiene contra mí no tiene por qué afectarte para nada. Es cierto que los ángeles no ven con buenos ojos a los mestizos, pero aun así, si ocurriera lo peor, ellos se encargarán de ti. Aunque parece muy severa, Lekaiel es sensata y se ocupará de que estés bien en Aleian...

—¡Pero yo no quiero quedarme aquí! —replicó el muchacho; ante la mirada atónita de Ahriel, explicó—. No me habría importado si hubiese estado Ubanaziel... Él me caía bien. No sólo se portó bien conmigo, sino también con mis amigos, con Mac y con Cosa. Y no creas que eso es tan fácil —añadió, lanzándole una mirada retadora—. La mayoría de la gente es incapaz de tratar a Cosa como a una persona.

Ahriel titubeó. También ella había reaccionado mal al ver al engendro. Había pasado suficiente tiempo en Gorlian como para desconfiar de aquellas criaturas, pero al enterarse de que Cosa y Zor eran amigos, y que ella le había salvado la vida al muchacho en varias ocasiones, había tratado de mirarla con otros ojos. Y, aunque no habían tenido mucho tiempo para intimar, empezaba a apreciar a aquella grotesca y desdichada criatura.

—Yo no permitiré que nadie le haga daño, Zor —le prometió.

—¿Y cómo vas a hacerlo si te matan? —replicó él, con cierto rencor. Ahriel no se lo reprochó. Había desaparecido de su vida demasiado tiempo como para pretender que el chico encajara ahora su regreso con total facilidad.

—Yo espero que el Consejo sea benevolente —murmuró; alzó la cabeza para mirar a Zor cuando dijo—: No estoy preparada para dejarte atrás otra vez.

Zor no supo qué decir. Desvió la mirada, incómodo, y a Ahriel tampoco se le ocurrió qué añadir para aliviar la tensión.

Afortunadamente, en aquel momento se abrió la gran puerta que llevaba a la Sala del Consejo. Lo habitual era que los mandaran llamar para presentarse de nuevo ante los Consejeros, pero aquella vez no los hicieron entrar. La propia Lekaiel estaba en la puerta.

—Ahriel —dijo, y algo en su tono de voz encendió de nuevo la llama de la esperanza en el corazón de la interpelada—. El Consejo ya ha votado.

—¿Y? —preguntó Zor, inquieto.

Lekaiel le dirigió una leve sonrisa.

—No serás ejecutada —respondió, volviendo la mirada hacia Ahriel—. Pero el Consejo ha decidido desterrarte de Aleian de por vida, porque has demostrado ser un peligro para todos nosotros...

—¡Hurra! —exclamó Zor, sin poderse contener.

Lekaiel le lanzó una mirada severa y continuó:

—Tampoco volverás a ocuparte de la educación de ningún humano, y, por descontado, jamás serás generala de escuadra, por buena guerrera que llegues a ser, ni tampoco miembro del Consejo, por muchos méritos que acumules.

Ahriel inclinó la cabeza.

—Lo comprendo —dijo—. Y acato la decisión del Consejo. Me habría gustado pagar mi deuda de alguna otra manera... ayudando a la reconstrucción de la ciudad, por ejemplo... Pero, si habéis decidido que debo partir...

—De inmediato —asintió Lekaiel—. Si queda alguien en la ciudad de quien desees despedirte...

Muchos de los ángeles a los que Ahriel había conocido antes de ser tutora de Marla habían muerto en la batalla. Quedaban algunos supervivientes pero, por alguna razón, en aquel momento sólo pensó en Ubanaziel, y en lo mucho que tanto ella como Zor lo iban a echar de menos.

—No —concluyó—. Gracias, Lekaiel.

Ella le correspondió con un leve asentimiento.

—¿Qué vas a hacer ahora? —preguntó.

Ahriel dirigió una breve mirada a Zor

—Primero, regresaremos a Saria —respondió—. Allí, bajo el cuidado de la reina Kiara, hemos dejado a Cosa y al Loco Mac... a Karmac, así es como se hace llamar ahora... Después, nos marcharemos lejos. Somos rarezas, criaturas demasiado extrañas como para encajar en cualquier lugar civilizado, y mucho menos en Aleian. Gorlian produce ese extraño efecto en la gente —añadió, con una amarga sonrisa—. Mancha de barro nuestras ropas y de oscuridad nuestras almas, y nos marca para siempre. Pero, por fortuna, nosotros no estamos solos. Encontraremos algún lugar tranquilo, donde vivir en paz sin molestar a nadie... lejos de puertas infernales y de malignas esferas de cristal.

Lekaiel le devolvió la sonrisa.

—Tal vez sea lo mejor, Ahriel. Sospecho que, de haber regresado con vida, Ubanaziel habría hablado en vuestro favor, habría tratado de convencer al Consejo de que os permitiera quedaros...

—Pero yo no lo habría aceptado —replicó ella, cruzando otra mirada con Zor—. Mi hijo no se habría sentido nunca a gusto aquí, y me temo que yo tampoco. Y no podemos abandonar a Cosa a su suerte. No sobreviviría en el mundo de los humanos, que, en ciertos aspectos, puede llegar a ser un lugar mucho más cruel que Gorlian. Cuidaremos de ella, vayamos a donde vayamos. Ya ha sufrido bastante —percibió la sonrisa de agradecimiento de Zor, y tuvo la certeza de que estaba haciendo lo correcto—. Iremos al norte —añadió—. Allí no vive mucha gente, y hay zonas boscosas donde estaremos bien. Probablemente Karmac prefiera una población grande, pero nosotros nos conformamos con bastante menos. Para quienes han habitado en Gorlian, cualquier lugar, por inhóspito que sea, resulta toda una bendición, si se puede crear en él un hogar para vivir en paz.

—¿Es eso lo que pides? ¿Un hogar para vivir en paz?

—Sí —respondió ella con sencillez—. Sin demonios, sin magos negros, sin engendros... bueno, quizá con un solo engendro amable... sin guerras y sin problemas. Creo que así conseguiremos ser felices.

Lekaiel sonrió otra vez.

—No lo dudo —dijo—. Pero tú, muchacho —añadió, dirigiéndose a Zor—, no estás desterrado. Sabes cómo llegar hasta Aleian y siempre serás bienvenido. Si prefieres quedarte...

—Muchas gracias —cortó él—, pero creo que prefiero irme con mi madre y con Cosa.

Ahriel trató de disimularlo, pero Lekaiel detectó fácilmente que su rostro resplandecía de felicidad.

—Buen vuelo, pues —se despidió—. Y que la Luz y el Equilibrio nunca os abandonen. Todos hemos perdido mucho en esta guerra, pero vuestras penalidades se remontan a mucho más atrás. Merecéis esa paz que tanto anheláis, y no me cabe duda de que la encontraréis.

—Gracias, Consejera —sonrió Ahriel.



Aquella tarde, Ahriel y Zor abandonaron Aleian, sobrevolando juntos el eterno manto de nubes que se extendía a los pies de la ciudad de los ángeles. Los demonios habían causado muchos destrozos, y la perla de las montañas tardaría mucho tiempo en recuperar el esplendor de antaño, pero lo haría, a Ahriel no le cabía duda. Pensó que ella no estaría allí para verlo, y lo lamentó. Se volvió, sólo un momento, para contemplar por última vez los blancos tejados de Aleian, y recordó todo lo que había perdido: su vida, su gente... Bran... Marla... Ubanaziel... Pero se esforzó por no mirar atrás y pensar, por el bien de su hijo, en la vida que los aguardaba.

Llegaron a la capital de Saria al anochecer. En el palacio real los esperaban Kiara, Kendal, Cosa y Mac, y cenaron todos juntos para celebrar que Ahriel se había salvado y que la pesadilla había finalizado para todos. Kiara ofreció un hogar en su reino a los prófugos de Gorlian, pero Ahriel declinó la invitación y les comunicó cuáles eran sus planes de futuro. Tal y como había imaginado, Karmac sí decidió quedarse en Saria, al menos por un tiempo. Había descubierto una gran biblioteca en el palacio de Kiara y, aunque ella le aseguró que no había en ella libros de magia negra, el anciano respondió que no los iba a necesitar.

Finalizaron la velada recordando, con honda emoción, los momentos que habían pasado con Ubanaziel. Ahriel

no pudo evitar acordarse, a su vez, de otras personas a las que había perdido en aquellos años. Entre ellas Marla, pero especialmente Bran. Miró a Zor largamente y se dijo que tenía que hablarle de su padre. Y también lamentó que Bran no hubiese tenido la oportunidad de conocer a aquel muchacho que se le parecía tanto.

Al día siguiente, todos se levantaron temprano y subieron a la terraza del piso más alto del palacio para despedir a Ahriel, Zor y Cosa. Mientras el muchacho trataba de convencer al engendro de que sería capaz de cargar con ella todo el vuelo sin dejarla caer, Kiara y Kendal se acercaron a ellos, sonrientes.

—¿Volveremos a vernos, Ahriel? —preguntó la reina.

Ella sonrió.

—Claro que sí; que me hayan desterrado de Aleian no implica que no podamos visitar otros lugares del mundo humano, y todo está más cerca cuando se cuenta con un par de alas a la espalda.

—¡Es verdad! —confirmó Zor.

—Y en cuanto a ti, Karmac —añadió el ángel, volviéndose hacia el anciano—, te agradezco profundamente que hayas cuidado de mi hijo y lo hayas rescatado de Gorlian a tiempo. Estoy en deuda contigo. Si hay algo que pueda hacer...

Karmac agitó en el aire una mano huesuda.

—¡Bah, bah, tonterías! —dijo—. De no ser por él, Cosa y yo habríamos acabado hechos pedazos con esa condenada esfera. Aunque soy viejo y no espero vivir muchos más años, me alegra poder pasar los que me quedan en un lugar civilizado. Estamos en paz, Ahriel.

El ángel sonrió de nuevo. Zor abrazó a Karmac, y éste se inclinó para despedirse de Cosa.

Kiara le había dado ropa limpia, y ella se sentía muy orgullosa de vestir, por primera vez en su vida, como una persona, aunque parecía claro que se sentía incómoda porque no estaba acostumbrada a llevarla. Karmac la contempló con cariño antes de darle un abrazo.

—Cuídate, Cosa —le dijo.

—Ammmu Kkkkarmmmacc... —lloriqueó ella, pero el viejo la interrumpió:

—No, no, no, chica. ¿Qué es lo que te he enseñado?

—Amm... mmiggu Kkkarmmmac —rectificó ella.

—Tengo algo para ti, Cosa —dijo entonces Kiara.

El engendro se ruborizó, como cada vez que la reina le dirigía la palabra. Para Cosa, Kiara era la perfección personificada: una joven humana, guapa, limpia, que vestía ropas bonitas y olía bien. Cosa sabía que jamás sería como ella, pero eso sólo servía para que la admirase y la idolatrase aún más, como un modelo a seguir. Por eso, cuando Kiara le colgó un amuleto al cuello, Cosa dio un respingo y trató de sacárselo, temblando de miedo, como si creyese que no era digna de tal honor.

—No, no, Cosa, es para ti —insistió la joven, cerrando los dedos del engendro en torno al amuleto—. Es un medallón con el blasón de mi familia. Significa que te aprecio y, mientras lo lleves puesto, todo el mundo sabrá que Kiara, reina de Saria, es amiga tuya, y nadie osará hacerte ningún daño, no importa el aspecto que tengas.

Cosa la contempló boquiabierta, sin poder creer lo que estaba oyendo.

—¿Kkkira... ammmigga?

—Claro que sí, Cosa —sonrió ella; y el engendro besó el amuleto con devoción. Trató de coger la mano de Kiara para cubrirla también de besos babeantes, pero Zor no se lo permitió. Kiara, sin embargo, abrazó a Cosa como a una vieja amiga, y el engendro lloró de pura felicidad.

Luego, la reina se volvió hacia Ahriel para despedirse de ella. El ángel la abrazó, y después a Kendal.

—Que la Luz y el Equilibrio brillen por siempre sobre vosotros —murmuró—. Y recordad que... a veces... vale la pena romper las normas —añadió, dirigiendo una larga y significativa mirada al joven.

Kiara se mostró desconcertada, pero Kendal enrojeció.

Momentos más tarde, Ahriel y su hijo ya volaban hacia el horizonte, y los gemidos aterrorizados de Cosa, aferrada al cuello de Zor para no caerse, eran sólo un murmullo lejano.

—Bien bien pues allá van —refunfuñó Karmac— En busca de su destino Y este viejo chiflado si me lo

permitís, irá a encontrarse con el suyo en la biblioteca.

Y, con una tos que parecía un eco de aquella risa demente que lo había caracterizado cuando era el Loco Mac, el anciano les dio la espalda para volver a internarse en el palacio.

Kendal y Kiara se quedaron solos, pero ninguno de los dos habló hasta que las figuras de sus amigos fueron sólo dos puntos en la lejanía. Entonces la reina despegó los labios para comentar:

—Qué raro... Yarael siempre hablaba de lo importante que es cumplir las normas. ¿Qué habrá querido decir Ahriel con...?

Pero no pudo terminar la frase, porque Kendal, tomando una súbita decisión, se volvió hacia ella y la besó con pasión. Kiara tardó un instante en reaccionar, pero cuando lo hizo, y para sorpresa del joven, no le cruzó la cara de una bofetada, sino que le devolvió un tierno beso, abrazándolo con todas sus fuerzas.



Mientras sobrevolaban las praderas del reino de Saria, Zor batió las alas con energía para acercarse a Ahriel y le preguntó:

—Madre, ¿qué es un azor?

—¿Un azor? —repitió ella, desconcertada—. Es un ave, hijo. ¿Por qué lo preguntas?

—Porque así es como yo me llamo. Zor, Azor. El abuelo me puso ese nombre, pero aún no sé qué significa. ¿Veremos azores en el norte?

Ahriel sonrió ampliamente. Era un pequeño milagro que pudiera ver a Bran en el rostro de Zor cada vez que lo miraba, sin dejar por ello de descubrir en él a su hijo. Eso le recordó las cosas bellas que la vida le había regalado. No eran muchas, ciertamente... pero no tenían precio.

—Claro que sí —respondió—. Y volaremos con ellos, libres, por fin.

Zor le devolvió la sonrisa. Por primera vez desde su huida de Gorlian intuía que se abría ante él un nuevo mundo repleto de posibilidades y de maravillas, un mundo cuyas bellezas y misterios los demonios no habían logrado destruir del todo. Como había dicho el Loco Mac, el exterior era inmenso, y valía la pena explorarlo.

Feliz por primera vez en mucho tiempo, Zor hizo un rizo en el aire, bajo la risueña mirada de Ahriel, y Cosa gritó de terror y se aferró todavía más a él para no caerse. Y los tres volaron juntos hacia el horizonte, por donde rayaba la aurora, anunciando la llegada de un nuevo y glorioso día.

Busca más...



**ESTE FUE OTRO LIBRO EPUB
HECHO POR FENIX_81
BUSCAS Y SIGUEME EN
TARINGA.NET
CREANDO SOMBRA Y CENICZA**